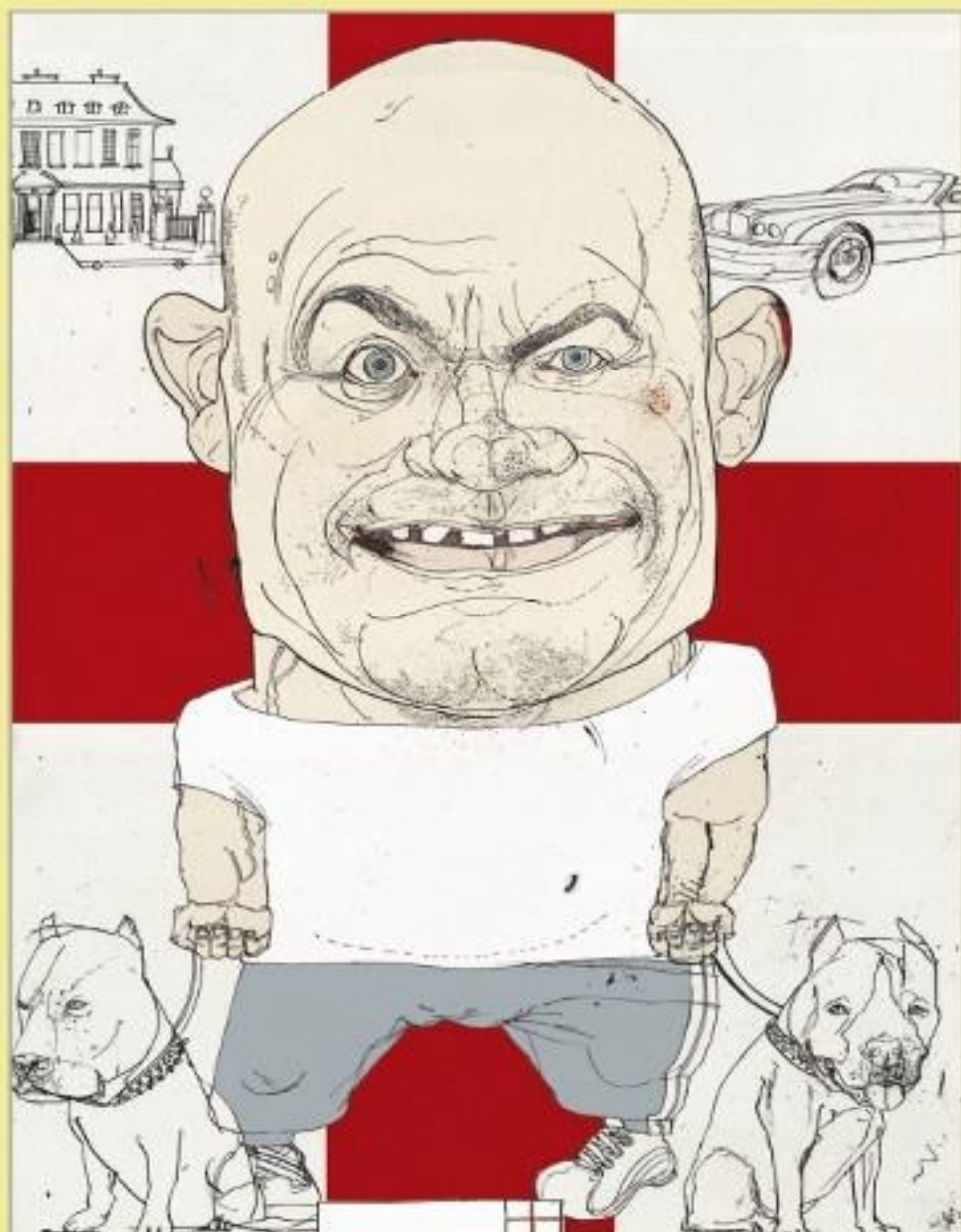


MARTIN AMIS

---

*Lionel Asbo*  
*El estado de Inglaterra*



Lectulandia

Desmond Pepperdine es un adolescente que vive en un sórdido suburbio londinense al cuidado de su abuela; su madre ha muerto y nadie sabe a ciencia cierta quién es su padre. En la misma casa vive también su tío, Lionel Asbo, un delincuente de poca monta que ejerce de mentor e imparte a Desmond valiosas lecciones: desde instruirlo en las delicias del porno por Internet a explicarle cómo alimentar a sus dos pitbulls con una dieta a base de Tabasco.

Pero Desmond es un adolescente sensible, amante de la lectura, que aspira a enamorarse de una mujer cariñosa y real en lugar de fantasear con tías buenas en webs porno. El chico está decidido a dejar atrás esa barriada inmunda por medio de la educación, mientras que las aspiraciones de Lionel se limitan a pasar su vida entre trabajillos de matón y trapicheos con objetos robados, y periódicas estancias en la cárcel como consecuencia de estas actividades.

Durante una de sus estancias entre rejas, Lionel le pide a su sobrino que le rellene un boleto de la loto. El azar lanza sus dados y de la noche a la mañana el convicto se convierte en millonario. Esto, que podría resultar una noticia estupenda para la desestructurada familia, quizá no lo sea. Un lumpen convertido en repentino millonario es carnaza para los tabloides y un amante de los pitbulls no parece una persona con el equilibrio necesario para afrontar un cambio tan radical de vida. Y al final esa máxima que dice que el dinero no da la felicidad resulta ser brutalmente cierta.

Visceral, salvaje, provocadora, esta sátira sobre el desmoronamiento de la vieja Inglaterra en manos de hooligans y de tabloides tiene un fondo de crónica social al modo dickensiano, pero también conecta con el humor británico más transgresor, ese que provoca la carcajada arreando una bofetada en plena cara. El resultado es una mirada certera sobre realidades incómodas, una novela incisiva y descacharrante.

Lectulandia

Martin Amis

**Lionel Asbo**

**El estado de Inglaterra**

ePub r1.0

Titivillus 30.03.16

Título original: *Lionel Asbo. State of England*

Martin Amis, 2012

Traducción: Jesús Zulaika

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## NOTA DEL TRADUCTOR

Lionel Asbo es un iletrado entusiasta (no en vano se declara «enconadamente contrario a la enseñanza superior»). Pronuncia mal las palabras y habla un inglés deplorable. De ahí que el texto original esté trufado tanto de incorrecciones de todo tipo (malas pronunciaciones, cacofonías, incoherencias, confusiones léxicas, solecismos...) como de tropos (dobles sentidos, homofonías, retruécanos, aliteraciones...). En algunos casos el autor hace referencia explícita a ellos, y el traductor, como es lógico, los traslada lo más fielmente posible al castellano. En muchos otros, sin embargo, los dislates tanto fonéticos como ortográficos, morfosintácticos y semánticos no sólo son irrelevantes para el lector no inglés sino que se resisten a una traducción medianamente sensata, por lo que el traductor los ha obviado.

JESÚS ZULAIKA

*A Christopher Hitchens*

## Primera parte

¿Quién dejó entrar a los perros?

... Ésta, nos tememos, va a ser la cuestión.

¿Quién dejó entrar a los perros?

¿Quién dejó entrar a los perros?

¿Quién?

¿Quién?

*Querida Jennaveieve:*

*Estoy teniendo una aventura con una mujer mayor. Es una dama de cierta sofisticación, lo cual supone un cambio con respecto a las quinceañeras que conozco (Alektra, por ejemplo, o Chanel.) El sexo es fantástico y creo que estoy enamorado. Pero hay una complicación grave y es la siguiente; ¡es mi abuela!*

Desmond Pepperdine (Desmond, Des, Desi), autor de esta misiva, tenía quince años y medio. Y su letra, actualmente, era tímidamente elegante; las letras se le inclinaban hacia atrás, pero él, con paciencia, las fue enderezando hacia delante, y cuando todo alcanzó una suave armonía empezó a añadirle pequeñas florituras (la e, claramente ornada, era como una w acostada hacia un lado). Al utilizar el ordenador que ahora compartía con su tío, Des se había dado a sí mismo un curso de caligrafía, entre otros varios.

*En el lado positivo, la diferencia de edad es sorprendentemente*

Tachó esto último, y siguió escribiendo:

*Todo empezó hace quince días, cuando mi abuela llamó a la puerta y dijo cariño, tengo otra vez problemas con la fontanería. Y yo le dije ¿abuela? Iré ahora mismo. Vive en un pequeño apartamento en los bajos de una casa que está a un kilómetro y medio de la mía, y siempre tiene problemas con las tuberías. Yo no soy fontanero, pero aprendí un poco con el tío George, que se dedica a eso. Le arreglé la avería, y me dijo por qué no te quedas a tomar unas copitas.*

Caligrafía (y sociología, y antropología, y psicología), pero aún no había llegado a la puntuación. Manejaba bien la ortografía, pero sabía bien lo flojo que estaba en puntuación porque acababa de empezar un curso sobre la materia. Y la puntuación, intuía (bastante acertadamente), era casi un arte.

*Así que nos tomamos unos Dubonnet, algo que yo no estoy acostumbrado a beber, y ella no paraba de echarme esas miradas raras. Siempre tenía puestos a los Beatles y ahora estaban sonando todas las canciones lentas, como Golden Slumbers, Yesterday y She's Leaving Home. Y entonces mi abuela dijo qué calor y me voy a poner el camisón. ¡Y volvió con un picardías!*

Intentaba darse a sí mismo una educación —no en Squeers Free, del que hacía poco había leído en la *Diston Gazette* que era el peor colegio de Inglaterra—. Pero su



comprensión del planeta y del universo tenía lagunas inconcebibles. Una y otra vez se asombraba de la ingente cantidad de cosas que no sabía.

*Así que tomamos unas copitas más, y yo empezaba a darme cuenta de lo bien que se conservaba mi abuela. Se cuida mucho, y está francamente en forma si tenemos en cuenta la vida que ha llevado. Así que al cabo de unas copitas más me preguntó ¿no te estás asando con este blazer? ¡Ven aquí, guapo, y dame un abrazo! ¿Qué podía hacer yo? Me puso la mano en el muslo y la fue subiendo pantalones arriba. Bueno, soy humano, ¿no? En el equipo de música sonaba I Should've Known Better, pero entre una cosa y la otra... ¡fue alucinante!*

Por ejemplo, el único periódico nacional que Des había leído en su vida era el *Morning Lark*. Y Jennaveieve, la persona a quien escribía, era la «tía del sufrimiento» de ese periódico, o, mejor, la «tía del éxtasis».<sup>[1]</sup> En la página que dirigía le relataban amoríos acaso totalmente imaginarios, y sus respuestas eran juegos de palabras lascivas precedidas y rematadas por sendos signos de admiración. La aventura de Desmond no era imaginaria.

*Ahora bien, créame que todo esto no es nada «propio de nosotros». ¡No tendría que haber sucedido nunca! Muy bien, vivimos en Diston, y allí ese tipo de cosas no estarían demasiado mal vistas. Y, muy bien, mi abuela tuvo una juventud traviesa. Pero es una mujer respetable. El caso es que mi abuela va a celebrar un cumpleaños muy importante y supongo que eso ha hecho que se le vaya un poco la cabeza. Y en lo que a mí respecta, mi educación es estrictamente cristiana al menos por parte de padre (es pentecostalista). Y verá, Jennaveieve, he sido muy infeliz desde que mi madre, Cilla, murió hace tres años. No encuentro palabras. Necesitaba ternura. Y cuando mi abuela me tocó de esa forma. Bueno.*

Des no tenía intención de enviar realmente esta carta a Jennaveieve (cuyo cuerpo parcialmente desnudo adornaba la página en cuyo encabezamiento, en lugar de «tía del sufrimiento», se leía «ángel del sufrimiento»). La escribía sencillamente para aplacar sus pensamientos. Imaginaba su respuesta fiable y en absoluto juzgadora. Algo como: *¡Al menos estás disfrutando de los viejos tiempos de tu abuela!* Des siguió escribiendo.

*Aparte de la cuestión de si es ilegal o no que me está poniendo enfermo, hay otro problema grandísimo. Su hijo, Lionel, es mi tío, y cuando no está en la cárcel es como un padre para mí. Tenga en cuenta que es un criminal terriblemente violento y si descubre que me estoy acostando con su madre me mata. Joder. ¡Literalmente!*

Podría argumentarse que ello suponía subestimar gravemente las ideas de Lionel sobre la transgresión y la venganza... El objetivo inmediato, para Des, era dominar el apóstrofo. Y después de eso, los arcanos de los dos puntos y el punto y coma, el guión, la raya, la barra oblicua.

*En el lado positivo, la diferencia de edad no es tan grande. Tenga en cuenta que mi abuela Grace empezó muy pronto, y se quedó embarazada cuando tenía doce años, lo mismo que mi m*

Oyó los sordos ruidos metálicos de los cerrojos, se miró con horror el reloj, trató de ponerse de pie sobre sus piernas entumecidas, y de pronto Lionel estaba allí.

## 2

Lionel estaba allí: una forma enorme y blanca, apoyada en la puerta abierta, con la frente pegada a la muñeca levantada, jadeando ásperamente, despidiendo un tenue vapor gris a través de la camiseta morada (el ascensor se estaba portando mal, y el apartamento estaba en el piso treinta y tres, pero Lionel podía despedir vapor mientras dormitaba en la cama en una tarde tranquila). Bajo su otro brazo llevaba un cargamento de *lager*. Dos docenas, dentro de una envoltura de plástico. Marca: Cobra.

—Has vuelto pronto, tío Li.

Lionel levantó una mano callosa. Ambos aguardaron.

En su apariencia externa Lionel era brutalmente genérico: el cuerpo tipo losa, el bulto lleno de la cara, la coronilla bien rapada y con el vello incipiente leonado. Fuera, en aquella gran ciudad del mundo, había centenares de miles de hombres jóvenes que se parecían mucho a Lionel Asbo. A cierta luz y en ciertos entornos, se parecía, según algunos, al portentoso delantero del Manchester United y de la selección de Inglaterra Wayne Rooney: no excepcionalmente alto y no obeso, pero excepcionalmente ancho y excepcionalmente *profundo* (Des veía a su tío todos los días, y todos los días le parecía una talla más grande de lo esperado). Incluso tenía los dientes separados, como Rooney. Bien, los incisivos superiores los tenía muy separados, pero Lionel raras veces sonreía. Sólo se los veías cuando se le dibujaba la sonrisa burlona.

—¿Qué estás haciendo con ese boli? ¿Qué estás escribiendo? Me lo imagino.

Des pensó con rapidez.

—Oh, cosas de poesía, tío Li.

—¿Poesía? —dijo Lionel, reculando.

—Sí. Un poema titulado «La reina de las hadas».

—¿La qué? A veces pienso que no tienes remedio, Des. ¿Por qué no estás rompiendo cristales de ventanas? Eso no es sano. Oh, sí, escucha lo que te digo. ¿Sabes el tipo ese al que le partí la cabeza el viernes en el pub? ¿El tal señor Ross Knowles? Me ha denunciado. Se ha chivado. ¿Te lo puedes creer?

Desmond sabía muy bien lo que podía sentir Lionel en relación con tal asunto. El año pasado Lionel llegó una noche a casa y encontró a Des repantigado inocentemente en el sofá negro de polipiel viendo *Crimewatch*. El resultado fue una de las zurras más largas y ruidosas que recibió en su vida de manos de su tío. *Piden al público*, dijo Lionel, de pie y en jarras delante de la pantalla gigante del televisor, *que*

*fisque a sus vecinos. Crimewatch... es como... como un programa para pedófilos, eso es lo que es. Me da asco.* Esta vez Des dijo:

—¿Te ha puesto una denuncia? Jo... Eso es... de lo bajo lo más bajo. Eso es lo que es. ¿Qué vas a hacer, tío Li?

—Bueno, he estado preguntando por ahí y resulta que el tipo es un solitario. Vive en un cuarto alquilado. Así que no hay nadie al que yo pueda ir a aterrorizar. Excepto a él.

—Pero sigue en el hospital.

—¿Y? Voy a llevarle un racimo de uvas. ¿Has dado de comer a los perros?

—Sí. Pero no queda Tabasco.

Los perros, Joe y Jeff, eran los dos pitbulls psicópatas de Lionel. Su dominio era el balcón estrecho de la cocina, donde los dos animales gruñían, iban de un lado para otro y giraban en redondo, mientras llevaban adelante su guerra de ladridos con el montón de rottweilers de la azotea del edificio de pisos contiguo al de ellos.

—No me mientas, Desmond —dijo Lionel con voz quieta—. No me mientas nunca.

—¡No te miento!

—Me has dicho que les habías dado de comer. ¡Y no les has dado Tabasco!

—¡Tío Li, no me llegaba el dinero! ¡Sólo tenían las botellitas grandes, y cuestan cinco noventa y cinco!

—Ésa no es excusa. Tendrías que haber birlado una. Te gastas treinta libras, *treinta libras*, en un puto diccionario, y no puedes gastarte un par de chelines en los perros.

—¡Nunca me he gastado treinta libras! Me lo dio la abuela. Lo ganó con un crucigrama. El crucigrama con premio.

—Joe y Jeff... no son *mascotas*, Desmond Pepperdine. Son herramientas de mi negocio.

El negocio de Lionel seguía siendo un misterio para Des. Sabía que en parte tenía que ver con el extremo más espeluznante del cobro de deudas; y en parte con una actividad relacionada con la «reventa» (Lionel la llamaba literalmente «reseteo»). Des sabía esto por simple lógica, porque la Extorsión con Amenazas era el delito por el que más lo enviaban a la cárcel... Allí estaba Lionel, haciendo algo en lo que era francamente bueno: expandir tensión. Des lo quería profunda y más o menos incuestionablemente (*No estaría aquí hoy si no fuera por el tío Li*, se decía a sí mismo a menudo). Pero siempre se sentía ligeramente enfermo en su presencia. No incómodo. Enfermo.

—Has vuelto pronto, tío Li —repitió tan despreocupadamente como pudo—. ¿Dónde has estado?

—Con Cynthia. No sé por qué me molesto. Fiuuu..., el estado en que está la tal Cynthia.

La rubia espectacular llamada Cynthia, o *Cymfia*, como lo pronunciaba él, era lo

más cercano a una novia de la niñez que había tenido Lionel, y ello porque había empezado a acostarse con ella cuando Cynthia tenía diez años (él tenía nueve). Y era asimismo lo más cercano a una novia normal que había tenido en su vida, y ello porque la veía regularmente: una vez cada cuatro o cinco meses. De las mujeres en general, Lionel a veces decía: *Dan más problemas de lo que valen, si queréis saber mi opinión. ¿Mujeres? A mí no me preocupan las mujeres.* Des pensó que probablemente era lo mejor: las mujeres, en general, deberían sentirse muy contentas de que Lionel no se preocupase por ellas. Había una mujer que sí le preocupaba, pero esa mujer le preocupaba a todo el mundo. Era una beldad promiscua llamada Gina Drago...

—Des. Esa Cynthia —dijo Lionel con un hartazgo de lascivia—. Dios. Hasta... eh... durante... eh..., ya sabes, durante el..., pensaba, Lionel, estás perdiendo tu juventud. Lionel, vete a casa, tío. Vete a casa y ponte a ver cualquier porno decente.

Des levantó el Mac y se puso cautamente de pie.

—Ya está. Me voy.

—¿Sí? ¿Adónde? A ver a esa tal Alektra.

—No. He quedado con mis amigos.

—Muy bien, pues haced algo útil. Robar un coche. Eh, ¿sabes qué? A tu tío Ringo le ha tocado la lotería.

—Nunca le había tocado nada. ¿Cuánto?

—Doce libras y media. Es una pérdida de tiempo, la lotería, si quieres saber lo que pienso. Oye. Tenía ganas de preguntarte una cosa. Cuando andas por ahí por la noche...

Des estaba allí de pie, con el Mac encima de las dos manos, como un camarero con una bandeja. Lionel estaba allí de pie con las Cobra en las dos manos, como un carretero acarreando la carga.

—Cuando andas por ahí por la noche, ¿llevas una navaja?

—¡Tío Li! Ya me conoces.

—Bueno, pues deberías llevarla. Por tu propia seguridad. Y tu paz mental. Vas a conseguir que te desplumen. O algo peor. Ya no hay peleas a puñetazos; en Diston, al menos. Sólo peleas a navajazos. A muerte. O con pistolas. Bien —se ablandó—, supongo que no pueden verte en la puta oscuridad.

Des sonrió con sus dientes blancos y limpios.

—Cuando te vayas, llévate un cuchillo del cajón. Uno de los negros.

Des no se reunió con sus amigos. (No tenía amigos. Y no quería tenerlos.) Se fue a casa de su abuela.

Como sabemos, Desmond Pepperdine tenía quince años. Grace Pepperdine, que había llevado una vida muy difícil y engendrado muchos, muchos hijos, era una mujer de treinta y nueve años bastante presentable. Lionel Asbo era un joven de veintiún años muy curtido por la vida.

En la polvorienta Diston (conocida también como Diston Town o, más sencillamente, Town), nada —ni nadie— tenía más de sesenta años. En un gráfico internacional de expectativas de vida, Diston aparecería entre Benín y Yibuti (cincuenta y cuatro años para los hombres y cincuenta y siete para las mujeres). Y eso no era todo. En un gráfico internacional de tasas de fertilidad, Diston aparecería entre Malawi y Yemen (seis hijos por pareja, o por madre soltera). Así, la estructura de edad en Diston tenía una forma extraña. Pero, aun así, Town no iba a decaer en absoluto.

Des tenía quince años. Lionel veintiuno. Grace treinta y nueve...

Se agachó para abrir el pestillo de la cancela, bajó de un brinco los siete escalones de piedra, llamó con la aldaba. Se quedó a la escucha. Fue acercándose el sonido de sus mullidas zapatillas; se arrastraban por el piso mientras al fondo (como de costumbre) se oía la pureza melódica de una canción de los Beatles. Su preferida de siempre: «When I'm Sixty-Four».

### 3

El amanecer hervía a fuego lento sobre el increíble edificio, la inmensidad apilada de Avalon Tower.

En el balcón acortinado (del tamaño de una angosta plaza de parking), Joe estaba tendido soñando con otros perros, perros enemigos, perros canallas de ojos brillantes como piedras preciosas. Ladraba en sueños. Jeff se dio la vuelta con un suspiro beatífico.

En el dormitorio número uno (del tamaño de una cancha de squash de techo bajo, y en el que había una distancia considerable entre las cosas, entre la puerta y la cama, entre la cama y el armario ropero, entre el armario ropero y el espejo de cuerpo entero basculante), Lionel yacía soñando con la cárcel y con sus cinco hermanos. Todos hacían cola en el economato para comprar chocolatinas Mars.

Y en el dormitorio número dos (del tamaño de una espaciosa cama de cuatro columnas), yacía Des soñando con una escalera de mano que llegaba al cielo.

Se hizo de día. Lionel se fue temprano con Joe y Jeff (negocios). Des siguió soñando.

Llevaba seis o siete meses sintiéndolo: las punzadas y aceleramientos de la inteligencia dentro de su ser. Cilla, la madre de Des, murió cuando él tenía doce años, y durante tres Des vivió como en un trance, como en un sueño de plomo; todo estaba embotado y sin madre. Y un día despertó.

Empezó a llevar un diario y un cuaderno de notas. Había una voz en su cabeza, y él la escuchaba y hablaba con ella. No, estaba en comunión con ella, estaba en

comuni3n con los susurros de su inteligencia. ¿Todo el mundo tena una, una voz interior? ¿Una voz interior m1s inteligente que uno mismo? Pens3 que probablemente no. Entonces, ¿de d3nde le vena?

Des mir3 el 1rbol familiar, su 1rbol del Conocimiento particular.

Bien, Grace Pepperdine, la abuela Grace, no se haba ocupado de la educaci3n de la madre de Des con demasiada dedicaci3n, por razones obvias: a la edad de diecinueve a1os tena siete hijos. Cilla fue la primera en nacer. Todos los dem1s eran chicos: John (escayolista), Paul (capataz), George (fontanero), Ringo (sin trabajo) y Stuart (un secretario de tres al cuarto). Al quedarse sin m1s nombres de los Beatles (incluido el Beatle «olvidado», Stuart Sutcliffe), Grace, exasperada, bautiz3 a su s3ptimo hijo con el nombre de Lionel (por un h3roe mucho menor, el core3grafo Lionel Blair). Lionel Asbo, como se le conocera m1s tarde, era el benjamn de una gran familia regentada por una madre sola apenas lo bastante mayor para votar. Aunque haca el crucigrama del *Telegraph* (no el r1pido sino el cr3ptico; tena una extra1a ma1a para ello), Grace no era una pensadora perspicaz. Cilla, sin embargo, *era m1s brillante que un mont3n de monos juntos*, seg3n Lionel. «*Dotada*», decan de ella. *La primera de la clase sin esforzarse. Y se qued3 pre1ada de ti. Estaba de seis meses cuando se examin3 para el ingreso en el instituto. Y aprob3. Pero despu3, cuando llegaste t3, Des, se acab3.* Cilla Pepperdine no se qued3 embarazada de m1s ni1os, sino que empez3 a llevar la primera juventud m1s desenfundada que pueda llevarse humanamente con un beb3 en casa; un beb3, luego un ni1o peque1o y luego un ni1o m1s mayor.

¿Qu3 sab1a de su padre? Muy poco. Una ignorancia que Cilla comparta en gran medida. Pero todo el mundo sab1a una cosa de su progenitor: era negro. De ah1 el color resinoso de Desmond, de caf3 con leche matizado con un atisbo de algo m1s oscuro. Palisandro, quiz1: de tez compacta, y con una fragancia inconfundible. Era un jovencito que ol1a muy bien, delicadamente ensamblado, de dientes impecablemente blancos y ojos melanc3licos. Cuando sonre1a ante el espejo, sonre1a con tristeza al fantasma de su padre, al fantasma de su genitor perdido. Pero en el mundo de vigilia s3lo lo haba visto una vez.

Iban subiendo por Steep Slope cogidos de la mano, Des (siete a1os) y Cilla (diecinueve), despu3 de una jarana en el parque de atracciones de Happy Valley, cuando de pronto ella dijo:

—¡Es 3l!

—¿Qui3n?

—¡Tu padre! Mira. ¡Es igual que t3! Boca. Nariz. ¡Joder!

Muy pobremente vestido, disparatadamente calzado, el padre de Des estaba sentado en un banco de metal, entre una mochila amarilla llena de manchas y cinco botellas grandes vacas de sidra Strongbow. Durante varios minutos Cilla trato de despertarlo, con violentas sacudidas y pellizcos con las u1as, y, hacia el final del

incidente, con bofetones alarmantemente sonoros propinados con la palma abierta de la mano.

—¿Crees que está muerto? —Cilla se inclinó hacia delante y le pegó un oído al pecho—. Esto a veces funciona —dijo, y acto seguido, intensa, morosamente, lo besó en los ojos—. No tiene remedio. —Se enderezó y le propinó al padre de Des un último y ensordecedor guantazo—. Bueno, vámonos, cariño.

Le cogió de la mano y siguió andando deprisa, y Des la siguió tropezando a cada paso, con la cabeza dándole vueltas, desbocada.

—¿Estás segura de que es él, mamá?

—Por supuesto que estoy segura. ¡No seas descarado!

—¡Mamá, para! Se está despertando. Vete y dale más besos en los ojos. Se está moviendo.

—No. Es el viento, amor. Quería preguntarle algo. Quería preguntarle cómo se llama.

—¡Dijiste que se llamaba Edwin!

—Era una suposición. Ya me conoces. Recuerdo las caras, pero no puedo recordar los nombres. Ah, Llorón. No... —Se agachó a su lado—. Escucha. Lo siento, cariño. Pero ¿qué puedo decir? ¡Llegó y se fue en una tarde!

—¡Dijiste que había durado una semana entera!

—Ah, no sigas. No, cariño. Se me parte el corazón... Escucha. Era amable. Era un encanto. De ahí te viene tu religión.

—No soy religioso —dijo él, y se examinó en el pañuelo de papel que su madre le apretaba contra la nariz—. Odio la Iglesia. Sólo me gustan las historias. Los milagros.

—Bueno, de ahí viene tu dulzura, mi amor. No te viene de mí.

Así que Des no lo vio más que una vez (y Cilla, al parecer, no lo vio más que dos veces). Y ninguno de los dos pudo siquiera imaginar lo atroz que aquel encuentro habría de ser en la memoria de Desmond. Porque también él, cinco años después, trataría con todas sus fuerzas de despertar a alguien, de despertar a alguien, de hacer que alguien volviera...

No era más que un resbalón, un pequeño resbalón, un pequeño resbalón en el suelo del supermercado.

Así que Des (que ahora se levantaba de la cama, en la vasta ciudadela) pensó que sería precipitado atribuir cualquier gran agudeza, cualquier gran sentido común, a su padre. ¿Quién, entonces, era la fuente de aquellas susurrantes, deleitosas expansiones, que cual erupciones solares cumplían con su cometido en su mente? Dominic Oldman: él era la fuente.

El abuelo Dom apenas acababa de salir de la escuela primaria cuando dejó embarazada de Cilla a la abuela Grace. Pero cuando volvió (y se quedó el tiempo suficiente para volver a dejarla embarazada de Lionel), estaba en la Universidad de Manchester estudiando Económicas. *Universidad*: sería difícil exagerar la referencia

y la frecuencia con las que Des susurraba esta palabra. Su traducción personal de ella era *el poema primero*. Para él significaba algo muy parecido a la armonía del cosmos... Y él la deseaba para él. Deseaba la *universidad*; quería el poema primero.

Y aquí estaba lo gracioso. A Cilla y a Lionel se les conocía en la familia como «los gemelos», porque eran los únicos hermanos que tenían el mismo padre. Y Des creía que Lionel (pese a su pavoroso currículum vitae) participaba secretamente del cacumen del viejo Oldman. La diferencia, al parecer, era de actitud. Des amaba su inteligencia; y Lionel la odiaba. ¿La odiaba? Bueno, estaba claro como la luz del día que siempre la había combatido y que se enorgullecía de ser estúpido a propósito.

Cuando Des fue a ver a su abuela, ¿estaba siendo estúpido a propósito? ¿Y estaba siéndolo ella también, cuando lo dejó entrar? Tras la noche fatídica, vino la mañana fatídica...

*Te traigo un poco de leche*, dijo desde la puerta.

Su abuela se dio la vuelta. Y él la siguió. Grace tomó asiento en el sillón, junto a la ventana, con sus gafas de abuela (de montura de metal circular), con la cara sin maquillar inclinada penitencialmente sobre el crucigrama del *Telegraph*. Al cabo de un rato, dijo:

*Me detienen con frecuencia, y me dirijo hacia el este en el último minuto. Dos, tres, cuatro, dos, cuatro...* Justo a tiempo.

Justo a tiempo. ¿Cómo resuelves ésta?

*Me detienen con frecuencia. En la cárcel a menudo. Me: m, e. Dirijo hacia el este: e. En el último minuto. Justo a tiempo.*<sup>[2]</sup> *Des, tú y yo. Vamos a ir al infierno.*

Diez minutos después, en el diván bajo, dijo: *Mientras no lo sepa nadie. Nunca. ¿Qué mal hacemos?*

*Sí. Y además aquí no está tan mal visto.*

*No, no lo está. Tíos y sobrinas. Padres e hijas, continuamente.*

*Y en la Torre tenemos a esos dos gemelos viviendo en pecado... Pero tú y yo. Abuela, ¿crees que es lícito?*

*¡No me llames abuela! Puede que sea delito menor. Tienes menos de dieciséis años.*

*Entonces, una multa, ¿no? Sí, seguramente tienes razón. Grace. Aun así.*

*Aun así. Intenta mantenerte lejos, Des. Aunque yo te lo pida... Intenta mantenerte lejos.*

Y lo intentó. Pero cuando ella se lo pedía, él iba, como atraído por un imán. Volvía, volvía a la pantomima en caída libre en la perdición.

«La principal función del punto y coma», leyó en su *Concise Oxford Dictionary*, «es marcar una separación gramatical de efecto más fuerte que la de la coma pero de efecto menor que la que indica el punto.»

Des sentía el peso del volumen en lo alto de los muslos. Era su posesión más



preciada. La sobrecubierta era azul *real* («profundo, vivo»).

«Puede emplearse también el punto y coma para señalar una división más fuerte en una frase en la que ya hay comas:

»¿Qué es lo que me ha tarado? ¿Mi abuela, censurando mi afecto infantil y convirtiéndolo en formalidad y fría cortesía; o mi pía madre, con su cautela patológica; o mi blando tío, quien, a pesar de las numerosas afrentas y agravios, no fue siquiera capaz de...»

Des oyó a los perros. No estaban ladrando, se percató. No exactamente. Estaban jurando en arameo (y los rottweilers de la azotea, débil y casi lastimeramente, de lejos, contestaban con similares juramentos).

¡Cojones!, gritaba Joe (o Jeff). Era más bien un grito bisilábico. ¡Cojón...!  
¡Cojón...! ¡Cojones...!

¡Cojones!, gritaba Jeff (o Joe). ¡Cojón...! ¡Cojón...! ¡Cojones!

#### 4

Los perros —dijo Lionel— descienden de los lobos. Son su herencia. Bien, los lobos —continuó— no son los enemigos naturales del hombre. Oh, no. El lobo no ataca al hombre. Eso es un mito. Eso es lo que es, Des. Un completo mito.

Des escuchaba. Lionel pronunció mal «mito». Los pronombres posesivos (*tuyo, suyo, mío*) aún seguían haciendo apariciones estelares de cuando en cuando, e invariablemente desobedecía la regla de los plurales (decía *ellos estaba*, etcétera). Pero su expresión verbal y su acento estaban en franca decadencia. Hasta hacía un par de años, Lionel pronunciaba bien su nombre. Pero actualmente decía *Loyonel*, o incluso *Loyonoo*.

—Bien, sé que piensas que soy duro con Jeff y Joe. Pero hay una razón. Para que ataquen a los humanos, cuando se lo ordeno... Ya es hora de que vuelva a emborracharlos.<sup>[3]</sup>

Cada dos semanas Lionel emborrachaba a los perros con cervezas escogidas. Qué interesante, pensó Des. En Estados Unidos *pissed* significaba «furioso, o cabreado»; en Inglaterra, *pissed* sólo significaba «borracho». Después de seis latas de *lager* fuerte de malta cada uno, Jeff y Joe estaban *pissed* en las dos acepciones. *Por supuesto, no me sirven para nada cuando están borrachos*, dijo Lionel. *Se vuelven muy fieros, pero apenas pueden andar. Es a la mañana siguiente... Ohhh. Cuando se ponen estupendos...* Aquel *ohhh* sonó más como un *ouè*. Y no era ésta la única muestra del francés involuntario de Lionel. Empleaba también *un* como modesto juramento para denotar frustración, esfuerzo, o incluso dolor físico leve. Des dijo:

—Los emborrachaste hace dos sábados.

—¿Ah, sí? ¿Para qué?

—Tenías esa reunión con el timador de Redbridge. El domingo por la mañana.

Lionel dijo:

—Sí, y la tuve, Des. La tuve.

Estaban disfrutando de su habitual desayuno cotidiano de té con leche y azúcar y pastelillos Pop-Tarts (había también unas cuantas latas de Cobra al alcance de la mano). La cocina, al igual que la habitación del Lionel, era espaciosa, pero dominaban en ella dos piezas del mobiliario que hacían que pareciera atestada. La primera: el televisor, tan ancho como la pared, impresionante en sí mismo pero casi imposible de utilizar; no podías alejarte lo bastante, y los colores parecían flotar, y cada uno de ellos aparecía rodeado por una aureola fantasmal. Fuera lo que fuese lo que estuvieran poniendo, a Des siempre le daba la impresión de que estaba viendo un documental sobre el Ku Klux Klan. La segunda, conocida como *el tanque*, era un cubo de basura cúbico, de color gris plomo y del tamaño de un lavavajillas normal. *No sólo tiene un aspecto elegante*, decía Lionel, mientras con la ayuda de Des lo sacaba a rastras del ascensor. *Es una bonita creación de la maquinaria. Alemana. Joder. Pesa lo suyo*. Pero también esta pieza tenía su defecto.

Lionel encendió un cigarrillo, y dijo:

—Te has sentado encima.

—No, nunca.

—Entonces, ¿por qué no se puede abrir?

—Casi nunca se abre, tío Li —dijo Des—. Desde el principio. —Habían tratado este asunto muchas veces—. Y cuando lo puedes abrir, no puedes cerrarlo.

—A veces se abre. ¿De qué coño sirve, a hombre o bestia, cerrado?

—Me he arrancado media uña intentando abrirlo.

Lionel se inclinó hacia el cubo y le dio un tirón a la tapa.

—*Un...* Te has sentado encima.

Comieron y bebieron en silencio.

—Ross Knowles.

Siguió un grave debate, o una grave disquisición, sobre la diferencia entre DCR y LCG: entre daños corporales reales y su más severo «hermano mayor» penal lesiones corporales graves. Como muchos delincuentes profesionales, Lionel estaba casi a nivel de doctor en temas del derecho penal. No en vano el código penal era el tercer elemento de su trinidad vocacional; los otros dos eran la villanía y la cárcel. Cuando Lionel hablaba de la ley (tratando de adoptar un estilo elevado), Des siempre le prestaba la máxima atención. El derecho penal, en cualquier caso, siempre estaba en su pensamiento.

—En pocas palabras, Des, en pocas palabras: es la diferencia entre el botiquín de primeros auxilios y la sala de urgencias.

—Y ese tal Ross Knowles, tío Li. ¿Cuánto tiempo ha estado en el Diston General? —preguntó Des (refiriéndose al peor hospital de Inglaterra).

—Oye, una objeción. Eso se basa en un prejuicio.

Jadeando, babeando, Jeff y Joe miraban fijamente a través del cristal de la puerta: con cara de piedra, frente asesina y las pequeñas orejas tratando de apuntarse mutuamente.

—¿Por qué se basa en un prejuicio?

—Es una hipótesis. —Pronunció *hipófesis*—. Le doy a Ross un golpecito en una pelea limpia, y sale del pub Hobgoblin y se mete debajo de un camión. —Camión lo pronunció también mal (con una oclusión glotal en la oclusiva final)—.<sup>[4]</sup> ¿Lo ves? Es un prejuicio.

Des asintió con la cabeza. Se rumoreaba insistentemente que Ross Knowles había salido en camilla del Hobgoblin.

—Según la Ley de Delitos contra las Personas —prosiguió Lionel—, existen la Agresión Común, los DCR y las LCG. Todo depende del grado de intención y de la gravedad de las lesiones. Si se emplean armas ofensivas, armas ofensivas de cualquier clase, ya sabes, algo como una jarra de cerveza..., entonces es LCG. Si el tipo necesita una transfusión de sangre, es LCG. Si le das en la mollera, es LCG.

—¿Con qué le diste tú, tío Li?

—Con una jarra de cerveza.

—¿Tuvieron que hacerle una transfusión?

—Eso dicen.

—¿Le diste en la mollera?

—No. Salté encima de ella. Con las zapatillas deportivas, date cuenta... El desfiguramiento visible o la incapacidad permanente..., ése es el factor decisivo, Des.

—¿Y en este caso, tío Li?

—Bueno, no sé, ¿no? No sé en qué tipo de condiciones estaba antes.

—¿Por qué le zurraste?

—No me gustó la sonrisa que tenía en la cara. —Lionel se echó a reír (una serie de gruñidos viscerales)—. No. No soy así de bruto. —Mal pronunciado—. Tenía dos motivos, Des. Ross Knowles... Le oí a Ross Knowles decir algo sobre comprar una tartana a Jayden Drago. Y además tiene un bigote igual que Marlon. Ese Ross. Así que le di bien dado.

—Un momento. —Des trató de entender (intentó ver lo que se infería de ello). Jayden Drago, el conocido vendedor de coches usados, era el padre de Gina Drago. Y Marlon, Marlon Welkway, era primo hermano de Lionel (y su asociado más estrecho) —. Sigo sin pillarlo.

—Dios. ¿Es que no me has oído? ¡Marlon se ha ligado a Gina! Sí. Marlon se ha ligado a Gina... Así que se me juntó todo en la cabeza. ¡Y me puse de un humor...! —Durante unos instantes Lionel se royó el pulgar. Y dijo en tono neutro—: Sigo confiando en que sea Agresión Común. Pero el expediente decía que las heridas

eran..., esto..., *propias de una Tentativa de Homicidio*. Así que veremos. ¿Vas a ir a clase hoy?

—Sí, he pensado que podría aparecer por el cole.

—Ah, pero qué angelito eres... Venga.

Rellenaron los boles de agua. Hombre y chico bajaron los treinta y tres pisos. Lionel, como de costumbre, entró en la tienda de la esquina para comprar cigarrillos y el *Morning Lark*, mientras Des esperaba en la acera.

—¿Fruta, tío Li? Qué raro. Tú no comes fruta.

—Sí, sí como. ¿De qué te crees que son los Pop-Tarts? Mira. Qué bonitos racimos de uvas. Verás, tengo un amigo que está..., esto..., indispuerto. He pensado que voy a ir a alegrarle un poco. Mete esto en la mochila.

Le tendió la botellita de Tabasco. Y una manzana.

—Una estupenda Granny Smith. Para la profe.

Para evocar el distrito londinense de Diston, acudimos a la poesía de Caos:

Cada cosa, hostil  
a todas las demás: en cada punto,  
caliente se oponía a frío, húmedo a seco, blando a duro,  
y liviandad a peso.

Así que Des vivía su vida en túneles. El túnel del apartamento al colegio, el túnel (no el mismo) del colegio al apartamento. Y todo el laberinto que lo llevaba a Grace y lo hacía regresar al punto de partida. Vivía su vida en túneles... Y, sin embargo, para el alma sensible, en Diston Town no había en verdad ningún lugar adonde mirar más que uno. ¿Hacia dónde se dirigían los ojos? Hacia arriba, arriba...

El colegio, Squeers Free, bajo un cielo blanco: el director blando, los profesores desmoralizados con sus chándals de rayón, el pequeño gimnasio destartado con sus cables trampa y sus bombas trampa, los asesores de estilo de vida (cada niño importa) y los coordinadores de necesidades especiales (que se ocupaban de los «no lectores»). Por si fuera poco, Squeers Free se llevaba la palma en llamadas a la policía, estaba en la cola de los aprobados en secundaria y ostentaba las tasas más altas de absentismo escolar. También se hallaba en cabeza en expulsiones temporales, expulsiones definitivas y expedientes de la Unidad de Remisión de Alumnos; el envío de un alumno a tal unidad solía ser la puerta que conducía más tarde a un Centro de Custodia de Menores, y luego a una Institución para Delincuentes Juveniles. Lionel, que había seguido esta ruta, siempre hablaba de sus cinco años y medio (en lapsos discontinuos) en una Institución para Delincuentes Juveniles (o *Yoi*<sup>[5]</sup> como él la llamaba) con un cariño compungido, como quien recuerda un rito de paso; inevitable, agri dulce. *Salía un mes, solía rememorar. Y otra vez al norte. A mi Yoi.*

Por otra parte, Squeers Free tenía en su sala de profesores a un Mentor de Aprendizaje excepcional: el señor Vincent Tigg.

*¿Qué pasa contigo, Desmond? Siempre has sido un cabroncete holgazán. Y ahora todo te parece poco. Bien, ¿qué vendrá después?*

*Me gustan las lenguas modernas, señor. Y la historia. Y la sociología. Y la astronomía. Y...*

*No lo puedes estudiar todo, ¿sabes?*

*Sí, sí puedo. Un chico del Renacimiento, ¿no?*

*... Tendrás que vigilar esa sonrisa, chaval. Muy bien. Veremos qué podemos hacer contigo. Ahora vete.*

¿Y en el patio de recreo? A primera vista, Des era uno de los más que probables candidatos a sufrir acoso escolar. Rara vez hacía novillos, nunca se dormía en clase, no agredía a los profesores ni se «chutaba» en los retretes, y prefería la compañía femenina (el bello sexo, en Squeers Free, era ya bastante rudo de por sí). Por lo tanto, en el curso normal de las cosas, Des habría sido víctima de un salvaje matonismo escolar, al igual que todos los demás inadaptados (empollones, esmirriados, cuatro ojos, gorditos sudorosos); acosados salvajemente hasta llevarlos al borde del suicidio y más allá. Le llamaban Nena y Cocinitas, pero a Des no le maltrataban. ¿Cómo se explicaba esto? Para utilizar la expresión preferida de Ringo, la cosa *estaba clarísima*. Desmond Pepperdine era intocable. Era el sobrino y pupilo de Lionel Asbo.

En la calle era distinto. Una vez al trimestre, sin falta, Lionel acompañaba a su sobrino a Squeers Free, y volvía a acompañarlo de regreso al apartamento (refrenando, con dificultad exagerada, a los dos pitbulls espumajeados que llevaba sujetos por unas gruesas cadenas de acero). Pero habría sido necio suponer que cada uno de los integrantes de las bandas y cada uno de los grupos parapoliciales (y cada pandillero jamaicano y cada yihadista) de todo el territorio conocía al gran asocial. Y era distinto por la noche, porque gente diferente, figuras humanas diferentes se crecían después del crepúsculo... Des era rápido de pies, pero por otra parte no era apto para la vida en Diston Town. Si bien era la segunda o incluso la primera naturaleza de Lionel (declarado «incontrolable» a la edad de dieciocho meses), la violencia era ajena a Des, pues la violencia —pese a ser extrema y ubicua— siempre le había parecido provenir de otra dimensión.

Así pues, ese día se metió en el túnel y fue al colegio. Pero de regreso a casa hizo una finta hacia un lado y tomó un desvío. Vacilante, con una enorme inhibición, entró en la Biblioteca Pública de Blimber Road. Squeers Free tenía biblioteca, por supuesto, una fría caseta prefabricada con unos cuantos libros de texto elementales y libros de bolsillo rotos y esparcidos por el suelo... Pero aquello era otra cosa: hileras e hileras de estanterías de presencia orgullosa, como generales profusamente

condecorados. ¿Con qué derecho o título podía uno reclamar cualquier participación en ello? Entró en la Sala de Lectura, donde los periódicos, firmemente sujetos con abrazaderas a largos travesaños de madera, parecían a disposición del público para su examen. Nadie le detuvo cuando se acercó a ellos.

Por supuesto, había visto esos periódicos antes, en la tienda de la esquina y en otros sitios, y allí estaban los *Telegraph* de la abuela, pero su experiencia de periódicos reales se reducía a los *Morning Lark* que Lionel dejaba en el apartamento, todos arrugados, como plantas rodadoras de papiroflexia (había también alguna que otra *Diston Gazette*). Apartando los ojos respetuosamente de los *Times*, los *Independent*, los *Guardian*, Des alargó la mano hacia el *Sun*, que al menos se parecía al *Lark*, con su logotipo carmesí y la prometida del futbolista en primera plana, saliendo de un club nocturno dando tumbos, con sangre resbalándole por el cuello. Y, cómo no, en tercera página (Noticias breves) una pelirroja en bragas y sombrero mexicano.

Pero todas las similitudes terminaban ahí. En el *Sun* tenías escándalos y cotilleos, y más chicas, pero también noticias internacionales, reseñas parlamentarias, comentarios, análisis... Hasta entonces había aceptado el *Morning Lark* como un reflejo fidedigno de la realidad. A veces, ciertamente, había llegado a pensar que era un periódico local (un suplemento desenfadado de la *Gazette*), tal era su fidelidad a los hábitos y costumbres de su distrito. Ahora, sin embargo, mientras estaba allí de pie con el *Sun* tembloroso en sus manos, el *Lark* revelaba a las claras lo que era: una revista diaria para varones que se hacía pasar, sin demasiado ahínco, por un periódico serio.

El *Sun*, además de recomendarlo, tenía un consultorio sentimental dirigido no por la incompetente Jennaveieve, sino por una —todo parecía indicar— sabia dama de edad llamada Daphne, quien, aquel día, se enfrentaba llena de comprensión a una serie de graves problemas y dilemas, y sugería folletos y teléfonos de asistencia, y parecía genuinamente...

—Querida Daphne... —susurró Desmond.

## 5

Hagamos retroceder el reloj a enero, y a la víspera de su decimoquinto cumpleaños.

El tío Lionel estaba en el balcón, ordenándoles machaconamente cosas a los perros. Des, con un delantal blanco (en aquel tiempo aún no había hecho nada malo y no sabía de argucias), estaba fregando.

*Ven aquí fuera, Des. Deja las tareas de casa... Escucha. Prohibido ir al cole mañana.*

*¿Por qué, tío Li?*

*Te lo diré mañana por la mañana... Des. Chicas. ¿Lo has hecho ya? No, no me contestes. No quiero saberlo. Mírate, con ese delantal blanco. Catorce años.*

A Des lo despertó una bocanada de humo de cigarrillo. Alzó la vista, con los ojos inocentes entrecerrados. Lionel, con una camiseta de malla negra, esperaba a que se despertara.

*Córrete un poco, dijo, y se sentó en la cama. Muy bien. Ahora eres ya un hombrecito. Tienes quince años. Y eres huérfano. Así que tienes que escuchar a tu tío Li.*

*Sí, claro.*

*Muy bien. Desde hoy, hijo, puedes usar mi Mac. Cuando no estoy en casa.*

Sonriendo, Des dijo gracias, y lo decía de verdad. A su tío Lionel lo percibía también como una especie de «antipapá» o «contrapadre».

*Pero escucha. Lionel levantó un índice corto y grueso. Pero no para que hagas el tonto con él. Quiero que concentres tus esfuerzos.*

*¿En qué?*

*En el porno.*

Como todo distoniano con la edad suficiente para caminar, Des conocía la existencia de la pornografía en la Red. Pero nunca la había buscado.

*¿El porno, tío Li?*

*El porno. Ya ves, Des, así son las cosas. Lo cierto es que no necesitas a las chicas. ¿Chicas? Dan más problemas de lo que valen, si quieres saber mi opinión. Con el Mac, si quieres podrás darte tres subidones diarios, ¡únicamente con la imaginación! Y no tendrás que joderlo todo. Muy bien. La clase ha terminado. Se acabó la primera lección. Prométeme que pensarás en lo que te digo. Y aquí tienes cinco libras, para ti.*

Lionel se puso en pie. Sonrió abiertamente (algo que hacía raras veces) y dijo:

*Adelante, que lo disfrutes... Cuando vuelva a casa esta noche, estarás con un bastón de ciego en la palma peluda. Se le ahondó la sonrisa. Espero que Jeff y Joe se lleven bien con tu perro lazarillo. Y una recomendación: Corridas en la cara. Empieza con buen pie. Bueno, hijo. Feliz cumpleaños. Estoy muy contento de haber tenido esta charla. Ha aclarado las cosas.*

De hecho, Des echó una rápida ojeada a *Corridas en la cara*. Y la página, descubrió, tenía un nombre muy apropiado: jamás había visto nada ni la mitad de jodido en toda su vida.<sup>[6]</sup> Después de quedarse boquiabierto durante los treinta segundos que la estuvo mirando, hizo clic en Historial de navegación. No había duda. La pornografía que veía Lionel era de un gusto en extremo cuestionable. Así, durante una hora, Des navegó o naufragó al azar, en un océano Pacífico de inmundicia. Y ese navegar o naufragar —cayó en la cuenta con una especie de terror— era un modo de

averiguar quién eras sexualmente, al averiguar lo que te gustaba —si te gustaba o no lo que te gustaba.

¿Y qué le gustaba a Des Pepperdine? Bien, su espíritu reculó instantánea y tranquilizadamente ante cualquier cosa extraña. O cualquier cosa ruda. En los revueltos e interminables primeros planos, hasta la sencilla y franca cópula parecía horrenda (es lo que sucede, pensó Des súbitamente, cuando un zoo viola a un acuario). Y todos aquellos tipos desnudos, con caras de moteros o convictos, y sus tatuajes extremos... Las lesbianas estaban bien, pero resultó que lo que a él le gustaba era esto: una chica preciosa que actuaba sola, que se desnudaba despacio (nunca era demasiado despacio), y se entregaba, quizá, a unas caricias discretas —la iluminación era vaga y neblinosa—. Prácticamente todo lo demás parecía gladiatorio. ¡Soy un romántico!, pensó. Lo sabía... Y, tras un interludio meditabundo, con el patrocinio de la *Incitación en estricto solo*, y más particularmente una rubia llamada Cadene Meadowbrook con el poder de una varita mágica, Des dejó la Red, se metió en la Nube y se puso a aprender caligrafía.

La Nube, la Red: el fruto del Árbol de la Ciencia, del Conocimiento del Bien y del Mal. Era la moderna Caída, y no había vuelta atrás.

*Estás poniendo otra vez esa cara rara*, dijo durante su siguiente sesión con Alekra.

*¿Qué cara rara?*

*Como si te estuvieras mirando al espejo. O a una cámara... Uf, eso duele.*

Chanel era igual, y Joslinne, y Jade. ¿Qué esperabas? Habían empezado a aprender lo de los pájaros y las abejas (en alta definición) cuando tenían tres años.

*... Por qué estáis siempre escupiendo y diciendo lo malos que sois.*

*Es lo que esperan los chicos.*

Él dijo:

*Yo no. Ya ves, amor; soy un romántico. Así estoy hecho.*

Y todo era tan diferente con Grace.

Aquella primera vez, cuando ella le echó las miradas raras, él se quedó paralizado por la irrealidad de todo lo que le estaba pasando, por lo de los Dubonnets y ¡lo del picardías! *¡Ven aquí, guapo, y dame un abrazo!* La premisa inmutable era ésta: él no podía herirla, no podía desairarla, no iba con él, no estaba hecho de esa pasta. Así que cruzó la sala en dirección a ella. Y qué largo fue ese trayecto; cinco metros a través del apartamento de su abuela, desde la gracia hasta Grace. Cruzó la sala movido por la clara imposibilidad de hacer otra cosa, y entró en el mundo sin responsabilidad de los sordos. Luego se tendió boca arriba y sucumbió a un experimento, un experimento de suavidad y delicadeza. Y la textura de la carne de ella al tacto, con aquella extraña elasticidad, y la hondura de todo lo que rezumaba vida en ella, se hallaba ahora lánguidamente vinculado a él y a su cuerpo.

*Oh, eres tan bello, Desi, queridísimo mío... Me duele en el alma que seas tan*



bello.

Y el corazón de él, a su vez, se le encendió dentro, como un clímax interno que le ascendiera veloz desde el pecho a la garganta. La besó en el cuello. Ella le tocó la frente. Sobre la mesa había un bote de mermelada de fresa con una cucharilla dentro. En el equipo estéreo, con su diminuto pero furioso ojo rojo, sonaba «If I Fell».

Eso fue en marzo, y ahora era abril. Era abril, con su goteo goteo goteo...

—Des, hay algo que nunca te he dicho.

Se estaban vistiendo. De momento, todo quedaba atrás; el laboratorio insonorizado del pecado.

—¿Y qué es, abuela? Perdón, ¿qué es, Grace?

—¿Te acuerdas... te acuerdas de cuando solía tener amigos varones? ¿Te acuerdas de Toby?

—Toby. Me acuerdo de él. Y de Kevin.

—Sí, y Kevin. ¿Sabes por qué dejé de tenerlos?

—¿Por qué?

—Por Lionel... ¿Te acuerdas del verano en que murió tu abuelo?

Dominic Oldman estaba pescando con su hijo Mark (unigénito en su matrimonio de doce años con una farmacéutica llamada Eileen). Y de pronto la naturaleza se hizo demasiado grande y demasiado ruidosa, y Mark se deslizó por la pendiente de la orilla y cayó en el obstinado río Avon, y Dominic se zambulló tras él. Sólo Mark volvió; sólo Mark regresó del otro lado de las espesas redes de la bruma.

—Dejaron salir a Lionel del reformatorio para la incineración. Tú también estuviste allí, Des. Cuando terminó, Lionel me trae a casa, y baja una Biblia de la estantería. Me aprieta la mano contra ella y me hace jurar. *Se acabaron esos putos tíos, mamá, dice. Se acabaron esas tonterías, mujer. Se te ha pasado el tiempo, además. Se acabó.*

Des se vio a sí mismo aquel día, en Golders Green, con camisa blanca, corbata azul, pantalones largos negros. Tenía diez años. La abuela debía de tener treinta y cuatro.

—Y me dio miedo. De veras. —Estiró la muñeca y la hizo rotar—. Pasa el tiempo y Toby se presenta en casa para tomar una taza de té. Lleva aquí media hora y suena el timbre. Lionel. Agarra al pobre Toby y lo saca a rastras del pelo y le da una buena somanta ahí en las escaleras. ¡Por una taza de té! Ohhh. «Mísero señor Mostaza.» Mira, tiene espías... ¡No pongas esa cara de asustado, Des! Contigo no pasa nada; tú entras y sales todo el tiempo. Y yo soy tu abuela.

Lanzó su nueva y extraña risa en espiral, alargó la mano para coger el crucigrama y se sentó de un brinco en el sillón de al lado de la ventana.

—Cuatro letras... Es un anagrama. Lo tengo. *Roma.*

—¿Sí? ¿Cuál es la clave?

—Taza que se rompe después de utilizarse.

Mientras caminaba entre las lentejuelas de un chaparrón de abril (iba a la pequeña oficina auxiliar de correos a comprar un sobre y un sello urgente), Des pensaba en cosas de cuando Lionel era un niño que le había contado su madre.

El apodo de Mísero señor Mostaza le venía de la canción de los Beatles, y no sólo se refería a la animosidad del talante de Lionel sino también a su tacañería (*Duerme en un hueco de la carretera... Guarda un billete de diez chelines en las narices. Un viejo tan miserable*). Se ganó el mote ya en su etapa de bebé que empieza a andar; era un acaparador implacable y no compartía nada con nadie. Si alguno de sus hermanos jugaba con sus juguetes (incluso cuando él no estaba), luego deseaba no haberlo hecho. John, Paul, George, Ringo y Stuart..., todos tenían miedo a su hermano pequeño. John, que tenía entonces siete años, le contó a Cilla, que tenía entonces ocho años, que le tenía un miedo cerval a Lionel, que tenía entonces dos años.

Lo último que hacía por la noche el pequeño Lionel era sellar la tapa de su caja de juguetes con un pelo de su propia cabellera humedecido y pegado. Así podía saber si alguien se había tomado la libertad de abrirla mientras él dormía... Luego hacía sus pesquisas (casi siempre había sido Ringo), y la vez siguiente que Ringo estaba dormido, Lionel se acercaba sigilosamente a él blandiendo su Transformer de más peso.

Había cumplido su primera Orden de Retención a los tres años. Tres años y dos días: un récord nacional (aunque disputado por otros candidatos). Y fue por romper cristales de las ventanillas de los coches con adoquines. Las autoridades reseñaron también su costumbre, cuando iba con su madre a las compras, de tirar a patadas las pirámides de botellas y latas en exposición. Era de esperar quizá que pronto mostraría cierta inclinación a la crueldad con los animales, pero Lionel fue más lejos, y una noche llevó a cabo un serio intento de prender fuego a una tienda de animales. Si hubiera llegado media generación más tarde, su primera Orden de Retención se habría llamado un «BASBO», o un «ASBO para Bebés»... siendo ASBO (como todo el reino sabía ahora) las iniciales de *Anti-Social Behaviour Order*.<sup>[7]</sup>

¿Qué es lo que le pasaba? ¿Por qué se afanaba tanto en ser estúpido? O sea (pensó Des), si te pasas un tercio de tu vida de vigilia ante los tribunales, ¿no es un poco estúpido cambiarte el nombre, en el registro civil, el día mismo en que cumples los dieciocho años, de Lionel Pepperdine a Lionel Asbo? Lo único que su tío habría dicho era que *Pepperdine es una mierda de apellido, de todas formas. Y Asbo tiene cierta sonoridad melodiosa*. El caso literal era éste: Lionel alardeaba de su lazo electrónico (una especie de tobillera con una pila adosada), incluso cuando subía al estrado en el tribunal de Old Bailey (*Ah, sí... Señor... «Asbo». Señor Asbo, ésta no es la primera vez que usted...*). Uno no podría hacer eso si al hecho de hacerse el tonto no le hubiera dedicado antes grandes dosis de pensamiento inteligente.

*Querida Daphne*, escribió Desmond en la sala de lectura de la biblioteca:

*Soy un joven de Liverpool (quince años) que está teniendo una aventura amorosa con su abuela. Obviamente, no es una situación ideal. Los dos vivimos en Kensington, que suena a pijo pero que en realidad se trata de la zona más pobre de la ciudad (nosotros la llamamos «Kenny»). Estoy en un viaje subvencionado a Londres para ver jugar a «los Rojos» contra los West Ham; de ahí el matasellos de Londres.*

*¿Podría informarme de los aspectos legales de mi situación? Estoy tremendamente preocupado por ellos. Y, cuando me aclare ese punto, volveré a escribirle (si le parece bien) sobre mi tío y el otro problema que tengo. Ya ve, Daphne, estoy muy confuso.*

Quizá tendría que haber sido sincero y haberle dicho que vivo en Diston, pensó. Lo entendería todo, entonces. O sea, que demográficamente hablando hay muchas diferencias con... No, he hecho bien. «Kenny» tiene que ser casi igual de malo.

*Estaría bien una charla en uno de sus teléfonos de asistencia. Y si tuviera algunos folletos que cree que debería leer...*

## 6

En Diston había muchos millares de torres de alta tensión, y todas ellas chisporroteaban. El peor tramo de Cuttle Canal se mantenía tan activo como un géiser: escupía y hacía plaf, y lanzaba besos de labios gruesos a los viandantes, que en aquel paraje apretaban el paso. Más allá de Jupes Lanes se extendía Stung Meanchey (así bautizada por sus habitantes, que eran coreanos), un vertedero de desechos electrónicos de quinientas hectáreas y con la altura de una casa. Ordenadores viejos, televisores, teléfonos móviles y frigoríficos: plomo, mercurio, berilio, aluminio. Diston zumbaba. Un fondo de radiación y un fondo de música para una media de vida de cincuenta y cinco años.

Oyó que Lionel atacaba los cerrojos. Los chasquidos y trepidaciones dispersaron su ensueño apaciguador. En ese ensueño, una Daphne diligente se ocupaba de un gran montón de correo que contestar. Sacaba la carta de Desmond del sobre; su ceño se diluía en un centelleo indulgente, y se ponía a teclear su respuesta. *Pobrecito, debes de haber estado mortalmente preocupado. ¡Y sin motivo alguno! Afortunadamente, por una enmienda legal de 1979, ya no es...* Pero Lionel entró con paso pesado. Lionel entró con paso pesado y con dos botellas de litro de licor (sin etiqueta; y una de ellas medio vacía), y un *vindaloo* de cordero muy picante que había comprado en un indio para los perros.

—He tenido éxito —dijo— con Ross Knowles. Al décimo intento. Pero mira. Reúne todo el valor que tengas, Des, y echa una mirada a esto.

Lionel parecía agitado, estimulado, si no completamente borracho (y, como siempre, de un tamaño mayor al que uno se esperaba). Pero Des advirtió que algo no iba bien y presintió el peligro... Lionel no estaba borracho; nunca se emborrachaba. Ingería cantidades suicidas de alcohol, y nunca se emborrachaba. Y lo mismo con el hachís, la coca, el crack, la heroína, el éxtasis y la metanfetamina. Nada le hacía efecto (no había intoxicación, repercusiones). En su esfera propia, al menos, Lionel era un individuo equilibrado. Pero esa noche tenía un aire de determinación iluminada, y algo iba mal.

Lionel puso la botella boca abajo y tomó seis tragos, siete, ocho. Se secó la boca con la muñeca y dijo:

—A esto es a lo que ha llegado este país, Des. Un periódico nacional publicando esto. —Con el índice y el pulgar, y exagerando un poco los melindres, Lionel se sacó del bolsillo de atrás del pantalón un ejemplar enrollado del *Morning Lark*—, La segunda página de Anuncios Clasificados. Las llaman GILFs.

—Dios... ¡Ésa tiene setenta y ocho!

—GILFs, Des. En topless a los setenta y ocho años. ¿Qué están haciendo vivas a los setenta y ocho años? ¡Así que para qué hablar de topless! Es una..., esto..., contradicción en los términos, eso es lo que es, Des. GILFs.<sup>[8]</sup> Abuelas que me gustaría... A nadie le gustaría follarse a una abuela. Ahora resulta que sí. Contradicción en los términos. —Lionel añadió vagamente—: Supón que las llamamos NILFs.

—¿NILFs?

—NILFs.<sup>[9]</sup> Yayas que me gustaría... Y esto es Inglaterra, Des. Una nación un día orgullosa. Mira. *Amante cachas para abuelita folladora*. Esto es Inglaterra.

Era una noche clara de principios de mayo, con un toque de frío. Des se secó el sudor de encima del labio superior.

—¿Qué te pasa, Des? Tienes una expresión rara en la cara.

—No, estoy bien, tío Li. Así que... ¿te ha salido bien lo de hoy? ¿Con Ross Knowles?

—¿Qué? Ah, cambio de tema, ¿no? —Bostezó, y siguió hablando en tono blando—. Sí. Estoy fuera de la sala donde lo tienen en vigilancia, con mis uvas. Y tengo un poco de suerte. Hay un poli, pero está en una camilla. Le sale sangre por las orejas. Una de esas superbacterias..., no sé.

Des se encogió de hombros y dijo:

—El Diston General.

—Sí, el Diston General... Así que estoy allí junto a la cama, mirándole, y él abre los ojos. No alcé la voz, todo en un suspiro. Dije: Eh... ¿Se acuerda de mí, señor Knowles? ¿O puedo llamarle Ross? Lamento sinceramente, Ross, cualquier mal que haya podido causarle. Verá, aquella noche no era yo mismo. Tenía penas de amor. De amor, Ross. ¿Cómo se sentiría usted, cómo se sentiría usted, Ross, si a la chica de sus sueños se la estuviera follando su mejor amigo?

—¿Él dijo algo, tío Li?

—No. Tenía las mandíbulas sujetas con alambres. Y le digo: *Tiene que entender, Ross, que soy un joven muy desequilibrado. Bien, pues si sigue adelante con esto, me meterán dentro... ¿cuánto tiempo? ¿Ocho meses? ¿Un año? Pero cuando salga, Ross, volveré a machacarle. Aunque peor. Y volverán a encerrarme. Porque soy estúpido. Lo soy. Soy estúpido...* Así que se lo ha pensado, y lo hemos arreglado sin ir a juicio.

—¿Qué le has dado?

—Le he dado un racimo de uvas. —Lionel se irguió y dijo—: Yo lo llamo la teoría del idiota, Des. Con ella es imposible que te equivoques. Muy bien. ¿Dónde está el Tabasco?

Los perros lamían el cristal de la puerta. Lionel estaba de pie junto a la encimera contigua al frigorífico, echando chorros de chile a la carne humeante. Con sendos boles sobre la palma de las manos, abrió la puerta corredera y salió al balcón. Des preparaba el rogan josh.

—Ah, un rogan josh... —dijo Lionel—. Uno sabe dónde está cuando se come un rogan josh.

Mientras iban ensartando la carne con el tenedor (Lionel era un comedor irregular, en cualquier caso; y Des estaba ya harto de aquel plato), fue gestándose y ascendiendo un pesado silencio. Un silencio poderoso, bombeado, esteroide, un silencio de Lionel, lo bastante estridente para ahogar los gimoteos abrasados de Jeff y Joe...

—Está demasiado picante para ellos —dijo Des, seco.

Lionel dejó los cubiertos a los lados. Se volvió, estiró las piernas con rigidez y se cruzó de brazos con un gruñido. Transcurrieron unos minutos. Se puso de pie y dio varias vueltas por la cocina, mirándose los zapatos con fijeza crítica. Transcurrieron varios minutos.

—¿Sabes? Estoy muy preocupado —dijo—. Por tu abuela.

—¿Sí? —Des tragó lo que tenía la boca—. ¿Por qué?

—Por su moralidad.

—¿Por su moralidad?

—Sí. ¿Sabes el viejo Dudley?

—Dudley. Sí.

Dudley era el alegre racista del apartamento contiguo al de su abuela.

—Dudley. El viejo Dudley. Cree que oye ruidos.

—¿Qué clase de ruidos?

—Gemidos. —Lionel miró hacia el techo—. Como si, Dios no lo quiera, alguien se la estuviera follando...

Des se las arregló para decir:

—Eh..., eso es prejuizar. Eso es lo que es, tío Li. Podría estar gimiendo por otra

cosa. Por dolor...

—¿Sabes, Des? Eso es exactamente lo que yo pensé. Es exactamente lo que yo pensé. De hecho, le di un buen mamporro al viejo Dud por... por la insinuación. Mamá nunca me haría eso. ¡Mamá no, tío! ¡Mi madre no!

Por un instante, Des creyó que Lionel se iba a echar a llorar; pero su semblante se despejó y dijo, en tono informal:

—Sé que solía verse con algún tipo de vez en cuando. Con Toby y demás. Pero cuando Dominic murió mamá cambió de forma de ser. Pasó página. Me dijo: *Lionel, tu padre ha muerto, y ha dado la vida por su pequeño. Y habría hecho lo mismo por ti. O por Cilla. Y voy a respetar eso, Lionel. Voy a respetar la memoria de Dom. Así que no más hombres.* Y lanzó esa risita y dijo: *Y mírame. ¡Ya se me ha pasado el tiempo, de todas formas!* Pero ahora... ahora ahí están esos gemidos...

Des dijo:

—Yo estoy todo el tiempo entrando y saliendo de su casa. Y nunca he visto nada.

—Ya. Bien, pues ten los ojos bien abiertos, Des. Mira en el cuarto de baño. Maquinilla de afeitar. Otro cepillo de dientes. Cualquier cosa... inconveniente.

—Por supuesto que lo haré.

—Ya... La abuela gemidora. Es dolor. Eso es lo que es. Es la edad, la etapa que está atravesando en la vida. Fiuuu, no te puedes imaginar lo que sufren, Des. Durante el cambio. Son sus entrañas. ¿Vas a salir otra vez esta noche?

Des tenía una cita con su abuela. Se rascó el pecho y dijo:

—No. Me quedaré en casa. A ver el fútbol. Puede que saque a los perros. Dentro de un rato.

—... Son sus entrañas. Todo eso que tienen ahí abajo, que está a punto de ir mal... ¿Mi madre una GILF? No. ¿Mi madre una abuelita folladora? No.

Minutos después, Des bajaba las infinitas escaleras con Jeff y Joe. Aquello le estaba rompiendo los esquemas, porque su abuela nunca gemía. Ni por dolor ni por pasión. Se llevó la punta de los dedos a las sienes, y buscó los túneles de viento y las cámaras de eco de su memoria auditiva. Oyó su risa (sonrisa de antaño), oyó sus retazos de canciones de los Beatles, y volvió a oír su risa (su risa más reciente, entregada, con cierta arista desconcertante). Pero la abuela nunca gemía. Eran Jade y Alektra las que montaban un escándalo (al menos cuando sus madres no estaban en casa). Pero no la abuela. ¿Gemir la abuela? Nunca...

En la explanada delantera se metió en una cabina telefónica no demasiado destrozada.

¿Gime porque tiene una enfermedad consuntiva de la que nunca me ha hablado? ¿O gime porque...?

El pensamiento se detuvo en seco.

Hizo la llamada y pospuso la cita a veinticuatro horas después. No le contó nada sobre Dudley y los gemidos.

Se hizo de día. Oyó un retazo, un rizo, un leve canto de pájaro; la ciudad volvía lentamente a la vida, y a las ocho de la mañana toda la Torre era un enorme taller de bricolaje: martillos, afiladoras, el quejido incesante de las lijadoras eléctricas... Des se dio una ducha y tomó una taza de té. Lionel seguía durmiendo; había salido tarde y había estado fuera hasta tarde (su vuelta, a las cinco, había sido tempestuosa). Tenía la puerta del cuarto abierta, y Des se detuvo un instante ante ella. Había sido el dormitorio de su madre. Aquel alto espejo basculante... Solía evaluarse delante de él, con una palma pegada al vientre; de frente, de perfil, otra vez de frente; y luego se había ido... Ahora Lionel se dio la vuelta hasta quedar boca arriba: su pecho subía y bajaba, mientras él roncaba como una draga.

Fuera, el día era brillante y seco, y ebriamente tormentoso. Las verjas se abrían y cerraban de golpe, las contraventanas se agitaban con ruido, los cubos de basura se volcaban. Aquella mañana, Des sintió que tenía que dar a su vista un minuto de paz, un minuto de quietud. Para que su cabeza volviera a su ser. Pero sus pensamientos vagaban, y él vagaba tras ellos bajo un cielo veloz, vertiginoso. Las mujeres, las madres, leían la magnitud de su problema en la redondez aññada de su cara. De piernas largas, con pantalón corto y chaqueta sport, y una mochila a la espalda, y deteniéndose cada diez metros para pasarse los dedos trémulos por las tupidas hileras del pelo.

... En las calles de El Cairo el ruido ambiental era de noventa decibelios —un promedio medido científicamente—, o el equivalente a un tren de mercancías que pasara a una distancia de cinco metros (el ruido ambiental causaba sordera parcial, neurosis, ataques al corazón, abortos). Diston Town no era tan ruidoso como El Cairo, pero era célebre por sus talleres de reparación de automóviles, sus serrerías, sus curtidurías, y por su tráfico sin ley. Parecía haberse adjudicado una mayor cuota de demoliciones y obras en la calle y podas municipales de árboles y aspirado de hojas de lo que un reparto justo le habría podido deparar, y asimismo más cuota de alarmas de coches, alarmas antirrobo y alarmas contra incendios (¡el café odia a la furgoneta!, ¡la bicicleta odia a la tienda!, ¡el pub odia al autobús!), y, por supuesto, más cuota de sirenas.

En aquella parte de la ciudad mundial, la tecnología de lo compacto aún no había suplantado a las atronadoras radios de transistores y a los radiocasetes y a los altavoces de alta fidelidad de alféizar de ventana. La gente se gritaba como siempre, pero ahora se gritaba más fuerte. Jeff y Joe no eran los únicos perros del barrio que padecían el síndrome de Tourette canino. También los pitbulls «malhablados», los gatos chillones, las miríadas de palomas que lo emporcaban todo; sólo los zorros fugitivos se atenían a su código de silencio.

Diston, con su canal eructador, magmático, sus torres de alta tensión bisbiseantes, de poca altura, sus desechos llenos de zumbidos. Diston, un mundo de cursivas y de signos de admiración.

Camino del colegio, Des entró en la Biblioteca Pública de Blimber Road. Era un lugar donde uno podía oírse a sí mismo toser, suspirar, respirar, donde uno podía oír los puntos y las junturas de sus propios senos nasales. Se dirigió directamente a la radiante Sala de Lectura, con sus motas plateadas de polvo.

Lo primero que hizo, como es natural, fue abrir el *Sun* y buscar atropelladamente «Querida Daphne». Problemas para conseguir una erección, problemas para mantener una erección, el montón de chicas cuyos amantes casados no dejaban a sus mujeres, el montón de chicos a quienes les encantaba vestir ropa de mujer; todo esto pero ni una palabra sobre un chico de quince años y su abuela. Habían pasado once días desde que envió la carta. ¿Por qué no la había publicado Daphne? ¿Era tan terrible que no lo hubiera hecho? No (o eso es lo que una parte de sí mismo seguía esperando sin demasiada fe): era demasiado trivial.

Des cerró los ojos y se vio a sí mismo con trece años en el apartamento de su abuela. Como de costumbre, lloraba sobre una manga, mientras su abuela le acariciaba el pelo y entonaba con suavidad aquella melodía emoliente: «Hey, Jude». *Hey, Jude, no lo echas a perder, toma una canción triste y mejórala*. Los abrazos, las manos enlazadas, los vastos silencios que no dejaban huella. Su abuela dijo que la pena era como el mar; que uno tenía que dejarse ir con la marea (*Así que deja las cosas a su aire, Hey Jude, y empieza...*), y luego, después de meses, después de años...

Ahora, en una calle lateral, dos martillos neumáticos vibraron a toda potencia y le pulverizaron los pensamientos. Y, justo entonces, un viejo conserje (el de la cola de caballo y las mejillas con oquedades) asomó la cabeza por la puerta.

—¿Por qué no estás en el colegio?

—Estoy haciendo un trabajo —dijo Des. Y volvió a su ejemplar del *Sun*.

Noticias internacionales. Matanza en Darfur. Pruebas nucleares de Corea del Norte. Docenas de muertos en un enfrentamiento con los cárteles de la droga en México... Después de echar una mirada por encima del hombro, alargó una mano vacilante hasta el *Independent* (que al menos tenía claramente formato de tabloide). Supuso que no sería capaz de leer aquella letra tan mínima. Pero no fue así y se adentró en la lectura... Des leyó las noticias internacionales en el *Independent*, y luego pasó al *Times*. Cuando miró el reloj eran las cuatro y media (y tenía un hambre de lobo).

Había pasado ocho horas en el lugar llamado Mundo.

—He estado leyendo los periódicos.

—¿Qué periódicos?



—Los que se deben leer. El *Guardian* y demás.

—No tienes que leer los periódicos, Des —dijo Lionel, pasando la página del *Morning Lark* y ordenando con suavidad las hojas: «Marido detenido por hallazgo de cadáver en cubo de basura con ruedas». Con expresión de la más enérgicas de las repulsas, añadió—: Son cosas que no te conciernen.

—¿No sigues... todo eso...? Tío Li, ¿por qué estamos en Irak? —Lionel pasó la página: «Impacto por el retozo lesbiano de tetas de Doreen»—. ¿O no sabes nada de lo de Irak?

—Pues claro que sé lo de Irak —dijo Lionel sin levantar la mirada—. El 11-S. Verás, Des, el 11-S esos tipos con telas en la cabeza fueron y...

—¡Pero Irak no tenía nada que ver con el 11-S!

—¿Y...? Des, eres bastante ingenuo. Verás: Norteamérica es el chico grande. Es Papá. Y cuando se follan a la libertad, como en el 11-S, bueno, se rompe la baraja y Papá se revuelve hecho una furia.

—Sí, pero ¿contra quién?

—No importa contra quién. Cualquiera vale. Como pasó con Ross Knowles y conmigo. Es la teoría del idiota. Hace que todos se porten bien.

Lionel pasó la página: «Navajeros eluden la cárcel, prueba la investigación». Des se echó hacia atrás en su silla y dijo, dubitativo:

—Me refería a cuando empezó, tío Li. Quiero decir: ¿es que no tenemos aliados en la región? Nuestros aliados no debieron de estar muy contentos con todo aquello. La inestabilidad... Nuestros aliados en la región...

—¿Aliados? —dijo Lionel, con cansancio—. ¿Qué aliados?

—Pues... Arabia Saudí. Turquía... Egipto. Apuesto a que no se sentían muy felices.

—¿Y? Santo Dios, Des. No das ni una en el clavo.

—Son nuestros aliados. ¿Qué les dijimos?

Lionel bajó la cabeza.

—¿Que qué les dijimos? Les dijimos: *Escuchad, joder. Estamos ocupándonos de Irak, ¿vale? Y si vosotros queréis algo, pues también podéis recibir lo vuestro.* — Niveló los hombros—. Ahora calla la boca. Estoy leyendo esto.

Y en la mente de Des se formó la imagen de un Hobgoblin de tamaño planetario a las doce de la noche de un viernes. Ése era el lugar llamado Mundo.

—Mira, Des. Más GILFs.

El gato estaba allí otra vez. El gato estaba allí otra vez, al final del túnel que conducía a casa de Grace. Sin pelo y sin bigotes, calvo como una botella blanca de agua caliente, con su lamento antiguo, un lamento que hería los oídos... Tocó el timbre, y oyó las mullidas zapatillas rosa deslizándose hacia el felpudo de la entrada (mientras en la pletina sonaba «Dear Prudence»).

—Abuela —dijo él casi de inmediato—. Los gemidos.

—¿Gemidos? ¿De qué estás hablando?

Se lo contó.

—Y tú no gimes, ¿verdad? —dijo—. ¿Verdad?

—... Gimo —dijo ella, con cautela—. De vez en cuando. Pero tú no te das cuenta. Ah, el viejo Dud, ¿qué sabrá él?

—¡Deja de reírte así! ¿Cuántos Dubonnet te has tomado?

—Quédate donde estás, caballere.

—No, Grace... Usaremos una almohada. En caso de que gimas. Y pondremos más alto a los Beatles.

Luego, mientras fumaba un Silk Cut con gran delectación, Grace dijo misteriosamente (sin extenderse sobre el asunto):

—Oh, Des, eres genial. Pero el problema es que... El problema, cariño, es que ¡me has estado dando ideas!

## 8

Pasó otra semana. Y todo llegó a un punto crítico, en un día triple de horror para Desmond Pepperdine.

Pasó otra semana, y para entonces Des había más o menos desistido de Daphne, de Daphne y de su consultorio. Y sin embargo allí estaba, en el del sábado (los sábados Daphne dedicaba a su consultorio una página doble). Todas las demás cartas llevaban encabezamiento («Me siento una puta, porque no hago más que acostarme con desconocidos»; «Atrapada en un cuerpo de hombre»; «Quiero casarme con el padre de mi marido muerto»; «El corazón partido por un engaño amoroso con mensajes de texto»; «La pena por mi madre no se me va»...). Pero el ruego de Des no llevaba título, y aparecía al final, en la esquina izquierda de la página, con un fondo gris oscuro de aire fúnebre.

*Querida Daphne, soy un joven de Kensington, Liverpool, y he estado teniendo relaciones sexuales con mi abuela. ¿Podría explicarme en qué situación legal me encuentro?*

*DAPHNE DICE: ¡Esto debe acabar de inmediato! Estáis cometiendo estupro, y podrías enfrentaros a una pena de cárcel. Vuelve a escribirme con una dirección de correos y te enviaré mi folleto El abuso sexual en la familia y la ley.*

Des se pasó el resto del día en Steep Slope, dando tumbos de banco en banco. Podía oír la música frágil de la feria que ascendía en espiral desde el Happy Valley; y el aire estaba salpicado de esporas de una humedad que no había podido convertirse en lluvia. Algo oscuro parecía ir haciéndose cada vez más grande al otro lado de la loma.

A las siete de la tarde Lionel entró en la cocina con un montón de aparejos para los perros en los brazos. Se paró, y con un movimiento brusco echó hacia atrás la cabeza.

—... El tanque está abierto.

—Sí, lo he intentado —dijo Des con voz suave— y la tapa se ha levantado. Pero ahora no cierra.

—Aquí tienes, entonces. —Con un fuerte golpe, Lionel dejó caer la maraña encima de la encimera: una pértiga de adiestramiento, una cuña abrebocas y cuatro gruesos collares de cuero con pinchos piramidales de acero—. Te has estado sentando en él.

La frente de Des nunca se arrugaba cuando fruncía el ceño, pero aquella noche sentía los ojos muy juntos (y ésa era su apariencia: la de un número ocho echado de costado). Vio que Lionel llevaba un periódico en el bolsillo de la sudadera; no el *Morning Lark*, ni el *Diston Gazette* (otro tabloide de prensa amarilla), ¡sino el *Sun*!

Lionel abrió una lata de Cobra a diez centímetros de la oreja izquierda de Des y dijo:

—Noticias horribles de tu abuela.

La voz de Desmond se quebró al susurrar:

—¿Oh, sí, tío Li?

—El asunto se complica... He tenido otra charla con el viejo Dud. No son sólo gemidos, Des.

—Eli..., ¿qué más son?

—Risitas. Risitas. Así que no es dolor, ¿no te parece? No es dolor. ¿Y sabes qué más?

Des se rascaba el pecho con las uñas de las dos manos.

—¡Ha empezado a poner la música muy alta! Dud dice que el martes por la noche oyó risitas. Y luego la música subió de volumen. Y eso no es lo más importante. —Sacó la lengua y se quitó un pelo que tenía pegado a ella—. No vas a creértelo, Des, pero el viejo...

Lionel calló. Apartó la cortina y se quedó mirando a Jeff y a Joe, que dormían el uno junto al otro, apelotonados.

—Hoy he hecho una apuesta —dijo, con voz de sorpresa—. Míralo tú mismo. —Y con un floreo se sacó el periódico del bolsillo y lo dejó en abanico sobre la mesa.

—Estás leyendo el *Sun*, ¿no?

—Sí. Hoy me he vuelto una lumbrera. —Abrió con ruido otra lata de cerveza—. No, Des, Página tres: carreras decisivas. Y yo he apostado a Julietta. Un poco. ¿Sabes? Me recuerda a alguien... No soy jugador, Des. Nunca lo he sido. Eso se lo dejo al cabrón de Marlon.

Se reseñaban y analizaban brevemente las probabilidades de ganar de la un tanto agitanada Julietta. Lionel pasó la página: la programación televisiva. Volvió a pasar la

página: ¡Querida Daphne!

—*Me siento una puta, porque no hago más que acostarme con desconocidos* — leyó Lionel (sus labios daban forma lentamente a las palabras)—. Bien, eres una puta, querida. Así que sigue con lo tuyo... Mira, Des. Daphne piensa que el que un tipo se vista de mujer significa *una tentativa de crear un matrimonio de un solo individuo...* ¿Puede una viuda casarse con su suegro...? Mira. Aquí, Des. El tipo este de Liverpool...

Y Des dio gracias al sueño medio olvidado o temido que le había llevado a inventar lo de Liverpool y Kensington. ¿Cómo sabía él cosas de Kensington y «Kenny»?

—Puaj. Este sucio tipo de Liverpool ¡ha estado follando a su abuela! A su propia abuela... Qué mundo más raro, ¿eh, Des...?

Des asintió con la cabeza y tosió.

—... Sí, muy bien, Daph. Pena de cárcel. Por supuesto. *Où*, a los internos les va a encantar que lo metan con ellos en la trena. ¿Sabes lo que le harán, Des? ¿Nada más entrar?

—No. ¿Qué le harán?

—Bien. Primero le darán por el culo hasta decir basta. Y luego le cortarán el cuello en las duchas. ¡La gente tiene abuelas, Des! Kensington. «Kenny»... Ahí es donde estuve yo en el *Yoi*.

La cocina se aquietó y quedó en suspenso al paso de una nube, que la tiñó del color de la pizarra.

—El visitante de mi madre, Des. Entra y sale. Como se le antoja. Entra y sale.

Y Des se sintió oscuramente movido a decir:

—La mitad de las veces sólo soy yo, tío Li. Siempre estoy entrando y saliendo.

Lionel abrió con ruido otra Cobra.

—¿Tú? Oh, claro. Escucha. Cuando vas a ver a tu abuela Grace, Des, ¿sueles... sueles ir silbando a las doce y media de la noche? ¿Y salir silbando a las diez de la mañana? ¿Después de un polvo rápido y un buen desayuno inglés?

Bajaba por Crimple Way, más veloz, más atareada, con la cabeza echada hacia delante pero con la barbilla prominente; se había moldeado y recortado y teñido el pelo, y llevaba un suéter rojo y un ceñido traje pantalón de color gris metálico. La apretada delgadez de su boca y las tijeras de sus piernas estaban afirmando algo, afirmando su determinación de prosperar. Y parecía más joven, pensó (él estaba apoyado en la verja de su casa, esperándola); pero ahora, al cruzar la calzada, cada dos metros iba sintiéndose seis años mayor.

—Des —dijo Grace en voz baja al pasar a su lado—. Bien, pasa, cariño, pero no vas a quedarte.

Dejó las compras en la encimera de la cocina americana: pan, huevos, tomates, un sobre de beicon, una lata de judías estofadas (y sus cigarrillos Silk Cut y una botella

de Dubonnet). Estaba mirando el reflejo de Des en la ventana, encima de la pila.

—¿Qué está pasando, Grace?

—No digas ni una palabra más, querido. Todo está como debe estar.

—No, Grace —dijo él con el ceño suplicante—. Todo ha cambiado. Lionel... tiene al viejo Dud con la oreja pegada a la pared.

—¿Lionel? A la mierda con Lionel. Escucha. Voy a cumplir cuarenta años dentro de poco, y bueno, pues he dejado de..., sí, ¡ya he dejado de preocuparme...! Ah, Des. Tengo algo que decirte, querido. Tengo algo que decirte.

Fuera había llovido y oscurecía bajo el cielo color lila, y una película de agua flotaba sobre las losas. Las manchas naranja de los reflejos de las farolas le seguían el paso a medida que avanzaba por Crimple Way. El asombro ante su alivio era grandioso, alucinante... Des Pepperdine tenía quince años. Y supuso que sería bueno aprender aquello cuanto antes. Ahora se inclinó y echó la cabeza hacia atrás y casi se echó a reír al avenirse a la lógica distoniana del asunto.

*Es mejor así, Des. Puedes empezar a llamarme abuela otra vez. Tú y yo vamos a volver a ser como éramos antes. Y nadie se enterará de nada. Es mejor así.*

*Sí. Es mejor. Pero, abuela..., piensa. Está pendiente de ti y de tu nuevo amigo. ¡El tío Li lo sabe!*

*¿Ah, sí? No le importa un pimiento su madre. ¡No le he visto en siglos! ¿Y qué va a hacer? Si la cosa se hace pública, ¿quién va a sufrir más? ¡Él! ¿Qué va a hacer, eh? ¿Qué va a hacer?*

## 9

Lionel tenía un escondrijo o almacén en Skinthrift Close. Para llegar a él había que atravesar un campo blanco de cristales hechos añicos, y abrirse paso a través de colchones quemados o ardiendo (sin llama) y ciénagas y bosques de desechos y trastos estrafalarios, incluida una gran variedad de vehículos abandonados. Scooters, autocaravanas, tractores; había incluso un auto de choque con forma de zueco, con su poste eléctrico, parecido a un vástago marchito; y un caballito de balancín de tamaño natural, con ojos de camarera entrada en años... Des fue convocado a aquella dirección por una llamada de móvil: el regalo de su decimosexto cumpleaños había sido adelantado, en respuesta a la situación de emergencia general (y le había sido enviado como una pieza de equipo militar).

—¡Estoy aquí!

La «tienda», como la llamaba Lionel, no estaba en su mejor estado; en parte porque Lionel acababa de destrozarla. Constaba de un garaje doble (donde estaba aparcada la Ford Transit tiznada de hollín), una oficina atestada y un cubículo helador

que contenía una gran pila y un retrete rajado. Des oyó que alguien tiraba de la cadena, y vio emerger a un Lionel en camiseta, fregando por el suelo con un trapo de cocina. Dijo, con voz serena y plácida:

—Ahora voy. —Apuntó hacia su izquierda: una silla rota, estantes y soportes hechos astillas, cajas de embalaje desvencijadas—. Porque éste no es un tiempo para la ira, Des. Es tiempo para el pensamiento claro. Ven aquí.

La oficina de Lionel: montones de cajones revueltos llenos de relojes, cámaras, herramientas eléctricas, consolas de videojuegos; una estantería baja atestada de frascos de fármacos (para culturistas: hormonas sintéticas y cosas por el estilo); un cajón de embalar fruta lleno de puños de hierro y machetes. Todo ello robado, trampeado, expoliado... ¿Cuál era el grado de inteligencia del tío Li? Hasta la más generosa de las respuestas a esta pregunta —que llevaba mortificando a Des desde que tenía cinco o seis años— tendría que entrañar una firme inclusión en el lado del Debe: no había ninguna prueba en absoluto de que Lionel fuera bueno en su negocio. Era un delincuente de subsistencia que se había pasado la mitad de la vida en la cárcel.

—La abuela. Joder. Sé que estamos en Diston Town —dijo—, pero esto es ridículo.

Estaban frente a frente, a ambos lados de una mesa de madera sin desbastar atiborrada de joyas falsas y de tarjetas de crédito «fusiladas». Lionel, sin aviso previo, soltó uno de sus pequeños estornudos tensos: sonaban como un disparo con silenciador. Luego se limpió la nariz y dijo:

—Han estado observando. Y es un colegial, Des. Con chaqueta sport morada. La chaqueta de Squeers. Se lo está haciendo con un colegial.

Des trató de parecer sorprendido. Porque no estaba sorprendido. La lógica distoniana de aquello era la siguiente: tenía quince años, y su abuela le había sustituido por un jovencito más joven. Lionel dijo:

—Dud lo vio. Chaqueta morada. Dud lo vio cuando se iba.

Sintiendo una libertad desconocida, Des dijo:

—¿Seguro que no era yo?

—Dud dijo que no eras tú. Dijo: *Y tampoco era tu sobrino el negrito*. Squeers Free. Así que me vas a echar una mano en mis pesquisas.

—¿Qué piensas hacer, tío Li?

—Con un asunto como éste, Des, uno tiene que fijarse los objetivos. —Se echó hacia atrás en la silla—. Que son: uno: poner fin a que se tontee con las relaciones sexuales. Como es natural. Dos: que nadie lo sepa. Maldita sea, tendría que emigrar. A Estados Unidos, supongo. O a Australia. ¿Una madre «bujarrona»? Una madre pederasta. Muy bonito... Tres: asegurarse, más allá de toda duda, de que nada de esto vuelva a suceder. Es como... como un puzzle. Un laberinto. Hay que pensar en los objetivos. Y luego ver tus opciones.

La experiencia le hizo presentir a Des que algo muy malo se estaba gestando. El

estilo lineal de Lionel, su alarde de racionalidad, e incluso las modestas mejoras en su vocabulario y expresiones («laberinto», por ejemplo, lo pronuncio *laberindo*, en lugar del esperado *labirindo*); siempre que hablaba así, uno estaba seguro de que algo realmente malo iba a suceder. Lionel alargó la mano para coger un paquete de Marlboro 100 desgarrado, en el que habían sido garabateadas unas cuantas letras mayúsculas y sombrías.

—Pelo negro largo. Arete en un labio. Botas vaqueras. Y pantalón corto. ¿Quién es?

—Pues... déjame pensar.

—Venga. ¿Cuántos chicos llevan botas vaqueras y pantalón corto? Te lo pregunto otra vez. ¿Quién es?

Des no tenía duda alguna: era Rory Nightingale. Sólo podía ser Rory Nightingale... Rory era un «novillero» crónico (no tenía más que catorce años), y todo el mundo en Squeers Free conocía a Rory Nightingale. Bien parecido, y sigilosamente autosuficiente, y bastante más «enterado» de todo que la media. A Des siempre le recordaba a esos jóvenes que se ven en segundo plano en los parques de atracciones y circos, en su propio mundo, con sus propios secretos, y con ese conocimiento carnavalesco y de cosmorama en la fina sonrisa de sus ojos.

—Sí, le conozco.

—¿Nombre?

—¿Nombre? —La ventana de libertad (de aire y de libertad) se estaba ya cerrando—. Eh..., esto... Échale la culpa a tu influencia sobre mí, tío Li. Pero sería como chivarse de alguien. Ya sabes. Ser un Judas.

Lionel arqueó las cejas al tiempo que su mirada se alzaba despacio hacia el techo; y juntó las manos en la nuca (dejando al descubierto unas axilas vulpinas).

—Buenas palabras, Des. Buenas palabras. Pero ya sabes, hijo: la vida no es tan... sencilla como eso. A veces, a veces los ideales elevados tienen que... De acuerdo. ¿Va muy a menudo al colegio? Botas vaqueras y pantalón corto. Y arete en un labio. Lo identificaré yo mismo.

—Una vez cada quince días.

—... Bien, no voy a quedarme allí en la entrada del colegio quince putos días, ¿no te parece? Piensa en el efecto que tendría eso en mi carácter... Escucha, Des. Quiero que pongas tu mente a descansar. Voy a hacer esto limpiamente. Con pulcritud. Y no voy a ponerle un dedo encima. ¿De acuerdo? Así que la próxima vez que aparezca, me haces una llamada con tu bonito teléfono nuevo. ¿Liarás esto al menos por tu propio tío? Joder, chico. Es tu jodida abuela...

Un viento áspero le cacheaba todo el cuerpo mientras caminaba de regreso por Skinthrift Close. El caballo de balancín, el auto de choque... Y ahora, en apenas la media hora última, una remesa de muñecas infantiles arruinadas por el calor, en una

pegajosa masa rosa.

Los nuevos acontecimientos entrañaban una perplejidad nueva. Aunque Des se relacionaba muy rara vez con Rory Nightingale, coincidía que estaba en términos amistosos con sus padres, Ernest y Joy. No era nada extraño: el señor y la señora Nightingale solían ir a la tienda de la esquina, situada bajo la sombra de Avalon Tower, y saludaron por primera vez a Des simplemente porque lo vieron con la chaqueta de Squeers Free. Y la cosa siguió así: saludos, charlas breves, palabras de aliento...

Rory estaba ciertamente en la onda de lo moderno, pero sus padres parecían salidos de los años cincuenta. Los dos tenían unos cuarenta y cinco años, los dos medían poco más de un metro sesenta, y —de modo poco agraciado pero feliz— los dos tenían forma de tonel. Nunca se les veía separados; y en la calle siempre caminaban el uno junto al otro, y cogidos de la mano. Una vez, mientras comía una manzana que Joy acababa de darle, Des vio cómo los Nightingale cruzaban el paso de cebra. Hacia la mitad, un pañuelo caído y un camión que pasaba consiguieron separarles; Ernest la esperó atentamente en el bordillo opuesto, y en cuanto se reunieron caminaron de nuevo paso con paso, cogidos de la mano. Y Rory —sabía Des— era su hijo único.

¿Qué va a pasar?, se preguntó al acercarse a la carretera principal. Más adelante, una serie de furgonetas blancas pasó a toda velocidad. Había muchas furgonetas blancas en Diston, y muchos hombres «de furgoneta blanca», y además eran hombres de furgoneta blanca blancos, porque Diston era predominantemente blanca, tan blanca como Belgravia (y nadie sabía realmente por qué). Lionel tenía una furgoneta blanca, una Ford Transit. Era asombroso, pensó Des, cómo todas las furgonetas blancas exhibían el mismo grosor de hollín, el suficiente para cubrirlos por entero de una sombra gris. *Límpiame*, había escrito un dedo nostálgico en el lomo manchado de la Transit.

—He dejado la puerta abierta, justo una rendija. Un centímetro. Primero lo intenta Jeff, luego Joe. Se hacen polvo el hocico en la rendija. ¡Y al cabo de diez minutos están dentro!

—Ya ves. Te delatas tú mismo por tu propia boca. ¿Harían eso si yo estuviera aquí? Ahora la puerta está abierta de par en par, ¿y tú ves que entren? Eres demasiado blando con ellos, Des. Cuando se trata de los perros eres como una señorita. Y no cambies de tema.

El tema. Noche tras noche Des se enfrentaba a interrogatorios malhumorados y repetitivos sobre Rory Nightingale. La tirantez fluctuaba bajo los tubos fluorescentes con la misma velocidad que la seda del humo del cigarrillo de Lionel. Con un Marlboro 100 en una mano y el tenedor en la otra, daba cuenta de grandes cantidades del único plato que jamás se había avenido a preparar (o a calentar, al menos): el Pastel de Carne Sweeney Todd. Y tales pasteles, y tales cantidades, no carecían de



importancia. Des estaba demasiado cerca de él para poder ver con claridad el patrón, pero el apetito de Lionel se acrecentaba drásticamente cuando se estaba preparando para perpetrar algo malo de verdad.

—Así que es inteligente... —decía Lionel.

Y Des decía:

—Sí. El señor Tigg piensa que sería muy inteligente si se esforzara. Pero nunca va al colegio.

—Así que siempre está pidiendo dinero a todo el mundo... —decía Lionel.

Y Des decía:

—Sí. Siempre está detrás de la gente para pedirle un par de libras. Intentando sacárselas.

—Así que es un oportunista... Como Ringo —decía Lionel.

Y Des decía:

—Sí. Es un poco como Ringo. En ese aspecto, al menos.

—Dime, Des. ¿Gusta a las chicas? ¿O sólo a las muy callos? Venga, Des, me estás ocultando algo. Lo sé. Siempre lo sé.

—Bueno, sí. Alekra dice que todas están locas por él. Pero a él le gustan más mayores. Dice que, en el sexo, las chiquillas son una mierda.

—Sigue, Des. Sepámoslo todo.

—Él... Bueno, siempre está diciendo que es bi. Soy un aventurero, dice. Soy un chico sexy.

Después de un intermedio (masticando, fumando, asintiendo con la cabeza), Lionel dijo:

—No. No le voy a poner ni un dedo encima. No me voy a rebajar. No me voy a rebajar, Desmond.

—¿Qué vas a hacer entonces, tío Li? ¿Advertirle?

—¿Advertirle? ¿Advertirle de qué? ¡Si ya lo ha hecho! Estuvo otra vez ayer por la noche. La abuela debe de pensar que me he vuelto blando ahora que soy mayor. — Se lame los labios—. Chico sexy, ¿no? Ya le daré yo sexy.

Esto fue el jueves. Y el viernes, ¿quién habría de aparecer en Squeers Free sino Rory Nightingale?

Era ese tipo de mañana que los ciudadanos de este reino insular raramente ven: una claridad firme y asentada, con un sol en su sitio, tan firme como una tachuela dorada; y el cielo, al parecer turbado por tal presión exaltada, se «ruborizaba» con un azul aún más intenso... Oscuro y demacrado, como su sombra, Desmond (a quien los cielos hermosos siempre le susurraban pérdidas y pesares) estaba de pie en el retazo

de césped artificial y arenoso de más allá del gimnasio. Rory Nightingale estaba allí. Y Des hizo la llamada. No vio qué otra cosa podía hacer.

Las tres y cincuenta y cinco. Pulcramente vestido, con la cara medio oscurecida por la *Diston Gazette*, Lionel esperaba sentado bajo la marquesina de la parada de autobús al otro lado de la calle. Y Des se acercó a él.

—Está castigado. Le han castigado a quedarse una hora más.

Lionel miró a través de su solárium de cristal moteado de polvo.

—Mejor —decidió rápidamente mientras sacaba su móvil y tecleaba un mensaje (de un solo dígito)—. Vamos a quitar a esa porquería del medio antes de lo que habíamos pensado.

—Bien, pues yo me voy a casa, entonces. Lo reconocerás enseguida.

—No, Des. Siéntate aquí.

El colegio se vació. Las figuras con chaqueta morada se dispersaron sin brío, y el tráfico disperso se fue haciendo menos y menos denso...

—Ahí está.

—Ponte de pie. Llámale, llámale.

Lionel le pasó un brazo por el hombro y Des sintió que algo prensil se cerraba en torno a su cuello.

—¡Eh, Rory! ¡Ror!

Con una suerte de cautela indolente, el chico cruzó la calzada. Durante un instante el arete del labio despidió un destello desleído.

—Te han soltado al fin, ¿eh? —dijo Lionel—. Y en una tarde como ésta. Profesores; son todos una panda de perdedores. Me voy a presentar, soy el tío de Des. Y escucha. Tengo un colega que es..., bueno, fotógrafo aficionado. De moda. Con más dinero que cabeza, ¿eh, Des? Se llama Rhett. Y... Espera. Que ya está aquí.

Una berlina sólida y brillante se detuvo junto al bordillo y saltó de ella Marlon Welkway. Marlon Welkway, su copete lustroso, su bizquera irónica, su sonrisa de galán.

Des sintió que lo despedían con un empujón, y se fue de allí, intentando no apresurarse. Un minuto después, mientras se adentraba en una calle lateral, volvió la cabeza... Y todo estaba bien, todo estaba bien: Rory se alejaba en dirección contraria, los dos hombres estaban a punto de desaparecer bajo el caparazón reluciente del coche, y los tres se saludaban despreocupadamente con la mano, y la camisa rosa de Marlon aleteaba con la brisa.

El fin de semana transcurrió apaciblemente.

—Pasaré fuera toda la noche —dijo Lionel, resignado (era sábado al anochecer)—. Cynthia. Es su cumpleaños. Y yo casi nunca me pierdo sus cumpleaños. Bien. Nunca dos seguidos.

El domingo Lionel volvió a salir al anochecer, grave y silencioso (eran negocios), y tampoco se le volvió a ver hasta la mañana siguiente. Así, el fin de semana

transcurrió apaciblemente, y para Des casi inaudiblemente. No sabría decir por qué, pero creía haber vuelto a entrar en el mundo conectado de los sordos.

—Ah, Des. Pequeño Des. ¿Cómo estás esta mañana?

Habían tropezado en el descansillo del piso veintiuno. Des bajaba, Lionel subía. En Avalon Tower, el ascensor sólo subía hasta la planta veintiuna.

—Oh, ya sabes —dijo Des—. No muy mal.

—Bien, pues esto te pondrá un muelle en los pies. El asunto de ese chico. Problema resuelto.

—¿Qué has hecho, tío Li? —dijo Des en tono sombrío—. ¿Darle una paliza?

—¡Desmond! No, no. Nada de eso. No le puedes dar una paliza a un chico... Dices que te llevas bien con su madre y con su padre. Bien. Ellos no tienen por qué enterarse. No necesitan saber cómo le ha pasado eso a su hijo. Bueno... Tenemos que celebrarlo, Des. Esta noche; hagamos eso que solemos hacer. ¿Te parece?

Más allá, a través del ventanal de aquel búnker, podía verse el cielo sebososo de Londres, como una nieve fina en un campo de ceniza. Lionel se volvió y soltó un bufido suave, y dijo:

—Creí que me habías dicho que el chico ese era inteligente...

La palabra quedó en el aire, mientras Lionel reemprendía el ascenso y su sobrino Des seguía bajando.

—Kay Yeff Cee. Kay Yeff Cee. Kay Yeff Cee. Kay Yeff Cee.<sup>[10]</sup> —La voz de Lionel no era muy alta, pero tenía la fuerza desafiante, de labios blancos, de un cántico de fútbol. Kay Yeff Cee. Kay Yeff Cee. Kay Yeff Cee.

Bajaron las bandejas, y se sentaron el uno frente al otro en la mesa-repisa plastificada con dibujo de cebra, y abrieron bolsitas de ketchup, mostaza, rábano dulce; probaron el Sprite a través de las pajitas gruesas, y atacaron las patatas fritas y el Kentucky-fried chicken.

—No digas que no te cuido.

—Nunca digo eso, tío Li.

—... Pienso que estás haciéndolo muy bien, Des. Desde que te acogí bajo mis alas. Buff, cómo estabas cuando vine a rescatarte. Llorando para dormirte por la noche. Estabas... estabas siempre restregándote contra mí para que te diera un abrazo, como un gato. Y yo te decía: *Fuera, sarasa. Fuera, mariquita. Si quieres mariconear para que te hagan una caricia, vete a casa de tu abuela.* Pero ahora —dijo— lo estás haciendo muy bien.

—... Sí. Estoy bien.

—Oye, no estás comiendo nada. Cómete la cena. Cómete la cena.

Desmond comió. Comió el pollo, frito como a él le gustaba, al estilo Kentucky, como lo preparaba el mismo Coronel Sanders, y normalmente tan apetitoso para su paladar. Pero aquel día... Pensó en la única vez que le empastaron una muela, cuatro o cinco años atrás. Luego, como había prometido, Cilla le llevó a la cafetería a que

pidiera su plato preferido, champiñones con tostadas, y tenía la boca llena de novocaína y no podía reconocer nada salvo una presencia sobre la lengua helada; la lengua, que se mordía sin siquiera notarlo, y había sangre en su barbilla pero no lágrimas en sus mejillas...

—¿Sabes, Des? —dijo Lionel, con una delicadeza inusual (con una dificultad inusual en su trabajada frente)—. El domingo por la mañana. Estoy en la cama el domingo por la mañana. Y acabo de soñar con Gina Drago. Estaba toda morena y..., ay, esplendorosa. Hermosa. Entonces abro los ojos, ¿y qué veo? A Cynthia. Como un producto lácteo. Como un yogur. Y dice: *¿Qué te pasa? ¿Has tenido una pesadilla?* Y dije: *No, cariño. Son mis tripas, que me están dando guerra.* Porque todas tienen sentimientos, ¿no, Des? Todas tienen sentimientos. Que Dios las bendiga. —Se pasó una mano por la boca—. Kay Yeff Cee. Kay Yeff Cee. Kay Yeff Cee. Kay Yeff Cee.

Del KFC fueron al Lady Godiva.

—¡Opérate las tetas, opérate las tetas, opérate las tetas para los chicos! —cantó Lionel—. ¡Opérate las tetas para los chicos! ¡Oh...! Atiende a la actuación, Desmond. He pagado cinco libras por ti en la entrada, y no estás mirando. Atiende a la actuación.

Una visita al KFC llevaba consigo tradicionalmente otra visita al Lady Godiva. Los ebrios tonos de ámbar y caoba, las colgaduras de humo especular de cigarrillo. El escenario plano, y la bailarina ondulante y lánguida. Des odiaba aquello con todo su ser (lo peor, para él, era cuando las chicas iban de un lado a otro con sus bolsas de la colecta, y los clientes las sobaban a voluntad por una libra extra). Pero aquella noche apenas se percataba de lo que tenía lugar en el Lady Godiva, del mismo modo que antes no se había percatado de lo que sucedía en el KFC, con su despliegue de ilustraciones de comidas en lo alto de la barra de servicio (a Des, cada uno de los platos le parecía en una fase diferente de putrefacción chillona), presidido por el propio icono del Coronel Sanders, que a Des le parecía un adivino ciego.

—Diez años llevo con ella. Con Cynthia. Diez años. Más. Y ni siquiera... Pienso que algo debe de haberme dejado fuera de órbita con las chicas. Algo en mi niñez. Todos los demás están en ello. ¿Por qué no yo? ¿Eh?

—Estás demasiado ocupado, quizá —dijo Des, dando un trago—. Y estás fuera mucho tiempo.

—Eso es verdad. Bien, en cualquier caso. No vamos a echar a perder nuestra celebración. La balanza de la justicia, hijo. La balanza de la justicia. Se lo ha estado buscando todos estos años. Grace. Bien, Des. Sé que estás ligeramente preocupado por..., esto..., por Rory. Pero lo que le pase a Rory no tiene la menor importancia. Es irrelevante. Totalmente irrelevante. Lo que importa es ponerle a tu abuela un poco de sensatez en la mollera. Además —dijo con un gruñido y una sonrisa—, Rory es un aventurero. Probará cualquier cosa... Espera, cariño, aquí tienes una libra. ¿Está bien? ¡No, no voy a tocarlo! Opérate las tetas, opérate las tetas, opérate las tetas para

los chicos. OOOH...

Ahora todo aquello empezó a tomar forma y contorno en el mundo de lo evidente.

El miércoles por la mañana Des pasó por delante de la tienda y vio una cara familiar mirándole fijamente, con impotencia, a través del cristal empañado: ¿Ha visto a este chico? El mismo cartel se veía en la puerta de la oficina auxiliar de correos. En el colegio, había un policía con abrigo ante la verja de la entrada, y, dentro, circulaban vivos rumores sobre los dos detectives de paisano que interrogaban a todo el mundo en el curso décimo. Des estaba sentado en su pupitre, encorvado bajo el peso de su tormenta personal. Pero no sucedió nada. Y pasó el miércoles. El jueves aparecieron pegatinas en los postes de las farolas de Carker Square, además de un suelto en el («Otro chico de Diston desaparecido»). Y en la *Gazette* del viernes había un informe, en la página doce, titulado «Ya no sabemos qué hacer». *El martes por la mañana*, contó Joy Nightingale —citamos literalmente—, *ya sabía que había pasado algo terrible. Lo sentí aquí en la garganta. Porque él siempre llama, sin falta. No importa dónde esté: siempre llama. Dos fotografías: Rory entre sus padres en un banco del parque, en Happy Valley, sonriendo por encima de una nube de algodón de azúcar. Y Joy y Ernest en casa, sentados en un sofá bajo, cogidos de la mano. Si alguien sabe algo, cualquier cosa, por favor, por favor, por favor...*

—Está de pie en la puerta. No le había visto en cinco años. Cinco años. Desde que le partió la cara al pobre Toby. Y dice: *Hola, mamá. Toma. Sujeta esto.* Y me ha puesto esta pegatina en la cara, esta cosa pegada en mi cara... Y las rodillas me flaquearon, y me derrumbé. Me derrumbé, cariño.

Sin el menor afeite, con la ropa más normal, Grace estaba sentada en su sillón de siempre, junto a la ventana. Pero no sonaba ninguna música, no había ningún *Telegraph* en su regazo, ni ninguna taza de té humeando en la mesita redonda, ni ningún Silk Cut enroscando sus espirales en el platillo-cenicero.

—Mírame, Des.

Des la miró. Las mullidas zapatillas rosa estaban juntas, amontonadas, los brazos cruzados, delgados y rígidos, la boca con grietas, los rizos color sepia, la mirada débil y gris. E imaginó las casillas vacías de un crucigrama, sin claves ni respuestas.

—Oh, ahora estoy acabada, cariño —dijo ella, y se abrazó con más fuerza—. No puedo cerrar los ojos. El chico. No puedo cerrar los ojos por miedo a lo que veré si lo hago.

pértiga de adiestramiento, el cubo de plástico, las doce latas de Special Brew, la caja de cartón pandeada. Más allá de él, el cielo habitual de Londres. El cielo de «furgoneta blanca» de Londres.

Des dejó caer la mochila y salió al balcón.

—Agarra. Y sostén —dijo Lionel—. Agarra. Y sostén.

—¿Les vas a dar de beber esta noche?

—Sí. Voy a hacer un trabajito mañana por la mañana. Para Marlon. Hay un japonés asqueroso allá en Rotherhithe. Y voy a ir a arreglarlo. ¿Has visto el muñeco nuevo?

La caja de cartón pandeada de Lionel contenía media docena de figuras de goma de la tienda de artículos de broma, una negra, otra marrón, otra tostada, otra pálida. El nuevo muñeco era tipo Fu Manchú, con bigotes de zarcillo.

—¿Por qué? —dijo Des, con un punto de aspereza en la voz—. ¿Para qué?

—No lo sé. No he preguntado. —Se encogió de hombros—. Somos primos. Nos ayudamos mutuamente. Y no preguntamos para qué.

Des entró en la cocina y se sentó bruscamente en una silla. Acababa de ver a Joy Nightingale en Creakle Street. La señora Nightingale, sola. Con el corazón latiéndole en los oídos la había visto caminar con paso lento, extraña y erróneamente sola. No estaba Ernest pegado a su costado, no estaba Ernest cogiéndole la mano... *Agarra. Y aprieta*, dijo Lionel, empuñando la pértiga de adiestramiento, con el muñeco del chino empapado de baba clavado en la punta... Des cerró los ojos, ¿y qué vio? A Rory. Pero Rory no estaba muerto; era inmortal. El chico inmortal aparecía y reaparecía una y otra vez; era descuartizado, recompuesto y vuelto a descuartizar... *Siéntate, agarra, parte*, dijo Lionel blandiendo la cuña abre bocas. La cuña abre bocas era una especie de mango de madera muy dura. La metía en la boca de los perros, entre los dientes traseros. Y luego venía la variante cruel.

Una por una —cual si fueran granadas de mano— fue quitándoles la «espoleta» a las doce latas largas de Special Brew y poniéndolas boca abajo sobre el cubo de plástico.

—Mira. Ringo ha vuelto a ganar en la Lotería. Adivina cuánto.

—¿Cuánto?

—Diez libras. La Lotería es un juego de mierda, si quieres saber mi opinión. —Lionel hojeaba con satisfacción tranquila la *Diston Gazette* (la *Diston Gazette* había tenido tiempo para volver a llenarse de noticias, como un sumidero). Detrás de Lionel, con las colas en alto, Joe y Jeff lamían y bebían a lengüetadas y con ruido—. Es curioso. La desaparición de una chica..., eso sí que acapara la atención de la gente durante un tiempo. Pero ¿la desaparición de un chico? Es como si nunca hubiera existido... ¿Ves esto, Des? Joder. No tiene sentido. Es absurdo.

Des tenía ante sí la primera plana y un titular que rezaba EL SEMBLANTE DE LA CULPA y mostraba las caras deprimentemente hipnotizadas de seis jóvenes varones,

todos negros.

—Seis. Pandilleros —continuó Lionel—. Vienen aquí seis jovencitos de London Fields. Vienen a hacerse notar. Y van y matan a una chica de quince años. ¡Entre los seis! No tiene sentido. Eso es. ¡Y ni siquiera era blanca!

En la página cuatro abrió la fotografía de la madre, Venus, y una fotografía del chico, Dashiell. *Los padres nunca se esperan que su hijo muera antes que ellos*, afirmaba Venus en su declaración ante el Old Bailey, *sobre todo cuando se lo arrebatan tan repentinamente, víctima de la violenta brutalidad de otros*. La madre —en la fotografía parecía aún joven— tenía cierto aire leguleyo, y llevaba unos pendientes elegantes y un abrigo con lo que parecía ser una tupida estola de terciopelo. Y la tez del chico, Dashiell, era del color del palisandro...

—Les han caído quince años. A los seis. ¿Qué es eso? ¡Noventa años en total por la vida de una chiquilla!

*Lo único que hacía era mirarte con esos ojos grandes, y el corazón se te derretía. Todo el mundo adoraba sus ojos*. El chico, sobre un fondo verde, con el pelo en apretadas trenzas africanas, los dientes impolutos, los ojos provocadoramente inundados de luz.

—Esto va contra toda lógica. Viola toda lógica.

*Dashiell era un «espíritu libre» que disfrutaba del sol, el mar y la madre naturaleza en las vacaciones de verano en Jamaica, con su abuela...*

—Muy bien. Ponle que... que Dashiell estuviera siendo un poco molesto. Había que darle una lección. Era justo. Pero no vais todos a encargáros del asunto. Te das la vuelta hacia tus colegas y dices: *¿Algún voluntario?* Dices: *¿A quién le toca?* Pero oh, no. ¡Los seis siguen con vida! No tiene sentido. Eso es.

—¿Lo has matado, tío Li?

—Repíteme eso.

—¿Lo has matado?

—¿A quién? ¿A Rory? Vamos, Desmond —dijo Lionel en tono mesurado—. ¿Por qué iba a hacer yo eso? O sea, ese crío no significa nada para mí, ¿no?

—No. Nada.

—Tan sólo es una pequeña escoria que va a tu colegio. ¿Qué soy yo, un pandillero? ¿Ando haciendo chiquilladas? ¿Como un animal salvaje? No, Des. Lo que he hecho es conseguirle..., eh..., un círculo de amigos nuevos. No le he matado. Lo he vendido.

Y Des tuvo una visión de otra serie policial de fotografías de grano grueso, en la *Diston Gazette* o en el *Sun* o en el *Daily Telegraph*, con seis caras, esta vez todos blancos, pero no parecidos (uno con barba, otro de mollera reluciente, otro con gafas sin montura); sin nada en común salvo la palidez, los ojos inescrutables y una fijeza de hosca determinación en la delgadez de los labios. Lionel dijo:

—Resetea. No lo he matado. Lo he vendido. Oooh... Oò... ¿No le iba a dar yo sexy?

Una vez solo, Des miró a los perros, borrachos en el balcón. Daban vueltas en círculos, inquietándose el uno al otro con las colas, y escorándose hacia los lados como si anduvieran sobre un terreno en pendiente. Joe se dio la vuelta, y ambos se enzarzaron en un cuerpo a cuerpo con altibajos, y luego, arañando el aire con las pezuñas en busca de asidero, se desplomaron en una maraña de ancas, hocicos e ingles. Joe recuperó el pie, y se puso a gemir, una salmodia o canto fúnebre dirigido a la penumbra del atardecer.

Lionel apareció en el umbral con una camiseta sin mangas y una gorra de béisbol.

—Me voy —dijo—. Y sé razonable, Des. ¿Qué esperabas? Se follaba a mi madre. Y si alguien se folla a mi madre, va a haber consecuencias. Obviamente. Mira. Coge.

Cuando se disponía a irse Lionel le lanzó algo al aire. Des lo cogió: minúsculo, pegajoso, pesado. Estiró los dedos, y el objeto pareció brincarle de la mano. Se agachó con cautela y lo recogió del suelo. Un aro de metal manchado de sangre seca y una pizca adicional de tejido rosa. El arete del labio de Rory.

*Y aquellos que le han hecho daño un día comprenderán el significado del amor y el dolor que se siente cuando se pierde a un ser querido.*

*En nuestro corazón hay un nudo que no va a poder soltarse. Una luz que se ha apagado y que ya no existe en nuestras vidas.*

*¡No hemos tenido la oportunidad de decirle adiós a Dashiel! Sabemos que descansa, que está a salvo y está en paz. Oí una vez que la pena es el precio que pagamos por el amor.*

La cabeza de Desmond cayó hacia atrás... Cuando Cilla se cayó aquella vez, fue sólo un pequeño resbalón, justo el tipo de resbalón que le acontece a uno en el supermercado.

Cayó al suelo sobre los codos y los omóplatos, y la cabeza se le fue hacia atrás. Pero al levantarse se reía. Luego, al día siguiente, no despertaba. Des le pasó la mano por encima, la pellizcó, la sacudió. Le besó los ojos. Y Cilla respiraba, pero no se despertaba.

Minutos después, mientras se limpiaba las mejillas y la barbilla y la garganta con un trapo de cocina, miró al balcón a través del cristal de la puerta corredera. Los perros: sus caras desencajadas, sus lenguas caídas a un costado de la mandíbula, como algo a medio comer, sus ojos ciegos y sus narinas muy abiertas, sus miembros delanteros abiertos estúpidamente hacia ambos lados. Ladraban como posesos. Y no ladraban hacia fuera: ladraban hacia dentro.

*Que te jodan, decía Joe.*

*Que te jodan, decía Jeff.*

## XII



Nada realmente fuera de lo ordinario aconteció entre 2006 y 2009.

Lionel Asbo cumplió cinco condenas en prisión: dos meses por receptación de objetos robados; dos meses por extorsión con amenazas; dos meses por receptación de objetos robados; dos meses por extorsión con amenazas y dos meses por receptación de objetos robados. Hubo también, en la primavera de 2009, una detención y encarcelamiento por el delito poco común de reyerta con daños graves (más un delito contra la propiedad), pero ésta es otra historia.

Cuando Des cumplió diecisiete años (a esas alturas ya había encontrado la forma de convivir con su conciencia), Lionel le dio unas clases de conducir en la Ford Transit. Desatendiendo calladamente los consejos generales de Lionel (adelantar siempre que puedas, tocar la bocina tan a menudo como sea posible, no parar jamás en los pasos de cebra, interpretar siempre que el ámbar significa vía libre), Des ahorró para el examen de conducir, se aprendió de memoria el código de circulación, se comportó —llegado el día— como un santo varón de edad avanzada... ¡y aprobó a la primera! Era el modo en que al parecer los dos se las habían arreglado siempre. El antipapá, el contrapadre. Lionel hablaba, Des escuchaba y hacía lo contrario.

Durante aquellos años la vida de Grace Pepperdine se convirtió en una saga monotemática de ansiedad, pérdida de peso, palpitaciones del corazón, insomnio, depresión, fatiga crónica y osteoporosis. Además de eso, seguía perdiendo cosas. El teléfono acababa en el armario del cuarto de baño; las llaves de la casa se escondían detrás de los guisantes congelados del frigorífico. Alguien iba todos los días a verla; casi siempre Des, pero a menudo Paul, y con frecuencia John, George y Stuart (aunque raras veces Ringo, y nunca Lionel).

Joe murió por los disparos de un tirador del cuerpo Respuesta Armada, en el verano de 2008. De paseo con Cynthia (Lionel estaba fuera), Joe atacó a un caballo de la policía, con una mujer policía montada en él, en Carker Square. Estuvo bajo sus cascos ruidosos de principio a fin de Diston High Street, y doce kilómetros London Orbital arriba, con la pesada cadena tras él, resbalando y lanzando destellos. Una vez muerto Joe, Jeff, inconsolable, lo echó tanto de menos que enfermó. Y Lionel, cuando se acercó la hora de salir de la cárcel, decidió empezar de nuevo. Vendió a Jeff por una cantidad simbólica a uno de los hermanos de Marlon (Troy) y compró dos cachorros de pitbull con pedigrí: Joel y Jon.

No hubo novedad alguna en el caso de Rory Nightingale (aunque no se había cerrado oficialmente). Des empezó a llamar a los padres de Rory, Joy y Ernest. Tomaba una taza de té con ellos cada dos semanas, y les hacía recados; ellos decían

que hallaban consuelo, y no angustia, en su juventud, en su chaqueta morada, en el espacio que llenaba. Durante estas visitas pensó muchas cosas; la mayoría de las veces ésta: qué burla y desdicha incesantes tenía que ser llamarse Joy...<sup>[11]</sup>

Entretanto, Des empezó a asombrar a su colegio de Squeers Free. En 2006 se examinó para el Certificado de Secundaria... y sacó once sobresalientes. Se le transfirió —con el Programa para Superdotados— a Blifil Hall, donde, en 2007, se examinó de las asignaturas elegidas en el bachillerato superior... ¡y sacó cuatro matrículas de honor! Tenía dieciséis años. A continuación se le ofreció una plaza provisional (tenía que sobrevivir a la entrevista) ¡en el Queen Anne's College! El Queen Anne's College, de la Universidad de Londres. Le llevó mucho tiempo comunicárselo a Lionel. Lionel era enconadamente contrario a la enseñanza superior.

Des siguió viendo de cuando en cuando a Alektra, y también a Jade, y también a Chanel (que era irlandesa). *Intenta ser delicada, Chanel*, le dijo una noche, muy tarde. *Todo lo suave y romántica que puedas. Sigue. Eres audaz. Trata de ser delicada. Veamos lo que piensas.* Una semana después, Chanel dijo: *Me gusta hacerlo contigo, Des. Todo romántico. Todo suave y de ensueño. No sé por qué, pero es mucho mejor así.*

Y entonces, en 2008, cuando fue a la entrevista en el Queen Anne's College, Des conoció a Dawn Sheringham, y todo cambió.

Durante un tiempo pareció que le había acontecido una transformación similar al tío Lionel. Lo que sucedió fue lo siguiente: en el veranillo de San Martín de 2008, Gina Drago rompió con Marlon Welkway. El problema, como siempre, la afición al juego de Marlon (se rumoreaba que había habido una pelea encarnizada entre Gina y una croupier llamada Antoinette, una de las ex de Marlon, en un tugurio de Jupes Lanes). Sea como fuere, lo siguiente que la gente supo de Gina fue que se había liado con Lionel Asbo.

¿Y ahora qué? Fiel lector de la Querida Daphne y otros consultorios, Des se preparó para los beneficios previsibles. ¿Cómo lo expresaría Daphne? *Aunque tu tío es sin duda de desarrollo tardío, pronto debería darse un relajamiento de la tensión a medida que adopta una más...* No era así. *No, Daphne, no es así*, masculló (Des solía tener estos diálogos con Daphne en las horas que mediaban entre el despertar y el levantarse de la cama).

*¡Está más angustiado que nunca! Se muestra todo frío y autoritario, pero las manos le tiemblan y los ojos miran a todas partes. Tampoco entiendo a Gina. Dentro de casa, lo trata como si no estuviera presente, y ninguno de los dos se toca ni se besa ni sonrío. Pero en la calle está encima de él. Una vez les vi en un banco que hay*

a la entrada del Hobgoblin. ¡Gina estaba a horcajadas sobre los muslos del tío Lionel, con sus mallas y su tutú! ¿A qué juega? En lo que a mí respecta, tendría que decir que yo...

En lo que a Des respecta, habría que decir que sentía fascinación por Gina. Siempre del mejor humor imaginable, era una masa oscura de turgencias con ojos vivos y mejillas sedosas (su tonalidad de tez era embellecida de algún modo por las huellas pálidas de un acné adolescente en las uniones de las mandíbulas). En cualquier momento se ponía de pie de un brinco e interpretaba toda una escena de una (pongamos) opereta siciliana, con todos los coros, voces, bailes... Lionel contemplaba estos alardes con una expresión que Des nunca le había visto. Una sonrisa falsa, una sonrisa falsa increíblemente falta de talento: alzaba el labio superior sobre los dientes frontales, y eso era todo (los dientes frontales de Lionel eran blancos y cuadrados, pero tan separados que te hacían pensar en una calabaza de Halloween). Gina nunca se quedaba por la noche. Los dos se iban a su dúplex en Doyce Grove. Porque Gina no era solamente Miss Diston; era también Lady Town, la hija preferida del controvertido rey de las máquinas de monedas y los coches usados: Jayden Drago.

Gina pasaba muchas horas ayudando a Des con el italiano, el español y el francés (también sabía vasco, ¡e incluso mallorquín!). *En fin, Daphne, ¿qué piensa de todo esto? ¿Por qué una chica que habla seis idiomas sale con un tipo que a duras penas habla el suyo propio? Además, es un notorio bombón, ¡y es casi virgen! ¿Qué está haciendo Jezabel con José? ¿Qué ve la princesa en el sapo? ¿A qué juega Gina?*

Una mañana de mediados del semestre —en el otoño frío de 2008—, Des pasó a ver qué tal estaba su abuela y la encontró con el ceño fruncido sobre el *Daily Telegraph*, con un bolígrafo en la mano. Dijo, en tono de aliento: *¿Qué, has vuelto a los crucigramas?*

Hubo un silencio, y, sin levantar la vista, su abuela dijo: *Una clave. Llevo una semana con la mirada fija en esto. Una clave.*

*... Pero, abuela, unos son más difíciles que otros. Siempre lo has dicho. Depende de los autores. Varían.*

Le tendió el periódico. El crucigrama no era de los crípticos —¡era de los rápidos!—. La única clave que Grace había resuelto, o al menos la única respuesta que había rellenado, era la veintidós vertical. Decía: *Jardín del — — — (4).*

Y abajo, en la esquina derecha de la cuadrícula, había escrito: ENED.

*Y ni así está del todo bien, ¿verdad?*

*No, no está del todo bien.*

*Me estoy volviendo loca, ¿no?*

Sus ojos se encontraron.

*Des, ¿qué pasa cuando no sabes lo que estás diciendo?*

*Se te pasará, abuela.*

*No seré capaz de abrir los ojos. No seré capaz de cerrar la boca.*

*No, así no. Al revés, abuela.*

Y Des sintió que se estaba preparando para un largo viaje por un mar oscuro en el que, una por una, todas las estrellas se irían apagando.

¿Por qué Gina Drago se había liado con Lionel Asbo? Porque quería fastidiar y azuzar —y así «reactivar»— a Marlon Welkway. Des siempre trataba de estar en otra parte; pero cualquiera podía darse cuenta de cómo estaban las cosas. El móvil rosa de Gina, con sus huellas de labios y sus lentejuelas de campanillas de invierno, adquirió terribles poderes: cada gorjeo tenía la fuerza enardecedora de una sirena. Solía contestar diciendo: *Bien, tendrías que haberlo pensado, o Jod...*, o sencillamente *¡Fuera!* Pero a veces se ponía en pie y se iba de la sala riéndose, con el aparato encajado entre barbilla y garganta. Des miraba fijamente el suelo... Si Lionel había hablado o no con Marlon, no se sabía; pero nada cambió, nada sucedió hasta noviembre, cuando el destino intervino cansinamente en forma de ROR: Lionel cometió una receptación de objetos robados y la policía le detuvo por ello.

Le cayeron dos meses en Wormwood Scrubs, al oeste de Londres. Des fue a visitarle el Día de San Esteban. El viaje interminable en autobús, el calor maldito. Lionel, con su mono azul marino lleno de arrugas, estaba en la barra de la cantina del economato. Pidieron las consumiciones (chocolate caliente y unas bolsas de Maltesers) y fueron a sentarse en una mesa cuadrada. A lo largo de los años Des había visitado a su tío en una gran variedad de cárceles (y reformatorios y *Yois*), y Lionel, incluso cuando tenía que seguir encerrado mucho más tiempo, nunca parecía más que incomodado levemente (*La cárcel no es tan mala*, solía decir. *En la cárcel sabes dónde estás*). Pero aquel día se había sentado todo encogido —como en ademán de propulsión— en el borde mismo de la silla de metal. ROR, decía una y otra vez con gravedad, y sacudía la cabeza. *¡ROR...!* Des no entendía por qué tenía que parecerle tan asombroso a su tío, ya que a Lionel se le detenía por ROR dos o tres veces al año. Pero al caer la tarde (y cuando los guardias empezaban a hacer gestos amenazadores con las llaves) Lionel dijo:

*¿Sabes qué, Des? Él me ha metido aquí. Marlon. ¡Me ha jodido! ¡Por Gina!*

Des lo dejó allí, con la espalda encorvada, con la interminable cadena de Marlboro 100 encendidos uno detrás de otro... Y antes incluso de que Lionel saliera en libertad, la *Diston Gazette* anunció que la hija primogénita del señor Jayden Drago, Gina Maria, se había prometido oficialmente... ¡con Marlon Welkway! Se sabía ya la fecha: iba a ser una boda de Pentecostés.

Mientras continuaba con su viaje, su viaje de chico a hombre, Des descubrió que los pensamientos sobre su tío que permanecían en él se hacían más y más difíciles de archivar. Por ejemplo, Lionel sentado en la cárcel, odiando estar allí tan

profundamente como lo odiaría cualquier hombre inocente (pero por razones completamente diferentes). O, también, aquel elemento inesperado en su respuesta a la defección de Gina Drago: junto al dolor, la rabia, la humillación y el deseo arrebatado de venganza, alentaba en él la tenue y furtiva luz del alivio.

Las cosas eran ahora mucho más sencillas, al menos. El día en que lo pusieron en libertad, Lionel retó a Marlon a lo que se llamaba *un encuentro en el garaje* (desnudos de cintura para arriba, con los puños desnudos, con espectadores de pago, sin árbitro, sin reglas, sin límite), y Marlon, por supuesto, aceptó; pero ésa es otra historia.

En su decimoséptimo cumpleaños (enero de 2008), Des se dio una pequeña fiesta para él mismo. Los únicos invitados fueron los cachorros Jon y Joel (que recibieron un hueso fresco cada uno). Bueno, ya no eran propiamente cachorros. Cuando se movían eran como misiles de músculo... Compró dos botellas grandes de sidra Strongbow, y esparció una pizca de hachís en un cigarrillo liado. Des sólo sabía un puñado de cosas sobre su padre. Edwin (seguía llamándolo así cuando pensaba en él) era de Trinidad y Tobago, y pentecostalista; se abstenía —en el pasado, en cualquier caso— de bebidas alcohólicas perniciosas; pero, en oposición a esto, no negaba los efectos clarificadores de un meditabundo canuto de hachís. Así que Des sorbió su sidra, y fumó su hierba centelleante; y sintió el espíritu de Edwin tejiendo su camino a través de él: el aroma del tupido follaje húmedo, una iglesia enorme en un pueblo encaramado en una colina, una luna gruesa cercenada y engullida por el abrupto horizonte. Sabía otra cosa sobre su padre: que a los bebés les llamaba *jóvenes*. Des sabía también que Edwin era tierno. Se lo había dicho Cilla.

No fue más que un pequeño resbalón. Las piernas se le dispararon hacia delante, y la cabeza rebotó en el suelo, pero cuando se puso de pie se estaba riendo. Cuando volvían hacia casa, cogidos del brazo, el sol incidió en la lluvia suave y convirtió cada gota de agua en una gota de soldadura, y un fabuloso arco iris de azul y violeta se asentó con placidez sobre la silueta de tejados de Diston Town... No fue más que un pequeño resbalón. La autopsia habló de un *golpe de objeto romo en la cabeza* y de un *hematoma epidural*. Pero la frase que le impresionó fue *insulto cerebral masivo*. Y era injusto, le pareció, decir tal cosa al hablar de mamá, porque, esa vez, sólo fue un pequeño resbalón en el supermercado.

Mientras fregaba el vaso y limpiaba el cenicero (y sacaba a los perros al balcón), y soñaba vagamente con el Queen Anne's College (el poema primero, el cosmos de la universidad), algo le golpeó tan súbitamente como el sol había golpeado a la lluvia el último día con su madre: Haría falta una persona enteramente nueva para hacerme a mí completo. Una persona enteramente nueva. No puede venir de nada del propio interior. Tendré que... Tendré que esperar. Esperaré.

¿Dónde está ella?

Esperaré.

Estaba sentada a su lado en una silla de respaldo rígido. Había unas veinte personas jóvenes en la sala (habían sido treinta y cinco), y ella era la única que estaba haciendo algo sensato: leía (lanzó una mirada furtiva: *La rama dorada*). El resto, Des incluido, se limitaba a esperar en silencio, con impotencia, como pacientes a la espera de un gesto de cabeza del médico. Aproximadamente cada cuarto de hora, llamaban al siguiente por su nombre... El marco era una antecámara con paneles de madera del Queen Anne's College de Londres. Una oronda abeja se estrellaba una y otra vez contra el cristal de la ventana, como si esperara que aquel jardín lleno de enredaderas fuera a abrirse para dejarle adentrarse en él. ¿Qué estaba haciendo aquella criatura allí? Era principios de febrero. Des tenía la mente bloqueada, sin palabras; las costillas verticales de los radiadores, le pareció, soltaban el tufo acre que percibimos en las tintorerías. Se secó el sudor de encima del labio superior, y se llevó los dedos de ambas manos a la frente.

*¿Nervioso?*, dijo ella, inclinando la cabeza unos centímetros, pero sin levantar la mirada. *No me refiero a si lo eres. Me refiero a si lo estás.*

*¿Nervioso?*, dijo él. *¡Estoy pariendo!*

*Oh, no seas...*

Ahora Des le vio la cara, bajo el tupido pelo dorado, el dorado de la luz del sol y de los leones. Y sus ojos excesivos, de un azul de cuento de hadas e idealmente redondos.

*Bueno, ¿sabes?*, dijo ella. *Esta mañana estaba fatal. Entonces, mientras me preparaba el té, he tenido un pensamiento. He pensado: ¿qué quieren ver en mí? Y me he calmado por completo. Me llamo Dawn.*

*Y yo Desmond.* Se dieron la mano. La voz de Dawn era alta y musical, pero su habla, su elección de las palabras, a Des le trajo a las mientes una categoría que aún no sabía nombrar: la de los minuciosamente desclasados. *¿Y cuál ha sido ese pensamiento? Dawn.*

*Me ha venido de repente. Bien, hemos pasado todos los exámenes, ¿no? Así que ¿qué quieren ver en nosotros? Y de pronto lo he visto. Afán de saber. Simplemente. Y yo lo tengo. Y no me cabe la menor duda de que tú también lo tienes.*

*Sí, dijo él. Yo lo tengo.*

*Muy bien, entonces, Desmond.*

Se encogió de hombros, o se estremeció; su cuerpo suspiró y se reajustó. Y Des la vio cruzando la calzada, cruzando una de las muchas calzadas del futuro, vestida de un modo totalmente diferente, con los bajos de los tejanos metidos dentro de las botas altas (hasta la rodilla), y con un top muy ceñido; cruzando la calzada, subiendo con determinación hacia la isla y luego bajando de ella y prosiguiendo su camino... Des experimentó un deseo gravitatorio, en aquel mismo momento (cuando su sangre se liberó y cambió), de alargar la mano para tocarla. Pero lo único que sucedió fue que su cara le dedicó la más clara de las sonrisas.

*Desmond Pepperdine*, dijo una voz.

Le tocó entrar antes que ella; luego, al salir veinte minutos después, ambos inclinaron la cabeza y se dirigieron una mueca de sufrimiento.

*Dawn Sheringham*, dijo una voz (una voz distinta).

Mientras ella recogía sus cosas, él dijo:

—Te espero. Si quieres. Te espero y vamos a tomar un té.

—Oh, me encantaría tomar una taza —dijo ella en voz alta—. ¡Voy a necesitarla!

A consecuencia del agravamiento de la depresión de Ernest, los Nightingale se mudaron a la casa de la madre de Joy, en Hull. Des miró Hull en Internet. Su ciudad hermana se llamaba Grimsby. La niebla que se declaró aquella noche olía a pescado.

A Des le pareció que aquella noche era el momento idóneo para liberarse del arete del labio de Rory. Pero el arete siguió donde estaba. Abrió el cajón del escritorio: el sobre blanco sellado, con la muesca circular y el pequeño peso perverso en el fondo.

En septiembre de 2006 hubo un embotellamiento de tráfico no por muy estudiado menos inexplicable que paralizó West Diston, desde Sillery Circle hasta el Malencey Tunnel, durante cinco días y cinco noches (sólo lograrían resolverlo los cientos de artilugios con brazos prensiles adosados al vientre de los helicópteros enviados por la RAF). En abril de 2007 se declaró en la población escolar local (toda ella mórbidamente obesa) una epidemia de enfermedades carenciales que no se habían visto en generaciones (pelagra, beriberi, raquitismo). En octubre de 2008 se quemaron trescientas cincuenta hectáreas en Stung Meanchey; el incendio duró una semana y envolvió el lugar con una capa de humo diáfano que parecía la piel de muda de un dragón gigantesco (se dijo que era muy hermosa vista desde el aire).

Los inviernos eran sumamente fríos; no invitaban a la sonrisa.

## Segunda parte

¿Quién dejó entrar a los perros? Ésta iba a ser la cuestión.

¿Quién dejó entrar a los perros?

¿Quién dejó entrar a los perros? ¿Quién? ¿Quién?



1

Fue mientras hacía la limpieza —o sea, cuando le estaba pasando la tetera sin pitorro de la mierda al celador de la cárcel— cuando Lionel tuvo noticia del hecho de que acababa de ganar algo menos de ciento cuarenta millones de libras esterlinas.

—Sí, has tenido una pizca de suerte. Parece ser. No sé qué es —dijo el funcionario de prisiones Fips (que no era un tipo demasiado malo)—. La Luz quiere hablar contigo. Te llamarán.

—¿La qué?

—La Luz. Ya sabes, la luz de tu amor. El alcaide Amor. Es argot rimado.

—Joder. Tienes que hacerte mirar la cabeza. Y el argot rimado es una mierda.

El funcionario de prisiones Fips siguió con su quehacer.

—Según él, has tenido un pequeño golpe de fortuna. Y estaba bastante jodido por eso y demás.

—¿Sí? ¿Y qué era eso?

—Te llamarán.

Lionel se volvió hacia su compañero de celda, Pete New, y dijo:

—Habrán retirado los cargos. Debe de ser que han entrado en razón y han retirado los cargos.

—Sí, Lionel. Es muy posible que sea eso.

Stallwort era una prisión preventiva —para aquellos en espera de juicio o de sentencia—, y sus internos habían llegado allí a causa de todo un variopinto abanico de imputaciones. Por no pagar la pensión alimenticia, por violación en serie, por posesión de marihuana, por acuchillar a una familia de seis miembros.

—Bien, esperemos que sea eso —dijo Pete New.

Pete New estaba en chirona por tener una perra gorda.

*¿Por tener una perra gorda?*, dijo Lionel en su primer día en aquella celda.

*Lo sé*, dijo Pete New. *Suena estúpido. Sí, bueno... Doce reprimendas y cinco advertencias finales. Del Departamento Social.*

Tinkerbelle, la basset hound de New, pesaba casi noventa kilos. Sólo podía comer y dormir; estaba siempre echada en su yacija con las extremidades abiertas hacia los lados.

*Había que darle la vuelta, ¿sabes? Así era Tinkerbelle. O al menos lo intentabas.*

*Y entonces la montaba. Se ponía a chillar como una loca. Los vecinos...*

Lionel dijo: *¿Para qué coño tienes un perro si vas a dejar que se ponga así? Tendrías que darle una... una dieta apropiada.*

New se encogió de hombros con humildad, y retrocedió cojeando hasta su litera. Tenía la pierna izquierda con una escayola liviana: Pete New se las había arreglado para romperse un ligamento cuando estaba viendo la televisión. Se había pasado once horas en la misma postura, y cuando se aprestó a ponerse sobre los pies, contó, oyó el crujido en una pierna.

*¿Te rompiste un ligamento viendo la tele?*

*Ya sé; no suena muy inteligente que digamos.*

*Tendrás que poner al día las ideas, colega.*

*Bueno, ya sabe cómo son estas cosas, señor Asbo.*

*Llámame Lionel.*

Era junio.

Pete New estaba en la trena por tener una perra gorda.

¿Y por qué estaba enchironado Lionel, junto a cuatro Pepperdines, once Welkways y veintisiete Dragos (incluida Gina)?

¿Por qué estaban todos en el cárcel; la cárcel, con sus ceniceros de cinc y sus carritos de hierro, sus arañas domesticadas y su enladrillado color de caldo de carne?

Bien, para contestar a esta pregunta hay que retroceder en el tiempo, a mayo, y a Pentecostés.

## 2

—Es una reunión familiar, además de una boda. Ya sabes, Dawnie. Voy a cambiar de asignaturas. No puedo soportar el alemán.

—Des, a propósito, ¿son todos maricas?

—No —dijo él con un asomo de indignación—. Sí... Bueno... No. No del todo. El tío Paul es hetero. El tío Stuart es hetero. Pero sí. Supongo que todos tienen algo en mente. Los hombres, en todo caso. Todos ellos están haciendo un poco de esto y un poco de lo otro.

—¿Y el problema con Marlon?

—Se ha solucionado. Ya te lo conté. El tío Li es el padrino. Es el padrino.

—Toma —dijo ella—. Un beso.

Des tenía ya casi dieciocho años y medio; medía más de un metro ochenta, y la cara se le había hecho más larga y estrecha, pero seguía teniendo una sonrisa que, al hacerle entrecerrar los ojos luminosos, hacía que la gente sonriera también. Y allí iba él con Dawn Sheringham del brazo; Dawn Sheringham, con su figura ataviada con

aquel vestido blanco estampado, con el pelo de diente de león.

—Mamá dice que estás demasiado delgado.

—Y tiene razón. Es el resultado de trasnochar. Y de los clientes.

—Sí... Es Goodcars. Y la culpa es mía.

—No es nada, Dawnie. Todos los de nuestra edad estamos preocupados por el dinero.

Iban muy justos de dinero, ciertamente; con Lionel tan a menudo fuera de la circulación y demás. Lionel estaba actualmente en libertad, pero cuando estaba «dentro» Des se quedaba sin los billetes de diez libras de cada semana (por hacer las tareas de la casa), y sin los tikkas de pollo o los rogan joshes, y sin los Kentucky Fried Chicken. Y no había dinero para pagar el alquiler (se veía obligado a acudir a la Asistencia Social). También tenía que dar de comer a Joel y a Jon: cuando Lionel estaba fuera, su única contribución al mantenimiento de la casa era la botellita de Tabasco y la bolsa de plástico con unas latas de Special Brew que de cuando en cuando llevaba al apartamento Cynthia. Más apremiante y misterioso era lo que acontecía con la tarjeta de crédito de Dawn y la deuda logarítmica que ahora arrastraba. Por lo tanto, seis noches a la semana, desde las siete hasta medianoche (y todo el día del domingo), Des conducía un radiotaxi de Goodcars. *Goodcars*, decía el cartel de la empresa: *Tú bebes, nosotros conducimos...*

—Nunca me ha gustado Marlon —siguió diciendo Des—. Su apodo es Rhett Butler. Y es guapo. Pero hay algo que... Hay una frase en ese libro de relatos cortos que lo resume a la perfección. *Una vaga vileza aterciopelada*. Ése es Marlon.

—Y habrían sido tan buenos amigos, él y Lionel. Desde que eran muy pequeños.

—Oh, sí. Eran como hermanos gemelos.

—Hasta que apareció Gina.

—Sí... Entonces todo estalló.

—Son cosas que pasan.

En King's Cross cambiaron de la línea Piccadilly a la Metropolitan. Continuaron camino hacia el este, cogidos de la mano, con los libros en el regazo. Dawn estaba leyendo a Jessie Hunter. Y Des a Émile Durkheim.

Des dijo:

—Historia Moderna. O Sociología. O Criminología.

—Des, no les gusta que cambies. Y lo pagas. Significa que tendrás que hacer un año más.

—No necesariamente. Hay montones de gente que cambia... No puedo soportar el alemán.

—¿Qué tiene de malo?

—Bueno. Muy bien. En francés, miércoles es *mercredi*. En español, *miércoles*. En italiano, *mercoledì*. ¡Y en alemán es *Mittwoch*! Media semana. ¿Qué clase de idioma es ése?

Cogidos de la mano. Con los libros en el regazo. Besos. Civilización, pensó Des

Pepperdine.

Iba a ser una boda de Pentecostés. La gente se casaba en Pentecostés: el mayo, los ritos de la fertilidad. Pentecostés: el domingo blanco. Y hoy era la víspera de Pentecostés. Des estiró y relajó los hombros. Era sábado: Dawn se quedaría a pasar la noche. Y no había ningún radiotaxi que conducir hasta el domingo.

—Las mujeres jóvenes bailan alrededor del palo de mayo —dijo—. ¿Será ése el origen del *pole dance*?

—Sí, pero hoy te dan lecciones para bailarlo. Iniciación.

De pronto el vagón abandonó el túnel negro y emergió a la luz del mediodía de mayo. Y el tiempo —el aire— era tan fresco y radiante, tan veloz y atareado... Dawn dijo:

—Mira, Des. —Se refería a las ordenadas casas de campo, a los inocuos jardines traseros, todos ellos vibrantes en el viento inestable—. Una vez hice este recorrido de noche —dijo Dawn—. Y mirabas y pensabas: «Cada una de esas luces significa algo. Una esperanza. Una ambición...»

El vagón se iba vaciando, y sus besos se iban haciendo más y más frecuentes, y duraban más y más... *Querida Daphne*, se dijo Des a sí mismo. *Qué cosas. Sigo teniendo un romance con una mujer mayor que yo. ¡Yo tengo dieciocho años y ella veinte! Y ni siquiera es un romance... ¡Todavía no! Llevo con Dawn catorce meses, pero nos estamos conteniendo un poco... en el plano físico. ¿Sabes, Daphne? Dawn aún «no ha despertado». Queremos estar «preparados». Yo estoy preparado. Ella dice que está casi preparada. Y los juegos amorosos son algo fuera de este mundo. Pero existe un problema con sus padres. Su madre, Prunella, es un cielo, pero su padre, Horace, es un auténtico...*

—¿Des? ¿Qué pasó con aquella pelea que tuvieron? En el garaje.

—Bueno, espera... Te sonará un poco... Verás, el tío Lionel creía que Marlon se había chivado a la policía. Y que lo había hecho para que el tío Lionel desapareciera de escena y no se interpusiera entre él y Gina. Pero ¿por qué necesitaba hacerlo? Gina no se había liado con el tío Lionel más que para dar celos a Marlon. No. El tío Lionel se lo inventó todo. Para lamerse el propio orgullo.

—¿El orgullo? No lo entiendo, me supera. Es pura Criminología.

—Para lamerse el propio orgullo. Y para tener a alguien a quien hacer daño cuando saliera de la cárcel. Así que tuvieron el encuentro del garaje. Desnudos de cintura para arriba. Con los nudillos desnudos. Con unos espectadores de pago. —Como lo del Lady Godiva, pero en hombres—. Duró una hora.

—¿Quién ganó?

—El tío Li. Por un tecnicismo. Estuvo en el hospital una semana. Y Marlon estuvo un mes. Oí que seguían con la pelea cuando iban en la ambulancia.

—Un poco estúpido, ¿no?

—Sí.

—Y ahora ya se ha arreglado.

—Se supone. Las dagas están fuera. Pero han enterrado el hacha.

—Han fumado la pipa de la paz.

—Tuvieron otra cita. Todo muy envarado, para empezar. Luego se dieron la mano. Y luego se abrazaron. Todo muy lacrimógeno. Y lo siguiente que oímos es... que el tío Li aceptó ser el padrino de boda.

Dawn dijo:

—Entonces, ¿por qué estás tan preocupado?

—¡No lo estoy! —dijo él, y la besó—. Es que... Enterrar el hacha de guerra... No veo al tío Li haciendo eso. No es su estilo.

—Mira ahí fuera. Oh, Des... —dijo ella, y le devolvió el beso—. Des, imagina que fuéramos a casarnos hoy.

—Sí. Imagínate. Irnos en avión a Malta de luna de miel.

—¿Sabes esas velitas que nos dio mamá? Cuando vuelva voy a hacer un pastel de carne. Y cenaremos a la luz de las velas. Y liémonos la manta a la cabeza y compremos un poco de *vin de table*.

¡Tres libras con noventa y cinco!, pensó Des.

Con una mirada grave Dawn volvió a besarle, en los labios, las mejillas, la frente, los ojos...

—Esta noche —dijo—. Esta noche. Estoy preparada. Estoy preparada, Desmond, mi amor.

Des dejó caer la cabeza sobre el hombro de ella, y respiró entrecortadamente, y sonrió y cerró los ojos.

—Sí, así, cariño. Duérmete un poco. Así. Échate aquí. Ahí. En mi regazo. Muy bien. Así.

Cerró los ojos e inmediatamente se vio envuelto por los estados de ánimo y los recuerdos familiares que le llegaron al acercarse al sueño: la vez que, a la salida de la escuela dominical, rozó su lengua con la de la chica de la boina blanca; la vez que Cilla se cortó la mano al abrir una lata de sopa (sus dedos bajo el grifo del agua fría, con las heridas abiertas, rojas y blancas); la vez que robó un billete de cinco libras al tío George, y se puso malo de tanto sorbete de limón; el vino color rubí y el hada de su abuela con el picardías rosa; las bebidas y dulces pegajosos, y el señor del universo de sus medias ensoñaciones, una figura encapuchada (siempre de un tamaño mayor del esperado, más ancho, más hondo), y los perros jadeantes...

—Venga. Venga, Des. ¡Final de trayecto!

—¿Ya estamos? —Se incorporó y se frotó los ojos con los nudillos de las dos manos.

—¿Quién dio el primer paso? —preguntaba Dawn mientras hurgaba en su bolso de paja—. ¿Fue Lionel el que se acercó a Marlon? ¿O al revés?

—Se hizo de forma indirecta. —Des se puso de pie y se enderezó la corbata—.

Ringo. El tío Ringo. Y Troy. Troy Welkway. Lo arreglaron entre ellos.

—Pero ¿no dices que Ringo odia a Marlon?

—Sí. Lo odia. Y Troy también le odia.

—Oh, Des, ¿y crees que todo irá bien?

—Por supuesto que irá bien. Es una boda. El tío Li ha estado trabajando en su discurso. El discurso del padrino. Ya sabes. El panegírico.

### 3

Fue fácil de encontrar, el Imperial Palace, un hotel ancho y bajo, situado a cierta distancia de la carretera, más allá de una franja de césped y un aparcamiento atestado de coches. Los porteros —ataviados como pregoneros— guiaban a los invitados a través del vestíbulo, y del Beefeater Bar, hasta una antesala en forma de L donde uno se topaba con un muro de sonido, parecido al clamor de un patio de colegio pero de un registro más bajo; los contraltos de las mujeres en festiva armonía con los barítonos de los hombres. La primavera, la unión amatoria, un jolgorio apelonado... Con la salvedad de las imperfecciones de todos los presentes, el muro de sonido era un muro de amor.

Dawn corrió de inmediato al aseo de señoras, y Des se topó de inmediato con un camarero de chaqueta color crema con una bandeja de plata: ¡Prosecco! Las burbujas chisporrotearon en su nariz, y se agolparon y retozaron en su cerebro, y al segundo trago Des se sentía ya tremendamente feliz y orgulloso. Dawn se reunió con él y juntos traspusieron el alto umbral de la sala.

Des nunca había estado en un hotel, y se sintió quizá un tanto intimidado por cómo se hallaba preparado el lugar para la tarea de agasajar a los sentidos: los camareros sonrientes y reverentemente solícitos, los ilimitados refrigerios, la música suave, las sillas acolchadas —en hilera y adosadas a las paredes—, el cortinaje de tupido rayón, las arañas de plástico centelleante, la moqueta de nailon (anaranjada, con atractivas salpicaduras de amarillo) y la fantástica compañía en torno, en sus mejores galas de Pentecostés.

—No están tan mal, Dawnie —dijo Des, alargando la mano para coger una segunda copa—. No están mal, supongo. Harán su papel. Míralos.

De las aproximadamente noventa personas que había en la sala de baile de techo alto, probablemente la más distinguida era Brian «Skanker»<sup>[12]</sup> Fitzwilliam (suegro del tío John), cuya cabeza se veía ornada por una especie de guadaña de pelo blanco como la nieve. Iba acompañado de su esposa, Minnie, que empuñaba airosamente sus muletas negras. El siguiente en veteranía era Jayden «Una Milla» Drago, padre de la novia, en toda su inamovible obesidad, acompañado de su pareja del momento, Britt, a quien doblaba en edad y que iba con minifalda y tenía pecas en los pechos. Estaban

también Dennis «Mumper»<sup>[13]</sup> Welkway y la señora Mercy Welkway (de soltera Pepperdine) y su hermana pequeña Grace, con su andador y su redecilla y su...

—Estás adorable, querida. Adorable. ¿Verdad, Des?

—Sí, lo está. Eh, ¿qué es eso, abuela? ¿Zumo de naranja?

—No. ¡Es un Buck's Fizz!

—¡Y yo un prosecco! Jo, todo esto... Debe de costar una...

—Ay —dijo la abuela, apartando la mirada—. Aquí viene el verano. Y no me equivoco. Tiene esa expresión en la mirada.

Lionel Asbo se movía con agilidad entre la gente apelmazada, dando golpecitos en la espalda aquí, apretones de muñeca allá, abrazando al tío John, al tío Paul, al tío George, al tío Ringo y al tío Stuart, chocando palmas con los hermanos de Marlon, Charlton, Rod, Yul, Burt, Troy y Rock, inclinándose en solemne presentación ante los innumerables hermanos de Gina (ante Dejan, ante Shakira, ante Namru, ante Aaliyah, ante Vassallo, ante Yasmine, ante Oreste, ante la pequeña Foozaloo)... Y Des pensó: ¿Será posible? ¿Será posible que Lionel Asbo, el gran asocial, se convierta en ciertos medios en un ser social?

Dawn dijo:

—Y allí, Des. Oh. Qué fino...

El cuarteto de cuerda con chaleco que había en el escenario se levanto al unísono y comenzó a tocar el tema de *El padrino*. Sí, habría baile, después de las formalidades de rigor, y de una serie de platos malteses, corazones de alcachofa, judías con perejil, menestra de verduras, pastel de requesón, *nougat*. Pero de momento los canapés eran tranquilizadoramente ingleses —comida honrada de taberna—, y Des dijo:

—Será mejor que comas todo lo que te apetezca, Dawnie. Antes de que sirvan toda esa porquería extranjera. A tu padre no le gustaría nada. Toma. Come uno de estos ricos panecillos con jamón.

—Oh, quita de ahí... ¿Por qué sonrías?

—Estoy pensando. Estoy pensando en esta noche.

—Sí... Yo también.

Se besaron.

—¡Ejem...!

Y allí estaba (con su traje bueno único, su camisa blanca, su corbata azul fina como un cordón), bien limpio y afeitado, con la eterna lata de Cobra en la mano carnosa.

—Lionel, ¿puedo preguntarte algo?

—Por supuesto que puedes, chica —dijo él, apoyándose en la mesa. Pinchó un filete de arenque enrollado y alargó una mano de dedos impacientes hacia dos bocados de empanada de cerdo.

—¿Por qué llaman «Una Milla» al señor Drago?

Masticando un buen puñado de cebollitas encurtidas, Lionel lo explicó. Los coches de Jayden Drago eran muy baratos; pero lo más lejos que uno llegaba en ellos después de comprarlos era «una milla».

—Perdón, pero ¿cómo es que sigue en el negocio, entonces?

—Ah, Dawn, verás: una milla es una exageración. Sería más exacto decir cinco millas. O incluso diez —dijo Lionel a través de las migajas rojizas de un huevo a la escocesa—. Una vez le compré uno. Merece la pena si lo que quieres es ir de una punta a otra de la ciudad. Por lo que te valdría un taxi.

—Tu discurso, tío Li —dijo Des—. Ibas a dictármelo, pero no lo has hecho.

Su cabeza cayó hacia atrás. Lionel esquivó un zigurat de patatas fritas con sal y vinagre, se sacudió las palmas y se dio un brusco golpecito con los nudillos en la frente.

—Todo está aquí, hijo. Todo está aquí dentro... Hermosa ceremonia esta mañana. No, de verdad. —Siguió hablando, perdido y nostálgico—. Las pequeñas damas de honor con sus ramos de flores. Las vidrieras de colores... Gina, Gina me ha llevado a un lado en el jardín. Poda de blanco, con esos lacitos blancos en el pelo. Y me ha dicho: *¿Lionel? Gracias, Lionel* —me ha dicho—. *Gracias por ayudarme a hacer de éste el día más perfecto de mi vida.* Y su sonrisa era como un pequeño rayo de sol. Te lo aseguro: me dio calor en el corazón. Me dio calor en el corazón.

El cuarteto de cuerda se retiró del escenario. Tras una salva de vítores y aullidos, y de un silencio borboteante, el novio, la novia y el padrino subieron al escenario. Lionel y Marlon se abrazaron; Lionel y Gina se abrazaron, y, mientras ella retrocedía y se retiraba con morosidad hacia un costado, Lionel le besó la mano (un suave roce).

Y Lionel Asbo empezó a hablar.

—¿Podéis oírme todos, amigos míos? —Un murmullo de asentimiento—. ¿Marlon y yo? ¿Qué puedo decirlos? Hemos sido los mejores amigos —dijo, en tono mordaz (como para zanjar la posible protesta de alguien que quisiera afirmar lo contrario)—. Desde que éramos bebés. —Las mujeres dejaron escapar unas risitas contenidas—. A veces, para divertirse, nuestras madres se turnaban y nos daban el pecho a los dos a la vez. ¿No es verdad, Grace? ¿No es verdad, tía Mercy? Así de íntimos éramos Marl y yo. Marl era el tipo que estaba en la teta de al lado. —Más regocijo maternal—. Y pasaron los meses. Y cuando dejamos de pelearnos por el siguiente biberón de leche para bebés..., bueno, pues empezamos a portarnos como chiquillos normales. De acuerdo. Éramos unos cabritos. No hay otra palabra para lo que éramos. Éramos unos auténticos cabritos. O unos diablillos, si preferís.

Y Des pensó: El tío Lionel ha encontrado un estilo. Habrá algunas cosas que tendría que pulir, pero ha encontrado un estilo. Dawn escuchaba con los brazos cruzados en actitud ensimismada.

—Nos escapábamos de la guardería y nos escabullíamos por la escalera de incendios para ir a ver películas X. —Risotadas de los varones—. Tocábamos el



timbre de los vecinos y cuando salían les hacíamos un corte de mangas. A los dos años. —Risas femeninas—. Y, cuando fuimos un poco más altos, meábamos por la abertura del buzón de la puerta. —Risas generales—. Teníamos una especialidad, Marl y yo. Empezamos una Noche de Guy Fawkes, cuando teníamos tres años, pero pronto nos pusimos a hacerlo todo el año. Buscábamos una buena mierda de perro aún fresca cerca de un coche bonito y elegante. Metíamos un petardo gordo debajo de la mierda, prendíamos la mecha y corríamos a escondernos tras la esquina más cercana. —Expresiones ruidosas de reprobación afectuosa—. ¡Bang! Volvíamos, y habíamos «pintado» el coche de arriba abajo. Cada centímetro. Qué belleza. Aunque no les gustaba tanto a... los que pasaban por la calle. —Más reprobaciones afectuosas—. Robábamos triciclos, luego bicicletas, luego motocicletas, luego scooters. Así crecimos. Luego coches, luego furgonetas, luego camiones. Teníamos alguna que otra pelea, no me importa decíroslo, porque no nos poníamos de acuerdo sobre a quién le tocaba conducir. Y, ya veis, teníamos seis o siete años cuando empezamos. —Hondos murmullos de admiración—. Así que uno de los dos se ocupaba de los pedales y el otro se le sentaba encima del pecho y se ocupaba del volante. Si estabas encima decías *frena* o *acelera*. Y si estabas debajo y lo que llevábamos era un camión, y Marl decía *acelera, acelera, acelera, acelera, acelera*, bueno, pues cerrabas los ojos y acelerabas y ojalá que no nos pasara nada.

Se quedó con sus caras. Fue archivando sus caras radiantes y sus ojos humedecidos. Cuando se acabe esto, pensó Des, le pediré a la abuela Grace que baile conmigo. Nos deslizaremos suavemente por la orilla de la pista, si le apetece.

—Luego vino la... adolescencia. Hurtos en las tiendas, robo de tarjetas de crédito, atracos, robos relámpago. En el colegio, expulsión temporal, expulsión definitiva, Unidad de Remisión de Alumnos. Tribunal de Menores, Centro de Custodia de Menores, Institución para Delincuentes Juveniles. Luego vino la madurez. Que en mi caso significó la cárcel. —Algunos bufidos ahogados, una única carcajada—. Marl era más astuto, y más rápido en pillar las cosas. Yo era más cabezota. No quería aprender. Para mí..., para mí eso es cuestión de principios. *Aprender, nunca*.

»Así que teníamos una carrera que hacer. A mí me gustaba el “reseteo” (ya sabéis, la *reventa*), y las labores de cobro. Marlon era un “propulsor” nato. Allanamiento de morada. También conocido por robo en domicilio. Y lo útil que era Marl... Por eso le llaman Milusos. Marl es capaz de saquear unas barracas a plena luz del día sin que nadie se dé cuenta. Qué talento. Qué don. Así que él con su empuje y yo con mi “reseteo”. Además, ya sabéis, siempre había... un poco de esto, de lo otro y de lo de más allá...

»De acuerdo, de acuerdo. Lo que estábamos haciendo no se... atenía estrictamente a la ley. Pero no pedimos disculpas. Ni Marl ni yo. —Expectación atenta e intensa—. ¿Por qué? Porque la ley protege el chelín del rico. —Caluroso murmullo de asentimiento—. Y ningún hombre que se precie de ese nombre va a agachar la cabeza ante eso. —Estruendoso y prolongado aplauso.

Algo que Lionel se apresuró a sofocar, con las palmas levantadas y la cabeza baja.

—Y durante todo este tiempo, claro está, hubo faldas. Titis, titis, titis. Y, Joder, con este Rhett Butler alto, moreno y guapo, con esa cicatriz encantadora, era como si estuviera compitiendo en los Juegos Olímpicos. ¿En qué? ¡En follar! —Regocijo reacio—. ¿Y cuántas veces puede hacerlo al día? O en una hora. ¡Ha puesto una puerta giratoria en su cuarto! —Regocijo abierto—. Y yo, con mi fea jeta, lo que hacía era sostenerle el abrigo y calentarle las gomas. —Risas masculinas apagadas—. Pido perdón a las damas. Me refería a los condones, a sus... planificadores familiares. —Risas femeninas apagadas—. Bien, a mí no me molestaba. ¿Pero él? ¿Qué hacía con el vello púbico de las chicas? Se lo peinaba. Ése es Milusos. Ése es Marlon Welkway.

Lionel se dio media vuelta. La novia estaba sonriéndole al novio con expresión de coqueto reproche. Marlon tenía los ojos cerrados y húmedos, y le temblaban los hombros. Des se dio media vuelta también, y vio que Ringo se escabullía hacia el exterior por la altas puertas dobles.

—Ahora bien, siempre pensé: ¿Marl? ¿Marlon Welkway? No es de esa clase. ¿Marl? No hay peligro. Es un mujeriego. O, si lo preferís, un soltero redomado... Ah, pero entonces va y cae en el hechizo... de la imponente Gina. —Víttores, hurras y silbidos que punzaban los oídos—. Gina Drago. Mírenla. Guapa como un atardecer en una cascada. Sí, va a haber mucha tristeza en los pubs de Diston esta noche. A medida que vaya calando en los hombres que la joya del lugar, Gina Drago, se ha convertido ahora en Gina Welkway.

Lionel alzó las manos y empezó a aplaudir con ademán solemne, y todos los asistentes lo imitaron. Y el aplauso duró como un minuto y medio.

—Se ha hablado mucho sobre el llamado *encuentro del garaje*. —Un rumor afirmativo—. No tuvo la menor importancia. Veréis: nosotros siempre nos hemos peleado. De bebés, de niños pequeños, de adolescentes, de adultos..., siempre nos hemos peleado. Peleas largas, peleas fuertes. ¿Por qué? Por respeto. Para seguir siendo honrados. Sí, tuvimos una pelea, Marlon y yo. Bien —dijo, con un desdén un tanto indulgente—. Nadie más era bueno en esto. —Aclarados deferentes de garganta—. Bien, ya nos hemos demorado bastante. Sin más dilación, ¡que empiece la fiesta...! Oh, un momento. Antes de que se me olvide. ¿Sabéis, amigos?: hace una hora he ido a la primera planta, y me he encontrado con una fila de... de tipos viejos y horribles que trabajan en los cuartos de calderas y con el montón de estiércol de abonar el jardín. Con moscas revoloteándoles alrededor de la cabeza y demás. Y todos estaban soltándose el cinturón. —Silencio general. Lionel frunció el ceño—. Les dije: *¿Qué pasa aquí, caballeros?* Y uno de ellos señala el pasillo. ¿Y qué veo? A Gina. —Silencio extremo—. *¡Con el puto vestido de novia en la cintura y con las putas bragas en los tobillos y con el gran culo gordo al aire y con el...!*

... Así que no. No, Marlon y Gina no pasaron la velada bebiendo Girgentina y

comiendo *bebbux* en la veranda, junto a la piscina, en la villa alquilada en la pequeña isla maltesa de Gozo.

Y no, Desmond y Dawn no pasaron la velada bebiendo *vin de table* y comiendo pastel de carne a la luz de las velas en la planta treinta y tres de Avalon Tower.

No. Todos y cada uno de los presentes en el banquete de boda —incluidas las damas de honor, incluidas las abuelas— pasaron la noche en las comisarías (y clínicas) de Metroland, acusados de reyerta con daños graves.

Los costes de reparación del Imperial Palace ascenderían finalmente a seiscientos cincuenta mil libras.

A Dawn la soltaron al día siguiente por la mañana y a Des por la tarde. Les dijeron que tendrían que testificar. Dawn sufrió temblores durante cuatro días.

Y Des recordaba su última visión del Imperial Palace (tenía la cara ensangrentada aplastada contra la ventanilla trasera del furgón policial). Vio un letrero que rezaba *Comida. Bebida. Camas. Habitaciones decorosas a precios razonables*. Y vio el Austin Princess engalanado con cintas blancas, con su parabrisas astillado y hundido y el ladrillo aún encima del capó; la contribución de Ringo a la boda de Pentecostés.

#### 4

A las dos de la tarde fue a buscarle el funcionario de prisiones Fips.

—Que tenga mucha suerte, Lionel —le dijo Pete New desde la litera.

Lionel Asbo avanzó con paso libre por el pasadizo de piedra. Lo condujeron a cuatro tramos de escaleras más arriba, y luego a lo largo de un corredor con un fuerte olor a vómito y a ácido fénico, y luego hasta el exterior, donde se veía la columnata arqueada. La puerta del despacho del alcaide estaba abierta de par en par.

Menudo, calvo, de cejas muy rizadas y frente abultada, el alcaide Wolf no parecía en absoluto portador de buenas nuevas cuando dijo secamente:

—Ah. Aquí está. El estimable señor Asbo... Supongo que se la habrá trabajado a conciencia, ¿no, Lionel? Mes tras mes. Hasta dolerle el cerebro. Hasta acabar con la lengua fuera. Se ha trabajado a conciencia la lotería.

—¿La lotería? Por supuesto que no. ¿Cree que soy estúpido? ¿Y qué pasa con la lotería?

—¿Que qué pasa con la lotería?

Lionel lo recordó a duras penas; le había quitado el boleto a un recluso para fastidiarle (no era más que una tontería, de todas formas). Siguió allí de pie con las manos en los bolsillos. El alcaide Wolf —que había desistido hacía tiempo de intentar que Lionel le llamara señor— dijo de nuevo:

—¿Que qué pasa con la lotería?

Lionel dijo con un suspiro:

—De acuerdo. Me ha hecho subir aquí porque he ganado quince libras. Es un juego de mierda, la lotería. Si quiere saber lo que pienso.

El alcaide Wolf tiró el lápiz sobre el escritorio y dijo:

—Bien. Supongo que esto prueba que Dios tiene sentido del humor.

Lionel se puso alerta.

—Son más de quince libras, Asbo. Es una suma considerable.

Lionel, como un soldado, pasó de la posición de descanso a la de firmes.

—¿Cómo de considerable? ¡Señor!

A causa de una infracción anterior, Lionel fue recluido en su celda. Pero a la mañana siguiente a Pete New se lo llevaron para una sesión de una hora de fisioterapia y cuando volvió dijo:

—Estás en la primera plana del *Sun*.

Un Lionel yacente se estudiaba las uñas. Dijo:

—¿Y el titular?

—«Lionel Asbo, el Patán de la Loto».

—¿Hay foto?

—Estás a la entrada del Old Bailey. Te llevan a la fuerza y tú haces un corte de mangas.

Lionel se limitó a encogerse de hombros, y New se atrevió a decir:

—¿No había una casilla que podías haber marcado, Lionel? Confidencial o algo parecido. Ahora no te van a dejar en paz ni un momento.

—No me importa. La publicidad. Puedo arreglármelas con ella... ¿Sabes, Pete? ¡Lo gracioso es que nunca en mi vida he jugado a la lotería! Es una puta pérdida de tiempo, si quieres saber lo que pienso.

Aquella tarde Lionel recibió una visita oficial: Dallen Mahon, la abogada que le había asignado Ayuda Legal. Se sentaron a una mesa cuadrada del economato, él con su mono azul marino, tomando café y comiendo un Toblerone.

—Es muy sencillo —dijo la abogada—. Pague lo que se pide en el pleito civil, y le juzgarán por un delito menor. Digamos ebriedad y desórdenes públicos. Una multa y una amonestación. Y a la calle.

—¿Cómo, y pagar yo todo?

—Bueno, nadie tiene dinero para pagar, ¿no? El señor Drago está dispuesto a hacer una pequeña contribución. Gina sigue dentro. Por no mencionar... —sacó su libreta de notas— a Dejan, Namru, Oreste y Vassallo. Y todos los tíos y primos.

La cara de Lionel adoptó una expresión afectuosa. Gina, cuando estalló la reyerta en el Imperial Palace, había montado un buen espectáculo... Con la pata de una silla en una mano y medio violín en la otra.

—Es una chica con carácter, esa Gina... Escuche. Estoy dispuesto a pagar mi

parte. He hecho el cálculo. Ocho mil. Y eso es todo.

—Lionel, es usted ciento cuarenta veces millonario.

—¡Sí, pero esas setecientas mil libras...!

—Novecientas mil. El lucro cesante.

—Joder. Alguna gente...

—Lionel, su situación financiera ha cambiado. ¿Ha asimilado ya eso?

—Un momento. Si apoquino, ¿Marlon sale a la calle?

—Sí, Marlon sale a la calle. Y también... También Charlton, Rod, Yul, Burt, Troy y Rock.

—Pues por ahí no paso, ¿vale? El que empezó fue Marlon. ¿Y ahora a la calle? Con lo mío, tan duramente ganado... ¿Marlon mariconeando por ahí a costa de mi éxito? Ni en sueños, Dallen.

—Todos saldrían a la calle. John, Paul, George y Stuart. Consúltelo con la almohada. En su celda.

—Lo haré.

—Y mañana por la mañana, cuando usted y sus colegas estén sacando el cubo de... —dijo la abogada—, puede que haya cambiado de idea.

—Podría ser. Bueno, ¿dónde está ese... asesor?

Dallen le hizo un gesto al funcionario de prisiones para que se acercara, y acto seguido éste salió y al poco volvió con un cuarentón de tez bronceada y traje de raya diplomática.

—¿Lionel Asbo? Soy Jack Firth-Heatherington.

—Discúlpanos, Dallen. Vamos a tener una pequeña charla. Sobre montones de dinero. Y mi... cartera de inversiones.

Des estaba en la cocina, con Jon en el regazo. Dawn estaba sentada enfrente, con Joel en el regazo. El del día descansaba en la mesa, entre ellos, abierto en las páginas cuatro y cinco: un epígrafe en negrita daba cuenta de toda su carrera, con más fotografías, incluidas dos de la ficha policial de Lionel (de frente y de perfil) a la edad de tres años. Dawn dijo:

—Ha llamado Ringo. Otra vez. Está de los nervios. Ha dicho: *¿Cuánto calculas que va a darnos? ¿Cuánto debo pedirle?*

—¿Pedirle? ¿A Lionel? Ringo está loco. Al tío Lionel no se le pide nunca dinero. Ha sido así desde que era un crío. Le pides dinero y te parte la cara.

—Oh, Mísero señor Mostaza... Y dices que le quieres. Es una persona espantosa. Y tú le quieres.

—Dawn, es peor de lo que piensas. Pero no puedo evitarlo. Es como tú con Horace. Tu padre también es una persona espantosa. Y sin embargo le quieres. Tampoco tú puedes evitarlo.

—Sí. Me gustaría poder. Evitarlo.

—Mira el lado bueno. No más jodidas cenas de ésas en Jorliss.

¿Horace Sheringham?

*No es nada personal, Desmond, solía empezar mientras se aprestaba a dar cuenta de su bol de sopa de tomate Heinz (a la que seguirían, invariablemente, unas barritas de pescado BirdsEye), pero comprenderás que Dawn y tú tenéis unos cerebros diferentes.*

*Oh, venga ya, papá, se quejaba su hija.*

*Por favor, cariño, no empieces, se quejaba su mujer.*

*¿Diferentes en qué, señor Sheringham?*

*Y Horace, que era un guardia urbano en paro (en Diston, donde los guardias urbanos no se conocían), proseguía pacientemente. Bien. Tu cerebro es más pequeño y tiene una forma distinta. Mientras que el suyo es normal, el tuyo se acerca al de los primates. No es nada personal, muchacho... Oh, ya veo. Ni siquiera puedo hacer una afirmación científica. En mi propia casa.*

La casa de Horace era un pequeño apartamento de techo bajo situado encima de una tienda de electricidad, en Jorliss Parkway. Al cabo de unos meses de esa conversación, Des empezó a decir:

*¿Y qué me dice de su cerebro, señor Sheringham? ¿Es también mayor que el mío?*

*Por supuesto que sí. Es de pura lógica. Por eso tienes esa cara tan infantil.*

La cara de Horace era de color rojo oscuro, y como crispada y torcida, una cara de crustáceo (de nariz y barbilla en forma de pinza), y ojos pequeños y negros.

*Ya ves, Dawn, es diferente a ti y a yo.*

*A ti y a mí, dijo Des.*

*¿Perdón?*

*A ti y a mí. No se dice «es diferente a ti y a yo», ¿o sí?*

*Por supuesto que no. Pero «a ti y a mí» es rudo.*

*No es rudo. Es correcto. ¿Qué tal su francés, señor Sheringham?*

*¿Mi francés?*

*Oui. Ton français, c'est bien? ¿Qué tal tu italiano? ¿Sabes hablar español?*

*¿De qué me estás hablando? Ya basta de ese galimatías, Desmond, muchacho... Bueno. Gracias. Muchísimas gracias. Me has arruinado la cena.*

Así que después de lo de Metroland, todo fue muy sencillo. Des no era testigo de aquella escena culminante: Horace, demacrado, jadeante, entre toses y caídas, sacaba montones de ropa y libros de Dawn por la ventana del primer piso, mientras Prunella Sheringham lloraba de rodillas en el suelo...

*¡Fuera! ¡Reniego de ti, hija mía! ¡Ve a vivir con ese negrito! ¡En la cárcel! Que es donde debéis estar. Adelante. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!*

Des sorbió el té y dijo:

—Ahora me mirará con más amabilidad. Ahora que hay un millonario en la familia.

—En serio, Des. Tenemos nuestro orgullo, y no vamos a ir a pedir con la cabeza gacha. Pero en serio. Tiene que darte algo. ¡Si no hubiera sido por ti no habría ganado ni un penique! Mira esto. De acuerdo. Puede quedarse con los ciento treinta y nueve millones de libras. Puede quedarse con las novecientas noventa y nueve mil libras. Pero ¿y las novecientas noventa y nueve libras con cincuenta? Es de justicia, Des. Los números del boleto los rellenaste tú.

Era verdad. En una de sus visitas a la cárcel, hacía como un mes, Lionel le había dicho: *Hazme el favor de rellenar eso, Des. Montón de tonterías. He puesto mi nombre y demás.* Y Des, mirando el boleto, dijo: *Es la nueva lotería, tío Li. Hay que rellenarla con los números y mandarla por correo.* Tras un momentáneo sentimiento de agravio, Lionel dijo: *Bien, pues rellénalo tú, Des. Sí. Yo no quiero mancharme las manos. Rellénalo tú. Es un puto juego de mierda, la lotería. Si quieres saber lo que pienso.*

—En fin, con tío Li nunca se sabe. Y sigo en su lista negra.

—¿Por?

—Oye. No se dice así. Se dice «por qué». Es como «mientras» y «mientras que». Perdona.

—No, no, Des. Sigue corrigiéndome.

—No le gustó mi declaración ante el juez.

—Tu declaración fue mejor que la suya *solemnemente, bajo zopenco...*<sup>[14]</sup>

—No entiendes la mente criminal, Dawnie... Y lo otro. Lo de los perros.

—Ah. Los perros.

—Dawn, no te preocupes en absoluto por el dinero. Es..., no debemos pensar en el dinero. Míralo de este modo: tenemos un cuarto libre.

—¡Podemos alquilárselo a alguien!

—No. No. Vamos a hacernos un bonito estudio para los dos. Como una biblioteca.

—Sí... No está bien pensar en el dinero.

—Y un día, Dawnie... Podría ser hasta el cuarto de los niños.

—Oh, Desi. Qué cosas dices.

—Un cuarto libre. Ahora ya no le hace falta. No querrá volver aquí. ¿O sí?

## 5

Después de darle vueltas y vueltas a la cabeza durante un par de semanas (y al cabo de discusiones enormemente serias con Pete New), Lionel se decidió a costear las ochocientas ochenta y cinco mil libras (Jayden Drago se prestó a poner lo que faltaba). Luego las cosas se desarrollaron con rapidez.

El sobre infecto (con ventana, de color pardo y rencorosamente diminuto) llegó por correo ordinario a finales de junio. Contenía el esfuerzo literario más largo —con mucho— que Des había visto jamás de puño y letra de su tío (LECHE y PAPEL HIJENICO y TUBASCO era el tipo de redacción al que estaba acostumbrado). La carta de Lionel estaba escrita con mayúsculas, y sin puntuación, como un telegrama (sin los stop). Des y Dawn le echaron otra ojeada en el autobús camino del Queen Anne's:

DES ESTATEA LA PUERTA NORTE EL SAVADO 11 JULIO DOCE I MEDIA  
TRAEMI CARNE DE CONducIR MI PARTIDO DE NAZIMENTO MI  
MOBIL NEGRO I MI ODENADO [las tres últimas palabras estaban tachadas] I  
LOS PEDIGIS DE LOS PERROS ESTATEALLI ASI QUE NO CONDUZES EL  
TASI ESE SAVADO DILE A SIMFA QUE MUI VIEN Lionel

—Dios —dijo Des—. Se ríe de mí. *¡Simfa!* ¿Por qué no ha firmado él *Loyonoo?*

—Te está tomando el pelo. *¡Simfa!*

—Simfa... ¿Sabías que la madre y el padre de Simfa..., joder, perdona, quiero decir la madre y el padre de Cynthia la llaman Simfa? Asombroso. Le pones a tu hija un nombre... ¡y luego la llamas de una manera completamente diferente!

—No saben pronunciarlo, de acuerdo —dijo Dawn—. ¡Pero apuesto a que saben escribirlo!

—¡La única letra que el tío Li ha escrito bien de ese nombre es la «a»! Ordenador... Mira qué forma de ponerlo. Me está tomando el pelo.

Pero en la carta había cierta «atmósfera»: Lionel había odiado escribirla, y las propias palabras habían odiado que las escribieran. Incluso el papel había odiado al bolígrafo. Frunciendo el ceño, Des dijo:

—No puedo entenderle, Dawnie. Nunca he podido. Me refiero a que es inteligente cuando quiere. La última vez que fui a verle dijo algo verdaderamente brillante. Muy agudo.

—Cuéntamelo, pues.

—Bien, había un tipo en la cantina de la cárcel que se veía que estaba como una cabra. Babeando y farfullando para él mismo. Y el tío Li dijo que aquel tipo se había librado de una pena mucho más severa. Responsabilidad mermada. Y el tío Li dijo que todo eran estupideces, lo de la responsabilidad mermada y demás. Llevan a unos expertos al tribunal, y les preguntan: *¿Sabía el acusado lo que estaba haciendo; y sabía que lo que estaba haciendo estaba mal?* El tío Li dice que eso no es más que una memez.

—¿Cómo ha calado a ese tipo?

—Bueno, tiene razón. Sólo hay una pregunta que la ley necesita hacer. Y el tío Li dice: *¡Eh, chalado!*, dirigiéndose al psicópata. *¡Oye, demente!* *¿Te habrías cargado a*



*esa vieja si el madero te hubiera estado mirando?* Y el loco niega con la cabeza. El tío Li tiene razón. ¿Habrías hecho eso si te hubiera estado mirando el poli? Ésa es la pregunta, y poco importa todo lo demás. Me pareció muy inteligente.

—Unos cuantos cientos de libras..., eso sí que sería brillante —dijo Dawn—. Ni siquiera lo notaría. No te preocupes, amor. Tú rellenaste esos números. Lionel hará lo correcto.

—Sí —dijo Des.

En la puerta norte de la prisión de Stallwort, a mediodía del sábado 11 de julio, Des se mantuvo a distancia, tomando nota mental de la treintena de periodistas y fotógrafos, los equipos de televisión y la limusina blanca con los dos hombres apoyados en ella: el chófer con su uniforme de sarga y gorra de visera y el caballero urbano con traje de raya diplomática y bombín. Era un sábado sin sol pero extremadamente húmedo, y el edificio de ladrillo rojo brillaba lúgubrementemente en su propia sudoración, y con su aire de colegio terrible para hombres muy muy mayores.

A las doce y media Lionel fue escoltado puntualmente desde el portón interior hasta el de fuera, vestido con la ropa que llevaba cuando llegó a la cárcel: el traje gris todo arrugado, la camisa blanca desgarrada y ensangrentada, y la fina franja de tela de su corbata azul marino. Firmó un formulario sobre una tablilla de pinzas mientras el funcionario de prisiones se ocupaba de lidiar con llaves y cerrojos.

En su meditada respuesta a la carta que su tío le había enviado desde la cárcel, Des le brindaba los consejos siguientes (*por supuesto, yo no lo puedo saber bien, pero parece lo más sensato*): trata de entablar una relación jovial y (*aunque pueda ir en contra de tus principios*) respetuosa con los medios de comunicación, porque (*te guste o no, tío Li*) van a tener un papel en tu futuro inmediato. *Y no olvides que... están haciendo su trabajo. Una pizca de cortesía normal y corriente, eso es lo que tienes que mostrar. Además, no te costará nada.* Y Des, una vez más, imaginó a su tío frunciendo el ceño en su celda mientras sopesaba estas palabras...

—Unas preguntas, señor Asbo.

—A tomar por el culo con ellas —dijo Lionel con un encogimiento de hombros compulsivo mientras se abría paso entre los periodistas.

—¡Señor Asbo! ¿Cómo va a...?

—A tomar por el culo con todo. ¿Sabéis lo que sois? Sois la hez de la tierra. Ven, Des. Vámonos lejos de esa escoria. Vamos, chico.

—¡Desmond! ¡Una pregunta!

—Vámonos. Te lo dije. ¡A tomar por el culo!

El chófer abrió la portezuela trasera. Lionel se detuvo unos segundos. Luego, mientras las cámaras tomaban instantáneas y bisbiseaban, desplegó todo un abanico de gestos obscenos sorprendentemente cosmopolitas: los dos dedos en V, el corte de mangas, el meñique y el índice, los cinco dedos extendidos, la uña del pulgar pegada a los dientes superiores; y luego se dio con la palma izquierda contra el bíceps del

brazo derecho, cuyo puño apuntaba al cielo. Finalmente, al agacharse para subir a la limusina, Lionel se metió la mano en la hendidura entre las nalgas y se liberó parsimoniosamente el calzoncillo.

—¿Des? —dijo mientras se sentaba y cogía una lata de Cobra del cubo del hielo—. No hables jamás con la prensa. ¿Me oyes, Des? Lo deformarán todo. ¡Dices una cosa y publican otra! Eh, discúlpeme, señor Firth-Heatherington. —Dijo *señor Firth-Heatherington*—. ¡Oiga!

—¿Sí, señor?

—No le importa, ¿verdad? —dijo. Y con la impasibilidad de un hombre que no hubiera viajado jamás en otro medio de transporte, Lionel apretó el botón preciso y una mampara de cristal ascendió despacio hacia el techo—. Quiero tener unas palabras a solas con mi sobrino.

—Por supuesto, señor Asbo.

Des hizo acopio de aire en los pulmones y dijo:

—Enhorabuena, tío Li. Es como un cuento de hadas. Es magia.

—Sí, y mañana todo se esfumará. El mercado está de puta pena, Des. Los bancos están jodidos de verdad, ¡y ahora nos sacan el dinero a nosotros! ¿En qué podemos confiar?

La limusina siguió su curso. Al cabo de un rato, Des, para llenar el silencio (un tipo de silencio nuevo), dijo con voz queda:

—Oro. He leído que nunca pierde valor. El oro.

—Oh, has estado leyendo, ¿eh? ¿Me has traído las cosas?

—Por supuesto —dijo Des, y le tendió la bolsa de plástico.

—¡No está el ordenador!

—Lo tachaste, tío Li. Pensé que lo tachabas porque no lo querías.

Ahora la limusina blanca zumbaba en la autopista de circunvalación de Londres. Una moto se puso en paralelo, quedó atrás, volvió a ponerse a su altura. Una cara con gafas protectoras les escrutaba desde el exterior.

—¿Qué es eso?

—El cristal es tintado, tío Li. No puede vernos. No es más que un reportero. Un fisgón.

—¡Le voy a dar yo al fisgón!

Lionel bajó la ventanilla con una mano y alargó la otra para coger una lata de Cobra llena, pero antes de que pudiera lanzársela al motorista Des gritó:

—¡No! ¡No! ¡Tío Li! Te están provocando. ¡No lo hagas! No les des el gusto de...

En el curso de los dos minutos siguientes, los ojos de Lionel se aclararon y calmaron.

—Debes tener cuidado, tío Li. Y hacer concesiones. Has tenido una conmoción en todo tu sistema de vida.

—¿Conmoción? ¿Conmoción?

—Sí. Tu vida entera ha cambiado. Tienes que hacer concesiones. Eres una figura pública. Con ciento cuarenta millones de libras.

—Ya. Más bien ciento treinta y nueve. Después de que esas sanguijuelas me hayan sacado un millón.

—Tío Li, no vas a ser tú mismo durante una o dos semanas. Tienes que mantener la calma.

—Estoy calmado.

Se hizo un silencio. El silencio nuevo.

—¿Adónde vas ahora?

—Al Pantheon Grand. —*Pamfeon Grand*— Hasta que me vaya arreglando. Joder, esto no se acaba nunca. Firme esto, firme esto otro. Firme esto, firme esto otro. Firme esto, firme esto otro.

Durante unos instantes, Lionel arremetió contra el papeleo burocrático..., y contra los diputados corruptos. Al cabo de otro silencio, Des dijo:

—Dawn se ha venido a vivir al apartamento. Estamos un poco prietos en la cama individual, pero nos arreglamos. No te molestará, ¿verdad, tío Lionel? Verás, su...

—No, no me lo cuentes. —Y, por primera vez, Lionel sonrió—. No me lo cuentes. ¿Cómo se llama, el viejo tonto del culo? Horace. No me lo cuentes. Horace se ha enterado de que su hija ha pasado una noche en la trena. *Y si alguna vez pones los pies en mi casa...* Así que está en el apartamento. Tienes que agradecerle eso a tu tío Li, Des Pepperdine.

En la calle privada que daba a St. James's y conducía a la entrada del Pantheon Grand Hotel hubo más periodistas, y más gestos obscenos, y más maldiciones escogidas (amén de un breve frenesí de puños levantados). Lionel entró por la puerta giratoria y pasó al antiguo hangar del atrio. Con la cabeza baja, siguió a Firth-Heatherington hasta la recepción, y allí se detuvo, respirando con dificultad y secándose el labio superior con el puño de la chaqueta. A su alrededor se veía a unos altos ejecutivos elegantes y de cierto aire metálico que hablaban en murmullos y se apiñaban en grupos.

—Lo que nos pidió está en su suite, señor. Las cosas de aseo y demás.

Lionel asintió gravemente con la cabeza.

—Y los de la tienda de ropa y demás vendrán a las tres. Si le viene bien.

Lionel asintió gravemente con la cabeza.

—¿Cenará con nosotros esta noche, señor Asbo?

—Sí..., chica. Hemos reservado. A las siete y media. Mesa para seis.

—Oh, así es. ¿Podría dejarme ver su tarjeta de crédito?

—Por supuesto que puede. —Lionel asintió con la cabeza, de lado. Firth-Heatherington abrió su maletín—. Aquí tiene. Elija la que quiera.

—¿Querrá algún periódico mañana por la mañana, señor?

—Sí. Creo que el *Lark*.

—¿Perdón, señor?

—Joder. Creo que el *Sun*.

—Le deseo una feliz estancia entre nosotros, señor.

Lionel, Des y Firth-Heatherington se retiraron del mostrador.

—He estado pensando, señor Asbo, que usted...

—Llámame Lionel, Jack.

—Me he estado preguntando, Lionel, si no estaría usted mejor en otro sitio. Algo mucho más...

—¿Qué quiere decir con eso? —dijo Lionel en tono de brusca y desproporcionada amenaza—. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Es o no es éste el hotel más caro de Londres?

—Sí, lo es. Pero son un poco anticuados. Y hay un hotel cerca de Sloane Square, un hotel nuevo llamado South Central, donde creo que se sentiría usted... más como en casa.

—¿Más como en casa? ¿Más como en casa? ¿Ese sitio es una vivienda social o qué? Ya he tenido bastante «casa». ¿Está claro? Ya he tenido bastante de mi puta «casa».

Des siguió mirándole mientras la cara de su tío empezaba a hincharse (lo había visto antes). Y era ya del tamaño de un globo de feria cuando dijo, en una ráfaga espumosa de fricativas:

—*Estaré perfectamente cómodo en el Pantheon Grand Hotel. Muchísimas gracias, señor Firth-Heatherington.*

Las cabezas se volvieron..., luego se inclinaron... Todo el mundo aguardaba a que la brecha —aquella fisura en el orden de las cosas— se cerrara y sanara.

—Bien —dijo en un susurro Firth-Heatherington, retirándose—. Llámeme por teléfono siempre que quiera, Lionel.

—Llámame *señor*, Jack. —Se aflojó la corbata con una inspiración ahogada, alzando con violencia la barbilla—. Tú puedes irte, Des. Oh, atiende.

—Sí, tío Li.

—Pasaré por allí dentro de un par de días. Desmond, tengo intención de aliviar tu situación económica. Y es una promesa. Te lo juro por mi madre. —Sonrió y dijo—: Oh, sí. ¿Cómo está la vieja...?

—Bastante mal, tío Li.

—Ya. Bien. Me ocuparé de Grace. De una vez por todas. Vete, chico.

—Tío Li, en serio. Todos esos... —dijo, agitando el pulgar hacia la entrada del hotel— ¡lo que quieren es verte otra vez dentro! Es envidia, tío Li. Eso es lo que es. No dejes que te alteren. ¿De acuerdo?

—Tus miedos son infundados. Mantengo un control total.

Y Des lo dejó allí, al otro lado de la cristalera, en el Pantheon Grand Hotel. El pelo rapado con sus tallos mínimos centelleantes de sudor. El traje desgarrado, la

camisa manchada de sangre, la fina corbata azul. El silencio nuevo. Los ojos.

—Sólo por curiosidad. ¿Tu padre guarda rencor a los negros por algo concreto? ¿O es que es así de nacimiento?

—Bueno —dijo Dawn, cautelosa—. A veces habla de cómo le arruinaron profesionalmente.

—¿Profesionalmente? ¡Ja, ésa sí que es buena! ¿Desde cuándo ser guardia de tráfico es...? No. Es injusto. Olvida que lo he dicho, Dawnie.

Dawn estaba tumbada en la cama con Joel y Jon (mientras Des se ponía el atuendo de taxista: sudadera y zapatillas deportivas). Le encantaba acariciar las orejas de los perros cogiéndoselas entre los dedos de los pies. Decía que eran como seda. Mmm. Y siempre que tenían ocasión, Joel y Jon le daban un lametón en el pie, furtivo y reverente.

—Estoy inquieto. Por el tío Li.

—Yo no. Ya no. Si hace algo por nosotros, estupendo. Si no, pues muy bien.

Dawn trabajaba cuatro noches a la semana. Daba clases de inglés a estudiantes extranjeros. ¿Y el radiotaxi? Lo que le preocupaba a Des, en última instancia, era el aletargamiento. No hacían más que preguntarse: ¿Hay algo más estúpido que estar sentado mirando un semáforo en rojo?

—Cuando era pequeña —dijo Dawn— siempre quería tener un perrito. O un gatito. Tuve una hormiguita. La tenía en el alféizar. Le daba de comer mermelada... Y ahora tengo a estos dos colegas estupendos. Y te tengo a ti. Y vamos a tener una habitación más. El doble de espacio, Des. Imagínate.

Des comprobó que llevaba las llaves y dinero.

—Sus ojos. Sus ojos se han... Espero que siempre haya algún poli vigilándole. No hará nada si hay un poli vigilando. Espero que haya un poli vigilándole.

## 6

Lionel Asbo subió en el cubo plateado hasta su suite de la planta once. Dormitorio, salón, área de trabajo, cuarto de baño con dos lavabos (y un excusado extra en un pequeño cubículo autónomo). El primer segmento del papel higiénico estaba plegado en V: un toque de delicadeza. Lionel se desnudó y estuvo diez minutos en la ducha, debajo de una alcachofa del tamaño de un paraguas —quitándose del cuerpo todas las adherencias de Stallwort—. Se afeitó, blandiendo la pesada brocha y la pesada navaja. La pesadez de la brocha, la pesadez de la navaja: pesos con un significado que Lionel aún era capaz de analizar.

En la pieza contigua se puso la ropa nueva que le había proporcionado Firth-Heatherington: camisa blanca, pantalones oscuros, mocasines con borlas, chaqueta

sport. Pero había ganado peso, con la comida mazacote que le daban a uno allí dentro, y no lograba juntar los dos extremos de la cinturilla de los pantalones. Así que utilizó el mullido cinturón blanco de la bata de regalo de bienvenida. Parecía un poco bobo, pero se quedó tal cual. La una y media. ¿Y ahora qué?

Bien duchado y demás, Lionel esperaba sentirse el doble de bien. Pero tuvo que admitir que seguía sintiéndose un tanto extraño. No era él mismo. De hecho, se estaba sintiendo muy distinto. El aire parecía vidriado, bidimensional: cinematográfico. De James Bond, o algo parecido. Sólo que James Bond nunca... Lionel sentía una fuerte presión en la región lumbar, como una manivela atascada, y le dolía el muslo izquierdo. Volvió a intentar hacer de vientre. Sin éxito. Pensándolo bien, no había evacuado como es debido desde el día en que visitó al alcaide en su despacho. Y normalmente era regular como un reloj... Lo cierto es que Lionel esperaba con expectación la hora de la cena. A las siete y media, mesa para seis: John, Paul, George, Ringo y Stuart. Lionel sonrió de oreja a oreja, con el labio superior fruncido hacia arriba. Iba a ser un buen banquete, aquél. Lo tenía todo planeado.

Lionel fue al Bolingbroke Bar de la planta baja. Sentado a horcajadas en un taburete alto, se tomó un par de botellas de champán y se zampó unos cuantos platitos de Bombay Mix. Todo el hotel era territorio de «no fumadores», pero para paliar tal veto había un jardín al otro lado de las puertas abiertas donde se podía fumar, y Lionel salía cada cuarto de hora o veinte minutos a fumarse un apacible Marlboro 100. Estatuas blancas como la leche. Y los aromas narcotizantes de las rosas y los jacintos. Y una fuente y el golpeteo plácido de sus gotas relucientes. Por un instante (un instante no muy largo), creyó que se sentía un poco mejor.

Con un ejemplar de *Country Life* sobre los muslos, se sentó junto a la chimenea en letargo del Lancaster Lounge. Dos pulidos caballeros charlaban en el sofá de al lado. Sin pararse a pensarlo, Lionel supuso que frisaban la cincuentena; pero luego empezó a decodificar las interferencias de su charla, ¡y estaban rememorando cosas de Normandía y el Día D! Lionel, de chico, se había interesado en grado sumo por las matanzas de la Segunda Guerra Mundial, de modo que no le fue muy difícil ponerse al tanto de lo que hablaban. 1944..., ¡lo cual otorgaba a aquellos caballeros una edad superior a los ochenta años! Mirando hacia el techo, Lionel tuvo un pensamiento sobre el «valle de años». Había algún que otro magnate tambaleante que se casaba con una fulana con la quinta parte de años que él, y también estaba la reina, por supuesto, pero se suponía que a ella la tenían que mantener en pie y caminando, ¿no?, teniendo en cuenta que... ¿O es que, entre los ricos, era más o menos normal vivir una vida tan larga? ¡Y entonces los caballeros se pusieron en pie de un brinco y se alejaron a grandes pasos para acoger y abrazar a sus esposas!

Tras un pequeño accidente en el Lancaster Lounge, y un vivo intercambio de pareceres con unos huéspedes del hotel en las galerías comerciales, Lionel se encontró en el vestíbulo. Mirando hacia el exterior. Supuso que, si se hubiera sentido

mejor, habría dado un paseo, y habría comprado un *Morning Lark*, y habría visto cómo eran los pubs cercanos comparados con los que conocía... Nueve o diez representantes del cuarto poder aún seguían en la entrada. Sintió una necesidad urgente de ir hasta ellos para hacerles saber lo que pensaba; pero una inquietud desconocida lo retuvo (¿qué? Algo como un miedo sin analizar de hacer el ridículo). Siguió allí de pie, apoyado en una columna, mirando hacia la calle. Jaula dorada, podría decirse así. Siguió donde estaba, apoyado contra la columna, mirando hacia el exterior.

Y de pronto eran las tres, y tenía que recibir en su habitación a los tipos de la ropa. El sastre, el sombrerero, el zapatero de calzado a medida, el calcetero, el pañero, el joyero, el peletero. Se desplegaron con brillo rollos de tejidos. Lionel estaba allí quieto, como un bellaco a punto de ser cacheado, mientras los modistos susurraban en torno a él con sus alfileres y cintas métricas. En tales circunstancias, ¿adónde se suponía que debía ir la mente del modelo? Lionel empezó la sesión con la barbilla levantada, pero al cabo de veinte minutos ésta cayó y sucumbió. Una bestia en el altar; su figura en el martirio, crucificada. Cuando esta panda se largue, siguió pensando mecánicamente, voy a aprovecharme de todo lo que ofrece el hotel... Y en ese momento un lebrél con chaleco y alfileres por dientes viró hacia él y trazó una cruz con la tiza en el pecho de su elegante figura estática.

Primero el gimnasio: en el banco de pesas. Había mantenido el ritmo, como suele hacerse dentro, y sus brazos pronto fueron como pistones velludos. Y entonces algo le vino a las mientes. *¿Para qué necesito toda esta fuerza?*, dijo en voz alta. *¿Ahora?* Sin embargo, siguió levantando pesas hasta sudar copiosamente, y luego fue a darse un chapuzón en la piscina, y (después de un ligero malentendido) un largo masaje a manos de la danesa rubia del blusón rosa. A continuación le hicieron y lustraron las uñas, y le quitaron la mugre carcelaria de los dedos de los pies. Y, fruto de una ocurrencia posterior, se hizo acicalar la testa en la peluquería.

De nuevo en su habitación, le sorprendió una necesidad de compañía humana. Consideró la posibilidad de llamar a Cynthia. *¿Cynthia?*, dijo en voz alta. *¿Cynthia en el Pantheon Grand Hotel? No. Gina sí. Gina habría dado un volatín en el aire. A ella le encantaría aquello. Andar paseándose meneando el culo y...* De pronto cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo: estaba hablando solo. *Joder. Cálmate, muchacho. Estás perdiendo tu...* El mobiliario profuso, la habitación profusa, el hotel profuso con sus cimientos insondables, anclados en lo hondo de la tierra...

Así que vio un poco (una mierda) de porno en la televisión (tenía que recuperar el ordenador que estaba usando Des), se puso su corbata roja nueva (eran casi las seis y media) y se pasó la última hora en el centro de negocios de la planta baja (causando ciertos fastidios). Durante todo el día había sido un astronauta, alguien ingrávido, sin conexiones, alguien que flotaba en el aire...

Pero, al fin, vendría la cena: en ella sería el perfecto Asbo.

—¿Cómo consigues que un hijoputa de clase alta se quemé la cara?

—Sigue, sigue...

—¡Llamándole por teléfono cuando está planchando! Bueno, pues un hijoputa de clase alta entra en un pub con un...

—Disculpe, señor. ¿Están listos para pedir? —dijo el camarero de barba por séptima u octava vez; y el camarero de barba, aunque joven, era (según lo veía Lionel) un hijoputa de clase alta.

—Espere... Un hijoputa de clase alta entra en un pub con un montón de mierda de perro en la mano. Y le dice al barman: *¡Mira lo que he estado a punto de pisar!* ¿Cuántos hijoputas de clase alta se necesitan para...? Un momento. Un momento. Eh, concentraos, chicos...

Estaban cenando en el Grosvenor Grill. Eran ya pasadas las diez.

—Bien, está clarísimo, ¿no? Bistec con patatas fritas.

—Claro como la luz del día —dijo John.

—Evidente —dijo Paul.

—Sentido común —dijo George.

—No tiene vuelta de hoja —dijo Ringo.

Stuart, en aquella ocasión, guardó silencio; pero es que Stuart (el oscuro secretario) apenas decía nada nunca.

—Eso servirá —dijo Lionel, señalando con el dedo el solomillo.

¿Y aquellos hombres jóvenes —armónicamente espaciados alrededor de la elipse reluciente del mantel blanco— parecían una reunión de hermanos? No. Compartían una madre, muy cierto, pero la huella genética de Grace Pepperdine era desvaídamente liviana, y los chicos eran todos ellos una copia de sus padres. Así, John, de veintinueve años, parecía nórdico; Paul, de veintiocho, parecía hispano; George, de veintisiete, parecía de ascendencia belga (o afrikáner); y Ringo, también de veintisiete, parecía del Asia Oriental. Sólo Stuart, de veintiséis, y, por supuesto, Lionel, parecían ingleses (aunque Stuart fuera en realidad medio silesio). John, Paul, George y Ringo, en cualquier caso, llevaban la misma ropa astrosa y de aire retro y el mismo peinado: el pegado hacia atrás, con largas patillas que se estrechaban hasta desaparecer.

—¿Cómo le gusta al señor?

—¿Cocinada? —dijo Lionel—. Le quita los cuernos, le limpia el culo y me la echa en el plato. Y tráigame todas las compotas y encurtidos y mostazas que tenga... Nosotros contra el mundo, ¿eh, chicos?

A Lionel no le pasó inadvertido el detalle de que cuando salía a fumar —tres veces a la hora—, al volver siempre se encontraba cinco caras tensas y un silencio súbito y cerrado. Y conocía las dificultades de sus hermanos: las deudas incobrables y los apartamentos angostos de John, Paul y George (sus mujeres estropeadas, sus niños pequeños tempestuosos); la década de Ringo viviendo del subsidio de



desempleo; y Stuart (sólo él podía tal vez esperar algún tipo de pensión), que compartía un cuarto de alquiler en la zona SE24 con un cobrador de autobús. Ahora Lionel invitaba a todos ellos a levantar las copas para brindar. Y pensaba que todo estaba saliendo a pedir de boca.

—¿Por qué cruzó la carretera el hijoputa de clase alta? —continuó.

—Sigue.

Los hermanos se habían tomado —entre todos— cuarenta y ocho gin tonics.

—Lionel...

—Ringo, colega.

Ringo tosió. Se pasó la mano por la boca y bajó la cabeza.

—Hoy me he gastado doce mil libras —dijo Lionel—. ¿Sabes en qué?

—¿En qué?

—En calcetines. Nosotros contra el mundo, ¿eh, chicos?

Así, al cabo de un rato, John empezó a meterse con Ringo, y Ringo empezó a meterse con George, y George empezó a meterse con Paul, y Paul empezó a meterse con John, y Lionel, para no ser menos, empezó a meterse con Stuart (que nunca decía nada). Este lance no duró demasiado.

—Lionel...

—John, colega.

John tosió. Se pasó la mano por la boca y bajó la cabeza.

Entonces llegaron los platos, y las cervezas y los vinos.

—¿Veis esto? —dijo Lionel, dando unos golpecitos a la etiqueta del Château Latour Pauillac—. Es la cosecha, la fecha. ¿Y sabéis qué? Diez libras arriba, diez libras abajo, ¡es lo que cuesta cada botella! Nos vamos a beber una cada uno. Nosotros contra el mundo, ¿eh, chicos?

Entonces John empezó a meterse con Paul, y Paul empezó a meterse con George, y George empezó a meterse con Ringo, y Ringo empezó a meterse con John (y Lionel empezó a meterse con Stuart). Este lance tardó bastante en apaciguarse.

Era casi medianoche cuando Lionel pidió la cuenta.

—Hay tensión en el aire, chicos —dijo, mientras seguía la senda del jardín (iluminada por luces de colores) con una copa globo de brandy y un puro en las manos—. Hacedme caso. O sea, mirad a vuestro alrededor. Esto no es Diston. Esto no es el Kentucky Fried Chicken. Ahora todo es diferente.

Lionel oyó cómo tragaban saliva cinco nueces en cinco gargantas secas.

—Tensión. Es natural. Vuestro hermano pequeño ha sido tocado por la Dama Fortuna. Y os estáis preguntando: ¿Qué va a hacer por los suyos?

Lionel oyó el borboteo de cinco inhalaciones de aire.

—John. Paul. George. Ringo. Stuart. Vuestras vidas están a punto de cambiar.

Lionel se dio la vuelta. Cinco pares de pies se detuvieron de golpe.

—Vuestro quebradero de cabeza número uno..., de ahora en adelante lo tenéis solucionado. No necesitáis volver a pensar en ello. Nunca. ¿Esa sombra que nunca se desvanece? ¿Esa continua preocupación que os despierta en mitad de la noche? Es cosa del pasado. Se acabó.

Lionel fue mirando con indulgencia las cinco caras, una por una.

—¿Y cuál es ese quebradero de cabeza? Bien. Venga, no seáis tímidos.

Lionel desplazó la mirada hacia el cielo de la noche.

—Mamá —dijo.

Sus hermanos seguían pálidos y silenciosos como las estatuas de alrededor.

—Mamá. Mamá. Mamá. Nuestra madre, en su vejez. ¿Qué va a ser de nuestra madre? ¡La gente no tiene una madre como la nuestra, hermanos! —Lionel agachó la cabeza y se secó los ojos. Se sorbió las narices con ruido—. Ah, mirad. Puedo ver el encantador fulgor en vuestras caras. Ya os sentís mejor. Al saber que me haré cargo de mamá. De nuestra madre. Nosotros contra el mundo, ¿eh, chicos? ¡Todos en pro de mamá!

Así pues, abrazos aturridos en el vestíbulo. Luego, uno tras otro, los cinco Pepperdine salieron como rayos por las puertas giratorias, ensayaron un breve sprint, dieron un traspié y se detuvieron en seco.

Lionel Asbo lo observaba todo con ojo atento. Echó bruscamente la cabeza hacia delante como si algo interesante estuviera teniendo lugar entre el puñado de miembros de los medios que quedaban en la entrada. Pero lo que sucedía era que Stuart se había dado contra una farola y había rebotado y había caído de espaldas al suelo, mientras John y George se arrodillaban para vomitar.

## 7

—Lo echaron el domingo por la mañana. Prendió fuego a la suite. Pero al parecer eso fue sólo una excusa.

—Dios —dijo Des—. ¿Qué más hizo?

—Bueno, pues... Santo Dios. Un momento.

Des estaba en la cocina, echado en el sofá, envuelto en una sábana. Estaba teniendo uno de sus episodios de neurastenia (le duraban medio día cada uno de ellos, el mundo parecía demasiado para él, demasiado numeroso, demasiado lleno, demasiado rico, demasiado fuerte). Los ojos de Dawn estaban abiertos de par en par, fijos en el *Sun*.

—Estuvo quejándose como un poseso en el Bolingbroke Bar. Y soltando aire por los dos extremos... Se bañó en la piscina en calzoncillos... Y pidió a la masajista que le «aliviara»... En su habitación vio una película porno titulada *Las MILFs*<sup>[15]</sup> se

vuelven locas. ¡Luego se fue a ver más porquerías de éstas al centro de negocios!

—¿Al centro de negocios?

—Donde tienen los ordenadores. ¡Y Lionel se puso a verlas con el volumen a todo trapo!

—¿Con el volumen a todo trapo?

—Eso es lo que pone. Estaba sentado allí con todos esos banqueros y diplomáticos y jeques. Viendo algo que no quieren escribir y que tiene que ver con «caras». ¿Caras?<sup>[16]</sup> ¿De qué va eso, Des?

—No estoy seguro. ¿Con el volumen a todo trapo?

—Se presentó el director y... En la cena hubo dos peleas. La primera fueron sólo bofetadas. Pero en la segunda... Ringo (se cree que fue Ringo) fue a estrellarse contra el carro de los postres... Luego John y George vomitaron en la calle, y Stuart se cayó y se abrió la cabeza. Y al final Lionel se quedó dormido con un cigarrillo en la mano. Se pusieron en funcionamiento todos los extintores... ¡Tómame el cacao!

—¡Me lo estoy tomando!

—Oooh... Aquí dice que el hotel le ha puesto una demanda. No por los daños físicos. *Por el incalculable perjuicio a nuestra reputación y buena fe.* Eso fue ayer. Y escucha. El sábado... El sábado fue lo de esas dos parejas de ancianos que estaban de pie en el vestíbulo. Ocupándose de sus asuntos. Y Lionel va y dice... ¿Me sigues? Lionel va y dice: *¿Qué estáis haciendo aún aquí? ¿Por qué no os vais a t. por el c. y os morís?*

Pasó cierto tiempo hasta que Lionel se dejó ver por el apartamento de Avalon Tower. Pero ellos supieron en cada momento qué estaba haciendo. Estuvieron al tanto de sus actividades notablemente invariables (peleas, gastos, admisiones, excursiones); lo contaban hora a hora los tabloides (e incluso el *Daily Telegraph*).

*Domingo. 10.00.* El Patán de la Loto Lionel Asbo expulsado del Pantheon Grand Hotel. *11.15.* Asbo se aloja en el Castle on the Arch. *12.45.* Asbo sorprendido en una breve reyerta en un pub llamado Happy Man, en Leicester Square. *15.15.* Asbo entra en La Cage d'Or, en Dover Street, y se gasta 1.900 libras en una comida para uno. *18.40.* Asbo se hace socio provisional del Sunset Strip Lounge, en Old Compton Street. *21.50.* Asbo se hace socio provisional del Soho Sporting Club (donde sus pérdidas a los dados y al blackjack son, según se dice, cuantiosas).

—No puedo soportarlo, Dawnie —dijo Des—. ¿Qué está sucediendo? El tío Li... ¡se ha desvanecido y sólo existe en las primeras planas!

*Lunes. 2.05.* El Patán de la Loto Lionel Asbo se hace socio provisional del Taboo, en Garrick Street. *4.15.* Asbo vuelve al Soho Sporting Club. *7.50.* Asbo expulsado del Castle on the Arch. *9.35.* Asbo se registra en el Launceston, en Berkeley Square. *11.15.* Asbo sorprendido en una breve pelea en un pub llamado The Surprise, en Shepherd Market. *13.00.* Asbo encarga un Bentley Aurora en Piers Edwards Showrooms, en Park Lane (377.990 libras esterlinas). *15.20.* Asbo expulsado del

Launceston. 16.10. Acompañado de su asesor financiero, Jack Firth-Heatherington, Asbo se registra en el South Central Hotel, en Pimlico. 17.30. A Asbo se le hace entrega de una compra, en su mayoría ropa, valorada en...

La historia acabó por enfriarse.

—¿Sí?

—Dawn. Soy Lionel. Estaré allí dentro de quince minutos. Que se ponga Des.

Era un sábado a la hora del té. Des estaba trabajando en el taxi (el turno intermedio), e iba a llegar a casa a tiempo para *El partido del día*. Dawn, con la cara congestionada, llamó por teléfono al encargado de Goodcars, y aguardó. Los perros le sonreían. También ellos parecían encandilados por *El partido del día*, y esperaban sentados el uno junto al otro delante de la pantalla, jadeando ligeramente como un par de hooligans anticuados ávidos de oír el silbato final y dar comienzo a la gresca subsiguiente...

Lionel utilizó sus llaves.

—¿Eres tú, Lionel?

Lionel se acercó, se hizo visible, inclinó la cabeza despacio y se quedó allí de pie, con la cabeza gacha y los brazos cruzados. Tres organismos diferentes —uno humano y dos caninos— le miraban fijamente.

A Dawn le pareció uno de esos futbolistas enormes pero medio retirados o lesionados o (más probablemente) suspendidos que de cuando en cuando se dignaban participar en análisis televisivos: cuerpo cuadrado y poderoso, de estructura baja, muy castigado, actualmente envuelto en un traje de precio verdaderamente presidencial (como si fuera de un material utilizado para cojines litúrgicos o sobrepellices). Levantó la barbilla y Dawn vio la corbata de seda color celeste y el lujoso triángulo equilátero del nudo Windsor.

—Bonito recibimiento. ¡Sentaos, chicos! —dijo.

Jon y Joel eran animales afectuosos e inteligentes; ¿cómo podían combinarse y coexistir ambas cualidades en la mente de Lionel? Sus lomos lustrosos se agitaban vivamente, pero sus frentes se arrugaban con estrés y en ademán de pedir disculpas. Dawn dijo:

—No saben si...

Instantes después los perros parecieron replegarse sobre sí mismos, y dejaron de mirarle.

—Eso. No me miréis. Os odio. Me asqueáis. Vuestro...

Dawn trató de decirlo con vivacidad:

—Bonito traje, Lionel.

—¿Dónde está Des?

Des estaba subiendo las escaleras de tres en tres.

—Ah. El viajero está de vuelta —dijo Lionel al verle entrar—. De llevar mamones de aquí para allá por Diston. Para no faltar a la cita con su tío Li... Me

gustaría tener una charla seria con usted, señor Pepperdine. Oye, Dawn, ¿por qué no sacas a estos..., a «los perros» a que respiren un poco de aire fresco?

—Sí, estaría bien, Dawnie. Hace muy buen tiempo.

Dawn cogió sus llaves y las correas que colgaban del gancho.

—Sí —dijo.

Joel y Jon se arremolinaban ya en la puerta.

Cuando Des se despedía de ellos en el umbral, Dawn le dijo en un susurro confuso:

—Pídele que deje libre su cuarto.

—No, todavía no —le susurró él a su vez.

Des fue al cuarto de baño y se echó agua fría en la cara. A su espalda, la cocina le aguardaba con mirada fiera.

—En paz al fin. Relájate. Te daré tu merecido a su debido tiempo, Des. Por ahora puedes... quitarte los zapatos. ¡Después de tu dura jornada de trabajo! —Lionel estaba apoyado contra el frigorífico, con las manos en los bolsillos del pantalón—. Esto está diferente. El toque femenino, podrías llamarlo.

El toque de Dawn: cojines de colores agradables, litografías enmarcadas en las paredes, un ramillete de amapolas escarlata en un florero de cristal, y, en general, un nivel de orden y limpieza diferente, y como con una promesa de sabrosos dulces en el aire. Lionel sacó un puro de su petaca de metal gris y se dio fuego con una cerilla de la cocina. Y dijo:

—Bien. ¿Dónde está mi televisor?

—Esto... Lo dimos de entrada. Se veía cada vez más borroso. Si querías distinguir algo, tenías que sentarte en mitad del pasillo... Este nuevo sigue siendo tuyo, tío Li.

—Bien, pon la tetera. Yo no leo esa basura.

Se refería al *Daily Mirror* del sábado (página cinco), donde se veía a Lionel firmando autógrafos en la entrada del South Central Hotel.

—Lo estoy viendo de pasada. ¿Sabes, Des? He contratado a un equipo de relaciones públicas. Megan Jones Associates. De Acme Talent. Un poco careros, pero no me molesta pagar a... a gente experta. Suena raro, Des, pero lo que hay que hacer es... Sé que parece de locos, pero con la prensa lo que hay que hacer es mostrarles un poco de respeto. ¿Entiendes? ¡Mostrarte amistoso! Y, bien pensado, ¿qué te cuesta? *Escuchad, chicos. Vosotros tenéis que ganaros la vida. Yo tengo que vivir la mía. Cada uno lo suyo. ¿De acuerdo?* Ahora se portan de maravilla. Me ponen de los nervios y demás, pero... Verás, Des, antes querían provocarme. ¡Querían que volviera a encerrarme!

Des dijo:

—¿Y por qué era eso, tío Li?

—¡Por envidia! ¿Te lo puedes creer? En fin. Se acabó la presión. Al final he

encontrado un hotel decente. No como los otros hoteles de mierda. En éste saben dejar respirar a la gente.

La atención mediática al Patán de la Loto estaba remitiendo. Lionel estaba alojado a salvo en el South Central, y no salía nunca salvo para atender a sus negocios. Que eran del tenor siguiente: una fotografía de la mansión de Westminster por la que Lionel había hecho una oferta de compra; una fotografía del yate que al parecer Lionel pensaba adquirir; una fotografía de la sala de juntas de Threadneedle Street donde a Lionel le fue presentado el equipo que iba a encargarse de sus inversiones. Y de cuando en cuando se ofrecía también alguna información del pasado. Una semblanza humorística de John, Paul, George y Ringo (pero no de Stuart); referencias a (y fotografías de) Marlon y Gina Welkway (el día de su boda), al propio Des y a la matriarca precoz Grace Pepperdine...

—Ah, sí. No te olvides de pasar a decirle adiós a tu abuela. Le dije: *¿Mamá? Mete el camisón en la maleta.* Vienen a recogerla mañana por la mañana. Dos enfermeros guapos.

Des había visto a su abuela hacía muy poco: el viernes pasado por la tarde. Fue una visita bien amenizada musicalmente, le pareció, por las rimas y repiques vivaces y precarios de «Maxwell's Silver Hammer». Estaba en su sillón junto a la ventana, con un Silk Cut en una mano y un crucigrama rápido en la otra, y con un gatito en el regazo (regalo de la nieta del viejo Dudley). El minino, la diminuta Goldie, era tan joven que apenas podía abrir los ojos. *¿No es preciosa, Des? Muuuá.* Había rellenado las casillas, pudo ver Des, pero las respuestas no eran sino una abstrusa sopa de letras.

—¿Una residencia, tío Li? ¿Dónde?

—Algo arriba. En el norte.

—¿Cómo de arriba?

—Escocia.

—¿Escocia?

—Cabo Wrath.

*Cabo Roff*, pronunció Lionel. Coincidió que Des sabía dónde estaba el Cabo Wrath, un paraje famoso por su desolación, situado en la esquina izquierda del punto más alto del reino.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Oh, ya sabes. Un mar de lágrimas *¡Echaré de menos a mi hermana!* Todo eso. Le dije: *Mujer... Tienes cuarenta y dos años. ¡No puedes luchar contra el paso del tiempo!* Cuando lo conozca, le va a encantar. —Lionel siguió hablando con gran animación—. ¿Sabes, Des? Hay algo nuevo en mi vida. Una nueva... dimensión. Y es..., ¿qué? ¿Qué?

—¿El dinero?

—No. ¡El futuro! El futuro, Des. ¿Sabes? Antes era todo día a día. El consabido ir apañándose las mal que bien. Si te parece. Ni un pensamiento sobre el mañana. ¿El

futuro? ¿Qué puto futuro? —¿*Quéputofuturo?*—. Nada tenía importancia. Todo era..., en fin. Así que tu abuela... tu abuela no está tan mal ahora. Pero ¿cómo estará dentro de un año o dos? ¿Eh? ¿Eh?

—Peor.

—Peor. Admitámoslo, Des. Se le está yendo el coco. Y cuando el coco se te va... He tenido una larga charla con el tipo que dirige esa residencia. Es un... un especialista. Un especialista en ancianos. Y piensa que puede estar enfermado de esa cosa alemana.

—¿El Alzheimer?

—Eso. Ese mal alemán que te pudre el cerebro. Y si tiene eso, se acabó todo. Se ponen a balbucear, ¿sabes? Y no podemos permitir que la abuela se ponga a balbucear, ¿eh, Des? No podemos permitir que la abuela se ponga a balbucear. Podría decir... algo de lo que luego se arrepienta...

Lionel se volvió y salió al balcón. Des le siguió. Diston, en el fulgor trémulo y arenoso de finales de julio, con sus niveles escalonados y sus pendientes...

—Pero, tío Li, allí no tendrá a nadie con quien hablar.

—De eso se trata.

—¿Has visto el sitio?

—¿Y perder mi tiempo? Los precios hablan por sí mismos. Necesita cuidados especializados, Des. —Lionel se humedeció la boca con saliva antes de decir—: Es... patético. —*Patetco*—. Repite y repite lo mismo. Dice una cosa. La repite. *¡Te estás repitiendo, mujer...!* Esa residencia, Des, es como un hotel de cinco estrellas, pero con médicos. Bueno, de cuatro estrellas. Allá arriba estará tan feliz como un cerdo en la mierda. Mamá. ¿Dónde está mi té?

Mientras Des calentaba la tetera los ojos de Lionel se fijaron en el reluciente tanque metálico.

—Y, hablando de eso —dijo con cansancio—, ahora abre, ¿no?

—Sí. Llevaba cerrado semanas. Y de repente abrió... Mejor abierto que cerrado. Porque cuando se cierra ya no consigues abrirlo.

—Te has estado sentando en él...

—No, nunca me he...

—Oh. Oh. Así es como le hablas a tu tío, ¿no? A tu propio tío. Que te ha criado. Siéntate ahí. Ahí. —Alargó la mano hasta la tapa abierta (dentada como la mandíbula superior de un pez abisal de encías negras) y la cerró de un manotazo—. Ahí. Encima del tanque.

última ojeada a la planta treinta y tres de Avalon Tower: el balcón con el cajón de arena y los boles de agua, la puerta corredera, la cocina y las dos siluetas silenciosas...

Lionel estaba de pie; probó el té. Con un movimiento inusualmente airoso se desprendió de la chaqueta; dio la vuelta a su silla y se sentó. Puso una mano de dedos gruesos en el cogote de su sobrino, y habló con voz suave:

—Estás tenso, Des. Siento esa tensión. Encorvado al volante. El tráfico de Diston. Ese trabajo mata, eso es lo que hace. Incluso a un hombre joven. Si sigues haciendo eso te habrás muerto antes de los treinta. No tendrías que estar ahí fuera en ese taxi, muchacho. Deberías estar estudiando. Con tus libros. Joder. El hombro lo tienes como una roca. Pero el cuello... no lo tienes flexible... Los perros, Desmond. Los perros. No han tenido ni una oportunidad. Los has jodido desde que eran cachorros.

Des sentía el nuevo aliento metálico de Lionel en la mejilla.

—Me voy un tiempo. Poco. Vuelvo. ¡Y me los encuentro echados boca arriba y meneando la cola! Como caniches... Sólo te pedí tres cosas. Una, dos, tres. Una. Dos. Tres.

Tabasco. Cerveza Special Brew. Uso duro y regular de los útiles de adiestramiento.

—Lo intenté, tío Li. Pero no es... no está en mi naturaleza.

—¿Tu naturaleza? ¿Y qué me dices de su naturaleza? Se supone que tienen que ser duros. Para eso han nacido.

Sin que flaqueara en ningún momento su mirada fiera, Lionel echó el brazo hacia la derecha y abrió de golpe la puerta del armario. Y helo ahí, todo a la vista: la caja del Tabasco intocada, los packs de seis cervezas de *lager* de malta intocados, los útiles de adiestramiento intocados (la cuña abre bocas, la pértiga, los muñecos étnicos...).

—¿Qué decías...?

—Ya no necesitas que sean duros. Ya no tienes que andar por ahí cobrando deudas...

—Ah, pero eso es hablar después de que ya han sucedido las cosas. Chulito hijoputa. Siempre voy a necesitar perros duros. ¿Para qué? Para mi seguridad.

—Está bien. Lo siento mucho, tío Li.

—Está bien. Lo sientes mucho. Pues tendrás que sentir mucho también lo de tu declaración ante el juez. Me morí mil veces al oír cómo aquellas palabras salían de tu boca. Mil veces.

—¿Cuando dije qué?

*... Conozco a Lionel de toda la vida. Y cuando murió mi madre, teniendo yo doce años, se convirtió en un padre más que en un tío para mí. Siempre me ha tratado con bondad, comprensión y generosidad. La muerte de mi madre me afectó mucho, y creo que es justo decir que no la habría soportado sin el amor y el cuidado del tío Lionel... Todo el mundo sabe que el tío Lionel tiene un sentido del humor muy*



*mordaz. Y, sí, su discurso en el banquete de bodas podría considerarse... polémico. Pero me ratifico, bajo juramento, que Lionel Asbo no asestó el primer golpe.*

*¿Quién asestó el primer golpe, entonces? ¿Está ese hombre presente en la sala?*

—¿Cuando dijiste *qué*, dices? —dijo Lionel—. ¡Cuando le apuntaste con el dedo! Cuando dijiste *quién*.

Des dejó escapar un suspiro callado. Su declaración no había hecho sino corroborar el testimonio de once camareros, cuatro músicos, tres Dragos (Dejan, Oreste y Vassallo) y dos de los propios hermanos de Marlon (Troy y Yul).

—¿Qué tendría que haber dicho?

—¡Lo mismo que John, Paul y George! ¡Que no viste nada de nada! ¡Que estabas mirando para otra parte!

—Marlon te delató a la poli. Por Gina.

—No, no lo hizo. Todo estaba en mi cabeza. Ya ves lo que hacen contigo las chicas, Des. Te vuelven loco.

Lionel se encendió otro puro (y procedió a fumárselo como si fuera un Marlboro 100, a grandes chupadas e inhalaciones aparatosas). La habitación oscureció un tono más. Con sonrisa pensativa y voz queda, Lionel preguntó:

—¿Te acuerdas de Rory Nightingale, Des? Por supuesto que te acuerdas de él, por supuesto que sí. Dijo algo..., Rory. Antes de que le... Dijo algo. Algo de ti... *Des hizo...*, ¡*Des lo hizo, todo eso!* El chico estaba muy estresado en ese momento, claro está —concedió Lionel (y levantó fugazmente la barbilla)—. Lo estaban amordazando. Para llevárselo. *Des...*, *Des lo hizo, todo eso...* ¿Por qué se me habrá quedado eso grabado en la cabeza? Eso querría yo saber. ¿Por qué se me habrá quedado eso en la cabeza? Mírame, Des...

Por espacio de un minuto, dos minutos, tres minutos, Des quedó expuesto ante aquellos ojos pequeños y movedizos. Y acaso podría haber seguido y seguido y seguido así por siempre... Pero al final oyó las sacudidas metálicas de la cerradura, y los juguetes y escaramuzas de los perros.

—Levántate, chico. Tenemos trabajo que hacer.

Cuando Des se bajó y puso los pies en el suelo, el tanque se abrió.

—Te has estado sentando en él.

Lionel se cambió y se puso los pantalones de gimnasia, las zapatillas de deporte y la camiseta de malla. Luego los dos se pasaron tres horas y media acarreando bultos, cajas de embalaje y cajas de cartón desde el almacén de Skinthrift Close al dormitorio de Lionel en Avalon Tower; el cual, cuando terminaron la mudanza, era una masa impenetrable de objetos robados. Ni siquiera pudieron cerrar la puerta.

—No te preocupes —dijo Lionel—. Puedes pasar estrechándote un poco.

—Yo sí. ¿Pero tú? ¿Cómo vas a salir tú?

Encendido, palpitante, echando pestes (se habían valido de la Ford Transit y del raquíptico ascensor), Lionel entró en tromba en la cocina y se dejó caer en el sofá.

—Pareces desanimada, chica. ¿Qué es lo que pasa? Ven, Des. ¿Has visto últimamente a mis hermanos?

Sentado a la mesa, con la mano de Dawn en el hombro, Des levantó la mirada mientras se secaba la cara con un papel de cocina.

—Están enfermos. Los cinco. He visto al tío Paul.

—¿Sí?

—Sí. Al tío John le han mandado una orden de embargo. Le han embargado el piso. Y al tío George le han devuelto...

—Sí. Bueno, he hecho mi contribución. —Ejecutó uno de sus sorbos de nariz magistrales—. De no ser por mí aún estarían en el trullo.

—De entrada no habrían estado en el trullo —dijo Dawn— de no ser por ti.

—Dawnie...

—No te preocupes, Des. No me doy por ofendido. Soy... inmune. Verás, es lo que pasa cuando ganas más de cien millones de libras. Que te quedas insensible. Ni feliz. Ni triste. Insensible... Mira. Jon y Joel. Cuesta una pasta alimentarlos.

—Sí, es cierto.

—Muy bien. Te dije que aliviaría tu situación económica. Y yo cumplo mi palabra —dijo Lionel, levantándose—. Me llevo a los perros.

—¡Pero Dawn adora a los perros!

Fue Des (que, por supuesto, también los adoraba) quien lanzó aquel grito débil, con su subida de una octava. Dawn se sentó de pronto, y dijo:

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—Reducir mis pérdidas. Tengo un comprador. Cuatrocientas libras. Considérate afortunado, Des. Se acabó el poner de tu bolsillo lo que cuesta el Tabasco.

Lionel tomó un baño y ocasionó una inundación no demasiado grave en el pasillo. Diez minutos después, Des y Dawn oyeron una gran avalancha de agua, y acto seguido Lionel entró en la cocina chapoteando con una toalla ceñida a la cintura.

—No entiendo cómo podéis vivir en estas condiciones. No hay dónde cambiarse. Venga, haz entrar a los perros.

Dawn dirigió a Des un gesto de cabeza significativo.

—Lo igualamos, tío Li. Igualamos esas cuatrocientas libras.

Lionel siguió chorreando agua por el suelo de cocina.

—Hazlos entrar.

Jon y Joel estaban enroscados debajo de la mesa. Eran dolientemente conscientes de ser la causa de un terrible malentendido, que probablemente se resolvería en el curso de los minutos siguientes. Inclinandose hacia delante, Dawn los acariciaba con dedos resueltos, como infundiendo esperanza en sus frentes angustiadas.

Cuando Lionel volvió a entrar en la cocina se estaba anudando la corbata, y dijo:

—Es justo. ¿Cómo podría negarse un hombre razonable?

Dawn dijo:

—Oh, gracias Lionel. Gracias, gracias.

—De nada. Dádmelos, pues. Cuatrocientas... Oh. ¿No los lleváis encima ahora? —dijo—. Oh, querida... Qué mala suerte. Verás, Des. Necesito la pasta esta noche. —Se puso la chaqueta con desmaña y tendió la mano hacia ellos—: Las correas. Y vosotros, venga... Venga, pequeños putos mamones. Venga, pequeños putos pendejos.

Los perros seguían echados de costado con las patas delanteras dobladas mientras Lionel les enganchaba el mosquetón de las traíllas de acero. Los animales se levantaron, y los músculos de las patas se les tensaron; y hubo un momento terrible cuando se encogieron y se dieron la vuelta, acobardados. Des apartó casi la mirada ante sus muecas suplicantes.

—Id con el tío Li —dijo con voz temblorosa—. Buenos chicos. —Sintió, justo en aquel momento, que si Lionel pegaba a los perros delante de ella, Dawn tal vez lo dejaría plantado—. Id con el tío Li.

Lionel acertó la sujeción con un brusco tirón y los perros, negándose a avanzar, salieron resbalando de la cocina. Llegaron los sonidos de retorcimientos y desgarros, el apremio del acero de las traíllas, el golpe seco de la puerta al cerrarse.

—Quizá tendría que haberme enfrentado a él.

—No digas idioteces —dijo Dawn—. ¿No le has visto los ojos?

—¿Qué pasa con sus ojos?

—Ha dejado de parpadear. Son ojos de asesino.

Des y Dawn fueron a ver el dormitorio de Lionel: la puerta, desgajada de sus goznes; el espacio atestado del suelo al techo, la camiseta de malla y los pantalones de deporte de Lionel tirados en el suelo del pasillo...

—Ahí tienes nuestro cuarto de los niños —dijo Dawn.

—No. No. Quiero tener un crío. Y él no va a impedirnoslo.

—Oh, Des. Estás loco. ¡Qué cosas dices!

—Quiero un hijo —dijo él—. Y él no va a impedirnoslo. Quiero un hijo.

Justo antes de medianoche, Des pasó media hora con su abuela (la mayor parte de ella en silencio). Grace estaba sentada de cara a la ventana, y cuando Des le hablaba ella le hacía un gesto con la mano para indicarle que se fuera... En la residencia de ancianos elegida por su hijo no se podía tener animales de compañía. Así pues, Des volvió a reunirse con Dawn con la gatita Goldie bien envuelta y ronroneante en su cazadora.

—Es absolutamente estupendo, señor Asbo. No lo piense más. Y que tenga un día

fantástico.

No era difícil ver por qué Lionel se sentía muchísimo más feliz en el South Central, el rascacielos asimétrico de noventa suites que se cernía como un robot caprichoso sobre la bohemia chata de la zona norte de Pimlico. Con unos precios similares a los del Pantheon Grand Hotel (y a los del Castle on the Arch y del Launceston), el South Central Hotel se describía a sí mismo —en sus reclamos publicitarios— como *el hotel heavy metal*. Alojaba a estrellas del rock, y no sólo a estrellas del heavy metal. Y no sólo a estrellas del rock: en sus vivamente acaramelados y bien aireados salones uno podía vislumbrar a un actor del Brat Pack recientemente encarcelado, a una modelo enfurecida, a un futbolista de primera división que ha golpeado a una mujer, y así sucesivamente. El grueso de su clientela, en suma, lo integraban los ricos y famosos; y ninguno de ellos había llegado a serlo merced a un logro del espíritu. Lionel, al fin, había dado con sus pares.

Nunca había menos de tres televisores de plasma en el fondo de la piscina de la terraza trasera; además de una serie de puertos para iPods, videocámaras, ordenadores portátiles y minibares. Cintas fosforescentes que acotaban «la escena del crimen» adornaban con frecuencia la entrada a tal o cual pasadizo; armas de fuego ilegales, agresiones, investigaciones de violaciones (de estupro y demás). A menudo se veían coches de bomberos resoplando y bramando en la explanada delantera, pero no ambulancias; el hotel utilizaba sus propios equipos médicos para hacer frente a cualesquiera infortunios farmacéuticos y a los casos de automutilación, harto más graves. De forma similar, de las inundaciones y naufragios, y en ocasiones de la destrucción de una planta entera, se ocupaban varias cuadrillas de jóvenes animosos y discretos ataviados con monos azul cielo.

Expulsado del Pantheon Grand Hotel, expulsado del Castle on the Arch y expulsado del Launceston, a Lionel le intrigó el hecho de que nadie hubiera sido expulsado nunca del South Central. *Expulsiones, cero*, decía el folleto de encima del escritorio de su suite. La conducta antisocial, al menos entre los huéspedes, se consideraba una virtud civil. Y la incorregible monotonía de los antecedentes penales de Lionel (que a menudo volvía a inventariar la prensa) despertaba una gran admiración. Su prestigio, allí, no tenía límites; y su legitimidad se hallaba más allá de toda posible impugnación. Pero no había cesado el signo de interrogación interno que, cual un gancho oxidado, le penetraba las entrañas.

Había hecho un puñado de buenos amigos durante su breve estancia allí. Scott Ronson, el músico artrítico de cara larga, guitarrista rítmico de un grupo llamado los Pretty Paces. Eamon O'Nolan, el bicampeón mundial de snooker (que siempre estaba haciendo trabajos para la comunidad a causa de varios anodinos delitos menores — vapulear a árbitros, mear en jardineras y cosas por el estilo—). Lorne Brown, ganador de un descomunal telemaratón *reality* (uno de los premios era un mes en el South Central). Brent Medwin, el centrocampista cocainómano (menor de veinte años) del

Manchester City, cuyos dos progenitores estaban en la cárcel (la madre por vivir de ingresos inmorales; el padre por homicidio involuntario). En aquel entorno, Lionel Asbo podía relajarse y ser él mismo, y relacionarse tranquilamente con aquellos «colegas» superestrellas.

Lionel sonaba bien entre ellos. Por ejemplo:

«Tú mira y verás. Os ganaremos en Upton Park. Luego iremos a vuestro campo y os birlaremos un punto», podía decirle a Brent Medwin (con la primera persona del plural se refería al equipo del West Ham United).

«¿Lo más importante de la fama? No dejar que te cambie la personalidad», podía decirle a Lorne Brown.

«Así que así es como se hace. Eliges a la titi que te apetece y mandas a uno de los del equipo a que te la traiga», podía decirle a Scott Ronson.

«Puedo quedarme sin sentido. Puedo quedarme jodido. Pero no puedo quedarme totalmente jodido. ¡La blanca siempre acaba saltando fuera de la mesa!», podía decirle a Eamon O'Nolan.

O bien podía estar en el salón Los Feliz con Megan Jones, cumpliendo con las entrevistas que concedía (y con las variadas propuestas de negocio), ante un capuchino. Megan tenía una estrategia para su cliente. *Verá, Lionel. Nadie quiere ver a un multimillonario con cara amargada. Usted tiene un sentido del humor encantador. Déjelo salir. Y le convertiremos en un tesoro nacional.* Lionel asentía, ausente; estaba mirando —como a menudo hacía— la pantalla de plasma que había en la pared, más arriba de la cabeza de Megan. *Oh, sí,* dijo, y se secó la espuma del labio superior. A veces estaba también el número dos de la agencia, Sebastian Drinker. Drinker reparó en la peculiar forma de reaccionar de Lionel ante el sonido de unas risas cercanas: su cabeza giraba bruscamente hacia un lado como una veleta ante un viento sesgado.

Cada suite tenía un balcón, que aliviaba la tensión de los fumadores (y brindaba a quienes amagan con suicidarse un lugar llamativo desde donde fingir que van a lanzarse). Y estaba también, en el sótano, el Sepulveda Cigar Saloon. En él había videojuegos y máquinas del millón, una mesa de billar (el asocial Eamon podía colocar la bola blanca, y desafiar las leyes de la física), y un bar en toda regla (veinticuatro horas, autoservicio). La comida era buena, los camareros diligentes, la pornografía decente, el gimnasio estaba siempre vacío. Y aunque seguía examinando detenidamente ciertos inmuebles (un ático en Canary Wharf, un piso-mansión de catorce habitaciones en Chelsea), Lionel no tenía planes de mudarse.

En el South Central había grandes pantallas en todos los salones; una sucesión de videoclips e imágenes sin sonido, noticiarios, películas mudas, Miss Mundo, Sputnik, *101 dálmatas*, coros de revista, campos de exterminio, Bela Lugosi, Victoria's Secret, el paso de la oca, camisetas mojadas, lanzamientos espaciales, *Dumbo*, lo que vio el mayordomo, el *grassy knoll*,<sup>[17]</sup> los bikinis de pasarela, el Atolón de Bikini...

—Sí, pero no utilizo a esas chicas —dijo Scott Ronson (se refería a las pequeñas fans medio vestidas, con volantes, que se agrupaban todos los días en el área acotada por cuerdas de la parte izquierda de la explanada del hotel)—. Son demasiado jóvenes, la mitad de ellas. Las que yo utilizo son... las que pone la casa. Lo hacemos todos.

—¿Qué? —preguntó Lionel. Estaban disfrutando de unos cuantos Bloody Marys de media mañana en el Beverly Bar—. ¿Qué chicas pone la casa?

—En el teléfono de tu habitación hay un botón que dice Compañía. Apriétalo.

—¿Y?

—Te ponen con ese tipo amistoso de la agencia de acompañantes. Y le indicas tus preferencias... Ya sabes. Rubia. Tetas grandes. Lo que quieras. Confidencial al máximo. Y ¡bingo! Crea adicción. Ojo.

Lionel dijo:

—A mí eso me tiene sin cuidado.

Uno o dos días después Lionel almorzó en el Watts Diner con Brent Medwin y Eamon O'Nolan.

—Inténtalo —sugirió Brent—. Le dije al tipo: quiero una mujer con una pizca de clase. Nada de tatuajes. Y visto y no visto tengo a la puta Blancanieves de pie encima de mi cama. ¡Por un billete de mil!

—¿Das propina? —preguntó Eamon.

—El servicio está incluido. Va en las mil libras. Y no hay preguntas.

Lionel dijo:

—A mí eso me tiene sin cuidado.

Uno o dos días después tuvo que admitirlo. No le tenía sin cuidado. Porque ¿de qué otro modo pasa uno el tiempo que falta para las siete y media (hora de apertura del casino)?

Así fue, en cualquier caso, como se lo planteó a sí mismo Lionel. Eludiendo de ese modo una pregunta recurrente, y de enorme trascendencia: ¿por qué, con las excepciones de Cynthia y de Gina (ambas excepcionales, por razones distintas), se había él apartado tan anómalamente de sus semejantes del sexo opuesto?

*Estoy demasiado ocupado con mi carrera, se decía a sí mismo entre dientes. Soy un adicto al trabajo, si se quiere. Me gano el pan y mantengo a raya al viejo lobo... ¿Pero ahora? Lionel, resentido, se dio la vuelta en la silla. Una pura memez, eso es lo que es todo eso. Nunca he pagado por eso en mi vida. Dan más problemas de lo que valen. Sigue con tu porno, chico. Con el porno sabes dónde estás. No, no puedes equivocarte mucho con el...*

Un día después, Lionel apretó el botón de Compañía y le dio al tipo una descripción razonablemente poco lasciva de Gina Drago. Y una hora después oyó una discreta llamada a la puerta... Se llamaba Dylis, tenía veintisiete años, era de Cardiff y era morena y turgente. Pronto quedó claro, incluso para Lionel, que él no era el tipo

de hombre dado a confraternizar con prostitutas. Dylis se fue veinte minutos más tarde, tratando de irse a toda prisa pero dando tumbos de un lado para otro y tropezando con cosas...

*Vaya sorpresa*, dijo Lionel en medio del silencio. *Joder. A veces me doy miedo a mí mismo. No, chico, no. En fin, ¡mira qué hora es!* Se dio una ducha rápida. Y subió a toda prisa al ático (donde se tomó un sándwich de carne a eso de las diez); el tapete verde de las mesas de juego, la pequeña bola blanca deslizándose y luego brincando sobre el redondel de la ruleta.

Lionel se estaba afeitando; utilizaba las maquinillas de plástico proporcionadas (y repuestas con tesón todos los días) por el South Central. Quieto por un instante delante del espejo, sopesó aquel utensilio con aspecto de juguete que tenía en la palma de la mano... Hueco. Apenas lo notaba. No era como la especie de jodida llave inglesa que le había proporcionado el señor Firth-Heatherington (que Lionel había perdido en el Castle on the Arch o en el Launceston). Al South Central lo llamaban el hotel heavy metal, pero en él todo era liviano: la cubertería, la cristalería, el mobiliario (incluso la ropa de cama: el edredón blanco le acariciaba la piel como una neblina)... Sin aviso previo, el chorro de agua vaciló, quedó en suspenso durante un instante hipnótico, emitió una tos cortés y volvió a fluir normalmente. Era asombrosa la rapidez con que arreglaban las cosas para que volvieran a funcionar de nuevo. Aquella tarde, un vocalista famoso de la planta de encima había dejado caer una especie de granada de mano en la taza del retrete...

*Eso es lo que necesito*, dijo Lionel. *Una puta granada de mano en la taza del retrete*. Las tripas se le habían aflojado un tanto; pero sus vigiliadas agachadas se parecían muy poco a las evacuaciones espontáneas del pasado. De todos modos, se sentía ligero, liviano, inmaterial, apenas sólido. Cada vez que iba al casino y el ascensor se detenía en el ático, Lionel esperaba seguir subiendo y subiendo, hasta dejar atrás el helipuerto y la Century City Eyrie y ascender hacia el azul estival... El mundo ingrátido, el limbo etéreo del South Central, donde nada pesaba, nada importaba, todo estaba permitido.

Miró en el espejo; el espejo le devolvió la mirada; levantó el pulgar y el índice para apartarse los párpados pegajosos... En el interior de Lionel Asbo se estaba dando un proceso: dentro de su cabeza y de su pecho. Tenía veinticuatro años, y de pronto tenía tiempo para pensar. El dinero, el dinero (su sola y devoradora preocupación desde la infancia) carecía ahora de sentido. *Lionel*, decía una voz. *¿Sí? ¿Qué quieres?* Y silencio. Luego: *Lionel, chico...* Y él decía: *Dios. ¿Qué? ¿Qué quieres?* Y hablaban. Lionel ya no se limitaba a pensar en alta voz. Ahora mantenía conversaciones con lo que parecía ser una inteligencia más sutil. La voz era más inteligente que él. E incluso tenía mejor acento.

Lionel se vistió con cuidado, despacio. Iba a salir a cenar. Mesa para uno. Para él y sus pensamientos. Antes de irse del hotel pasó por la habitación de Scott Ronson;

habían quedado en verse y fumarse un porro en el balcón. Y volvió a sentir lo mismo en el ascensor. Salió de él y se quedó quieto. La planta era la correcta, pero ¿cuál era el número? Lionel dio unos pasos, vacilante. Ah, allí estaba Scott. Acababa de aserrar la mitad superior de la puerta de su suite, y estaba allí de pie, esperando, como un caballo en su cuadra.

A las siete cuarenta y cinco de la tarde Lionel tuvo una charla con la chica de recepción, y prolongó su estancia en el hotel durante otras tres semanas.

Pero lo cierto es que no volvió al South Central, al menos durante tres años.

## 10

—¿Sale a algún acto, Lionel?

—¿Qué, no vemos a Megan, Lionel?

—¿Algo de verdad en esos rumores, Lionel?

—¿Rumores? ¿Megan y yo? No, libre y sin compromiso. Ése es Lionel Asbo. Dan más problemas de lo que valen, si queréis saber mi opinión.

—¿Qué, va a asistir a algún acto, Lionel?

Era la segunda alusión a cómo iba vestido, algo que, por supuesto, no había dado lugar a ninguna ceja levantada en el hotel. En el hotel había montones de personas vestidas como piratas y monjas y nazis. Pero ahora Lionel había salido y cruzaba Sloane Square y seguía por Sloane Street, y el tiempo era magnífico. El tráfico —que parecía quitarse algo de encima— discurría en una inocua excelencia, y bajo un cielo lisonjero, hacia la naturalidad y la libertad de un verano londinense. Lionel dijo, exultante:

—No, chicos. Voy a mi nuevo trabajo. De portero en un bingo. ¡Pero esta noche voy a cantar los números!

Los tres representantes del cuarto poder rompieron a reír a carcajadas. Y su risa duró más que de costumbre —porque, en efecto, Lionel se parecía mucho a alguien encargado de cantar los números en un bingo. Su esmoquin, ciertamente, al igual que sus enormes pantalones, exhibía un corte perfecto; su ancha pajarita no era de las que tienen un elástico y se abrochan con un clip, sino de las que están hechas con un retazo largo de tela (Eamon, que se ganaba la vida en pajarita, le había enseñado cómo anudarla); y los zapatos —a diez mil libras el par— cumplían su cometido a la perfección: eran como dos mullidas carrozas de ébano rutilante. Por otra parte, sólo un «cantador» de números de bingo extraordinariamente seguro de sí mismo y de su sexualidad se habría avenido a llevar la camisa y el chaleco de Lionel. El chaleco era de ante amarillo canario, con botones turquesa. Y la camisa blanca una imposible orgía de orificios y volantes (sólo se le veían las manos debajo de los frunces de los puños). Lionel aflojó el paso para encenderse un cigarro, y dijo:



—Escuchad, chicos. Me sé uno y os lo voy a contar. ¿Qué tiene muchas bolas y jode a la viejas...? ¡Una máquina de bingo!

—No va a ganar ciento cuarenta millones en el bingo, Lionel...

—¿Sabéis?, chicos. Allá en Diston, mi madre solía llevarme al bingo. Todos los viernes. Los viernes. Noche del Reno. Sé cantar todos los números. El once, las piernas. Los dulces dieciséis. Treinta: Gertie la sucia. Noventa: lo mejor en el mercado.

—¿Dónde es ese acto, entonces, Lionel? —insistió el reportero del *Sun*.

—¿Qué coño de acto ni acto...? No, en serio, chicos. ¿Os acordáis de... os acordáis de ese bistró al que he entrado un momento esta tarde? ¿En ese callejón de detrás de Harrods? Bueno, pues he reservado una mesa.

—¿Para dos, Lionel? —dijo el reportero del *Daily Telegraph*.

—¿Estás sordo? Esta noche estoy solo. A ver si tengo un poco de paz. Y leo el periódico.

—¿Qué periódico, Lionel? ¿Dónde está su periódico, el *Lark*?

—Todo a mano, joven —dijo Lionel, dándose unos golpecitos en el bolsillo del pantalón—. Todo a mano.

Jaleado por una salva de vítores subió los siete escalones del restaurante (cuyo nombre era Mount's). Se detuvo unos instantes ante la entrada y, cortésmente, posó para los fotógrafos; pronto, sin embargo, retrocedió y quedó bajo el toldo, con la cabeza y los hombros en las sombras. Los tres reporteros se dieron la vuelta y lo dejaron en paz, en comunión callada con su cigarro... En este punto no está de más hacer constar que Lionel se acababa de fumar dos porros —liados con nueve papeles de fumar— en el balcón de Scott Ronson, dos porros de marihuana skunk de Suazilandia. Ahora bien, en situaciones normales ni la más fuerte de las drogas conseguía hacer efecto alguno en Lionel Asbo. Pero aquella noche era diferente. Y la diferencia tenía que ver con la reciente activación del nivel subliminal de su mente. De momento, sin embargo, Lionel estaba en un estado excelente, e imaginaba que le aguardaba un pequeño agasajo de los sentidos. Una cena tranquila, y una lectura detenida del *Morning Lark*.

—Buenas noches, señor —dijo una voz rotunda y vibrante—. Bienvenido. Su mesa, señor.

—Ah. Estupendo.

—Si no le importa que se lo pregunte, señor, ¿va usted a algún sitio después de la cena? ¿Al combate de boxeo amateur en el Queensbury, tal vez?

—¿Boxeo amateur?

—Sí, señor. He oído que el príncipe Felipe va a asistir a la velada. Ya sabe..., para los Premios Duque de Edimburgo.

—¿El duque de Edimburgo...? Sí, yo sigo el boxeo. Es un deporte como es debido, el boxeo. No como los demás, que son pura basura. ¿Cómo te llamas, colega?

—Bueno, aquí me llaman señor Mount.

—No. —Lionel lo miró de arriba abajo. Era un individuo alto y triste en traje y corbata, con un casquete de tupido pelo blanco—. ¿Cómo te llamas de nombre?

—Cuthbert, señor.

Y Lionel dijo sencillamente:

—Cuthbert.

El señor Mount dio un paso hacia atrás. No había oído pronunciar así su nombre de pila desde hacía treinta años. Desde 1979, cuando dejó de ir a Billingsgate Market (los domingos a las cinco de la mañana) para examinar las ofertas de pescado. Ahora dijo:

—Sí. Cuthbert Mount.

—Bien, te diré una cosa, Cuthbert. ¡Hoy empiezo en mi nuevo trabajo! Portero de un bingo. ¡Y esta noche canto los números!

Por una u otra razón todo ello lo profirió a un volumen mucho, mucho más alto del que pretendía el propio Lionel, como a través de la megafonía de un estadio. Y enseguida fue consciente de las treinta o cuarenta caras coronadas de venerable escarcha que volvían la mirada hacia él.

Pensó: Debe de ser frío, hacerse viejo. Frío, viejo:<sup>[18]</sup> como en poesía.

—¡Buenas noches a todos! —gritó mientras se sentaba en su silla.

—¿Le gustaría tomar alguna bebida antes de la cena, señor?

—Sí. Creo que..., esto..., tráeme un...

Pero el señor Mount se echó hacia un lado, y al instante lo relevó un avisado joven con un esmoquin blanco.

—¿Qué pasa contigo?

—¿Perdón, señor?

—¿Te hace gracia algo? —dijo Lionel.

—¿Que si me hace gracia algo, señor? No, en absoluto, señor.

—Pareces un poco... mariposón, chico... —Lionel resolló con ruido, y dijo—: Está bien. Joder. Creo que tomaré una pinta de... —En el South Central podía pedirse champán por pintas (y por medias pintas, algo que solían hacer mucho las mujeres); y Lionel, de todas formas, había llegado a ver el champán como la cerveza de los ricos—. Burbujas, chico. ¿Cuáles tenéis?

El joven abrió una carta de vinos ornada con una cinta y se la tendió. Lionel apuntó la cosecha de precio más prohibitivo, y el joven le hizo una reverencia y se retiró.

El restaurante era una auténtica sorpresa. Aquel día, horas antes, cuando asomó la cabeza por la puerta, sus ojos llenos de sol le habían hecho ver una suerte de gruta de sombras palpitantes, y había tomado el recinto por un restaurante familiar y modesto. Pero el Mount's... El mobiliario era todo mullido y afelpado, y las paredes eran paneles de madera con pinturas, temas de carros de heno y de cielos con nubes y de caballeros. Sí, el lugar podía evocar a un viejo caballero obeso, con el ropaje ceñido

casi hasta la asfixia. Lionel sopesó sin abrir la carta blasonada de cuero rojo. *El más antiguo restaurante de Inglaterra. Fundado por Clarence Fitzmaurice Mount. 1797.* Y Lionel pensó: ¡1797!

—El champán está a punto de llegar, señor.

Lionel había intentado empezar a leer el *Morning Lark* mientras disfrutaba del aperitivo. Para ponerse al día de los acontecimientos. Pero ahora tenía sus dudas. Sabía ya que la portada estaba dedicada a una rubia con curvas realmente portentosas; y ello podría parecer un poco... El *Lark*, aquel día, salía por primera vez en dos ediciones: tabloide y gran formato. Y él había sucumbido a la novedad del gran formato. De todas formas, se sacó el ejemplar del bolsillo del pantalón, lo desplegó bajo la mesa y desmañadamente buscó una página en la que no hubiera una modelo con los pechos al aire. La página dos se dedicaba normalmente a las noticias del día, pero aquel día «la noticia del día» era precisamente sobre una modelo en topless que había roto con su amor de la infancia... Se parece un poco a Gina, pensó Lionel, lo que hizo que se sintiera traspasado por un recuerdo nada grato...

Cuando estaba terminando con Dylis había dado en mirarse de soslayo en el espejo del armario. Y allí estaba su cuerpo, todo fuerza bruta, como la máquina de un tren fuera de control. La expresión de la cara. Los dientes desnudos, los ojos furiosos y la...

Llegó el champán en su cubitera de acero. Lionel apretó tranquilamente el periódico entre las rodillas y dijo:

—¿No tienes algo más grande? Ya sabes, algo parecido a una jarra de cerveza. — Lionel siguió con aire grave los movimientos del camarero—. Sí, eso está bien. Llénalo, chico.

Y entonces empezó a suceder. Por espacio de aproximadamente medio minuto la mente de Lionel se convirtió en una sucesión vertiginosa de dobles fondos, de trampillas que se cerraban de golpe...

*¿Champán en una jarra de cerveza?*, vocalizó fieramente, sin ruido. *¿Eres idiota? ¡Te están mirando! ¡No, no te miran! ¡Están pensando que vas a ir al boxeo con el duque de Edimburgo! ¡No, no lo piensan! ¡Se están riendo de ti..., se cachondean de ti! ¿Por qué has tenido que decir lo del bingo? ¡Pensarán que eres un idiota que canta los números en el bingo! ¡No, no pensarán eso! ¡Leen el Daily Telegraph! ¡Saben que eres el Patán de la Loto! ¡Saben que eres un idiota, de todas formas! Son..., saben...*

Lionel levantó la mirada. Los clientes cenaban con toda normalidad. Los suaves ecos y vibraciones, los sonidos metálicos y tintineos, el ruido de los cubiertos, el sonsonete y el murmullo de las conversaciones corteses...

—¿Sabe ya lo que va a cenar, señor? —dijo el camarero.

—Un momento... Un momento. No veo carne por ninguna parte.

—Éste es un restaurante de pescado, señor.

—¿Cómo? ¿Sólo pescado...? Bueno, así sea. —Elegió lo más caro como entrante

(caviar) y lo más caro de plato principal (langosta)—. Será fresca, ¿no?

—Oh, sí, señor. Viva y coleando. Traída en avión hoy mismo desde Helsinki.

¡Helsinki!, pensó Lionel.

—¿Y con qué aderezo la quiere?

—Esto... —dijo Lionel. Nunca había comido langosta más que en cóctel de mariscos, cuando Gina le preparó uno al estilo tradicional maltés, con montones de ketchup—. Como venga —dijo al final, con los ojos apenas entreabiertos.

—¿Desea que se la abramos, señor?

—¿Que me la abráis? —dijo Lionel, con un odio súbito e inescrutable—. No soy ningún inútil, chico. ¿Parezco un inútil? No soy un inútil. ¿Parezco un inútil...? Ah, no llores. Toma, ponme la servilleta. —Es lo que hacían en los restaurantes como es debido: te la tendían con cuidado sobre el regazo—. *Où* —dijo Lionel.

Apuró la pinta y pidió otra. Le sirvieron el caviar. El caviar sí lo había probado antes, porque solía ser el entrante más caro de las cartas, y, a su juicio, resultaba bastante sabroso si le echabas Tabasco y mucho... No es que en aquel momento se sintiera débil o mareado o algo parecido, pero el salero le pareció pesado, inverosímilmente pesado. El cuchillo le pesaba también de forma insólita. Eso pasaba cuando uno... El mundo de la riqueza era pesado, y estaba muy enraizado en la tierra. Tenía el peso del pasado afianzándolo. Mientras que en su mundo, o sea, en Diston, las cosas eran...

—¿Podemos servirle la langosta con mantequilla derretida, señor? —dijo el señor Mount.

—Venga, adelante. Y también tomate, un poco de salsa de tomate, Cuthbert. Casera. A un lado.

El señor Mount pareció fruncir el ceño ante la vestimenta de Lionel, y dijo:

—Lleva usted un atuendo realmente extraordinario, señor, si me permite decirlo. Y yo sé algo de ropa. ¿Es... lana de pashmina, no? Oh, Dios, ¿es...? ¿Es *shahtoosh*? Santo cielo, nunca he... oído que fuera posible. Debe de haberle costado una absoluta...

—No fue barato.

—¿Puedo?

—Pues claro que puedes. —Lionel estiró el brazo derecho—. Tómame el tiempo que quieras, Cuthbert —dijo—. No te prives.

El señor Mount se inclinó, se enderezó, hizo una reverencia y dijo:

—Es tan extraordinariamente fina... Espero que disfrute de su cena de esta noche con nosotros, señor.

Después de muchos encogimientos y muchas contorsiones, Lionel encontró una página sin ninguna modelo en topless, en la página cuarenta y ocho, cerca de los anuncios clasificados. Extendió cuidadosamente el papel sobre la mesa. Y se puso cómodo. Y siguió bebiendo... Y, moviendo los labios, empezó a leer una noticia

sobre una niñita de dos años ¡que ya había tenido problemas con la ley! La pequeña bribona... ¿Será...? Aquella mocosa estaba desvalijando coches con una llave de casa... Robaba dinero en metálico y rompía ventanas... Y se emborrachó con el vodka de su mamá, y cuando la funcionaria de los servicios sociales se presentó en casa le dio un mordisco en la...

El ceño de Lionel se hizo más pronunciado.

A aquel pequeño demonio se le acababa de librar una ASBO... ¡Ha batido mi récord!

—¡Ha batido mi récord! —gritó, y se encorvó hacia delante.

Veamos: dos años y trescientos sesenta días. ¡Me gana por una semana! ¡Por favor! No, venga, tienes que concederle ese mérito. Aún no ha cumplido tres años y la pequeña cabrona ya ha...

Lionel reparó en el silencio circundante, un silencio de una gran pureza: sin voces, sin fondo sonoro de vasos y dientes de tenedor. Levantó la mirada y miró a su alrededor. Al parecer acaparaba la atención de todos los pares de ojos del comedor. Gafas con un brillo blanquecino. Impertinentes en ristre. Incluso dos pares de gemelos de teatro. ¿A se debía aquello? Y entonces Lionel cayó en la cuenta de que en su ensimismamiento inocente estaba sosteniendo el *Morning Lark* a la altura del hombro. Con un movimiento salvaje, giró en redondo el periódico.

## 11

¿Y qué vio? ¡Una página entera de GILFs!

Lo abarcó todo con ojos petrificados... En la página en cuestión destacaba descomunadamente un pequeño anuncio; muy pocos de los más curtidos lectores del *Morning Lark* se avendrían a contemplar un horror semejante. Una mujer anciana de pelo rizado y dimensiones cetáceas, a cuatro patas, con las ancas medio ensombrecidas y los rasgos rústicos contraídos en una mueca-gruñido de pasión. HILDA, CACHONDA, 74 años. ENVÍEN AHORA MISMO UN MENSAJE DE TEXTO A...

Con una única convulsión galvánica, Lionel pugnó con las hojas de papel y logró estrujárselas contra los muslos. Luego se ruborizó. Y fue como si todos sus rubores, todos los rubores de una vida le hubieran llegado juntos de pronto. Como llamas, se encrespaban rumorosas, oleada tras oleada... Ciertamente, durante los cinco minutos siguientes Lionel guardó ciertas similitudes con lo que pronto sería su cena aciaga: la langosta roja como el ladrillo que ahora hervía hasta la muerte en la cazuela. Otra pelea a puñetazos, otro motín del pensamiento..., y luego, al final (de aquella forma tan suya) la calma y el sosiego.

Venga, chico, se dijo a sí mismo..., estate tranquilo. ¿El *Lark* es ilegal o algo? Se vende en todas partes; había un montón enorme en la tienda de prensa de la esquina.

No había nada dañino en ello. Sólo un poco de diversión. Todo el mundo lo sabe...

Recuperó con severidad la presencia de ánimo. Terminó el caviar y, con cierto alarde de despreocupación, pidió más. Y más pan tostado; en tiras finas, si se terciaba. Y otra pinta de champán. Lionel volvió a tranquilizarse. Se comió todo lo que tenía delante y se lo bebió todo. Y se levantó.

—Eh, Cuthbert —dijo, haciendo un tremendo esfuerzo por controlar el volumen de su voz—. Eh, Cuthbert —graznó—. Me voy afuera a fumarme un peta, ¿vale? Vuelvo en un minuto, Cuthbert. Vuelvo en un minuto.

Los reporteros gráficos del *Morning Lark*, del *Sun* y del *Daily Telegraph*, constató Lionel con una punzada, habían desaparecido. *Se habrán ido a tomar un bocado también ellos, seguramente*, se dijo en voz alta. *Volverán luego*. Y estaba bien que se hubieran ido, de todas formas: quería «recuperarse» del porro gigantesco que le había liado Scott. El callejón terminaba sin salida a su izquierda, bajo el fulgor escarchado del farol de la cochera. Perfecto: no había viandantes. Metió el *Lark* en un cubo de basura y lo apretó hacia abajo. Hasta podría ir corriendo a comprar un *Sun* (o incluso un *Daily Telegraph*) para leerlo mientras me como la langosta. *No. Pensarían que estoy yéndome sin pagar. ¡O huyendo avergonzado...! No. Estás siendo..., hipersensible, tío. El Lark es sólo para hacer unas risas. Todo el mundo lo sabe. Es sólo una broma. Hasta se llama así<sup>[19]</sup>. Unas risas no le hacen daño a nadie. ¿Qué hay de malo en reírse...?* Le llegó otro recuerdo de Dylis. Cuando le dio la vuelta para darle unos azotes suaves, y luego, de pronto, los azotes suaves se convirtieron en azotes fuertes, y luego en una zurra en toda regla. *Me las arreglé para contenerme*, se dijo en un susurro. Y, durante todo el episodio, aquel sonido gimoteante en sus oídos... y en el pecho también, de alguna forma. *Es lo que pasa cuando pagas por ello. Que te entran unas ideas raras. Amo-siervo, esas cosas. Era como un pequeño animal de compañía al que maltratas porque sí... A veces me doy miedo a mí mismo.* Así que siguió con su porro (le estaba pareciendo más sabroso que los otros dos anteriores). Dio una última chupada, que consumió un par de centímetros e hizo que crepitaran los brotes de hierba y chisporroteara el papel Rizla..., y retuvo el humo todo lo que pudo para finalmente expulsarlo por la nariz. Acto seguido volvió a entrar en el restaurante para enfrentarse con la fortaleza escarlata del crustáceo.

La criatura yacía ante él en su bandeja ovalada. Había dos útiles ad hoc (uno con la punta curva) y un cascanueces. Lionel levantó este último: un artilugio parecido a la mitad inferior de una corista hecha de acero... El puto cabrón de animal marino, qué feo... La jeta encogida, terrorífico-cómica. Y la hidráulica monstruosa de los brazos. ¿Era ella la que hacía de garra, o las... las pinzas? Se inclinó sobre la mesa, colocó el miembro erizado de púas del crustáceo dentro del hueco del cascanueces; aplicó el máximo de fuerza y... ¡le alcanzó de lleno en el ojo un chorro de mantequilla caliente!

—¡UN! —gritó, y se echó hacia atrás con brusquedad...

Pero cuando se limpiaba la mejilla con la mano..., bueno, Lionel no tuvo más remedio que sonreír. Tuvo que sonreír. Pensó en Pete New, su compañero de celda en Stallwort. El tipo parecía especializado en accidentes más que improbables. Contaba que una vez quiso hacer un huevo escalfado en el microondas, y cuando lo sacó y fue a olerlo... ¡le explotó todo aquel magma en la cara! ¡Joder, por poco le deja ciego! Así que Lionel tuvo que soltar unas buenas carcajadas a propósito de Pete New. Unas buenas carcajadas (¡también se había roto una pierna viendo la tele!). Y al final apuró la jarra, se zampó un par de patatas hervidas y volvió a sonreír con un ligero giro de cabeza.

—Más burbujas, chico.

Su cena, hasta el momento, estaba resultando bastante parecida a una broma pesada: el champán en una jarra de cerveza, las GILFs, la mantequilla caliente... Nada grave, en fin. En el South Central siempre estaban gastando bromas pesadas. Tenían más dinero que juicio, la mitad de ellos. Bromas pesadas con pegamento superrápido y película transparente. Cojines que ventoseaban. Lanzarse chorros de mostaza y de salsa HP. Hacer que saltara la alarma contra incendios. Meros jolgorios, si se quiere. Portarse estúpidamente adrede. Más dinero que juicio, todos ellos. A veces era como si se gastaran bromas pesadas a ellos mismos...

Lionel empezó a dar cuenta de su plato, utilizando para ello los útiles plateados, además del tenedor.

El momento decisivo llegó diez minutos después, cuando abandonó sus armas y se aprestó a batallar con su enemigo con las manos desnudas.

—Siento ver que al parecer ha tenido problemas con ese plato, señor.

—Bueno, Cuthbert, ya sabe cómo es esto. Se gana algo, se pierde algo.

—Llévese una servilleta, señor. Una servilleta limpia. Tome... Eso tiene un aspecto feo. Puede que necesite uno o dos puntos de sutura.

—¡Mire esto!

—Oh, Dios. Oh...

La tarjeta de crédito «itrio»<sup>[20]</sup> entró en la ranura del aparato, y Lionel se hizo un lío con su número secreto. Luego añadió una propina exorbitante y dijo:

—Me coserán en el hotel.

—¿Puedo preguntar dónde se aloja, señor? —Los ojos del señor Mount se abrieron al máximo, y dijo—: Bien, el South Central dispone de un servicio de atención muy avanzado. Podrían, tal vez *podrían*, tener éxito con esas... —el señor Mount pareció sucumbir al embate de la angustia— esas manchas.

—¿Sí?

—Dios mío. Es bastante más grave de lo que pensaba. —El señor Mount ya no llamaba señor a Lionel, porque sabía que su cliente se iría dentro de unos instantes de bastante buen humor. Ello no había parecido probable durante su ataque de risa de

retroalimentación incesante; y había parecido aún menos probable durante el clímax de su lucha con el plato principal, cuando Lionel fracasaba una y otra vez y despedía visiblemente unos tenues vapores grises—. ¿Qué puedo decir? Mala suerte, amigo.

—Sí, adiós, Cuthbert. Elegí mal el plato. —Lionel seguía sin resuello, y con lágrimas en los ojos; pero se controlaba perfectamente—. La próxima vez tomaré el abadejo.

—Bien, pues muchísimas gracias, señor.

Bajó los escalones hasta el callejón, con la pajarita casi deshecha y la chaqueta, la camisa y el chaleco vistosamente pintados de mantequilla y sangre. Estaba hambriento.

—¿El bingo se ha puesto un poco duro, Lionel? —dijo el reportero del *Sun*.

—Quédate ahí quieto un momento, Lionel —dijo el reportero del *Lark*, levantando la cámara—. Ooh, esto no tiene precio, no señor.

—¿Las ancianitas se han tomado la revancha contigo, Lionel? —dijo el reportero del *Daily Telegraph*.

Lionel miró hacia la derecha. Al fondo del callejón había un policía, de pie, quieto, mirando hacia ellos.

—El poli está vigilando. Eso zanja la cuestión —dijo Lionel Asbo de forma sucinta.

Se fue hacia la izquierda.

—Venga, vamos —dijo con cansancio—. Joder, muy bien, ¿queréis pelea? Pues venga... Vais a dejar de reiros. Sí, voy a hacerlo. Sí, señor. Me caerán cinco años por vosotros tres, capullos...

## XII

Nada realmente fuera de lo ordinario aconteció entre 2009 y 2012.

—Le caerán diez, calculan, y cumplirá cinco. Y le está bien empleado.

—Por favor, Dawn... Piensa un poco. ¡No saldrá hasta 2014!

Era domingo. Estaban en lo que ellos habían dado en llamar *desayuno en la cama* (era una cama individual), y releían el *Mirror* del sábado (su nuevo tabloide preferido).

—Le gustaba la cárcel —dijo Des medio aturdido—. Es cierto. Le gustaba la cárcel.

—Le acusan de tres delitos de lesiones corporales graves. Más otro de agresión a un policía.

Sobre el regazo (y en páginas contrapuestas) se veían las instantáneas antes y



después del callejón sin salida que daba a Brompton Road. Antes: Lionel posando en la escalera de la entrada del restaurante: pickwickiano, vodevilesco, radiante de inflamable bonhomía. La fotografía de después (tomada no inmediatamente después, porque las cámaras de los reporteros habían quedado destrozadas) ofrecía una composición más interesante. Al malhechor, cual si fuera un espantapájaros urbano, le colgaba la cabeza, y sus brazos rodeaban los hombros de los dos policías que lo llevaban en volandas, y de él salían los rellenos de su vestimenta (el traje desgarrado y retorcido, la camisa blanca de profuso ornato); y, a la derecha de la imagen, justo detrás, más allá, la gran camilla con ruedas de la ambulancia, con su propia luz fija, y el voluminoso cuerpo tendido en ella (el reportero del *Daily Telegraph*).

—Biss, biss... —dijo Dawn—. Biss, biss... —Llamaba a la gata—. Ven, Goldie. Ven, cariño... El tipo del restaurante dijo que antes tu tío había tenido una pelea a muerte con la langosta.

—Ya. Un Abogado de la Corona se ha encargado de su defensa. Lord Barcleigh.

—El gordo... *Responsabilidad mermada*. Oh, sí. Fue la langosta, señoría.

—No logro entenderle, Dawnie. ¡Lo hizo cuando había un poli vigilando!

—Ya. Y ni siquiera los más chiflados lo hacen. Ven, Goldie. Ven, bonita...

A principios de 2010, dicho sea de paso, cambiaron la cama individual, pero no por una cama king size (porque el propio cuarto era del tamaño de una cama king size), sino por una normal de matrimonio.

En el taxi, brincaba por encima de badenes y miraba fijamente los forúnculos sin sajar de las luces rojas de los semáforos (y a continuación la materia refulgente del ámbar). El tráfico de Diston se sometía a la jerarquía del tamaño: los Smart temían a los Mini, los Mini temían a los Golf, los Golf temían a los Jeep, los Jeep temían a los... Des conducía consciente —con una conciencia impaciente— de la presencia frágil y agitada de la bicicleta del flanco interior, pero al mismo tiempo sometido a la gran masa oscilante del autobús.

*He aquí un cuento de lo inesperado*, dijo Lionel en agosto de 2009, en su primer día de vuelta a Stallwort (a la espera de juicio). *Esta mañana he cagado. Bueno. Levántate y ve a visitar a tu abuela.*

*Muy bien, tío Li.*

*Quiero un informe. Y ojo... Mientras estoy fuera ni se te ocurra acercarte a mis cosas.*

El billete de tren de ida y vuelta en primera clase al noroeste de las Tierras Altas, en coche cama, ascendía a una cantidad de cuatro cifras. Pero Des se metió en la Nube y consiguió la ganga (por compra anticipada) de un billete de ida y vuelta en litera ¡por dieciocho libras!... Te levantabas antes del alba (Inverness, y luego autocar

rumbo a Lairg), y volvías al día siguiente con la primera oscuridad: las horas grises. Des cumplía con sus deberes cristianos —y con su penitencia cristiana— de seis en seis semanas, y a veces Dawn lo acompañaba.

La residencia era una casa urbana de cinco pisos, y de una profundidad insólita, con muchas grandes mamparas de contrachapado (y de cartón) en su interior. Su atmósfera había atemorizado a Des desde el principio, y cada vez que la visitaba todo parecía claramente más descuidado, más desvencijado, menos vivaz. Y así era el propio Souness (a veinticinco kilómetros al este del Cabo Wrath). Había otros enclaves más bonitos un poco más abajo y en lo alto de los acantilados, pero el pueblo, el puerto, donde vivía Grace, era un laberinto de sombrío pedernal, poblado por duendes grises de empapada bruma. No dejaba de llover nunca. Una llovizna muy fina, que ensortijaba el pelo, era el elemento siempre presente; lo que la gente del lugar llamaba *smirr*, un *smirr* que hacía guardia perpetua entre aguaceros.

Grace habitaba un ático cónico, en el que había una cama de hospital, una silla junto a ella y un lavabo cavernoso con gruesas tuberías de goma acopladas a los grifos, *Des, querido*, dijo Grace, con toda claridad. Pero luego dijo frases aleatorias que carecían del menor significado. A Des se le quedaron grabadas algunas durante un rato, hasta el punto de hacerle pensar que las recordaría más tarde, cosa que no sucedió. Así que empezó a ponerlas por escrito.

*Hay nueve búhos ahí donde está lo alto y el frío*: una de ellas.

*Partidaria de ganancias y apuesto la queja*: otra.

*Nada, nada inquieta al pecado, etcétera*: otra más.

El jefe médico, el furtivo doctor Ardagh, con su ajado traje color mermelada, utilizó la frase *enfermedad cerebral degenerativa de aparición temprana*. Y dijo entre dientes algo que Des no logró captar.

*¿Perdón? ¿Unos cuantos años buenos más?*

*Oh, no. Lo que he dicho es: un buen montón de años más.*

Des regresó al ático cónico.

*Sumiso, pero aun así...*, dijo con un gimoteo su abuela al darle el beso de despedida. *¡Quince!*

Des recordaría esto último. ¿Era una referencia a las cosas que sucedieron entre ellos en 2006, cuando él tenía quince años, y se había mostrado sumiso? Ni Des ni Grace habían dicho una palabra de ello desde la desaparición de Rory Nightingale.

En el juicio ante el tribunal de Old Bailey, Lionel, por primera vez en su vida, se declaró culpable.

Responsabilidad mermada: fue el argumento que esgrimió Lord Barcleigh: pidió al jurado que considerara *la absurdidad gigantesca de la infracción, cometida —no había de olvidarse— ante los ojos de un agente de la ley. La ciencia médica llamaba a eso ictus, un espasmo del cerebro.*

El propio Lionel, que vestía para la ocasión los jirones patéticos de su esmoquin

de *shahtoosh* (tejido de la lana del chirú, un antílope tibetano en peligro de extinción), se mostró arcaicamente humilde: *Lamento profundamente todo el dolor causado*, dijo. *No soy más que un chico de Diston que se ha visto fuera de su medio... Cumpliré con la pena sin quejarme, y juro que no volveré a ser una amenaza..., eh, para la sociedad. He tenido que aprender a fuerza de errores, señoría, y al final he comprendido lo erróneo de mi proceder.*

Una testigo de reputación resultó desproporcionadamente influyente: Fiona King, la codirectora del South Central Hotel. *Era un huésped modélico. Si todos nuestros clientes se comportaran como el señor Asbo, puedo asegurarles que mi vida sería mucho más sencilla. Pregunten a quien quieran. Lionel Asbo se comportaba como un auténtico caballero inglés.*

De forma aún más reveladora, el agente de policía George Hands (Sí, admitiría más tarde Lionel, *él me salió más caro que Lord Barcleigh*) informó al tribunal (a través de unos dientes astillados) de que la conducta de Lionel en el callejón de Knightsbridge había sido más acorde con el delito menos grave de resistencia a la detención.

Le condenaron a seis años; una sentencia muy indulgente, pensaron (y escribieron) algunos. Había pasado ya cinco meses en la cárcel, y Lord Barcleigh, teniendo en cuenta la buena conducta de Lionel en la institución penitenciaria, predijo que saldría en libertad para la primavera o principios del verano de 2012.

Des cambió de asignaturas: de Lenguas modernas a Sociología, con especial hincapié en el crimen y el castigo. Cuando se enteró de ello, Lionel se encogió de hombros y se dio la vuelta. Como de costumbre, tenía el móvil en modo altavoz — una conversación con su equipo inversor—. Estaba encarcelado en las afueras de Exeter, en un presidio llamado Silent Green.

*En la cárcel no puedes equivocarte mucho*, le decía por ejemplo Lionel entre llamadas... Y Des llegó a una conclusión verosímil: al criminal de carrera no le importaba realmente estar en prisión. Estar en prisión no siempre se le antojaba un ultraje insoportable a su dignidad. Des decidió preguntarle a su tío el porqué de esto, pero no aquel día.

*La cárcel*, dijo Lionel. *Buen sitio para aclararte las ideas. En la cárcel sabes dónde estás.*

Bueno, sí, pensó Des. Estás en la cárcel.

*Venga, pues. Lárgate*, dijo Lionel inclinándose para atender otra llamada.

Y Des se comía un panecillo con queso en la estación, y volvía a Londres el mismo día.

En su visita siguiente encontró a Lionel enfrascado en la compra de la madera de media docena de selvas uruguayas.

Y en su visita siguiente encontró a Lionel ocupado en atacar el yen.

Un par de palabras, pues, sobre las finanzas de Lionel.

En sus tres semanas de libertad Lionel Asbo se gastó nueve millones de libras, casi todas ellas en los dados, el blackjack y la ruleta (estaba también el Bentley Aurora sin estrenar y la factura de ropa de siete cifras). Pero sus inversiones prosperaban de forma casi incontroladamente certera desde el comienzo. Aleccionaba a su joven equipo de creyentes en el mercado libre para que fueran lo más agresivos posible. *No andéis con jodiendas de un cinco por ciento*, les decía. *Id a por todas*.

*Muy bien*, dijo Lionel mientras se paseaba por el patio. *Tomad sesenta al uno treinta y a ver qué pasa*.

*¿Las acciones bancarias van mal?* dijo, mientras veía la televisión en la sala de recreo. *Si, pues a probar suerte. Cincuenta. No, sesenta*.

*Vended*, dijo, dándole a la cisterna en la intimidad de su celda. *Ahora tomad noventa y a ver qué pasa otra vez. Me apetece petróleo. Y conseguíme ocho por ciento del capital*.

*Buen esfuerzo, chicos y chicas*, dijo comiendo bombones en el economato (Quality Street y Black Magic). *Mis ganancias vais a verlas reflejadas en vuestras primas*.

El 2 de agosto de 2011, a Des y a Dawn les informaron de que los dos habían obtenido ¡dos sobresalientes!

—Bueno, después de todo lo que hemos estudiado, seríamos unos malditos imbéciles si hubiéramos sacado sólo bienes.

—Sí, o incluso *Desmonds* —dijo Desmond (un *Desmond* era un Dos Dos, por Desmond Tutu)—. <sup>[21]</sup> Seríamos dos putos imbéciles.

—Y habrías sacado matrícula si hubieras cursado los tres años. Con toda facilidad.

Dawn se colocó de profesora en un gigantesco colegio femenino de Pentonville, el St. Swithin's.

Des escribió a todos los periódicos de Londres y adjuntó a sus misivas una muestra de su trabajo (la descripción que ofrecía un testigo ocular de dos incidentes simultáneos pero no relacionados; un apuñalamiento no mortal y una agresión con ácido que dejaba ciega a la víctima, en un local de comida para llevar de la localidad). Y le citaron para dos entrevistas, una en la *Diston Gazette* ¡y otra en el *Daily Mirror*!

Grace Pepperdine tuvo un derrame cerebral leve la noche de Guy Fawkes de aquel año. La boca parecía habersele girado sobre su eje, y, sin embargo, ahora estaba lúcida. Es decir, era capaz de explorar pequeñas «bolsas de aire» de su muy distante pasado. Su niñez, antes de los tiempos de Cilla y de John y de Paul y de George...

—No puede seguir aquí, Des —dijo Dawn, que llevaba más de un año sin ir a visitarla. Estaban haciendo una pausa previa en la calle—. Mira la residencia. Huélela.

Des miró el edificio. Tenía un aire de abandono; era como un carrito que se deslizara traqueteando por la ladera. Y la olió. En 2009 olía a desodorante y a repollo; en 2011 olía a orina y a ratones.

Estaba oscureciendo, a primeras horas de la tarde, y Grace le cogió una mano a Des, buscó sus ojos y dijo en un susurro: *Huelo algo... Olfateo un crimen enrevesado. Seis, seis, seis.*

Lionel estaba pasando los últimos meses de su condena en Wormwood Scrubs, la desolada fortaleza empapada por la lluvia que presidía una vasta extensión de tierra comunal (maleza y raquílica floresta) en Hammersmith, al oeste de Londres. Era su primera cárcel, y probablemente, como acostumbraba a decir a veces, su preferida.

Cuando Des volvió a visitarle (en enero de 2012), no se le condujo al economato sino a una oficina de la administración a todas luces dispuesta para el uso personal de Lionel (había cerveza caliente y sándwiches húmedos y pretzels reblandecidos). Una pálida Cynthia estaba sentada a su lado. Vestido con su habitual mono azul marino, Lionel examinaba casas de campo en venta, casas cuya categoría las hacía merecedoras de un folleto individual.

*¿Un gran cercado para caballos?* estaba diciendo Lionel (con marcada pronunciación de las últimas consonantes). *¿Para qué quiero yo un puto cercado para caballos?*

*Tío Li. La residencia de la abuela. No puede...*

*¡Dios!*

*Es en ti en quien estoy pensando. En parte. ¿Qué tal si la...?*

*¡Joder! Des, dale un respiro a la mollera, ¿vale? Me estás deprimiendo... Mira, Cynth, échale un vistazo a ésta. ¿Se pasa un poco de precio? Des..., ¿qué es un «vallado en zanja»?*

En enero... ¡Dawn Sheringham se quedó embarazada! *Se quedó embarazada*: cuán pavorosa y cuán bella sonaba esa frase: *se quedó embarazada*. Bella, pero sobrecogedora. Por encima de toda otra posible consideración, porque significaba que Des tendría que contarle a Dawn lo de Grace.

La sentó en la cocina, y dio comienzo al relato. Diez minutos después estaba diciendo:

—No tengo excusa; ni siquiera puedo explicarlo. —Se sorbió la nariz y se secó las mejillas—. ¿Me seguirás queriendo, Dawnie?

Los ojos de Dawn se entrecerraron despacio y su boca se ensanchó, y al cabo dijo:

—Pero en realidad no pasó nada. Llegaste a depender de esas caricias, es cierto.

Y podías haber... Pero en realidad no sucedió nada.

Des se echó hacia atrás en la silla. Se había hecho evidente de inmediato, al menos, que esa vía había quedado cerrada para siempre.

—No seas boba —dijo—. Por supuesto. No sucedió nada. Llegué a depender de esas caricias, nada más. —Se hizo un silencio, un silencio que sólo él tuvo el poder de romper—. Toc, toc —se oyó decir.

—¿Quién es?

—La pequeña anciana dama.

—¿Qué pequeña anciana dama?

—¡No sabía que supieras cantar a la tirolesa!<sup>[22]</sup>

Y, de algún modo, esto les hizo pasar ya al otro lado.

Luego salió del apartamento y fue caminando hasta el canal... ¿Era aquello una versión de lo que llamaban *disonancia cognitiva*? Porque Dawn sólo había conocido a Grace como una «pequeña anciana dama» estricta (una *viejita*, como con tanta economía de medios se dice en español). Y ahora, casi seis años después, Des constataba que hasta a él le parecía casi inconcebible haber besado un día aquellos ojos, aquellos labios. Aquella boca, que ahora parecía que llevaba dentro una especie de boomerang de juguete... Se volvió y emprendió el camino de vuelta. Y —¡santo cielo!— había planeado también contarle a Dawn lo de Rory Nightingale, y lo que Lionel le había hecho. No. Sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negativa a medida que iba andando. Todo aquello, todo aquel mal sueño... Todo debía guardárselo para sí mismo.

Con Vincent Tigg, su antiguo profesor del colegio, como padrino, y la asistencia orgullosa de Prunella Sheringham, Des y Dawn se casaron el día de San Valentín en el Registro Civil de Carker Square. Y luego el tío John, el tío George y el tío Stuart les llevaron a una sorpresa: ¡una comilona china que ofreció en su casa y pagó el tío Paul!

El futuro bebé, a estas alturas, no era más grande que la quinta parte de un punto.

—Ahora el blastocito —dijo Des a la mañana siguiente (estaba leyendo un libro enorme sobre bebés en la cama de matrimonio)— ha completado su viaje de la trompa de Falopio al útero.

—¡No le llames así! No me siento embarazada. Y, además, ¿quién quiere un blastocito?

¡Aquel mismo día Des fue contratado por la *Diston Gazette* como reportero en prácticas!

*Desapalanca*d, dijo Lionel al teléfono, y lo cerró de golpe. *No, decidles esto*, siguió diciendo con frialdad. *Decidles que voy a ganar el mismo dinero que mi tocayo Lionel Messi, Futbolista Europeo del Año. Decidles eso.*

Estaban los tres, Lionel, Megan Jones y Sebastian Drinker, en la oficina de Lionel

en Wormwood Scrubs, dudando de la conveniencia o no de informar al mundo de la verdadera magnitud de la fortuna de Lionel Asbo.

*Y decidles que eso no es más que el interés. De mi capital. A Lionel Messi le pagan por correr de aquí para allá por un puto campo de fútbol. Y a mí me pagan por estar con el culo en una silla. Decidles eso.*

*No deberíamos provocarles, Lionel, dijo Megan. Eso no te concierne a nadie más que a ti. Rió, y prosiguió: Tal como están las cosas, ¿tienes detrás de ti a todo buscador de oro de Inglaterra!*

*¿Más e-mails de mis fans? Bueno, adelante. El correo electrónico de los fans de Lionel lo integraban las cartas de presentación de mujeres jóvenes, con fotografías adjuntas. No, sigue con esos mensajes. Están bien. Son buenos. Verás, es como un burdel. Eres tú quien eliges. Es tu..., esto..., tu prerrogativa. ¿Sabes? Como si estuvieras en un burdel. Lionel levantó un dedo. Sólo que sin pagar. No es plato de buen gusto pagar por ello, Megan. Te hace empezar con mal pie.*

La primera vez que dijo *burdel* lo pronunció mal, y la segunda también lo pronunció mal, pero de distinta forma. Pero no era por eso por lo que Megan Jones y Sebastian Drinker se miraban con disimulo.

*Voy a hacer una lista de las que me podrían apetecer. Puedes mandarles una nota, Megan. Diciendo que me encantaría conocerlas. Y precisó: Cuando me suelten.*

Un sábado cálido de mayo (el feto, durante las semanas transcurridas, había pasado de tener el tamaño de una aceituna a tener el tamaño de una ciruela pasa y luego de una ciruela y luego de un melocotón), Des y Dawn fueron a pasear en barca por el lago Serpentine de Hyde Park. Y ¿con quiénes se toparon en un momento dado? ¡Con Jon y Joel!

Habían pasado ya tres años, pero los perros enloquecieron de contento. Y pasaron media hora gloriosa con ellos en el césped. Cuando sus nuevos dueños (un padre y su hija) se hicieron de nuevo cargo de ellos, fue como una pesadilla ver cómo se alejaban, Jon y Joel, con las orejas caídas y los ojos llorosos...

Una vez solos, Des se dejó caer hasta quedar de rodillas, giró y se echó en el césped de costado. No eran los perros; no eran los perros, en realidad; pero el aire era tan rápido y tan libre... Sintió como un cosquilleo que le nacía de dentro, del corazón, de la sangre misma... Aquella tarde el viento abría infinitos surcos en el lago, cuya superficie era como de pana. Dawn se sentó a su lado y lo apaciguó, y los dos se quedaron mirando fijamente el agua minuciosamente rayada.

Días después, aquella misma semana, a Des lo citaron en Canary Wharf ¡para una segunda entrevista en el *Daily Mirror*!

Murió el viejo Dud. Murió Brian «Skanker» Fitzwilliam. Yul Welkway se quedó parálítico de resultas de una pelea a puñetazos en el callejón de detrás del Hobgoblin. Grace Pepperdine sufrió otro derrame cerebral no grave. Al tío Ringo —que era

zurdo— lo atropelló un aprendiz de taxista que iba en moto (hacía prácticas para adquirir el conocimiento necesario), y perdió la movilidad del brazo izquierdo. Pete New volvió a la cárcel por tener una perra gorda. El tío Stuart tuvo una crisis nerviosa debida al estrés. Troy Welkway se quedó ciego cuando manejaba un soplete de oxiacetileno en su lugar de trabajo. Al tío John le dejó la mujer, llevándose a cuatro de sus cinco hijos. Horace Sheringham estuvo hospitalizado con fuertes dolores en el abdomen (para entonces era ya de dominio público que Horace bebía a escondidas). Murió Jayden Drago. Murió Ernest Nightingale. Tal era el mundo laxo, flotante de Diston Town.

En invierno hacía un frío medieval.



## Tercera parte

¿Quién dejó entrar a los perros? Oh, ¿quién dejó entrar a los perros?  
¿Quién dejó entrar a los perros? ¿Quién, quién?

1

—«Elizabeth Sheringham-Pepperdine». ¿Qué te parece...? Des, te llamará cuando te llame. No te sientas dolido. Está ocupado con sus chicas.

—Sí. Extraño, ¿no? Antes no le importaban. Ahora es una nueva cada noche.

—El Libertino de la Loto. El Lascivo de la Loto.

—El Don Juan de la Loto. El *Mirror* le ha llamado así. ¡Y hasta le ha llamado el Putón de la Loto!

—El Castigador de la Loto. Ah, pero ahora Lionel ha dado un paso hacia delante. Y ha encontrado el verdadero amor...

—Sabes que soy feminista y todo eso, Dawn —siguió Des—. Pero no va a funcionar. ¿Elizabeth Sheringham-Pepperdine? Son diez sílabas... Así que no.

—Ya. Y no haríamos más que posponer el problema, ¿no? Porque ¿y si luego se casa y los padres de su marido hicieron lo mismo?

—Eso es. Sería... Elizabeth Sheringham-Pepperdine-Avalon-Fitzwilliam. ¡Ocuparía la hoja de extremo a extremo!

—De acuerdo. Elizabeth Dawn Pepperdine. Sin guión. Sólo un segundo nombre de pila.

—Oooh... Me gusta. Espera. ¿Y si es un...? Un momento. «Desmond Dawn Pepperdine.» No me importaría. Me sentiría orgulloso. Sí. Bravo, Dawnie.

—Robert Dawn Pepperdine. Ninguna objeción.

—Georgia Dawn Pepperdine. Sybil. Maria. Thea. Me gusta Thea. Pero el tío Li la llamaría «Fea».

—Podremos soportarlo, estoy segura... Des, ve a verle y cuéntale la noticia. Y dile que necesitamos espacio. Para el bebé.

Des suspiró. Y hasta el apartamento, encaramado en lo alto de Avalon Tower, se esforzó por parecer estoico: la cocina ordenada, con su balcón; el cuarto de baño sin ventana; el dormitorio más pequeño de los dos... y el cubil de Lionel, espaciosísimo, aún atestado de artículos de contrabando (llevaba ya mucho tiempo sellado por una puerta nueva de contrachapado).

—Y admítelo —dijo Dawn—. Estás molesto. Estás triste. Lleva ya un mes libre y aún no te ha dicho ni una palabra.

—Sí. Algo me ha dicho. Me mandó una tarjeta con su cambio de dirección.

—Sí. El cambio de dirección. De Wormwood Scrubs a «Wormwood Scrubs».

—¿Sabes? Tendría que ir a verle. Y darle la noticia. Tendría que hacerlo. Ahora que ya se te nota.

—¡No se me nota! ¿Y por qué será, Des? Sigo sin sentirme embarazada. Ni siquiera cuando siento cómo se mueve el niño.

—La niña. ¿Cómo está tu padre?

Era verdad. El embarazo de Dawn era, hasta el momento, «asintomático». Y era Des quien tenía la piel seca y las migrañas; era él quien tenía ardores de estómago y cambios de humor; era él quien notaba una salivación excesiva, y la sensación, en todo momento, de ir apurando y apurando un montón de calderilla.

—Ve a verle. Venga, Des. Y háblale de lo de Grace. Es urgente.

—Lo de Grace. Sí. Iré a verle.

Sentada encima de la mesa, Goldie (ahora una gata refinada de tres años) tendió una pata delantera como para recibir un beso galante; luego se la besó ella misma, y se la lamió, y se dio la vuelta hacia el *Daily Mirror*.

—Extraño, ¿no, Dawnie? Otra vez vuelven a hablar y hablar de lo estúpido que es. Después de tres años de no parar de hablar de lo malo que era. Ahora vuelve a ser estúpido. ¿Por qué?

—Porque su nueva chica dice que es inteligente.

—¿Sí?

—Continuamente. Dice que se ha arreglado la cabeza mientras estaba en la cárcel. Dice que se ha leído un diccionario entero.

—¿Cuál?

—El *Pocket Cassell's*. Pero aun así. Dice que es muy inteligente en secreto. Y los periódicos no se lo tragan. Por supuesto que no.

—Voy a llamarle por teléfono. Y le preguntaré si puedo ir a verle un sábado. Tengo curiosidad. Quiero saber cómo le va.

Recostado sobre almohadas de seda, Lionel Asbo estaba en la gran barcaza de una cama con cuatro columnas de cuatro toneladas, con la bandeja dorada del desayuno sobre los muslos, unos muslos muy parecidos a barriletes.

—Lucimiento fotográfico —dijo, y echó a un lado el teléfono—. ¡Joder! ¡«Threnody»!

—¿Qué?

—¡Lucimiento fotográfico!

—¿Cuándo? ¿Y para qué?

Desnuda a excepción de los zapatos negros de tacón alto, «Threnody» salió del cuarto de baño (tenían uno para cada uno), y avanzó por el silencio macizo de las alfombras.

—Es para una..., ejem, una semblanza en profundidad. —Lionel se rascó una magulladura de la coronilla—. Un suplemento de ocho páginas. La semblanza

fotográfica de los sábados.

—No es una semblanza fotográfica. Es una sesión de fotos. ¿No venía a verte tu primo el sábado?

—Mi primo no. —Lionel alargó la mano para coger el grueso encendedor que había encima de la mesilla—. Mi sobrino. ¿Qué querrá...?

—Te daré tres posibilidades para que elijas. Dame, dame y dame. —«Threnody» se cepillaba el pelo con ruido—. Lección número uno. Verás: con la prensa, Lionel, tienes que emplear el arte de la manipulación. Tú llevas la batuta. No ellos. Tú. Un paso por delante. Como hace Danube. Ya sabes, ella...

—¡Ya vale de hablar de Danube! ¡Siempre estás hablando de Danube!

—Sí sí sí...

—Sí sí sí sí...

—Sí sí sí sí sí... Sesión de fotos ¿para quién? ¿Para qué periódico?

Lionel se lo dijo.

—Un suplemento de ocho páginas. Con un tratamiento fresco. Megan piensa que le vendrá de maravilla a mi imagen pública.

«Threnody» empezó a vestirse... La amplia ventana salediza hacía todo lo posible por prodigar una mirada benévola a los nuevos ocupantes del dormitorio; en aquel momento preciso contemplaba con una sonrisa cortés el tanga de satén y los ligeros estrellados de «Threnody», y la ceniza del puro de Lionel dentro del bol intacto de muesli y yogur...

—¿Sabes, «Threnody»? Por mí pueden escribir lo que se les antoje sobre Lionel Asbo. Me importa una mierda.

—Eso lo dices, Lionel. Pero sí te importa. Sigue, sigue, pero te importa.

—Es cuando se ponen... Cuando se ponen a..., cuando dan a entender que no estoy bien de la cabeza. Ya sabes, que soy corto de mollera —dijo, dándose unos golpecitos en otra concavidad del cuero cabelludo—. O que debo de ser tonto. Está bien, hablo mal, pero eso no significa que...

—Las cosas van a cambiar, Lionel. Vas a ganarte su reconocimiento. Te lo garantizo.

—Es cuando... ponen en duda mi inteligencia. Es eso lo que me pone hecho una furia. ¿Sabes? Cuando dan por sentado que soy un idiota.

—Yo haré que te respeten, Lionel. Confía en mí. Yo haré que te quieran.

## 2

*El Paleta de la Loto, el Tontaina de la Rifa, el Garrulo de los Aciertos, el Gamberro de los Seis Números, el Psicópata de las Apuestas, el Panoli del Bingo, el Majareta de la Tómbola... Al Patán de la Loto le han llamado de todo.*

*Pero ¿tiene el Palurdo de Diston honduras ocultas? Su nueva diosa, la agresivamente ambiciosa «Threnody» (su nombre real es Sue Ryan, de veintinueve años), sostiene que es un Einstein, ¿y cómo vamos a dudar de «Threnody»? Es poetisa. ¡Y tiene todo el nivel básico de secundaria!*

*Nuestra nacionalmente famosa consultora sentimental Daphne visitó la casa solariega de Lionel el Majara, situada en Short Crendon, el un día somnoliento pueblo de Essex, para brindar consejo a ese ch\*\*\*\*\*llas plebeyo.*

«De lo primero que te das cuenta en Wormwood Scrubs, la mansión gótica de treinta habitaciones de Lionel Asbo, es del pequeño piquete de lugareños que hacen guardia en las verjas de hierro forjado de la entrada; un puñado de gente normal: un tendero, un ama de casa, un jubilado...

»He llegado demasiado pronto para la entrevista, así que, mientras espero, charlaré con ellos sobre sus quejas, ¡que no son lo que podría pensarse tratándose de un patán de la lotería! Nada de fiestas tempestuosas, nada de carreras de destrucción ni de quads trucados arrasando el campo. Es un poco más sutil que eso.

»Cierto. No puede decirse que Asbo sea un pilar de la comunidad. Que la residencia más importante del pueblecito, antes Crendon Court (donde otrora pasó una noche Enrique VIII), se llame hoy como la infame prisión de Acton..., duele.

»Lo mismo que la cerca de acero de diez metros de altura que ahora rodea los jardines de cuatrocientas hectáreas. Y, según se cuenta, los niños del pueblo están aterrorizados por los dos pitbulls feroces (Jek y Jak) a los que se saca diariamente de paseo, o de agresiva ronda de inspección, por el pueblo.

»¿Quién, en última instancia, acogería de buen grado la afluencia del populacho que sigue la estela de la fama y el dinero? Parásitos y depredadores, y fans obsesivos y personajes de esa laya.

»Los rumores del lugar, por cierto, dicen que Jek se refiere al doctor Jekyll y Mr. Hyde, mientras que Jak alude a Jack el Destripador. Pero esto suena quizá a demasiado erudito para un bobo del East End. Más verosímelmente, Jek y Jak serían versiones embrolladas de “Juke” y “Jyke”, los nombres que se había sacado del sombrero “Threnody” para los gemelos somalíes huérfanos que hacía ya mucho tiempo que la actual compañera de Asbo había dejado de apadrinar.

»Lo que a la postre se percibe es un sentimiento general de consternación y agravio. La sensación de que estas vidas rurales y metódicas se han visto en cierto modo trastocadas por la intrusión de un presidiario contumaz al que le ha tocado la lotería: Lionel Asbo.»

«Mi fotógrafo del *Sun*, Chris Large (uno de los tres reporteros agredidos brutalmente por Asbo en agosto de 2009), pide permiso a los integrantes del piquete para que le permitan llamar al timbre y anunciar nuestra llegada.

»Con una bata de seda azul y (por increíble que parezca) unas botas de media

caña de piel de serpiente, Asbo sube con paso vivo el paseo de entrada. Nos da la más cordial de las bienvenidas a Chris y a mí, y a continuación tiene que afrontar el vocerío de quienes protestan ante la verja.

»—¿Sabe lo que he conseguido, Daph? —dice—. Unos vecinos insoportables.

»Este comentario me intriga. He venido hasta aquí con “mente abierta”. Después de todo, ¡una no puede creerse todo lo que lee en los periódicos! Y le pregunto, mientras bajamos por el paseo de entrada y pasamos por delante del famoso Bentley Aurora:

»—¿No fue usted mismo un vecino insoportable, Lionel? ¿Allá en Diston?

»—¿Yo? Nunca. Sólo de niño. A nadie le gusta ser un vecino insoportable, Daph —le confía—. Es de clase baja.

»Construida en 1350, reconstruida en 1800, y completamente remozada en 1999, la mansión, he de admitir, es fastuosa. Asbo me guía en una visita breve: el salón semicircular con sus nueve ventanas saledizas; la biblioteca, con su mesa de billar y las estanterías empotradas; el comedor señorial. Por supuesto, los muebles, cortinas y alfombras y los detalles elaborados se deben al ocupante anterior, el magnate de las antigüedades Sir Vaughan Ashley, de setenta y tres años, que ahora reside en Mónaco.

»—Voy a arrancarlo todo —dice Asbo, y procede a resumir las cuestionables reformas que tiene en mente—: Todo tiene que ser nuevo. Ya tuve mi cupo de p\*\*as antigüedades cuando crecí en Diston.

»Y Asbo se queda pensativo.

»—¿O cree que pegan conmigo, Daph? ¿Todas estas cosas viejas? Lo malo es que agrava mi odio de clase —dice en su inimitable acento de Diston. Se vuelve unos segundos hacia Chris—. ¿Cómo va esa mandíbula? —le pregunta sin mirarle a los ojos—. ¿Recibiste mi cheque?

»Carmody, el mayordomo, nos trae bebidas a la piscina: zumo de naranja para mí, Dom Perignon para Asbo. ¡Pero primero las fotografías! Lionel llama a gritos a “Threnody” (¡todos sabemos lo quisquillosa que es con lo de que ese sobrenombre vaya siempre con comillas! Y, pase lo que pase, ¡jamás hay que mencionar a Danube!).

»“Threnody”, dejando a regañadientes sus odas y elegías, aparece, afanosa, luciendo un sarong rosa y tacones de aguja. Lleva el pelo rojo oscuro echado hacia atrás, muy estirado y recogido en un moño, con el peinado conocido como “lifting de las sin posibles”. Pero en el caso de “Threnody”, claro está, donde han tenido mucho trabajo los cirujanos plásticos ha sido en otras partes del cuerpo.

»Es un mediodía intempestivamente tórrido, y el sarong pronto desaparece para dejar al descubierto un bikini “de lágrimas”, tres manchas amarillas mínimas sobre el bronceado perpetuo de su carne. La joven pareja adopta una serie de poses amorosas. Con su traje de baño azul, con la cremallera de las botas de piel de serpiente abierta, y con “Threnody” a su lado, Asbo (no muy musculoso pero sí muy compacto) parece el

superhéroe, o el supervillano de un cómic un tanto atrevido.

»—Quítate la parte de arriba del bikini, cielo —le dice en un susurro Chris. “Threnody” no se hace de rogar. Y ahí tenemos las famosas tetas (que nos mostró por primera vez el año pasado): más alfarería que carne, y apuntando hacia arriba.

»—No fueron baratas —dice Asbo—. Me dijo lo que le costaron. Y se acabó con el p\*to tema —añade— de lo que se ha puesto o no en el cu\*o.

»“Threnody” se queda durante un par de copas más, y charla de la nueva línea de perfumes que espera lanzar. También hay una línea de lo que llama “vestuario íntimo”. Y, cómo no, ¡el siguiente “volumen delgado” de poemas!

»Se levanta y anda de forma amanerada por la orilla de la piscina, mientras Chris dispara con la cámara. Sus tetas y su c\*lo (como tan galantemente lo ha llamado Asbo) dan testimonio vívido de la pericia de su cirujano plástico. Pero la cintura de cuarenta y cinco centímetros es sólo suya (¿y cómo encuentra sitio para tal curvilínea zona media?). Y con la cara y demás, con esos huesos extrañamente nobles y esa boca intrigante de labios finos..., bueno, no es difícil ver por qué Asbo ha sucumbido a su hechizo.

»Chris y “Threnody” se van para su “sesión” (*véanse páginas 3-6*). Lionel llama a Carmody y le pide más champán. Y en un momento de debilidad acepto regalarme con una copita de Buck's Fizz. Consulto mis notas, pongo a punto mi grabadora, y nos ponemos manos a la obra.

»—Mujeres, Lionel.»

### 3

«—¿Sí? ¿Qué quiere saber de ellas? —pregunta Asbo con una expresión de agobio.

»—Bueno. Desde que salió en libertad ha estado saliendo con unas y con otras. Y ahora se está asentando aquí con su nueva pareja. Pero, en el pasado, Lionel, no fue usted un gran mujeriego, ¿no es cierto?

»—Es cierto, Daph. Es cierto. Está Cynthia. Mi novia de la niñez, si quiere llamarla así. Y luego Gina.

»O sea, la señora de Marlon Welkway (Drago de soltera), causa de aquella monumental... “trifulca nupcial” que acabó con noventa invitados entre rejas en la primavera de 2009.

»—Ahora Gina está felizmente casada, por supuesto, Dios la bendiga —dice Asbo en tono un tanto grave—. Verá: Marlon es mi primo. Así que Gina también es prima mía. Y les deseo a los dos la mejor suerte del mundo. Respeto su vínculo. El amor verdadero. Es algo muy bello.

»Durante un momento me da la impresión de que vamos a hablar de lo que siente

por “Threnody”. Pero parece que me he anticipado un poco.

»—No se equivoca, Daph. Nunca he tenido demasiado tiempo para otras mujeres. No me importaban. Me sentía absolutamente feliz con el porno.

»Lo dice con toda naturalidad, como si los vídeos porno fueran para todo el mundo una alternativa tradicional a las relaciones entre adultos.

»—Con el porno nunca puedes equivocarte mucho. Es como la cárcel. Con el porno sabes dónde estás.

»Empieza a parecerme muy extraño lo que estoy oyendo, así que pregunto rápidamente:

»—Esto..., “Threnody” y usted, ¿cómo se conocieron?

»—Ah, ¿sabe?, Daphne, todas esas titis me escribían cartas cuando estaba dentro. Y cuando salí, venían a verme. De una en una, a mi alojamiento de Londres. —(En Londres, Asbo sigue teniendo reservado un ático en el infame South Central Hotel) —. ¡Todas chicas guapísimas en busca de un buen partido!

»Asbo parece escandalizarse ante esto. Sí, qué contraste con “Threnody”, ¡esa mosquita muerta, con su archiconocido voto de pobreza! (¿Recuerdan a Fernando, el magnate argentino de la carne? ¿Recuerdan a Azwat, el multimillonario de Bollywood?).

»—Todas tipo revista. Todo tetas y dientes. Fulanas codiciosas básicamente, Daphne.

»—¿Y “Threnody”? —pregunto, reprimiendo una risita.

»—Pues verá... Estoy en ese night-club. Y su guardaespaldas me pasa su número de teléfono en los servicios. Así que nos vemos y tomamos unas copas. Y lo supe. Lo supe. “Threnody”... Tiene cosas aquí arriba —dice, dándose unos golpecitos no en el pecho sino en su pobre fachada cerebral—. Una cabeza estupenda para el asunto de las carreras.

»¿Carreras? ¿Se refiere a una carrera para Lionel Asbo? ¿Haciendo qué? ¿Dar clases sobre cómo se rellenan los boletos de la lotería? ¿O quizá abriendo una nueva “línea” de camisetas para el bingo?

»—¿Y sabe, Daph? —sigue Asbo—. Es una celebridad muy apreciada. Por méritos propios. Sabe cómo manejarse. Es una mujer... sofisticada de verdad.

»En este momento “Threnody” surge en tromba con unas mallas de goma azul turquesa, recupera sus gafas de sol y vuelve a desaparecer de forma atropellada.

»Se hace un silencio.

»—Las otras titis —dice Asbo— ¡estaban todas dispuestas a echar un polvo la primera noche! Pero no “Threnody”. No es de ese tipo de chicas. “Lionel”, me dice. “Eres como un chiquillo perdido. Confía en mí. Seré tu... pastora. Y te guiaré por... el circuito de la fama. Dame la mano.” Nos damos la mano. Me mira a los ojos y me susurra: “Sellemos nuestro pacto”, dice, con un “trabajito” rápido en la “ampliada”. Ya sabe, la limusina ampliada. Allí mismo. Con discreción absoluta.

»Otro silencio (confío en que no me oiga tragar saliva).



»—Sabe cómo manejar los... focos de los medios de comunicación. Con ella aprenderé a vérmelas con las presiones de mi nuevo estilo de vida.

»Sigo con esto lo mejor que puedo.

»—¿Y qué fue de su famoso mal humor, Lionel? ¿Está yendo a terapia para aprender a gestionar la ira, no es eso?

»—Tommy Trum... —dice con satisfacción —(Tom Trumble, el campeón británico de los Pesos Semipesados de 1971-1973)—. Tommy vive cerca y viene a verme dos veces a la semana. Y me enseña el arte del boxeo. —Asbo mueve la cabeza de lado a lado con aire de atención suma—. Para que canalice mi agresividad.

»—Pero ahí tiene usted un grave problema, Lionel. Seguramente necesita ayuda psiquiátrica.

»—¿Qué, pasarme toda la tarde tumbado en un p\*to diván, lamentándome de cosas de cuando era niño? —Asbo hace una pausa—. Escuche: puedes hablarles a todos esos que llaman expertos. Pero a fin de cuentas todo depende de ti, ¿no, Daph? Todo depende de ti. ¿Sabe? Cuando estás dentro tienes un montón de tiempo para pensar, Daph. Yo le di vueltas y vueltas a la cabeza. Vueltas y vueltas. Y ahora tengo la cabeza bien.

»—¡Bueno, eso seremos nosotros quienes tendremos que juzgarlo!

»Se enlaza las manos en la nuca y mira hacia las ondulantes praderas de césped. La patata tosca de su cara esboza una sonrisa de dientes separados, y Asbo dice:

»—¿Sabe, Daph? Creo que un día escribiré la historia de mi vida.

»Siento una repentina y urgente necesidad de salir de allí de puntillas. Pero sigo escuchando lo que Asbo cuenta trabajosamente.

»—Pero no teclearía yo, no vaya a pensar —dice con desdén—. Lo dictaría, como se suele hacer. Un tipo de Diston. Que se gana la vida con esto y con lo otro, como puede. Con constancia, y absoluta... Consigue hacer algo con su vida. Logra llegar a algo. Sale adelante. Sí. Sale adelante.»

«Sigo haciendo esfuerzos por contener las carcajadas cuando (gracias a Dios) nos llega la bendición de una interrupción grata: la llegada del sobrino de Lionel, de veintiún años.

»Desmond Pepperdine no ha cambiado su nombre por el de Desmond Asbo. Este joven alto, delgado, que habla bien y se muestra gratamente seguro de sí mismo, licenciado en el Queen Anne's College de Londres, trabaja de reportero bisoño en la *Diston Gazette*.

»Más de una vez Des ha afirmado (ante los tribunales) que Lionel es “como un padre” para él desde que se quedó huérfano a los doce años. Pero no hay nada de paternal en la forma en que Asbo lo recibe.

»—Ah, aquí viene este “Manchado” —dice Lionel (porque Des es mestizo).

»—¿Cómo estás, tío Li? —dice Des, en absoluto cohibido.

»Lionel se abanica y bosteza agresivamente mientras Des y yo intercambiamos

cumplidos. Conmovedoramente impresionado, y hasta un poco abrumado, Des dice:

»—¿No será la Daphne...? ¡Lo primero que hacía todos los días era leer su consultorio!

»—Anda, vete a ponerte el traje de baño —dice el tío Lionel a su sobrino, y le indica brevemente dónde están los vestuarios. Luego mira con gesto deliberado el reloj. Mi hora se ha acabado.

»—Un verdadero placer conocerla —dice Des, y me hace una pequeña y airosa reverencia. Con su sonrisa encantadora y el fulgor de la verdadera inteligencia en sus ojos color avellana; ¡qué luminoso contraste con los globos patéticos de su tío!

»—Debe de estar muy orgulloso de él —digo.

»—Sin comentarios —dice Asbo.

»—Una pregunta más. Dígame, Lionel, ¿qué aprendió mientras estaba allí dentro?

»Parece quedarse pensativo durante un largo silencio. Luego, con un vigoroso ceño, habla con la voz entrecortada. Más tarde, cuando reproduce la grabación, creí que la grabadora se había estropeado, pero no. Son las palabras literales de Lionel Asbo.

»—Verá, Daph, el mundo de los ricos... es pesado. Todo pesa. Porque seguirá aquí hasta el final. Está aquí para quedarse... Y mi viejo mundo, Diston, tal como era, es... ¡es liviano! ¡Nada pesa ni cien gramos! ¡La gente muere! ¡Las cosas... pasan y desaparecen! —Frunce el ceño de nuevo, y añade—: Así que ése es el reto. Pasar del mundo liviano... al mundo pesado. Ése es el reto que tengo delante. Y puedo enfrentarme a él.

»Sonrío. Bien, sinceramente..., ¿han oído ustedes alguna vez una sarta semejante de tonterías egocéntricas? Y, realmente, la verdad es demasiado triste para expresarla con palabras, ¿no les parece? Lionel Asbo es un hombre muy muy rico (*véase la nota del recuadro*). ¿Y para qué? Lo que ha ganado ha sido ingente, mientras que el empeño y el talento han sido siempre inexistentes. Así, los signos externos de la riqueza, en el caso de Lionel Asbo, no han sido sino meros recordatorios de su inanidad de base. Su autoestima no es más alta que su coeficiente de inteligencia (que apenas pude aspirar a un porcentaje de dos dígitos). Esto, unido a unos trastornos emocionales graves, y a una alarmante inestabilidad en el terreno sexual, ha dado como resultado un terrible cóctel de inseguridad violenta y orgullo vano.

»—Así que ése es mi reto.

»En efecto... Chris y yo nos vamos y dejamos a Asbo con su pasta, sus bobadas y su amante. Y, cómo no, me quedo pensando que es el joven Des Pepperdine quien se ha enfrentado a un reto y ha salido victorioso. Es el joven Des Pepperdine quien ha conseguido algo en esta vida. Es el joven Des Pepperdine quien “ha salido adelante”.

»No Lionel Asbo.

*No, no el Majara del Cielo de los Cerdos. No el Idiota del Megadinero. ¿Honduras ocultas? No nos hagáis llorar. Ponlo en tu tumba, colega. Si es que sabes*

escribirlo. LIONEL ASBO: OPULENTISIMO CRETINO. R.I.P.

¿Violación? ¿Asesinato? ¿Qué va a ser lo siguiente, eh, CAPULLO descerebrado? ¿Recuerdas el argot rimado, Lionel? ¿Eh, capullo? ¿Qué es Berkeley Hunt? ¿Una palabra de cuatro letras? Empieza por C.<sup>[23]</sup>

No os preocupéis, amigos. Démosle tiempo y acabará por dar con ella... uno de estos años. Allá en la cárcel de Wormwood Scrubs le están ya calentando el asiento del retrete. Y acondicionándole la celda otra vez.

Ve con cuidado, chico, y tómatelo con calma. Vas a tener todo el TIEMPO del mundo...

#### 4

Bajo la cúpula de cristal del planetario del spa de Lionel, mientras se ponía el bañador que le habían dicho que llevase, Des contempló lo que tenía ante sus ojos: la piscina de inmersión, la piscina de largos, las saunas de rigor diverso, los jacuzzis borboteantes y la selva pulcra con plantas en macetas y un pino reluciente. Luego Des salió por una puerta que no era y se vio descalzo en una amplia y lujosa biblioteca. En la mesita baja más cercana (vio con una punzada) había un *Morning Lark* abierto de cualquier modo y una *Diston Gazette* abierta al desgaire y dos latas de Cobra con sendas colillas de Marlboro 100 aplastadas en sus tapas..., cual un cuadro vivo de otros tiempos...

Con la toalla blanca sobre los hombros salió a la terraza entarimada. Daphne se había ido ya (ruborizado, la imaginó leyendo lo que le había escrito tantos años atrás: *Querida Daphne, estoy teniendo una aventura con una mujer mayor...*). Junto a la piscina, Lionel estaba echado mordisqueando un cigarro mientras Carmody volvía a rellenar la cubitera. Des estaba allí quieto, con las manos en las caderas... El pueblo se hallaba encaramado en un altozano, sobre un valle poco profundo, y los vastos jardines de Lionel estaban dispuestos en tres niveles, tres extensiones de terreno escalonadas que acababan en unos pastos de un verde más claro donde dos caballos diminutos metían el hocico entre los tallos y pastaban. Al césped del terreno más alto lo tiranizaba un cedro cuya copa tapaba el cielo; sorprendido en mitad de un gesto, vetusto, grandioso y consumido, y en la actualidad sustentado a medias por trípodes de su propia madera; ramas caídas a modo de muletas.

—Mójate ya —le urgió Lionel.

Des se zambulló en la piscina, y el agua tibia se le deslizó por los costados y pareció obstruirle los poros y llenarle la cabeza de recuerdos de excursiones del colegio, de cloro, de pechos blancos con granos. Salió a la superficie, y dijo:

—Está un poco caliente, ¿no?

—Sí. Lo sé. A la temperatura del cuerpo. Es cosa de «Threnody». Ha insistido.

Des, por cortesía, hizo unos cuantos largos... De Lionel (pensó) podía esperarse el hecho de tener una novia cuyo nombre él no supiera pronunciar. ¿Y *threnody* no significaba lamento o canto fúnebre? Salió del agua, y sintió como si estuviera cubierto de sudor; cogió la toalla y fue a sentarse en la silla de mimbre blanco contigua a la tumbona mullida de Lionel. Y dijo:

—Ah. Qué bien.

—Sí. De lo más refrescante. Como un baño en el que acabas de mear... Supongo que te apetecen unos dedos de esto. Pues venga, adelante. No. Llénate el vaso. Yo ya me he tomado un par de pintas con Daph. ¿Sabes? Tiene razón, «Threnody». No es nada del otro mundo.

—¿Qué no es nada del otro mundo?

—Moldear tu imagen en la prensa. Es facilísimo. Lo que hay que hacer es dejar que tu personalidad salga al exterior. Y te los metes en el bolsillo.

—Salud, tío Li.

—No es ni siquiera como la cerveza, el champán. Es como la gaseosa. Esto está mucho mejor, el Macallan. —Levantó el pesado vaso—. Es más viejo que yo, este whisky. Y si hablamos de aquel puto árbol, pues lleva ahí..., lleva ahí mil años. Mil años. Lo trajeron del Líbano. Cuando las cruzadas.

Los dos se quedaron mirando hacia lo lejos.

—¿Sabes, Des? Han venido a llamar a mi puerta del primero al último de los chulos y pedigüños de Inglaterra. Ringo. Se presentó Ringo. Dice que no puede encontrar trabajo por culpa del brazo. Le dije: *Tú no encontrabas trabajo, Ringo, desde mucho antes de quedarte lisiado*. Tu tío John aparece por aquí también. —Lionel parece compungirse un poco, pero enseguida sacude la cabeza, indulgente consigo mismo—. ¡Lo intentan todo! Oh, sí... Y adivina quién más ha venido a verme. Adivina quién más ha salido arrastrándose de debajo de su puta lápida. ¡Ross Knowles!

Des se acordaba de Ross Knowles. El intachable bebedor a quien Lionel había roto la crisma una vez en el Hobgoblin, sin otra razón que la de que acababa de enterarse de las nuevas sobre Marlon y Gina Drago.

—Ross Knowles, por el amor de Dios... Ross Knowles en mi camino de entrada... Sí..., ya puedes volver por donde has venido, hermano. ¿Qué soy yo, un puto banco?

Pronuncia «banco» de forma lamentable. Al cabo de un silencio, Des dijo:

—Dawn está esperando...

Volvió a hacerse un silencio.

—¿Sí? ¿Esperando qué? Venga, hablemos claro, hijo. ¿Por qué has venido?

Des dijo:

—Por un par de asuntos familiares. Nada más.

—¿Qué asuntos?

—Ya sabes. El apartamento. La abuela.

—Ah, sí. La abuela. ¿Has ido a verla? ¿Cómo está la vieja...?

—Y para darte la noticia, tío Li —dijo Des, reponiéndose—. Estoy encantado. Dawn está embarazada y los dos estamos encantados.

Lionel aspiró el aire y se puso cómodo en su tumbona.

—Eres demasiado joven, Des —dijo Lionel con voz suave—. Tienes veintiún años.

—Bueno. Dawn tiene veintitrés. No somos niños.

—De acuerdo —dijo Lionel—. No eres como Grace. Ni como tu madre. No tienes doce años... Pero deberías picar aquí y allí —siguió diciendo—. Con las chicas. Deberías ponerte manos a la obra.

—No creo que sea de ese tipo de persona... Soy como tú, tío Li. Como eras antes. Cuando eso te tenía sin cuidado.

—Sí. Pero ahora sí me importa. Y mucho, Cristo bendito. Estoy obsesionado. Y cuando te sucede eso, Des, no hay remedio. ¡Estás en sus manos!

Des se reclinó, cerró los ojos y dijo en tono ensoñador:

—Quiero una chica.

—Vaya. ¿Sí? ¿Quién?

¿Estaba su tío siendo sarcástico... o sólo estúpido, y adrede?

—No. Quiero que sea chica.

—¿Sí? ¿Qué chica?

—No, tío Li. Quiero ser padre de una niña.

—Oh, oh... Bueno, eso es cosa tuya... Lo siento, tenía la cabeza en otra parte. Voy a darme un capricho esta tarde. —Hizo tres, cuatro gestos con la boca, como si le doliese algo, y luego su boca se abrió en una gran sonrisa de desdén—. Dios. Chicas. Esa forma que tienen de... Y luego uno mismo...

Des volvió a cerrar los ojos.

—Bueno, pues estoy encantado. Imagínatelo. ¿Y si son gemelos?

—Olvídalo.

—¿Olvidar qué?

—Quieres mi cuarto. Y no vas a tenerlo.

Des se incorporó.

—Oh, venga, tío Li. Venga. ¿Para qué lo necesitas?

—¡Para todas mis cosas!

—¿Qué cosas? Cajones con viejos móviles de dudosa procedencia. Frascos de esteroides de Corea del Norte. ¡Y una montaña de vídeos viejos del canal para adultos!

—Oh. Así que has estado fisgando en mis cosas...

—Sí, las he visto. —Des le explicó que había entrado en el cuarto (a cuatro patas) y se había pasado una semana ordenándolo todo en montones—. Al final logramos poner una puerta nueva en los goznes, y cerrarla. Hablo de hace varios años. Te lo conté, tío Li.

—¡No, nunca!

—¡Puedo probarlo!

—¡Adelante, pues!

—Muy bien. ¿Estoy casado?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Ves? ¡Te lo conté también! Estabas en Silent Green; hablando por teléfono con tu gente. Atacando el yen. Te dije: *Estamos prometidos*. Pero tú no escuchabas, tío Li. ¡Estabas demasiado ocupado con el ataque al yen! Necesitamos ese espacio. Es la habitación de mi madre. Y quiero que me la devuelvas.

—Oh, buaaa... ¿Dónde está tu violín?

—Escucha. En cuanto empiezas a ganar dinero suspenden la asistencia. Así que estamos pagando el alquiler.

Entonces algo sucedió en los ojos de Lionel: su azul se llenó de fulgor y se ensanchó, como un par de faros que pasaran de una luz mortecina a otra potente.

—¡Ah! ¡Pero Des...! —clamó—. Ese cuarto es mi... mi único... Es mi único...

—¿Tu único qué? ¿Lo único... que te une a...?

—Sí, supongo que sí. Algo así... De acuerdo, Desmond. Tú ganas.

Y allí y en aquel momento Lionel se comprometió a pagar, en el futuro, la mitad —no, una tercera parte— de todos los gastos relacionados con Avalon Tower.

—Preferimos quedarnos con el cuarto.

—Joder. No te contentas con nada, ¿eh? De acuerdo —dijo—, lo pagaré todo. Toda esa pasta... Venga, Des. Alégrame el día. Sólo serán un mes o dos. Hasta que me organice.

Tendió la mano, y Des se la aceptó.

—Bien, has conseguido lo que venías a buscar. Misión cumplida. Ahora ¿estás contento? Oooh... Hace calor, ¿verdad, Des? ¿Sabes lo que cuesta esto, el Dom Perignon?

—No. No lo sé.

Lionel se puso en pie con un gruñido. Levantó la botella y la sacó de la cubitera: estaba casi llena (cinco sextos de su capacidad). Con el pulgar libre tiró del cinturón hasta dejar abierta por completo la bata, y empezó a verter el contenido.

—Oooh... Así está mejor... *Où*. Qué cosquilleo más agradable. Bien. ¡Se lo merece! ¿De quién te ríes?

—De nadie, tío Li.

Lionel desvió la botella vacía y la dejó sobre la mesa. Se tiró al agua desmañadamente y se puso a brucear en dirección al extremo menos profundo de la piscina.

Era la una y media.

Con las piernas desnudas refrescadas por los aspersores, los pies desnudos hundidos en el césped plumoso y exuberante y el móvil en la mano (esperaba la llamada de Lionel), Des se dio un paseo por los jardines. Diseño de paisajistas, se dijo; manos gigantescas los habían tomado a su cargo y los habían moldeado. Las tres praderas de césped se hallaban ceñidas a ambos lados por altos y gruesos enrejados de acero electrificados, pero la vista del valle y de más allá de él no se veía interrumpida por nada; tal vez había una barrera oculta, pensó Des. Mientras caminaba por el terreno, las cámaras del circuito cerrado de televisión, sensibles al movimiento, inclinaban el cuello con indignación al verlo pasar; también fue cortésmente abordado por tres guardias de seguridad (los tres en los estadios tempranos de la edad mediana, con dentaduras arregladas y bronceados recientes; los tres parecidos a estrellas menores del celuloide, o a sus dobles y especialistas que los suplen). Cuando el terreno empezó a allanarse en dirección a los pastos y los caballos dejaron vislumbrar su nobleza en la lejanía, Des llegó a una honda zanja, de quizá unos seis metros de anchura, en cuyo interior había una maraña de alambre de espinos en espiral, como un poste de barbería, que crujía levemente al retorcerse con el viento.

El móvil vibró. *¿Des?*, dijo Lionel en tono vivo. *Ve hablar un momento con la señora Lucy en la cocina. Va a darte de comer nabo. Luego ven a mi despacho. Podrás saludar a «Threnody». Tendremos una pequeña charla sobre tu futuro. A las tres. Allí.* Mientras se metía el móvil en el bolsillo, Des reparó en los dos focos gemelos del tejado a dos aguas de la mansión (sus antenas vigilantes), y le pareció oír los ladridos ahogados —o subterráneos— de unos perros... Pero de momento estaba lejos de Diston, de Diston y de sus pulsos salvajes. Contempló el delicado declinar del cedro vetusto, la pérdida de sus agujas verdes, su lento desplome sólo detenido por sus propios puntales y sostenes. Todo era silencio, salvo los cantos de los pájaros y el murmullo subliminal del calor y la fertilidad; y todo estaba quieto, salvo los enjambres de unas frenéticas mariposas blancas.

Después de dar cuenta como buenamente pudo de un almuerzo al viejo estilo labrador (tubérculos ligeramente cocidos al vapor), dejó la cocina y pasó a la biblioteca. Eran las tres menos cuarto... Los libros: algunos de ellos parecían comprados por metros (unos cincuenta volúmenes encuadernados en piel de Bulwer-Lytton), pero había también algunos tesoros: Macaulay, Gibbon, las cartas entre Churchill y Roosevelt, la *Historia de la Revolución Rusa* de Trotski... Al fondo de la biblioteca, mirándose el uno al otro a través del ancho de la mesa de billar, había dos pinturas con marco dorado: el señor actual, la señora actual. Lionel, con una camiseta crema sobre un cielo muy azul (y vivamente idealizado), parecía un joven pionero de la propaganda soviética temprana: músculos protuberantes en los hombros, fibrosos antebrazos, brillo de esfuerzo honrado en la frente abierta... «Threnody», por su parte, con el mismo fondo, bien podría ser una superviviente del Antiguo Régimen:

una arpista de alta cuna, pongamos, temperada ahora por un año o dos de trabajos forzados.

—¿Señor Pepperdine?

Echó una última mirada a su alrededor. Sí, el lujo de aquellos jardines era el lujo del espacio y del silencio; y el lujo de aquella biblioteca era el lujo del pensamiento y del tiempo.

Carmody lo condujo a través del vestíbulo y de un ancho corredor enlosado, y se detuvo ante un muro de espejos.

—Empuje la puerta, señor, y ésta se abrirá hacia fuera.

Des empujó la puerta y pasó al otro lado del espejo.

Se vio en un recinto largo y bajo, desprovisto de toda luz natural y lleno de un aire tratado (refrigerado, humidificado), y percibió al instante que se hallaba en el escenario de una preocupación singular y sombría. Lionel estaba sentado en un sillón giratorio de respaldo cuadrado, en una esquina del fondo iluminada apenas por una batería de monitores de televisión. Ahora le tocaba a Des pensar en James Bond; en «Bond, James Bond», y en su licencia para matar. Por supuesto, Lionel no sería un agente secreto, no sería el agente 007; sería el maníaco de talento empeñado en la dominación del mundo. ¿Dónde estaba el foso lleno de tiburones o pirañas? ¿Dónde estaba su gato de tupido pelo blanco, su tablero de ajedrez, su monorraíl? Y, una vez logrado el dominio mundial, qué haría con él Lionel? El batín color Borgoña, el cigarro fuerte y la copa globo de brandy formaban un todo; por otra parte, a los villanos como Mr. Big y el Dr. No, con sus ambiciones planetarias, seguramente no se les vería nunca frunciendo el ceño ante un ejemplar todo revuelto de la *Diston Gazette*. Lionel lo apartó hacia un lado.

—Siéntate ahí, ¿quieres? —Señaló con la cabeza un sofá bajo de cuero rojo tachonado—. ¿Cómo pudiste hacer eso, Des? —preguntó—. Algo tan enfermo. Tan retorcido.

El miedo, como un viejo amigo terrible, se apoderó de Des y lo abrazó con fuerza extrema.

—Mira tus ojos. Lo dicen todo. —Lionel se pasó un pulgar por la frente, de una sien a otra—. Los ojos de la culpa. Dime por qué, Des. Sabes perfectamente de qué te hablo. ¿Por qué, Des, por qué?

Con la cara echada hacia atrás (y esbozando su sonrisa doliente), Lionel describió un círculo completo en su sillón giratorio.

—Verás, soy un hombre que está en un aprieto. Tengo un sobrino. Cuando su madre (tristemente) murió, lo crié yo mismo. Lo mejor que pude. No es mal chico, pensaba. Me fallaba en algunas cosas. Tenía la lengua larga. Así es la juventud... ¿Y qué es lo que hace? Se obceca conmigo. Va a la universidad, se llena la cabeza de ideas. Estudia... criminología. Y ahora se dedica a chivarse para ganarse la vida...

A Des le llevó un momento largo darse cuenta de que Lionel hablaba de *chivarse*



y no de *pensar*<sup>[24]</sup>. Su tensión se diluyó; la reemplazó una especie de aburrimiento enjundioso. No iba a oír nada nuevo.

—¿Te acuerdas, Des, de aquella vez de hace tantos años en que volví a casa y te pillé con las manos en la masa, viendo *Crimewatch* en la tele? ¿Y te di un par de tortazos? Bien, pues creí que habías aprendido la lección. Pero al parecer no es así.

—¿Adónde quieres ir a parar, tío Li?

—¿Adónde quiero ir a parar? Abro mi *Diston Gazette* —dijo, abriendo la *Diston Gazette*—, ¡y te veo en la sección de delitos y crímenes!

—Sí. Más o menos...

—Mira esto: «Abuela con agallas desbarata la huida del gángster», por Desmond Pepperdine. Y esto: «Valeroso guarda bancario libera a la rehén rubia del atraco...» No. No. Tienes que dejar esto, Des. Inmediatamente —dijo (con dificultad)—. ¡Estás traicionando a tu propia clase! Y eso no puedo admitirlo, hijo. No puedo admitirlo.

—No puedes admitirlo. ¿Qué debo hacer yo, entonces?

—No tienes que preguntarlo. Es muy sencillo. Despídete de ese trabajo.

—Sí... Eso sería muy sensato. Hoy día sobran los trabajos.

—Oh, sarcástico. Está bien —dijo Lionel, en tono de alguien quizá dispuesto a llegar a algún tipo de acuerdo—. Está bien. Pide que te den otro puesto. Lejos de la sección de sucesos.

—Tío Li, todas las secciones de la *Diston Gazette* son de sucesos. Es Diston.

—Tonterías. La de deportes.

—¿Deportes?

—Sí. Mira esto. Aquí atrás. Hay fútbol. Billar. Un poco de dardos... —Lionel buscó osadamente las páginas centrales—. O la sección de extras. Mira... Programación de TV... Bricolaje... El zodiaco... Tus problemas resueltos... O los anuncios por palabras.

—Sí... Los anuncios por palabras. Lo siento, tío Li, pero estoy contento donde estoy.

—Estás contento. En fin, ya no tienes vergüenza. Has perdido la vergüenza. Y yo no... De acuerdo. De acuerdo. —La cara de Lionel adquirió ahora una expresión sesgada de pura astucia; una astucia indisimulada, una astucia en absoluto contenida. Una astucia tal que ni el propio Lionel sabía qué hacer con ella—. Ah. Muy bien, Des. Como es natural, tenía idea de reservar algo para ti y para... la pequeña Dawnie. Como es natural. Todo lo que estuviera en mi mano —dijo, mirándose la mano (los nudillos llenos de cicatrices, las uñas todas mordidas)—. Es la mejor manera de tratar este asunto. Ya sabes. Una suma global. Una... una renta vitalicia. Acciones. Soy un hombre rico, y es una causa digna —farfulló—. Pero ni hablar, ni hablar..., si sigues haciendo lo que estás haciendo en el *Diston Gazette*...

Des sonrió y dijo:

—Olvídalo, tío Li. Me conoces. Soy socialista. No apruebo los ingresos no salariales. De todas formas, voy ascendiendo en el mundo. ¡Me van a contratar en el

*Daily Mirror!*

—¿El *Daily Mirror*? Vaya, vaya. El *Mirror* es otra cosa. El *Mirror* es...

Las luces cenitales se encendieron con una súbita agitación eléctrica.

—¡Ah, «Threnody»!

6

Dijo desde el umbral:

—¿Quiere que le lleve? No me importaría ir con él. Le llevaré. Conduzco yo.

—¿Conduces tú? ¿Dónde está Mal?

—Tiene al chico enfermo. Así que le he dicho que se vaya a casa. ¿Quiere que le lleve..., tu sobrino?

—¿Mi sobrino? No. Tendrá el billete de vuelta, «Threnody». Ya ha comido. La señora Lucy le ha dado una buena rodaja de nabo para almorzar. No, se va dentro de un minuto, pero tiene un billete barato, «Threnody». No cree en los trayectos gratis. Tiene su billete barato.

—Bueno, me voy —dijo «Threnody».

Se quedó quieta. Luego, como liberada, dio unas zancadas hacia delante. Con la chaqueta negra de talle estrecho, y la falda ceñida de rayas horizontales negras y amarillas, y las medias amarillas, a Des le trajo a las mientes algo que en el pasado le había sorprendido una o dos veces: la lindeza inesperada de las avispa jóvenes... Lionel ladeó la mejilla para recibir el beso, y ella le acercó su fragancia y se quedó susurrándole algo mientras le alisaba la cortísima mata de pelo. Siguieron más besos, más susurros. Des tomó cuenta de ello con aprobación. *Parece que les va muy bien, se podía casi oír contándoselo a Dawn. ¿Sabes? Se apoyan mutuamente. Se tratan con cariño y...*

«Threnody» se enderezó y dijo:

—Les daré el tres por ciento. Por la línea de crédito. Y el riesgo.

—Suenan bien.

—Pueden volver a solicitarlo.

—Adelante, entonces. Oye, ¿vas a ver a ese tipo esta noche?

—¿A qué tipo?

—Al vendedor de yates. El del trapo en la cabeza. ¿De dónde es?

—¿Raoul? De Beirut. Y es cristiano, si es que te interesa saberlo. Claro que voy a verlo. Me muero por echar un polvo.

—Conozco la sensación.

—Bueno, no me mires.

—No te miro.

—Sí sí sí sí.

—Sí sí sí sí sí sí.

—Sí sí sí sí sí sí sí sí.

Después de esta (cuando menos) victoria numérica, «Threnody» se volvió hacia Des y dijo:

—Mira, Les. Eres joven. Trabajas en los periódicos. ¿Cómo es que no hablan y hablan de mí como no paran de hablar de Danube? Siempre Danube. Danube Danube Danube...

—Dios —dijo Lionel con un quejido apasionado—. Danube.

—Danube. Sí, Danube. ¿Por qué soy la aspirante a Danube? ¿Por qué no es Danube la aspirante a «Threnody»? ¿Por qué? ¿Por qué?

—Por todos esos tipos extranjeros —dijo Lionel—. Por eso. Porque has salido con todos esos tipos extranjeros. Y no con ingleses.

—¿Y qué me dices de ti? Tú eres inglés, sin duda ninguna.

—Sí. Soy el primero.

—Sí sí sí sí. Venga, Les. Dime. ¿Por qué siempre Danube? Venga, dime. ¿Por qué?

—Bueno... —dijo Des—. Me pones en un apuro. No lo sé; puede que porque es madre. La Mamá Celebridad del Año, ¿no fue eso? Tiene hijos. Sea lo que sea además de ello, es madre.

«Threnody» achicó los ojos, mirándole. Y con aquella boca, semejante a la cremallera de un bolso de señora, durante un instante pareció un perforador de petróleo curtido y duro como la piedra recordando un incendio salvaje a poca distancia de la costa.

—¿Has oído eso, Lionel? ¡Tengo que tener un puto hijo ahora mismo!

Y salió de la habitación con paso de tijera, rápido y nervioso, y Des pensó en su abuela volviendo a casa de las compras aquel día, con huevos y beicon para Rory Nightingale. La misma determinación, aunque con algo de precario en ella. La misma determinación para que las cosas mejoraran.

—Te quiero —dijo con brusquedad «Threnody», por encima del hombro, mientras empujaba la puerta.

Lionel gritó a su espalda, con tristeza:

—El Aurora no, «Threnody». Llévate un Mercedes. —Pronunció mal Mercedes—. ¡O un BMW...! Oooh, Des... —dijo, con decidida admiración—. ¿Recuerdas a aquella soldado de una prisión iraquí? ¿Lynndie England? Así es como llamo yo a «Threnody». Lynndie England. Es una tortura. Nos llevará un año, dice. Luego los dos tendremos lo que queremos... Bien, ¿alguna cosa más? —No era la primera vez que miraba con suma atención el reloj—. Dios, siempre es más tarde de lo que creo. Tictac hace el reloj. Será mejor que te vayas ya, chico.

—Los enchufes están todos al aire y las puertas de incendios bloqueadas. Tiene quemaduras de cuerda en las muñecas. Y articulaciones rígidas, y llagas de postura. Y

vi una lata de Whiskas encima de su mesilla de noche.

—¿Whiskas?

—Necesita mejores cuidados, tío Li.

—Bueno, no es para mariquitas, la vejez.

—Acaba de cumplir cuarenta y cinco años.

—¿Qué esperaba, entonces? Nos llega a todos. ¿Y para qué llevarla a otro sitio? Todos son lo mismo para ella. A Grace ya le tiene sin cuidado.

Estaban bajo la cúpula del vestíbulo (grande como una cantera, con sus ecos indolentes y la luz sesgada del sol que descendía de los ventanales con flores de lis de lo alto de la galería orbital) y Des dijo:

—Ringo..., tío Ringo va a salir en *People*. El domingo que viene.

—Sí, Megan me ha dicho que estaban sacándolo por ahí. A quién le importa. Que vaya a sacar los trapos sucios por cuatro chavos.

—Sí, pero podrían utilizarlo en tu contra, tío Li. Otra vez. Tú y los cinco hermanos. Podrían interesarse por la abuela. Y podrían hacer que pareciese muy feo. Tú aquí..., y ella allí. Imagínatelo. —Des lo imaginó él mismo: un «Temas de Impacto» del *Daily Mirror* sobre la residencia de la abuela—. Tú en una tumbona en la piscina y la abuela atada a la cama en el desván. Podrían hacer que pareciera muy feo.

—Podrían. Sí. Lo distorsionan para que parezca feo... Es lo que hacen, Des. Constantemente. Lo distorsionan todo para que parezca feo. Dios, ¿cómo Megan no se ha dado cuenta de eso? Me cuesta un ojo de la cara. Igual que el puto Seb Drinker ese.

—Hay un sitio mejor, tío Li. Fui a verlo. A unos kilómetros de Souness. En el promontorio. Se llama Northern Lights. Pero es más caro.

—¿Cuánto más caro? Dios, eres el Lunes Negro en persona, eso es lo que eres.

—Está en lo alto de Clo Mor Bluff. Allí arriba. —Metió la mano en el bolso de bandolera y le tendió el folleto lustroso—. Da a Lochinvar Strand.

—Está bien. Está bien. Me ocuparé de ello. Bien. No puedo estar furioso hoy, Des. No. Hoy no puedo estar enfadado.

—¿Por qué?

—No es muy frecuente, Des... No es muy frecuente que uno tenga la oportunidad de corregir un error. De hacer algo por la justicia. Y de hacerlo bien, Des. Con estilo.

—Tío Li, ¿y esos perros que se oyen?

—Están en el sótano. Jak y Jek. Son buenos chicos, pero me echan de menos. —Desde el fondo de su hornacina el reloj de pared dio las cuatro—. Muy bien. Ya puedes irte. Vuelve a tu sección de sucesos. Con tu billete barato.

—Tengo una noticia que darte. De la sección de sucesos —dijo con osadía mientras cruzaban el vestíbulo en dirección a la entrada—. Sobre Rory Nightingale.

—¿Ah, sí? —dijo Lionel, sin que su buen ánimo se modificara un ápice por el brusco giro de la charla—. ¿Qué pasa con él?

—Encontraron un cadáver en una parcela de Southend. Las lluvias lo dejaron al descubierto. No era Rory. Era otro chico. Pero tenía el carnet de identidad del colegio de Rory. Y su mondadientes de oro. E hicieron la prueba del ADN. Y adivina qué más encontraron. Pelucas.

—Pelucas... ¿Sabes, Des? No se me ha olvidado. Rory... dijo algo. —Aquí Lionel esbozó su rictus de falsa sonrisa—. *Des lo hizo, todo eso*, dijo. ¿Qué quería decir con eso?

Pero Desmond estaba más o menos preparado para esto. Con cuidado de que no se le borrara la débil sonrisa de los labios, dijo:

—Seguramente quería decir que se la había jugado. ¿No te acuerdas? Me hiciste decirte quién era. Que me chivara. ¿Te acuerdas?

Hubo un instante de silencio. Luego Lionel se puso a soltar con furia todos los cerrojos y pasadores y cadenas y trinquetes de las puertas de la entrada.

—Rory Nightingale no salió tan mal parado. Se folló a mi madre. Cuídate, chico. Des salió de la mansión.

—Oh, un momento —dijo Lionel, mirando su reloj—. Rápido. Voy a enseñarte mis coches.

## 7

En Diston... en Diston cada cosa odiaba a todas las demás, y éstas, a su vez, odiaban a cada cosa individual. Todo lo suave odiaba a todo lo duro, y viceversa, y el frío batallaba con el calor, y el calor con el frío, y todo gritaba y maldecía y tocaba el claxon contra todo, y nada tenía peso, y todo odiaba lo pesado.

En Short Crendon, por su parte, cada cosa contemplaba a todas las demás con satisfacción incondicional. Como si el pueblo entero estuviera echado hacia atrás, con las manos en las caderas, y se meciera ligeramente sobre los talones. O al menos esa impresión le daba a Des Pepperdine mientras se dirigía hacia la estación de tren; se sentía llamativo y exótico entre los blancos y los grises, las voces granjeras, las bicicletas y los vehículos de cinco puertas (del café, del frutero, del carnicero). Dos señales viales le llamaron la atención. Una mostraba a un par de figuras de palo que se movían con infinita dificultad, todas movidas y trémulas, como en mitad de una electrocución (PEATONES ANCIANOS). La otra era una instantánea de medio cuerpo de una vaca sin leyenda alguna.

*La idiocia de la vida rural*. ¿Quién dijo eso? ¿Lenin? ¿Es idiocia, se preguntó (con su nueva voz de redactor periodístico), o sencillamente inocencia? Lo que sentía, en cualquier caso, era un desconcertante déficit de apremio, de prisa y de propósito. Y, en cierto modo, un déficit de inteligencia. Porque alentaba en él la idea obstinada de que en el pueblo existía una fuerza mental oculta, casi toda ella

inmovilizada o empeñada en metas erróneas. ¿Y qué iba a pasar, se preguntaba a menudo, cuando todo aquel intelecto dormido despertase? ¿Cuando todos los Lionels decidieran ser inteligentes...? Entretanto, allí estaba Short Crendon con sus alfarerías y otros menesteres. Supongo que soy una criatura de la ciudad mundial, pensó Des, y siguió su camino.

Un poco más adelante un Mini azul destartalado dobló una esquina, se estremeció y viró bruscamente, y fue aminorando la marcha hasta pararse, mientras despedía un humo parduzco por las rendijas del capó. El tráfico —que era bastante denso— empezó a acumularse en el carril atascado, y sonaron con indecisión una o dos bocinas. Al pasar junto al coche averiado, Des echó una ojeada a la pareja que ocupaba los asientos delanteros: se gritaban inaudiblemente el uno al otro mientras trataban de hacer avanzar al coche con espasmódicas sacudidas del abdomen. ¡Y eran Marlon y Gina Welkway! Gina toda de blanco, con lazos delgados en el pelo, como el día de su boda. Y el pequeño Mini (cosechado, tal vez, de las explanadas de aparcamiento del finado Jayden Drago), en efecto, se lanzó con viveza hacia delante, y el tráfico se agitó hasta liberarse y finalmente siguió su curso por la calzada.

Cuando se acercó a la estación, y reparó en su dimensión casi minúscula (estaba acostumbrado a estaciones que uno debía compartir con millones y millones de semejantes), le asaltó un pensamiento desagradable. Un pensamiento molesto: se había olvidado el traje de baño en la mansión de su tío (ahora recordaba el banco junto a la piscina y el paralelogramo de sol donde lo había dejado para que se secase). Sus hábitos de ahorro y orden le hicieron volver sobre sus pasos de inmediato. Encaraba ahora la idiocia menor de desandar el camino; camino que tendría luego que desandar de nuevo para no perder el tren de las cinco treinta y cinco.

En el trayecto se entretuvo recordando la reacción profundamente turbada de su tío ante lo que le había comunicado sobre el *Daily Mirror*. Escribir sobre ley y orden en el *Daily Mirror* era en cierto modo mucho peor que escribir sobre ley y orden en la *Diston Gazette*, dada la mayor difusión del *Mirror* (*¡Harás de soplón a escala nacional!*). En contra de esto, sin embargo, Lionel argumentó que él era tradicionalmente amigo de la clase obrera, y por lo tanto no tan duro en lo relativo al mundo del delito.

*¿Me estás diciendo que el Mirror está a favor del delito, tío Li?*

*No digas estupideces. No están a favor del delito como tal. Pero no arman ningún escándalo por un robo de poca monta. Y eso fomenta la igualdad, Des. La... redistribución de la riqueza.*

*¿Y cómo de favorable eres tú al robo? ¿Con todos tus guardas de seguridad y tus alambres de espino?*

*Ah, pero ésa es una iniciativa privada, dijo Lionel. Estaban en el vestíbulo reverberante, y Lionel ocupaba uno de los espacios de sol con dibujo de flor de lis. Eso es diferente. ¿Entiendes? Yo no utilizo a la ley, Des. ¡Y recibo amenazas continuamente! Me dicen: Apoquina diez millones de libras o te quitamos de en*

medio. *Y yo les digo: Venid a por ellos. Os invito a intentarlo. Y si algún soplagaitas de los cojones cree que tiene alguna oportunidad, pues le quitamos la idea de la cabeza. ¿Ves?, Des: así son las cosas. No dejas que el dinero te cambie. No dejas que el dinero cambie tus más profundas convicciones. Y yo nunca acudo a la ley. Así es esto. Así son las cosas.*

No, no podía ser una coincidencia. El viejo Mini, que ahora tenía una rueda trasera plana, estaba medrosamente «tirado» a un costado de las líneas imperiales del Bentley Aurora... Des fue recibido en silencio por Carmody (que se retiró enseguida). Se dirigió hacia la biblioteca, y estaba a medio camino del recinto oscurecido cuando entrevió a Marlon, que estaba sentado en un sofá bajo con una copa en una mano y una licorera con un líquido de color castaño en la otra.

—Marlon.

—Oh, el pequeño Des —dijo Marlon con voz espesa.

El aire mismo era espeso. Espeso y frágil, como si la sala estuviera a punto de padecer un desmayo. Des reconoció la atmósfera, su esencia errónea, su calidad ensordecedora, de pesadilla.

—Me he... me he dejado algo en esa otra sala. Iré un momento y...

—No. No lo hagas, amiguito. No vayas.

Marlon se pasó una mano por la frente perlada de sudor y de un gris pálido que destacaba el húmedo mechón negro que caía en pico sobre ella. Con lengua pesada dijo:

—Tú... cantas como un canario. Como un pequeño canario amarillo. Me jodiste en el tribunal.

—Bueno, hice lo mismo que Yul y Troy.

—Sí, y mira lo que les ha pasado.

Ahora, con la visión habituada al entorno, Des vio que había varias prendas blancas tiradas sobre la alfombra negra: cintas blancas, un sujetador, unas bragas, una combinación, un vestido de novia manchado...

—Un pequeño canario amarillo.

Marlon estaba tratando de teñir su sonrisa de amenaza. Pero entonces llegó un aullido resonante de la estancia contigua (*¡Mete ese culo gordo en la sauna!*) seguido de la ráfaga de un silbido y del alarido escandalizado de Gina.

La ancha puerta se abrió de pronto con una luz cegadora. Y se hizo visible la desnudez moteada de Lionel Asbo. Los ojos de Des buscaron lo que no podían por menos de buscar: Lionel exhibía una cruda y bárbara erección... Más allá de él, al otro lado del cristal curvo, se divisaba el follaje trémulo, la cola de zorro, el junco florido, las hojas de los árboles y sus sombras.

Lionel, como ajeno, empujó a Des hacia un lado (*¿qué estaba haciendo su sobrino en aquel sueño?*).

—¡Marlon! ¿Estás bien aquí en la penumbra, Marl? ¿No estoy desatendiendo tus

necesidades?

No hubo respuesta. Lionel avanzó unos pasos.

—Levanta la vista, hermano. *Mírame a los ojos*. Mírame a los ojos. Y ahora dime: ¿ves esto? ¿Ves estas manchas de pintalabios aquí? ¿Las ves?

Marlon levantó la mirada, y luego bajó la cabeza. Y Des se había ido de nuevo.

## 8

—Muy bonito. Puedes estar orgulloso de él. Precioso, eso es. Encantador.

—¿Podemos cambiar de tema un momento? Aún me estoy recuperando.

—Muy bien. ¿Qué tal Matthew? —dijo ella—. Matthew. Mark. Luke. John.

—John —dijo él—. John, Paul, George, Ringo. Por favor, nada de nombres.

—Sí. Nada de nombres. No más nombres... Odio los nombres.

Acababa de llegar (el tren había tenido retraso por un suicidio en las vías subterráneas a dos o tres kilómetros de Liverpool Street), y Dawn estaba a punto de servir la cena. Entretanto, Des estaba picando de un platillo con cebollitas en vinagre.

—Rachel. Delilah. Dios, tendrías que haber visto sus coches, Dawnie... —Des enumeró algunas de las marcas—. Y tiene un todoterreno gigantesco. Un Venganza (la palabra es española). De color negro carbón, sin brillo. Es como un vehículo blindado de transporte de tropas. De las Fuerzas Especiales. ¡Y tiene dos niveles! Aprietas un botón y baja una pequeña escalera de acero. Los faros son del tamaño de tapas de cubos de basura. Gasta casi cinco litros cada cinco kilómetros. Esther. Ruth.

—Nahum. Solomon. Así que crees que estaba enrollado con Gina en la sauna... Peter.

—Eso parecía. Peter no. ¿Peter Pepperdine? Sería como el trabalenguas de Peter el Gaitero...<sup>[25]</sup> Se estaba follando a Gina en la sauna. Allí estaba. En pelota picada.

—Echando un gran polvo.

—Dawnie —dijo Des (y no le había contado lo del pintalabios)—. Sí. Como ese semidiós borracho. Baco.

—O como Neso —dijo Dawn—. El centauro. El que raptó a la esposa de Hércules.

—Sí. Deyanira... Deyanira Pepperdine. Níobe. Eco. Eco Pepperdine.

Dawn dijo:

—Maldita sea. ¿Cómo han podido llegar a aceptar eso? Y Gina sin parar de soltar risitas tontas allí dentro. Jacob.

—Jacqueline. No lo sé. Por dinero, supongo. Ya sabes, todas las deudas de Jayden y demás. Y Marlon es jugador. Pero Gina... Parecía como unas pascuas. No entiendo a Gina... Tina. Nina. Zina.

Durante un momento Des trató de pensar como un delincuente (se había



convertido en un hábito profesional, de todas formas). Y se dio cuenta de que en el pequeño encuentro en Wormwood Scrubs la animosidad de Marlon contra su persona se había ahondado peligrosamente; Des había sido testigo de la degradación como hombre en la que había caído Marlon Welkway. Y Marlon no iba a olvidarlo.

—¡Y había hecho que Gina se desnudara allí mismo, en la biblioteca...! Des, ¿te acuerdas de su discurso? ¿El de la boda?

—Oh, sí. ¿Qué dijo? *Con el vestido de novia en la cintura y las bragas en los tobillos...* Debió de ser una puesta en escena de aquella idea. Mary. Eve. Dawn, este pollo huele raro. Y el brécol está amargo.

—¡Pero si te encanta el pollo con brécol!

Des alargó la mano hacia el tarro de las cebollitas encurtidas y ensartó una con el tenedor.

—Miriam.

—Mísero señor Mostaza. ¿Qué irá a decirnos sobre el alquiler? Dímelo otra vez. Héctor.

—Antígona. Dijo que nos echaría una mano. Y quién sabe lo que eso significa. Lo creeré cuando lo vea. Calisto.

—Ya. Y si es una niña quiero que sea un nombre... etéreo.

—Etéreo... Muy bien. Le pondremos Frenody.

Rieron. A pesar de todo, y de quién dijera qué, los dos eran irresponsablemente felices la mayor parte del tiempo.

—Pero ¿y si es un chico? Venga, Des. Llama a Iqbal y entérate.

Iqbal era el enorme guerrero punjabí que —inmaculado en su bata verde— supervisaba los sonogramas en el Centro de Maternidad. Des y Dawn adoraban a Iqbal. Y adoraban a la señora Treacher, la comadrona jefe (se parecía a la niñera de *Romeo y Julieta* de Zeffirelli: una plebeya voraz, de ojo ansioso, ávida de vida...). Y les encantaba el Centro de Maternidad. A diferencia de los demás hospitales en los que habían estado, el Centro de Maternidad carecía misteriosamente de olor. Los hospitales, según su experiencia, olían a comidas de colegio. Como si el dolor, la mortalidad, la muerte, el nacimiento y los grandes sufrimientos de la vida subsistieran a base de una dieta de sémola y zanahorias hervidas...

—¿Por qué iba a saber Iqbal el sexo de nuestro niño si ni nosotros lo sabemos? A Iqbal no le importa si es niño o niña. Él no está allí dándole vueltas al asunto. Soltando risitas solapadas y frotándose las manos. ¡Para él sólo es un niño más!

—Oh, venga, Des, hazlo. Así sólo estaremos la mitad de tiempo barajando nombres. Edward.

—Edwina. No, Dawnie. Es mejor no saberlo.

—¿Por qué?

—El hecho de que puedas saberlo no quiere decir que debas hacerlo.

—Pero tampoco quiere decir que no debas.

Des se revolvió en la silla, y dijo:

—Cilla nunca lo supo. La abuela nunca lo supo. Y su madre y su abuela tampoco lo supieron. —¿Qué quería decir con eso? Algo como lo siguiente: no deberías apartarte de tus predecesoras (de quienes te precedieron: millones sin cuento)—. Angelina. —Y había otra razón (él estaba supersticiosamente convencido de ello), aunque aún no había penetrado cabalmente en su sentido profundo—. Hay tipos de conocimientos que es mejor no tener, Dawnie. Angeletta.

—Andrew. ¿Crees que va a hacer algo por la abuela, Lionel?

—Puede que sí. Es posible que haga algo. Está preocupado por su imagen. Gudrun.

—Gudrun Dawn Pepperdine... No. ¡Porque sería un GDP!<sup>[26]</sup> Producto Interior Bruto. Suena horrible. Hay que tener en cuenta las iniciales, Des... ¿Y Daphne?

—¿Daphne? No. Oh, ya. Quieres decir Daphne.

—Sí. Daphne.

—Era...

Volvió a desenroscar la tapa del frasco de las cebollitas encurtidas... Por razones obvias no le había contado nunca la historia de sus cartas al consultorio sentimental de la famosa Daphne. Y la respuesta de ésta, entonces (*Estáis cometiendo estupro*), estaba tan terroríficamente grabada en su memoria que Des por poco se cae de espaldas cuando Lionel, alzando la mirada desde la tumbona, le había dicho despreocupadamente: *Es tu Daphne. Daphne... del Sun*.

—Yo me esperaba un ángel vengador —dijo Des—. Ya sabes, alguien que juzga duramente a las personas. Pero me pareció una mujer encantadora. Puede que le mande al tío Li uno de sus folletos.

—Ya. Lo que hay que hacer y lo que no cuando eres un patán de la lotería. Prostituye a la mujer de tu mejor amigo. Y encima le haces que mire.

—Supongo que escribiré un artículo honrado. Comprensivo.

—¿Comprensivo? Espero que le ponga a parir.

—¡Dawnie! No, no sigas. No empieces. Angélica.

—Des, ya lo he decidido. Chico o chica, se llamará Toilet.

—Muy bien, Dawnie. Toilet Pepperdine. Servirá.

Dawn se levantó y dijo:

—Así que adiós a esos trajes de baño.

—Eso parece. ¿Tenemos helado?

—¡Te han vuelto los antojos!

—¡No es un antojo! ¡Me apetece un helado!

—Helado. Helado de fresa, Des. Y cebollitas encurtidas.

—Sí, bueno, ya veo.

Des se inclinó hacia delante y acarició a la gata. El lomo arqueado y de costillas prominentes y la cola hormigueante de Goldie. No iba a contarle a Dawn lo de sus otros antojos, sus antojos de ceniza y de papel de carta y de almidón de la ropa. Sus

antojos secretos, y sus secretas aversiones, parecidas a alergias mentales; sus miedos, sus sudores nocturnos. Y ahora, increíblemente (debía de haber algún error), a aquel amasijo de miedos —Des, Desi, Desmond— se le exigía que en breve se hiciera cargo de un ser humano completamente nuevo...

—Los gatos son chicas.

—Y los perros chicos —dijo Dawn Pepperdine.

El jueves siguiente, primero de mayo, a las siete de la mañana, un alguacil o bedel uniformado, con sombrero de canal por cuyos costados se deslizaba la lluvia, entrego un documento de cuarenta páginas, timbrado y sellado con el imprimátur del bufete de Lord Barcleigh.

Les llevó una hora descifrar mínimamente su sentido.

—¿Qué podemos hacer? El apartamento está a su nombre... Mira. Va a pagar un tercio —dijo Des—. Por domiciliación bancaria.

—Un tercio. Y apuesto a que pagará un cuarto cuando llegue Toilet.

—Tendrá que despejar su cuarto cuando llegue Toilet. Le haré entrar en razón. Deséame suerte... Además, Dawnie... Es dinero entrante. No saliente. Como con Horace.

—¿Has visto? Te dije que era por un tiempo. ¿Lo has visto? ¡A perpetuidad! Y mira las penalizaciones en caso de que se nos ocurra...

—¡Utiliza la ley! ¡Contra nosotros!

—Dios. Podría comprarse el edificio entero. ¿Y para qué quiere el cuarto, además?

## 9

Las cosas empezaron a acelerarse.

El teléfono móvil de Lionel estaba apagado, o desactivado, así que Des llamó a la mansión. Esperaba oír el murmullo emoliente de Carmody. Pero no. Se puso «Threnody».

—Oooh —dijo—. Tienes suerte de que haya contestado yo.

—¿Y eso?

—¿Has visto el puto *Sun*?

El *Sun* estaba abierto sobre la mesa de la cocina. Goldie dormía encima de él.

—Se ha puesto como una fiera —siguió «Threnody»—. Esta mañana ha destrozado el granero. Y es un granero protegido. Y luego llegó Tommy Trumble. Para su sesión de boxeo; ya sabes, esos combates de entrenamiento entre ellos. Para gestionar la ira. ¡Pues va Lionel y lo deja K.O.! ¡Tommy tiene sesenta y siete años! Pensamos que estaba muerto. Y todo por tu culpa. Según Lionel.

—¿Y por qué piensa eso?

«Threnody» bajó la voz:

—Según el Gran Cerebro, si no hubieras aparecido por aquí él podría no haber salido tan mal parado del asunto. Pero ahí estás tú. Piensa que la han tomado contigo porque eres negro. Así que será mejor que no se te vea el pelo. Yo misma me voy de viaje fuera del país. Deja que se calme... Te lo juro, le ha sentado como si fuera veneno —dijo «Threnody»—. Cómo han puesto en tela de juicio su inteligencia. Ya sabes. Y la forma en que han dado a entender que es un hijo de puta.

—Sí. Se han pasado un poco.

—¡Y mira lo que la tonta del culo dice de mí!

Aquella noche, horas más tarde (fue algo profusamente aireado por la prensa), «Threnody» tomó un vuelo para Kabul.

Al día siguiente, durante el descanso del almuerzo, Des recibió un mensaje: *A las dos van a venir unos tipos no te preocupes son mozos de mudanzas*. Fue directamente a casa y los encontró ya dentro: una cuadrilla de hombres con monos blancos y cascos de minero. Des los observó mientras, con minuciosidad militar, vaciaban el cuarto de Lionel de todos los artículos robados. Cuando se fueron Des entró en él de puntillas. El armario ropero tambaleante y mordido por los bichos, la cómoda, a la que le faltaban los pomos, con los cajones alabeados. En un rincón se veía un montón de zapatillas de deporte, todas resacas y retorcidas; y, colgadas en unas perchas, tres o cuatro de sus camisetas de malla.

El jueves recibieron una postal de Cabo Wrath. Una representación artística de la gran bandeja deshilachada del Mar del Norte, bajo el mohín de una puesta de sol. Y en el reverso un mensaje muy breve, a todas luces dictado. *Una pareja joven y adorable vino y me trasladó a esta nueva y magnífica residencia*. Y podía leerse su trabajosa G, y un beso de trazo largo y delgado.

A finales de aquella semana los Pepperdine, envueltos en un tenue fulgor amarillo de irrealidad, leyeron acerca de las andanzas de «Threnody» en Afganistán.

Había volado a ese país con una misión de levantar la moral de las tropas, en compañía del piloto de Fórmula 1 Pit Pets y de la glamourosa banda de rock Shy, integrada exclusivamente por féminas. «Threnody» dio un recital de poesía, seguido de un turno de preguntas en la base de Kandahar. Se rumoreaba que para la firma de autógrafos se quitaría el burka para dar a conocer una muestra de «Self Esteem»,<sup>[27]</sup> su nueva línea de ropa interior femenina. No lo hizo. Todos ellos hicieron una visita a un orfanato de Badroo, donde al parecer «Threnody» sucumbió a una especie de berrinche de compasión.

Entretanto, en las oficinas de Megan Jones y Sebastian Drinker, Lionel daba algo parecido a una conferencia de prensa, en la que participaba el *Sun*, el *Lark*, el *Lark on Sunday* y el *Daily Telegraph*. Un extracto de la misma:

«¿Así que “Threnody” tiene todo su apoyo, Lionel?»

Lionel Asbo: *Absolutamente. Todo para nuestros muchachos. Lo admito, no estoy muy de acuerdo con la policía. Es obvio. Todo el mundo lo sabe. Pero ¿con las Fuerzas Armadas de Su Majestad? Al ciento por ciento. Y sé que cuidarán como es debido de mi «Threnody» y harán que vuelva a casa sana y salva.*

¿Es cierto lo de Cobra, Lionel?

Megan Jones: *El señor Asbo quería donar una caja de Cobra a cada soldado británico destacado en Afganistán. A todos: a los 5.182. Pero se nos ha aconsejado que no lo hagamos.*

Lionel Asbo: *Veréis, chicos: es que allí no prueban una gota de alcohol. Ni siquiera de cerveza. Ponerse hasta el c\*\*o de heroína está bien, pero enséñales una lata de...*

Sebastian Drinker: *El señor Asbo está considerando otras opciones.*

¿Va a ir usted también a Afganistán, Lionel?

Lionel Asbo (riendo): *¿Qué? ¿Y salir de Inglaterra? Nada de eso. Nunca pondré el pie fuera de mi madre patria. Bueno, Escocia y demás sí. Y bueno..., quizá Gales. Pero no voy a cruzar ese trecho de agua, amigo mío. Amo este p\*\*o país. Inglaterra, mi Inglaterra, es para Lionel Asbo. Inglaterra. Inglaterra. Inglaterra.*

Y, mientras lo estaba diciendo, una gigantesca bandera de San Jorge (de unos doscientos metros cuadrados) ondeaba al viento por encima de los reflectores de Wormwood Scrubs...

—Está mejorando —dijo Dawn—. Su imagen.

—Sí. Reina y país. No hay quien pueda contra eso.

—Y ella ha dejado de hablar y hablar de lo inteligente que es él. *Reconozcámoslo: Lionel no es una lumbrera...* Sí, su imagen está mejorando.

Y no podía negarse. A la famosa joven pareja, hasta hacía muy poco conocida como (pongamos) *la Jezabel de las Tetas Operadas* y *el Capullo de Diston*, se la conocía ahora como *la valerosa covergirl* y *su patriótico amante*.

—Sí —dijo Des—. Se ha meditado el asunto a conciencia. Me pregunto hasta cuándo podrá durar.

La entrevista con Ringo Pepperdine en el *People* dominical no suscitó demasiada controversia. La queja de Ringo —*Lionel jamás me ha dado un solo penique*— no valió para nada una vez contrastada con la revelación que ofrecía el texto de la entrevista: a lo largo de trece años, Ringo le había costado al contribuyente más de

medio millón de libras en prestaciones por desempleo y subsidios de invalidez. Y la fotografía en color, con su efecto de «figura de cera», le granjeó muy pocos admiradores: mostraba a un tipo despeinado de aire mongólico, ojos hundidos llenos de venillas radiales rojas, bigote finísimo y mirada vigilante y de una lascivia parásita.

Tuvo una sola repercusión. *Lo único que le importaba*, dijo Ringo un tanto incautamente, *era mamá. No pensaba en nadie más que en mamá.* Y el *Star* del martes dedicaba media página a Northern Lights, el coqueto mirador hacia poniente de la cima de Escocia donde Grace Pepperdine, gracias a la amorosa munificencia de su hijo menor (y no gracias a Ringo), vivía ahora llena de contento.

—¿Adónde vas?

—A ninguna parte. Bajo un momento a la tienda. Vuelves a tener ese ceño...

—Bueno, no tardes, Dawnie.

Instantes antes, mientras leía atentamente otro voluminoso libro sobre bebés, Des dio con lo siguiente: *Durante el embarazo toda mujer experimenta un miedo irracional a sentirse aislada.*

Lo cual era curioso (pensó), porque era justo lo que él sentía, mientras que Dawn (a su juicio) no podía mostrarse más inquietantemente autosuficiente. A veces, al llegar a casa del trabajo, Des temía entrar en un vacío anodino de polvo que se movía despacio. O bien que una Dawn indiferente levantara la mirada de la mesa de la cocina y preguntara cortésmente: *¿Sí? ¿Puedo ayudarte en algo? ¿Te has equivocado de apartamento? ¿Puedo ayudarte en algo?*

Des sabía que sus miedos eran irracionales, y trataba de guardar la calma ante ellos, pero una noche, ya tarde, en la oscuridad, se sorprendió diciendo:

*No te irías y me dejarías sin avisarme, ¿verdad, Dawnie?*

*No seas bobo.*

Y quizá otra noche decía en la habitación a oscuras:

*No vas a irte de repente, ¿verdad, Dawnie?*

Y ella tal vez decía: *Desmond*, y se daba la vuelta hacia él.

*Estoy muy preocupado...*, decía él tragando saliva de forma convulsa.

*No tienes por qué. Mi amor. Mi amor. No tienes por qué.* Y luego decía (con éxito, se comprobaba después): *Oh, Desi, no. Deja de intentar no llorar. Basta ya. No lo hagas. Me partes el corazón.*

Una mañana de fin de semana estaban los dos en su hábitat reducido, Dawn en el balcón, leyendo, y Des en el pasillo, haciendo ejercicio. Des estaba en plena forma; dos veces al día, antes y después del trabajo, corría durante media hora por Steep Slope;<sup>[28]</sup> y hacía cuarenta flexiones en menos de un minuto. ¿Por qué se empeñaba ahora en todo aquello? Porque era un hombre que iba a ser padre. Y su cuerpo, al menos, su instrumento físico, tenía que estar perfectamente preparado...

—Yo lo cojo —dijo alzando la voz, y fue hacia el teléfono.

—Des —dijo Lionel Asbo—, soy tu tío Lionel. Escucha. Va a ir un par de BE a limpiar mi cuarto. Entrarán con su llave. Estate atento.

Con la sigla BE se refería a personas del Bloque Este. Y, en efecto, aquella tarde Danuta y Kryzstina entraron muy parlanchinas en el apartamento con montones de toallas mullidas y lino reluciente. Trabajaron durante una hora, tomaron una taza de té y se fueron.

De nuevo Des se aventuró a entrar en el cuarto de su tío, seguido de Dawn. La sonrisa blanca de la sábana encimera plegada (de lino de calidad, y no del poliéster abrasador de días pretéritos), el albornoz blanco esponjoso al pie de la cama. Y en el cajón donde Lionel guardaba sus viejos calcetines y sus calzoncillos de una tonalidad rosada, sus sudaderas y pantalones de deporte nuevos.

Dawn suspiró y dijo:

—Sé que siempre me estoy quejando. Pero qué maravilloso sería poder mudarnos a este cuarto.

—El nuestro sería perfecto para Toilet.

—Perfecto. ¿Dónde va a dormir Toilet? —Dawn se miraba en el espejo basculante, primero de frente y luego de perfil (como solía hacer Cilla siempre que salía)—. ¡Y ni siquiera se me nota!

Des bajó la cabeza y se miró el abdomen. No: su embarazo histérico no llegaba a tal grado de histerismo. De hecho, se sentía mucho más tranquilo. Dawn siempre estaba elogiándole, admirándole, devolviéndole efusivamente abrazos y caricias, y ahora, en general, parecía bastante improbable que su amada esposa, embarazada de cuatro meses, fuera a abandonar casa y marido para fugarse con el hijo nonato de ambos. Des dijo:

—Se te nota un poquito, Dawnie.

—¡Pero las otras madres están todas gordísimas! Y yo ni siquiera me siento embarazada.

—Y la niña no ha dejado de dar pataditas, ¿no?

—¡No pongas esa cara de espanto! Por supuesto que no ha dejado de darme pataditas. ¿Crees que no te lo diría? Y no es niña, es niño. Es como si hubiera una pelea de pub aquí dentro. Es un niño.

—No necesariamente, Dawnie. ¿Sabes? He estado mirando en los puestos y demás, y creo que he encontrado la cuna perfecta para Toilet.

—Harry.

—Lally.

—Gary.

—Sally.

—¿Sabes, Des? Estoy teniendo un presentimiento horrible.

—Yo también. Que piensa mudarse aquí.

Ahora a los amantes se les llamaba, simplemente, «*Threnody*» y *Lionel*, o *Li* y «*Thren*», o (durante una semana o dos, al menos) *Thrionel* (e incluso «*Thr*»*ionel*). Inglaterra contemplaba con sonrisa indulgente cómo su idilio florecía y daba brotes.

Lionel y «*Threnody*» dando de comer a los patos en St. James's Park, y paseando cogidos de la mano. «*Threnody*» y Lionel bebiendo champán en la tribuna de directivos de Upton Park (donde vieron al West Ham perder estrepitosamente ante el Manchester City). Lionel con sombrero de copa y «*Threnody*» profusamente engalanada disfrutando de un día en las carreras. Pero también había veladas de carreras de galgos —en los canódromos de Walthamstow, Haringey, Ockenden— en las que los protagonistas vestían vaqueros y cazadoras de aviador. Des contempló durante largo rato una fotografía (no exenta de encanto, pensó) de Lionel en grave comunión con su *Morning Lark* en el bar del canódromo mientras «*Threnody*» estaba en el aseo de señoras.

*Por fin he encontrado a un hombre*, les dijo «*Threnody*» a los reporteros (incluido el nuevo colega de Des en el *Daily Mirror*), *que hace que me sienta valorada. Que hace que me sienta segura. Es un inglés. Es un hombre de verdad, no como ese triste y patético pequeño ba\*\*\*\*do de Fernando. Y no voy a decir nada del estúpido ca\*\*ón de Azwat.*

*En Wormwood Scrubs, cuando estamos solos normalmente tenemos un interludio privado en el dormitorio antes de la cena. Con las luces tenues, hago un pase para él con las últimas creaciones de la línea Self Esteem. Empiezo por los sujetadores y acabo por las bragas más mínimas. ¡Como prelude de lo obvio!*

*Es un decatleta en el boudoir, mi Lionel, pero también un hombre muy sensible y cariñoso. Hora tras hora, nos fundimos en la pasión. Pero para mí la parte de verdad romántica viene después de la cena. Nos acercamos el uno al otro, nos tendemos en la oscuridad. Yo le digo: «Te amo, Lionel.» Él me dice: «Te amo, “Threnody”.» Y nos dormimos el uno en brazos del otro en un éxtasis de amor.*

Una fuente de la oficina de Megan Jones no desmintió que la pareja había encargado varios catálogos de anillos de compromiso.

«No hay duda de la adoración sincera de “*Threnody*”», concluía Daphne en un artículo de fondo ulterior del *Sun*. «¿Y en cuanto a Lionel? ¡Oh, Lionel está como unas pascuas!

»Y al tiempo que la pareja está impaciente por formar una familia, tiene también planes para adoptar a los tres niños afganos de los que quedó prendada “*Threnody*” en el orfanato de Badroo.

»Así que ¿quién sabe? Estas dos criaturitas ricas tal vez acaben convirtiéndose en tesoros nacionales, mientras van abriéndose camino hacia el proverbial “sueño hecho realidad”.



»¿Y qué puedo decir, por último, del adorable sobrino de Lionel? ¿Se me permitirá, en nombre de la Calle de la Vergüenza,<sup>[29]</sup> dar la más calurosa bienvenida a Des Pepperdine? Por mucho que me duela elogiar a un rival, el joven Des, una cara nueva en cierto tabloide venerable, ha empezado ya a causar impresión con su quehacer periodístico. ¡Qué sorprendente comprensión de la mentalidad criminal! Mmm. ¡Me pregunto de dónde puede venirle!»

—Vuelve a copiar a Danube —dijo Dawn.

Los Pepperdine viajaban rumbo a Cabo Wrath. Activada por el viaje, Inglaterra zumbaba a su paso con su arco iris de verdes.

—Escucha esto.

Entre una grabación de *OK!* y una aparición en *T4* —y antes de hacer una *PA* en *EZ* (un night-club nuevo)—, «Threnody» dio instrucciones a Sebastian Drinker para que difundiera un comunicado de prensa sobre el documental «*Threnody*» y *Lionel: Fusión*, de próxima emisión en la cadena ITV.

—Está haciendo de Danube —dijo Dawn.

—Pellízcame —dijo Des, horrorizado—. Lo ha inscrito en *Soy una superestrella*, ¿qué co\*\*\*es estoy haciendo aquí? No. Eso nunca.

*Lo único que quiero es estar con Lionel 24 horas/7 días*, dijo «Threnody» en una alocución que dio en la Fiesta anual de las Mascotas de la Fórmula 1 (como Danube, que no asistió, «Threnody» había sido Mascota en una edición anterior). *¡Y pensar que antes estaba obsesionada por mi carrera! ¡Y por Danube! Danube. Ha quedado tan atrás... Es lo que sucede cuando encuentras el verdadero amor. Que no te importa una m\*\*\*da lo demás. Se acabó.*

Luego todo esto cambió.

Pero, antes de cambiar, Lionel llamó a Avalon Tower para avisarles.

—Voy a mimarte como no te haces idea. No te voy a dejar en paz ni un minuto.

El tono de Des ya no era lastimero ni suplicante. Se había elevado hasta un nivel de chanza romántica, y a Dawn parecía gustarle. Dejó oír su risa nueva (media octava más profunda) y dijo:

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Pues recuerda: una promesa es una promesa.

Sonó el teléfono, y cuando Des fue a cogerlo vio a Goldie sentada en el balcón, con la cola ondulando como un signo de interrogación; seguía sentada, y escuchaba con orejas vivaces e independientes: una oreja para la derecha, otra para la izquierda.

—¿Des? Creo que pasaré por ahí una de estas noches.

Des dijo:

—Claro, claro, tío Li... ¿Cuándo?

—¿Cómo voy a saberlo? Con todo lo que está pasando. Con todas estas

gilipolleces —dijo (al fondo se oían numerosas voces tenues y festivas)—. Ahora mismo estoy vestido con un puto pelele negro y amarillo. ¿Por qué? Porque Lynndie England está luciendo la cintura con uno de sus trajes de avispa. Coordinación de colores, ya ves. Estamos dando una fiesta para todas sus sosias. ¿Y sabes qué? ¡A la mitad de ellas hay que pagarles! ¡Y también han venido sus admiradoras obsesivas! ¿Qué está pasando, Des? Mi cara... Mi cara, Des... ¡La tengo toda deformada! Empezando por la sonrisa. ¡No consigo tener la de antes...! ¿Qué está pasando? ¿Dónde está Lionel Asbo? Ido. Se ha ido, chico, me he ido. Dios, todo este montón de gilipolleces...

Cuando Lionel colgó Des se quedó allí sentado con el teléfono en la mano. Por espacio de unos instantes el pecho le palpité acalorado. Luego, desde otra dirección, le llegó una especie de arritmia de ansiedad; y luego volvió el calor.

—¿Lo ves? Radiante. En fin. El amor es ciego —dijo Dawn.

Des alzó la mirada. Sintió la tentación de decir algo sobre Horace Sheringham (aquel genio), pero no tuvo que hacerlo porque los dos lo entendieron perfectamente.

Y entonces el idilio de cuento de hadas entre «Threnody» y Lionel empezó a perder el rumbo.

A finales de junio «Threnody» saltó de su silla de la sala VIP de los Premios Estilo *Elle* y volvió al South Central Hotel; muy pronto, sola y hecha un mar de lágrimas. Las fotografías: «Threnody» con el rímel corrido saliendo disparada del salón de baile Churchill en camiseta de seda sin tirantes y tutú con bisutería de diamantes. Lionel con gesto hosco en la mesa redonda con los pies sobre la silla vacía...

A principios de julio Lionel se fue hecho una furia del Salón del Automóvil Full Throttle de Manchester. Fotografías: sobre un fondo de metal bruñido, las figuras enfrentadas, en varios ángulos: Lionel, con aire de mamut con su abrigo de visón; «Threnody», como una elfina, con su bikini de la bandera británica. Lionel con un índice imperioso alzado; «Threnody» en jarras, con aire combativo...

Luego vino la cena enconada en una pizzería de King's Road rodeada de paparazzi. Los diarios pusieron el acento en el intercambio de insultos que tuvo lugar en la acera después de la cena (en el que «Threnody», *obviamente, se llevó la peor parte*). Pero lo que se le quedó grabado a Des fue un párrafo que leyó a continuación en el «Diario del londinense» del *Evening Standard*: un cliente de una mesa cercana a la de ellos reveló que Lionel y «Threnody» *se pasaron la cena diciéndose «sí sí sí» el uno al otro. Toda la cena. «Sí sí sí.»*

Llegados a este punto, regresaron a Wormwood Scrubs. *Tienen trabajo que hacer en su relación*, admitió Sebastian Drinker. *Lo saben muy bien*. Y «Threnody», a modo de confirmación de tal aserto, hizo públicos los sencillos versos siguientes:

Hablar las cosas,

ponerse de acuerdo,  
aprender a transigir  
a medida que el tiempo pasa.

Las desavenencias sin importancia  
por la presente las apartamos,  
porque tú serás mi marido  
y yo seré tu mujer...

—«Threnody» dijo que Lionel, al leer el poema, no se pudo contener.

—Se partió de risa. No me extraña.

—No, Dawn. Escucha. *El pobre Lionel no pudo terminarlo. Lloraba a moco tendido.*

—Te hace sentir una sensación extraña, todo esto, ¿no te parece?

—Sí, es cierto. ¿A qué viene tanta pelea? ¿Y ella cogiendo una trompa y los dos chillándose en la calle? ¿Para hacerles parecer humanos?

—Para hacerles parecer ingleses, querrás decir. No, supongo que no es más que indisciplina.

—La tensión.

—La tensión.

Estaban en Steep Slope; era domingo por la mañana, un domingo por la mañana temprano (las 7), antes de que Diston despertara y se pusiera en pie. Los castaños polvorientos, las flores cubiertas de tela, las latas de cerveza abolladas: su entorno natural. Sólo el olor de las aguas residuales conservaban su poder de suscitar asombro; la forma en que te desquiciaban las encías.

—Espera —dijo Des.

Al acercarse al pequeño monumento a Dashiell Young aflojaron el paso. Dashiell, el adolescente jamaicano apaleado hasta la muerte por seis hombres adultos en Steep Slope, seis años atrás. Un rombo de piedra gris, mellado, a ras de tierra, con las palabras siguientes grabadas: *Te recordaremos siempre. Dashiell Young, 1991-2006.* Des inclinó la cabeza. Siempre lo recordaba. La pena es el precio que pagamos por... Siguieron caminando.

—Lionel y «Threnody». Hay algo de infinito en eso —dijo Dawn, en tono apacible y misterioso (como siempre, ahora).

—¿Infinitamente qué?

—Pobre. Imagínate fingir que estás enamorado.

—Ya. Imagínatelo.

Fue el último sábado del quinto mes de embarazo cuando Lionel apareció por primera vez en el apartamento.

—Dijo que podía venir en algún momento. Eso es todo. Ya sabes cómo es el tío Li. Previsiblemente imprevisible. Siempre lo ha sido.

—Ésa es una mierda de frase que no sirve para nada, eso es lo que es. Previsiblemente imprevisible. O sea, ¿cuánta información te da? ¿Dónde entra en escena la parte previsible? Lionel no es previsiblemente imprevisible. Es imprevisiblemente imprevisible.

—Sí. Es imprevisible.

Previsible y su contrario se estaban convirtiendo en algo sin sentido a la media oscuridad de la cocina. Era uno de esos anocheceres gratos, de tonalidad profunda, letárgicos en los que nadie enciende la luz. ¿Por qué no está encendida la luz? ¿Quién no ha encendido la luz? Tú no la has encendido. Yo tampoco... Estaban preguntándose en voz alta qué iban a cenar, y tal pregunta, en Avalon Tower (después de un año de cereales, de un año de tostadas con judías estofadas, de un año de pasta al pesto), era señal de que disponían de medios. Des dijo:

—Lo que quería decir es que puede darnos una sorpresa. No siendo sorpresivo.

—Oh, déjalo ya, Des. Me vuelves loca.

—¿Qué tal una empanada de carne y verduras? —Era una sugerencia para tomarle el pelo—. ¿O una pasanda de cordero de Cheltenham?

—Buena idea. O salchichas de Cumberland con puré de patatas.

—O un pastel de carne de cerdo de Melton Mowbray.

Aunque a veces Des seguía atiborrándose (por ejemplo) de anchoas con chocolate fundido, era el paladar de Dawn el que iba ganando ascendente en Avalon Tower. Y Des se sometía al protectorado genético de Horace Sheringham. Siempre bastante limitada en sus gustos, Dawn, en la actualidad, quería que todo lo que comía fuera dócil y delicadamente inglés.

—Ya sé lo que de verdad te gustaría comer para cenar. Scones. Con doble ración de nata de Devon de Cow and Gate.

Entonces oyeron el ruido metálico, el doble sonido seco, el crujido y el porrazo violento de la puerta principal al cerrarse.

Des se puso de pie y echó la mano hacia la izquierda, y los tubos fluorescentes se encendieron emitiendo algo parecido a un vivo relincho.

—¡Aquí, tío Li!

—Sí, bueno, ¿dónde si no? —dijo Lionel, cuya voluminosa figura llenaba ahora el umbral de la cocina. Resuelto, sin amago de sonrisa, con el abrigo de visón echado sobre los hombros a modo de capa encima de un traje azul marino con cierto brillo eclesial. En un puño tenso sostenía una bolsa de viaje de piel blanda, y en el otro una cesta de mimbre, que alzó en el aire y dejó sobre la mesa.

—Dame una cerveza.

—Ahora mismo, tío Li. ¿Te la bebes de la lata?

Dejó la bolsa en el suelo y se zafó del abrigo. Lionel acercó una silla y la giró hasta orientarla hacia la noche sin color. Se sentó en ella con su Cobra y su Marlboro 100. Tenía la larga espalda inclinada y quieta, pero los ápices de los hombros le temblaban ligeramente de cuando en cuando. Transcurrieron muchos minutos.

—Ah, esto está mejor —dijo, sin volverse—. Sí, está mejor. Escucha, Dawn. ¿Cuál es la..., cuál es la base de la felicidad familiar? Yo te lo diré: el respeto —dijo, sin piedad. Levantó un índice rechoncho—. Y empatía. Empatía. «Threnody» cree que...

Al cabo de un rato Dawn dijo:

—¿Has cenado, Lionel?

—No, he salido. —Se levantó y empezó a aflojarse la corbata—. ¿Ves eso? Es la Cesta Suprema. De Fortnum. Comed lo que os venga en gana.

Oyeron cómo orinaba copiosamente en el cuarto de baño; luego un bostezo desmañado; luego el piso del entarimado del pasillo se quejó bajo sus pies.

—Aceite de oliva con trufas negras de la Maison de la Truffe —dijo Des.

—Jamón ibérico de jabugo con pepinillos rellenos de Andalucía.

—Mixtura especiada de frutos secos y habas satay. Con Salsa Baguettes.

—Aderezo de lima y cilantro de Pomerania. Con picatostes Epicuro.

—¡Mostaza molida a la piedra con ajo elefante!

Al poco Lionel reapareció en la cocina. Vagó un poco por ella, con la gorra de béisbol y el chándal y las zapatillas de deportes con los cordones sueltos... Y al verlo uno caía en la cuenta de algo. Lionel Asbo era ahora una celebridad nacional, y reconocible al instante, aunque tan sólo cuando aparecía enmarcado en un medio plutocrático. Al volante del Bentley Aurora, por ejemplo (o cuando salta a tierra desde la cabina del Venganza), o del brazo de «Threnody» en algún baile o gala, o sencillamente patrullando por los jardines de Wormwood Scrubs. Vestido de aquella guisa informal en Diston, Lionel volvía a investirse de un anonimato genérico: era un hombre invisible.

—Escucha, Dawn —repitió Lionel—. ¿De cuánto estás?

Dawn se lo dijo.

—Venga, pues. Enséñanos la tripa.

Dawn echó hacia atrás la silla despacio y se levantó. Se dio la vuelta.

—No te lo creerás, Des, pero lo he visto en Internet. Hay tipos a los que les gustan las chicas cuando están preñadas. Qué mundo más raro... Disfruta de la cena. Y del *Big Match*.

Se dedicaron a los tarros y los botes y las cestitas.

—Toma un poco de esto. Verás, Dawnie, está nervioso. Si es verdad lo que dicen de él y de «Threnody». Está nervioso por lo de empezar una familia. No dejes que te afecte.

—¿Por qué iba a afectarme? Está conmovido, ¿no? No puede evitarlo... Imagínate: sentir empatía por «Threnody». Eso acaba con la cabeza de cualquiera.

—Exacto. Mira, tómate un dedo de este... Merlot rico y nutritivo.

—Iría directo al bebé. Seguro. Todo ello. Como si el bebé hubiera pedido él mismo una copa. ¡Ese poco de vino tinto es del mismo tamaño que él!

—Que ella. Es sólo un dedito. Venga... ¿Sabes? Creo que lo que le apetece es una noche libre en su viejo barrio. No va a hacernos ningún daño.

—Joder, espero que así sea. Mira, mira esto. Un surtido de Cheddars. ¿De cuál quieres? —dijo Dawn—. ¿Del curado y fuerte o del suave y familiar?

—Del curado y fuerte.

—No, Des. Del suave y familiar.

Lionel volvió a altas horas de la madrugada; el ruido metálico y doble sonido seco, la luz de golpe, el andar neolítico por el pasillo, el chorro de agua taladrando el acero tenso del fregadero. No es que importara gran cosa; Dawn y Des estaban totalmente despiertos aquella noche. Acostados a oscuras, suspiraban juntos y emitían un fulgor pegajoso y denso. Sus vientres mantenían un diálogo de movimiento de sierra, como entre dos nidos de cigarras.

—Es lo que necesitabas. Quedarte en la cama tan a gusto y levantarte tarde.

—No ha sido eso, Dawnie. Es que *no podía* levantarme.

—Bueno, pero ya estás levantado y en movimiento.

—Al noveno intento. ¿Cómo es posible que tú estés de repente tan fresca?

—Porque yo sólo me tomé un sorbito. ¡Y tú te bebiste media botella!

—Ya, bueno... Y ahora lo estoy pagando. También ha sido la comida. ¿Sientes alguna...?

Lionel apareció en la cocina a eso de las cuatro de la tarde. Su palidez intensa se veía quizá realzada por la bata de raso negro, y también por sendas manchas brillantes en las mejillas, donde la carne estaba marcada y gastada. Ni rastro de resaca (pensó Des): Lionel nunca tenía resaca. Pero veía claramente que a su tío le dolía algo.

—¿Quieres una taza de algo, Lionel? Antes te gustaba el té...

—Vale, un té. Nunca se sabe. Puede que me haga efecto. —Vidriados de una especie de cómoda vacuidad, los ojos de Lionel recorrieron el recinto. La cara se le despejó, y la apartó de inmediato con gesto de aversión impotente—. Mirad la tapa. Está cerrada.

Des dijo:

—Sí, ha vuelto a atrancarse.

—Cerrada... —Su mano vacilante se tendió hacia la tapa de la basura. Y el tanque, en algo semejante a una anticipación dócil, se abrió solo.

Los tres se echaron hacia atrás.

Al cabo de unos segundos, Lionel dijo:

—¿Qué pasa cuando le metes una cuña para que no se cierre?

—Odia que le metas una cuña —dijo Dawn—. La tapa se incrusta en ella y ya no puede abrirse ni cerrarse. Durante un mes. Odia las cuñas.

—Tampoco conviene que se quede todo el tiempo abierta, ¿sabes? —dijo Des.

—Por la basura —dijo Dawn—. Al cabo de un rato huele.

—Lo que hace falta es un cubo que se pueda abrir y cerrar. Y que cuando esté abierto puedas cerrarlo.

—Y que puedas abrirlo cuando está cerrado.

Lionel reflexionó sobre todo esto.

—Bien, ¿y qué hacéis para remediarlo, entonces?

—Nos sentamos encima —dijo Dawn—. Cuando la tapa está cerrada.

Sus miradas volvieron a dirigirse a la boca negra del tanque. Que ahora se cerró con un suave silbido neumático.

Los tres brincaron en sus sillas.

Lionel dijo:

—Está embrujado, ese puto tanque. Eso es lo que pasa. Como el ascensor. —Transcurrieron unos minutos—. Escucha, Des. Cuando escriben sobre ti en los periódicos, Des... Cuando escriben sobre ti en los periódicos..., no sé. Te ponen a parir —dijo Lionel—, porque eres negro.

Se duchó y se cambió, y llamó a su sobrino desde el pasillo para que fuera con él hasta la puerta para despedirle.

El día había amanecido fresco, con unas nubecillas tenuemente diseminadas que flotaban lo bastante bajas como para proyectar cada una su propia sombra. Pero la promesa y el color empezaban a ausentarse del cielo, dando paso a un fuerte viento. Encendiendo su primer cigarro del día (uno bien grueso), Lionel dijo:

—Me ha llamado el puto Dr. No de Cabo Wrath. ¿Cómo se llama? El tipo de ojos hundidos.

—Endo. Jake Endo.

—Escucha. Cuando vas a visitarla... —Lionel encogió la frente, y la boca se le abrió al máximo—. ¿Sabe que tú eres tú?

—¿Que yo soy yo? No sabría decirlo. Recuerda los viejos tiempos. Cuando iba al colegio.

—No fue mucho tiempo, entonces. ¿Dice cosas con sentido?

—Sí, de vez en cuando. Habla de Dominic. Y de Lars. —Lars era el padre del tío John—. De Dom y de Lars. —Reacio, Des siguió hablando—: Bueno, y habla de cosas un poco picantes. De cosas sexuales.

—Eso es lo que me cuenta el Dr. No. La fuerza de la vida. Un puto asco.

Lionel se envolvió en su abrigo de piel. Un Mercedes plateado se acercó hacia él y se detuvo a cierta distancia, con el motor al ralentí.

—El doctor... Cree que está recuperando la memoria. No se acuerda de si ha

tomado las putas pastillas hace cinco minutos, y puede acordarse del pasado. La memoria le está volviendo. ¡En orden cronológico! Imagínate. Se acordará de los seis padres. Luego de... del tal Kevin. Y del puto Toby. ¡Y luego de Rory! ¡Lo que nos faltaba!

Tiró de la portezuela torcida de la Ford Transit. Seguido respetuosamente por el Mercedes-Benz, Lionel se alejó; un «hombre de Ford Transit» con un abrigo de visión negro.

Y así el patrón se formó y fijó. Las entradas formales un viernes por la noche, o un sábado por la noche, o a veces hasta un miércoles por la noche... La breve salutación de bienvenida y la entrega del regalo de visita (los regalos de visita fueron haciéndose más y más estafalarios). Lionel se cambiaba, salía, volvía en la humosa madrugada gris (despertándoles a ambos), se levantaba a la hora del té con la cara raspada y excojiada, tomaba un poco de té mientras se burlaba del tanque y de los periódicos, y suspiraba, y se levantaba, y se duchaba torrencialmente...

Pronto empezó a traer consigo a uno o a otro de sus perros: ora Jek, ora Jak. La primera vez que esto ocurrió (había traído a Jek, blanco y negro, con una cola de diez centímetros que metía con ansiedad entre las gruesas patas traseras) se armó bastante alboroto hasta que Lionel dispuso la cubeta de arena, que llenó con el contenido de la bolsa que traía en su maletín de piel, y luego dio al animal su comida de la noche: algo parecido a un buen trozo de solomillo en el que torpemente se habían embutido pimientos de un verde bilioso y reluciente. El pitbull, con apetito indiferente, cenó en el balcón de Avalon.

—Dale un poco de agua, Des..., cuando termine. Ojo, sólo un vaso —dijo Lionel al marcharse.

Jek seguía gimiendo por el ardor de estómago cuando (por así decir) los Pepperdine lo invitaron a pasar a la cocina. Vacío unos instantes, y al principio se encogió de miedo cuando Dawn se inclinó para acariciarle el lomo. Le dieron agua, y, con mucha mayor eficacia, dos platillos de leche. Y al poco estaba encima del sofá panza arriba, como sometiéndose insensata y jubilosamente a alguna pueril charada sexual; alguna orgía infantil en la que él, además, fuera la estrella indiscutible... Y lo mismo hacían cuando a quien llevaba Lionel era a Jak. Jak era también blanco y negro, pero como un negativo de su hermano Jek: era mayormente blanco, y tenía una camiseta negra y cuatro mocasines negros. Jek, mayormente negro, tenía una pechera blanca y cuatro pequeñas polainas blancas. Un viernes era Jek. El miércoles de dos semanas después era Jak. Pero nunca llevaba a la vez a Jek y a Jak.

Los perros y los Pepperdine se tomaron cariño enseguida. Algo que sin duda Lionel no dejaría de deplorar. Los Pepperdine lo sabían, y, misteriosamente, lo supieron también los animales. Los cuatro disimulaban; actuaban con la reserva cortés de los adúlteros duchos en esas lides hasta el momento en que Lionel enfilaba con ruido el pasillo y se iba del apartamento. En cuanto cerraba dando un portazo, Jak



o Jek se echaban panza arriba con las patas delanteras levantadas y la cola en torbellino, o brincaban sobre las cuatro patas y el rabo...

El viernes sería Jak. El miércoles siguiente sería Jek. Pero nunca llevaba a la vez a Jek y a Jak.

## 12

En el curso de las semanas estivales «Threnody» se ocupó en la concepción de un pequeño proyecto. Quería hacerse amiga de Dawn.

Un mensaje de texto. Una serie de e-mails. Y finalmente llamadas telefónicas diarias...

—Lo que hace es comprobar cosas. Pregunta cómo estamos. Quiere invitarnos a cenar en el South Central. Sólo nosotros tres.

—¿Qué piensas?

—Quiere hablar de Lionel. Quiere hablar sobre sus «parámetros» con Lionel.

—¿Y vamos a seguirle el juego? Es una auténtica locura, Dawnie.

*Lo que la gente no entiende es esto, dijo «Threnody» en una entrevista rompedora que concedió al Daily Mail. De acuerdo: uno: tenemos dinero; y dos: de acuerdo, somos muy conocidos. ¡Pero eso no significa que no tengamos problemas! Y es en eso en lo que la gente anda corta de putas entendederas. Somos como cualquier otra pareja inglesa, ¡por el amor de Dios! Somos gente común y corriente, iguales que todo el mundo. ¿Eh, oigan...? ¿Podrían meterse eso en su mollera dura?*

*Ya ves, Melanie, que aquí hay dos cuestiones importantes. Es un hombre apasionado, mi Lionel, razón por la cual le llamo «Lionheart». Pero tiene celos enfermizos de mi pasado. Y celos de que muestre mi glamour. Dice cosas como: «¡Todos esos tíos haciéndose p\*\*as pensando en ti!» ¡Pero yo soy glamour! ¿Qué es «Threnody» sin el glamour? El glamour y mi persona son prácticamente sinónimos.*

*Y Lionel no quería viajar. Había fijado los pies al suelo. Era así de patriota. Ni siquiera tiene pasaporte, ¡y se niega a solicitarlo! Y yo necesito ir a sitios. «Threnody» calló unos segundos, y luego siguió: Llegaremos a un acuerdo. Tendremos que hacerlo. Ahora que estamos intentando tener un bebé. ¡Y vaya si lo intentamos! Lo sé en mi corazón: todo encajará a la perfección en cuanto me quede embarazada.*

*Ya ves, Melanie, no he olvidado mis raíces. Ahora me siento muy cercana a Dawn Pepperdine, la sobrina de Lionel. Vive en un pequeño piso de protección oficial como el que alquilaba yo. Y va a tener un hijo. Así que quedamos muy a menudo para tener una buena charla. Nos entendemos a la perfección. Y tenemos tanto que compartir...*

El martes, a la salida del trabajo, los Pepperdine, con el ánimo muy alto, se encontraron en la estación de metro de Pimlico y fueron paseando bajo la lluvia hacia el South Central Hotel. Cuando se acercaban hacia la entrada principal, a Des lo llamó un colega del *Mirror* que le contó que se habían congregado allí numerosos representantes de la prensa: la mismísima Danube iba a asistir a un acto en el casino del ático.

Se sentaron en una mesa y aguardaron con sus Coca-Colas. A su alrededor la clientela bebía y tomaba tentempiés con su indumentaria caprichosa de costumbre; era como si integraran el elenco de una ópera o una pantomima; pero la persona que más destacaría en el salón Los Feliz resultó ser Dawn Sheringham.

—Ahora sí que me siento embarazada —dijo al volver de su segunda visita al aseo de señoras—. ¿Ves cómo me mira todo el mundo? ¿Se permite siquiera la entrada a las mujeres embarazadas? ¿Dónde está ella? ¡Me dijo a las siete y media!

A las nueve menos veinte se les acercó una preocupada Megan Jones con gafas, y les dijo:

—¡Hola, chicos! Cambio de plan. «Threnody» está arriba.

—Oh, ¿y no va a bajar?

—¿Con Danube en el hotel? Ni en sueños. Dawn, cariño, ven a verla un momento. Se siente fatal y necesita desahogarse... Sé una buena chica.

Des siguió sentado. El centro de gravedad del hotel, aquella noche, había levitado dieciséis pisos, y sólo un puñado de clientes no invitados al acto seguían en el bar con aire resentido. Así, las dos horas transcurrieron casi sin incidentes. Alguien se desnudó entre risas delante del nuevo acuario de tiburones, y alguien ahogó entre risas a una rana del jardín en una cubitera. Y las pantallas de televisión —carentes de emoción— mostraban a Laurel y Hardy, un tsunami, Popeye, el 11 de Septiembre, una boda real, Pinocho, un volcán, *Mandingo*, el vídeo de un mártir previo al martirio, un *thriller*, Godzilla...

—Estaba en la cama con un antifaz —dijo Dawn mientras caminaban bajo la lluvia hacia el Chelsea Kitchen de King's Road—. Y me ha hablado en susurros.

—Cuidado, que hay un charco. ¿Qué ha dicho de Lionel?

—Nada. No ha dicho nada de Lionel.

—¿Y de qué ha hablado, entonces?

—De Danube.

Comieron un pastel de champiñones, y cogieron el metro en Sloane Square en dirección a Diston North. En el 33F de Avalon Tower, estaban todas las luces encendidas, y en la cocina encontraron una botella gigante de bourbon Rebel Yell (otro regalo de visita) y a un Jak en éxtasis.

Llenó los boles de Wotsits y de Fairy Toast, y comprobó la temperatura del chardonnay Mirage. «Threnody» llegaría a las siete y media.

Precedida por el guarda de seguridad número uno (de complexión fornida y aire contrito, con un traje azul un tanto ajado), y escoltada por el guarda de seguridad número dos (mucho más joven, con coleta y con un terno que le hacía parecer macizo y cuadrado como una caja), que se situó en la puerta principal, «Threnody» llegó a las nueve y veinte.

De modo desconcertante, entró como un rayo y sus inquietos movimientos de ojos arrastraban en su trayectoria cabeza y cuello, cumpliendo un estricto y agitado inventario de lo que tenía delante, para acabar quedándose quieta bajo la cruda luz con las manos en las caderas.

—Doce pisos —dijo con amargura.

—Te lo advertí.

—Sí, Dawn, lo hiciste..., pero ¿qué me dices de mis tacones? ¿Mis tacones qué? ¿Los ves?

Se quitó un zapato al sentarse, y lo sostuvo en el aire para que lo pudieran ver. A Des le recordaban algo que había visto el día anterior: un gancho en forma casi de O que sujetaba un carguero en la esclusa del canal.

—Joder, me estaban matando. Doce pisos. ¡Mal ha tenido que subirme a cuestras los cinco últimos...! Doce pisos. ¿Qué consideración es ésa? Lo que me ha estresado...

Al cabo de un silencio, Dawn le ofreció a su invitada una copa de Mirage. «Threnody» declinó el ofrecimiento muy dignamente y luego se echó a llorar. Dijo:

—Oh, Dawn. Ha sucedido. ¡Lionel me ha hecho un hijo!

Los Pepperdine, entrecortadamente, le hicieron saber cuán complacidos se sentían ante tal nueva.

—Ah, tendríais que haber visto a vuestro tío cuando se lo dije... Le caían las lágrimas por las mejillas... Mamás, Dawn. Eso es lo que vamos a ser. Auténticas madres. Mamás. —Se volvió hacia Des y dijo—: ¿Podrías disculparnos unos minutos? Quiero tener una charla de madres con tu Dawn.

Des salió de la cocina y se fue al dormitorio con un libro. En el pasillo, el guarda de seguridad de más edad se paseaba con aire vigilante; al cabo de diez minutos (y de una tos de aviso) asomó la cabeza en el dormitorio y dijo:

—Puede pasar a la cocina. Si quiere. —Tenía un modo de bajar la cabeza, de pegar la barbilla al cuello y de mirar hacia arriba bajo las cejas que era como si mirara por encima de unas gafas invisibles—. Mal MacManaman —dijo, y le tendió la mano—. Llevo en esto quince años. Para chicas de página central. Para reinas del glamour. Para la Página Tres. Y ya sabe..., Desmond, el nombre con que se las conoce es el apropiado: chicas de fantasía. Viven en las nubes.

Cuando Des entró en la cocina, «Threnody» estaba levantando una copa enorme de Mirage y diciendo:

—Será un vínculo precioso entre nosotras, Dawn, cariño. Tan precioso. Sólo entre tú y yo..., las mamás.

Hizo una seña. Mal recorrió el pasillo y pudo oírse el gemido de la puerta al abrirse. Entraron en total silencio, dos hombres, que «Threnody» presentó como Sebastian Drinker y Chris Large (Des reconoció a Chris Large: el fotógrafo de Daphne en el *Sun*). Mal MacManaman se inclinó hacia atrás hasta apoyar la espalda en la pared, con los brazos cruzados y la cabeza agachada en actitud contrita.

—Sentémonos en el sofá, Dawn —dijo «Threnody»—, y nos damos un besito. Y luego te levantas un poco. Para que se te vea la tripita.

Con la cara solar y leonina bajo la franja de luz, Goldie observó cómo despejaban la mesa: las copas, los Wotsits, los Fairy Toast.

—Mira esto. ¡Se ha bebido la botella entera! —Los ojos de Dawn se ensancharon al máximo—. Y hasta le ha dado un tiento al Rebel Yell. Ese bebé tiene que estar paralítico.

—Sí. Si es que hay tal bebé.

—Si hay tal bebé... Ya sabe cómo va a llamarle. Sea chico o chica. Bastardo.

—¿Bastardo?

—Bastardo. Y va a hacer lo que nosotros con el segundo nombre.

—¿Bastardo «Threnody» Asbo?

—Bastardo «Threnody» Asbo. El estado de Inglaterra.

—El estado de Inglaterra.

—En fin. No va a ser un bastardo, ¿no? ¿Qué ha sido de su boda de ensueño?

Así que durante los días siguientes Des se enfrentó a un ridículo razonablemente leve en su puesto de trabajo en Canary Wharf, y Dawn ascendió de arcángel a serafín a ojos de sus alumnas del colegio de St. Swithin's, con el hecho de la presencia continua de su tía «Threnody» en los periódicos, y el increíble poema «Hermanas» (*El don divino de la generación / lo vemos con veneración...*). Era oficial. Sebastian Drinker: *El señor Asbo está loco de alegría. Saludó la nueva con absoluta euforia.*

*No suena bien, ¿verdad?, dijo Dawn. «Euforia.»*

*No, no suena bien. Como si hubiera querido decir «eutoria»... Odio esto. O sea, ¿dónde está la verdad aquí? ¿Dónde está la pobre verdad pura y simple? ¿Y qué vamos a decirle al tío Li cuando venga?*

—Enhorabuena, tío Li.

—Sí, te deseamos todo lo mejor, Lionel.

Lionel se quedó quieto; ocupaba todo el umbral con su traje de embajador, con un grueso frasco de cristal en las manos que parecía contener algas chinas. Dijo:

—¿De qué vais lo dos?

—Oh, en fin..., no deberíamos creer todo lo que viene en los periódicos, ¿no, tío Li?

—¿Qué? ¿Qué viene en los periódicos?

Dawn dijo:

—Lo del bebé.

—Oh, el bebé. Oh, el bebé. —Lionel le tendió el frasco a su sobrino, y levantó la mano libre para darle un tirón al enorme San Valentín de su Windsor—. ¿Sabéis cómo piensa llamarle?

—Nos dijo que Bastardo.

—¿Bastardo? Mi culo. Ella lo llama su «estrategia de escape». ¿Cómo lo veis?

El grueso frasco de cristal —el regalo de visita de Lionel— resultó ser marihuana hidropónica. La semana anterior les trajo un millar de cigarrillos (Balkan Sobranies). Daba la impresión de que también Lionel había estado leyendo libros sobre bebés. Entre los otros presentes con los que les obsequió había una canasta con sushi, ceviche y tartar de pescado.

Un domingo por la tarde (esto no volvería a suceder) Lionel salió de su cuarto y se sentó en la mesa de la cocina, y al poco se unió a él Cynthia, su novia de la niñez. Aquella callada distoniana tenía ahora veintiocho años. Su cara exenta de color se parecía al cielo londinense, aunque su palidez no era total porque conservaba una tenue tonalidad morada, como la del azul del frío.

Cada vez que Lionel entraba con estrépito en el apartamento de noche (como si volviera a una casa vacía), Des pensaba en lo descansado que tenía que ser (si alguien era capaz de imaginar tal cosa) carecer por completo de conciencia de la existencia de los demás.

## 13

—Alegra esa cara, chico. No ha pasado todavía.

—Ya, pero estoy totalmente solo.

Des estaba solo: su mujer no estaba, y su hijo tampoco.

—¿Adónde ha ido?

—A cuidar a su padre. —Des abrió el frigorífico para coger una lata de Cobra—. Bueno, no es que cuide a su padre exactamente. El viejo cabrón sigue sin dejar que su hija se le acerque.

—Bastante comprensible, en cierto modo. Un tipo como Horace. Su hija única casándose con un negro... No he querido ofenderte, Des.

—No te preocupes, tío Li. No me ofendes. Lo que hace es quedarse en el hospital ocupándose de su madre.

—¿Sí? ¿Qué le pasa a él, entonces?

Bebedor a escondidas, Horace Sheringham había contraído secretamente una

cirrosis aguda; se la habían diagnosticado el mismo sábado por la mañana.

—Se ha puesto amarillo. Tiene el hígado hecho polvo.

—¿Qué edad tiene?

—Cincuenta años.

—Oh, entonces la palmará. Te diré lo que vamos a hacer. Saldremos los dos por ahí, ¿eh, Des?

—Sí. Sí, qué malo eres, tío Li.

—Sí. Como cuando eras jovencito. Vuelvo dentro de un minuto.

Se acabó la cerveza, se sirvió una copa de Rebel Yell, dio una patada al tanque (abierto) y se fue a su cuarto.

—Hablando de KFC. KFC. KFC. KFC. KFC...

Pronunció estas palabras en tono casi intrascendente, y no con la fuerza de encantamiento de otros tiempos. El estado de ánimo de Lionel parecía inusualmente vivo, e incluso festivo, mientras dejaba su bandeja en la mesa y se ocupaba de las bolsitas de mostaza y otros aderezos. A su alrededor, los colores de los batidos y los círculos de las hamburguesas del Kentucky Fried Chicken.

—Hablando del KFC. Del KFC... La riqueza, Des. La riqueza... ¿Te acuerdas de que cuando eras pequeño te preguntabas qué serías de mayor? Pues es así. Piensas: ¡Ya sé, voy a ser maquinista! Me compraré un puto tren y andaré en él por ahí echando humo. Pero luego piensas: ¿Adónde? ¿Para qué? Y luego piensas: Ya sé, me compraré uno de esos globos de aire caliente. O un avión. ¡Qué coño, me iré a Cabo Cañaveral y me daré una vuelta en el transbordador espacial!

Des dijo:

—Para eso te tienes que ir a Rusia. Hoy día. O a la India, quizá.

—Tienes razón. Cabo Bollywood. Y el despegue. Te fumas un buen porro en los lavabos. Pierdes peso. Ves el planeta como desde lo alto. ¿Por qué no? Puedes hacer cualquier cosa, ya sabes. Así que no..., nunca... Tú sólo piensa: ¿Para qué?

Lionel miró con apatía sus muslos de pollo y alargó la mano hacia las patatas fritas.

—¿Qué pasa con tus prácticas de boxeo?

—Ah. Mis prácticas de boxeo. He avanzado bastante en eso. Tenía planes. Me puse metas... Como... como llegar a ser miembro de pleno derecho de la Asociación Amateur de Boxeo al cabo de dieciocho meses. —Lionel se encogió de hombros, y continuó—: Lo hablé con el viejo Tommy Trum. Me dijo: *Lionel, tienes la agresividad, hijo. ¡Pero las celebridades que boxean no suelen durar!* No están lo bastante hambrientos, ¿sabes? Y la fama es como un puto trapo rojo para tu adversario. Así que ¿para qué? Un gimnasio con buen olor en Middlesbrough. Con unos cuantos ex aviadores de la Fuerza Aérea tratando de romperte las narices. Pues muy bien, perfecto. ¡Pero a la mañana siguiente van los periódicos y dicen que eres un gilipollas! Así que ¿para qué? Venga, Des, sugiéreme algo.

—Bueno, tienes la lectura...

—Lo he intentado. ¿Sabes? Un poco de historia. El Día D. La playa de Omaha. Me da buena impresión. Pero al cabo de un par de páginas... Al cabo de un par de páginas no hago más que pensar que el libro me exige más y más. Joder. ¿Que tienes que esforzarte mucho más? Entonces se te van las ganas, y no puedes... recuperar la concentración. No haces más que pensar que el libro te exige más y más. Es extraño.

—Mmm, ¿y qué tal las buenas obras? ¿Las obras de caridad?

—¿Las obras de caridad? Las obras de caridad... Es la única cosa en la que ella y yo estamos completamente de acuerdo. No soportamos las obras de caridad... ¿Te acuerdas de lo que te dije? *Ni feliz, ni triste. Insensible.* Des, te digo la verdad. El único momento en que sé que respiro es cuando tengo algún lío de faldas. Y tampoco es que ellas... no me causen problemas. Las titis.

—Arréglate las tetas, arréglate las tetas... Ya sabes, Des... «Threnody». Di lo que quieras. Di lo que quieras de...

Lionel pidió las bebidas. Un Martell triple, media de cerveza con limonada. En el Lady Godiva, el negocio estaba flojo aquella noche. Como concepto comercial, los pubs de striptease llevaban anticuados toda una generación. Hombres solos de edad mediana con sus cervezas de alta graduación. En el escenario bajo, la stripper con tanga recogía su ropa del suelo.

—Di lo que te parezca de Lynndie England, Des, pero, joder, la chica tienen empuje. Y no es sólo por las bragas y demás. Esta mañana le digo: *¿Qué te pasa?* Y ella dice: *¿qué me pasa? Te lo diré. Hay algunos otros coños que han ganado el...* Que han ganado el... ¿Cuál es ese premio, Des? De poesía...

—El T. S. Eliot, tío Li.

—Eso es. Dice: *¡Otros coños han ganado el Premio T. S. Eliot! Quince mil libras. ¿Qué tiene de malo mi Mi amor por Azwat?* Ése es el título de su libro: *Mi amor por Azwat.* Quiere que sea de masas, eso es lo que quiere, Des. *Quiero que sea un éxito de masas en Estados Unidos. Un éxito de masas en China.* Quiere que sea un éxito gigantesco en todo el mundo. Y ni siquiera así estaría contenta. ¡El planeta no le basta!

Lionel calló unos instantes (echaba la cabeza hacia un lado con brusquedad, como en ademán de aceptación), y su sobrino, caldeado por viejos afectos, pensaba ensoñadoramente: «Threnody»..., éxito de masas en Marte, y luego éxito de masas en Mercurio. Primero los Planetas Terrestres, y después, vía el cinturón de asteroides, ascendería hasta los gigantes gaseosos, a Júpiter, a Saturno. «Threnody», éxito de masas en Plutón...

—Me ha dicho: *Te haré famoso.* Yo le he dicho: *Ya soy famoso.* Ha dicho: *Sí, pero eres famoso en el sentido malo. Te odian. ¡Trabajaré tu imagen y haré que te quieran!* Que me quieran... Dios. Está venga a insistir para que participe en *Soy una superestrella.* Pero ya sabes, Des, para eso tienes que irte a la puta jungla. Pero ahora

están buscando algún sitio malo de verdad en Inglaterra. La isla de Mull. Nailsea. — Lionel hizo una pausa—. Y quiere que empiece una línea de ropa. Para gente de clase baja, *Macarra Chic*. Quiere que me ponga pendientes y una cadena de oro bien gruesa en el cuello. Y una camiseta con la frase *Lo que sea* en el pecho. O con la palabra *¿No?* Dime la verdad, Des. ¿Es ése Lionel Asbo? Dímelo en serio. ¿Qué piensas?

—Una camiseta con la leyenda *¿No?...* Los macarras —dijo Des— están orgullosos de ser estúpidos. —Y Lionel (por razones profesionales) solía hacer gala de ser estúpido. Pero el «macarra» era todo un tipo sociológico. Y Lionel no era ningún prototipo—. No, no creo que seas tú, tío Li.

—Ya. ¿Sabes? Todo eso de *Soy una superestrella*, todo eso del *reality* y demás, no es la realidad. Buscan a gente famosa para que se ponga en ridículo.

—Sí, pero reconócele eso a «Threnody». Ha funcionado. Ahora eres popular. Y... querido.

—En la calle, los taxistas y ese tipo de gente me dicen: *Cuídate, Lionel. Mucho cuidado, Lionel*. Me dicen: *Cuídate mucho, Lionel...* ¿Me quieren? No sé.

A un gesto de barbilla de Lionel, se levantaron para irse. La stripper del tanga estaba haciendo la colecta con su bolsa de las propinas. Lionel dijo:

—Opérate las tetas para los chicos, oh oh...

La chica aminoró el paso. Des le sonrió tan inocentemente como pudo (una madre más bien joven, supuso, tratando de llegar a fin de mes). La chica lanzó una mirada rápida, inexpresiva a Lionel, y siguió su ronda.

—Espera —le dijo Lionel—. Un momento, querida. Aquí tienes cincuenta libras. Te las meteré en la media. Cincuenta libras... para la operación. Toma.

En el cruce de fuera tuvieron que alzar la voz para entenderse.

—¿Adónde vas ahora, tío Li? —gritó Desmond, y con el pulgar hizo un gesto indicando que él se iba a casa.

—¡Oh, no te vayas todavía, Des! —le contestó a gritos Lionel—. ¡Ven a tomarte una copa de buenas noches al *Sleeping Beauty*! ¡Me apetece charlar! ¡De mi sexualidad!

## 14

El *Sleeping Beauty*, el único lugar donde alojarse en Diston (aparte de varias fondas de mala muerte y de oscuros *Bed & Breakfast*), estaba en *Murdstone Road*, a media hora de camino a pie hacia el este, a través de la noche del sábado. Echaron a andar, deslizándose por calles laterales entre los dientes apretados de los coches cerrados.

—¡Hay ciertas tensiones en mi relación con Gina!



—¿A qué te refieres, tío Li?

—¡Bueno, se está poniendo difícil! ¡Marlon... sigue subiéndome el precio! ¡Pronto va a ser más rico que yo!

Siguieron caminando; dejaron atrás las marañas de gente. Des casi de puntillas, Lionel con sus pesados pasos implacables. En los diez años de diálogo a dos, Des nunca había tenido que prestar oído a los detalles de la sexualidad de su tío. Y por tanto estaba asustado. Ahora sentía como si le estuvieran restregando la cara con una tela de araña húmeda. Miró hacia abajo y vio que sus manos y antebrazos habían adquirido una tonalidad más oscura y una calidez subcutánea y húmeda.

—¡Lo otro,<sup>[30]</sup> Des! ¿Sabes que lo llaman así? ¡Siempre me he preguntado por qué! ¡Hasta ahora!

Pero habían llegado a Carker Square, un lugar de dimensiones impresionantes; las dos franjas de hierba castaña del tamaño de campos de fútbol (con su sólido tocón cada una de ellas) y los senderos radiales y de pavimentación absurda que convergían en la fuente difunta, y todo el vasto espacio tan densamente poblado, imaginó Des, como Sao Paulo o Bangkok, pero de gente casi toda blanca, tan blanca como Cynthia... Les llegaba a los oídos como una celebración: las risotadas malévolas de los hombres, las carcajadas desenfrenadas de las mujeres. Pero si uno pudiera bajar el volumen (si uno pudiera quitar el volumen por completo), los distonianos parecerían supervivientes de alguna calamidad titánica, paseantes fortuitos, pongamos, de después de un terremoto, mientras la tierra seguía temblando bajo sus pies. Lionel acercó la cara y, con voz espesa, vehemente, suspiró:

—Mírales... Dios. Todas las mesas llenas. Abarrotadas. No aguantan la bebida, Des. Tan sencillo como eso.

Llegaron a Jupes Lanes, una maraña más tranquila y mucho más peligrosa de enrevesadas callejuelas que se abrían paso hacia el otro extremo de Carker Square.

—Con Gina y Marlon —dijo Lionel (su voz volvía a adoptar un volumen normal) — me encuentro en... una situación muy delicada.

—Delicada ¿en qué sentido?

—Bueno. Verás... Antes hacía que nos oyese. Ahora le hago mirarnos. La pregunta es: ¿hasta cuándo va a aguantar? Y entonces ¿qué va a pasar?

El ruido de una puerta que se cierra, el estrépito de un enrejado que se baja, el alarido de un hombre, el grito de una mujer que bruscamente se apaga... Des se detenía una y otra vez para dejar pasar a personas vagas y oscuras, de aire malhumorado y torvo, solas o en grupos de dos o de tres. Lionel dijo:

—Y eso no es todo lo que me preocupa. —Se frotó las manos y miró hacia el cielo—. ¿Sabes, Des? Te asombraría saber lo que la fama y el dinero les hace hacer a las mujeres. Y no estoy hablando sólo de las furcias de siempre —dijo moviendo la cabeza en ademán de remilgado desdén—. Esas pequeñas furcias de las fiestas. Con sus tatuajes y sus piercings en la lengua. ¡Como te tires a una de ellas, Des, lo cuentan rápidamente en los periódicos! ¡Y lo que lees al día siguiente es que eres un

infiel o un adúltero! No, chico. Oh, no hablo de ellas... Hablo de muchas MILFs ricas.

—¿MILFs ricas, tío Li?

—Sí. MILFs pijas, Des. MILFs finolis. ¡Son increíbles! Estás en una joyería de Mayfair, o aparcando el Aurora. O haciendo cualquier gestión. Y va una MILF y me dice: *Eres ése, ¿no?* Y dice: *Eres el del Telegraph. Eres ése.* Y no son amas de casa, Des. Son como de la alta sociedad. —El semblante de Lionel adoptó un aire de gratitud y asombro—. ¿Y quién iba a pensar que esas MILFs ricas, que saben francés y tocan el violín...? ¿Sabes? Ahí está la... paradoja, Des. ¿Quién iba a pensar que esas MILFs ricas fueran a resultar las folladoras más guarras con que te has topado en toda tu vida...? —Lionel aflojó el paso—. Un momento. No son MILFs. No exactamente. ¡Son DILFs!<sup>[31]</sup>

—¿DILFs, tío Li?

—Sí. Verás. Son todas... Un momento... Mira esto, Des. Míralo. Llámalo contraste cultural, si quieres.

Habían llegado a un claro circular. Bien iluminado, lleno de basura... Con la cabeza apoyada en una bolsa de basura reluciente, y con el vestido subido hasta la parte alta de la camiseta sin mangas, una adolescente grande y pelirroja trataba de incorporarse para ponerse en pie, arañando y afianzándose —como un esquiador boca arriba— con las dos botellas de vino rotas que apretaba entre los puños pecosos... Por la pendiente de enfrente bajaba en dirección a ella una hilera de figuras profusamente tapadas con velos, una madre con sus tres, o cuatro, o cinco hijas, cada cual más menuda que la siguiente, como esas muñecas rusas. Se abrieron en abanico y contemplaron fijamente la escena. Lionel se detuvo unos segundos, y dijo:

—No se preocupen, señoras. Sé que parece que la cosa no tiene ningún sentido, pero ahora están ustedes en Inglaterra. Y aquí es diferente con nuestras chicas. Y nosotros, los chicos, no movemos ni un músculo. ¿Por qué? Porque ellas son así de brutas. Vámonos, hijo.

Lionel y Desmond volvieron a caminar codo con codo.

—DILFs, Des. Divorciadas. ¡Todas ellas! ¿Sabes cómo lo hacen? Primero... primero cazan a un viejo banquero que les dura diez minutos. ¡Y ya son independientes para toda la vida! Y, oye, están en las mejores condiciones, Des. Geniales. Y le digo a una de ellas, le digo a esa DILF: *¿Cuántos años tienes?* Y adivina lo que me dice:

—¿Qué?

—¡Treinta y siete! ¡Lo que significa que seguramente tiene cuarenta y tres! Piénsalo. Casi como la abuela..., y ni una marca del tiempo por ninguna parte. Mimadas toda la vida, así es como han estado. Tratamientos de belleza. Masajes. Yoga. Muy bien. Muy bien. Estás en una elegante habitación de hotel. Y ella con una adorable sonrisa burlona en la cara, y diciendo: *Vamos a...*

—Oye, tío Li...

Al frente, donde la calzada se estrechaba hasta la anchura de un pasillo de vivienda de protección oficial, les esperaba una forma enorme. Hasta para Jupes Lanes resultaba una visión excepcional (y la gente, en la actualidad, trata cada día más y por todos los medios de resultar excepcional). Aquella aparición que llenaba la calleja duplicaba la masa de la envergadura de Lionel; era una masa groseramente hinchada pero también dinámica, y ávida de aspirar mecánicamente el aire circundante. Al acercarse a él comprobaron que la cara del joven en cuestión era como una pizza con acné, o incluso eccema, y que la bata floja y húmeda que llevaba mostraba similares incrustaciones y una mancha gruesa de sangre o ketchup que le cruzaba el pecho de axila a axila. Blandía un voluminoso mazo con la cabeza llena de nudos, y con la mano libre se hurgaba la entrepierna de los pantalones cortos caqui.

—¿Vas a buscar novia? —le preguntó Lionel con voz suave—. Bien, pues apártate de ahí, entonces. Apártate. Retrocede y ponte a un lado. Junto a esos cubos de basura. Mira, no podemos rodearte, tío. Eres demasiado gordo, joder. Dios. Apártate.

El joven no se movió, y Lionel cruzó los brazos, bajó la cabeza y espiró... Ahora bien, según la sobrada experiencia de Desmond al respecto, su tío Li, cuando veía aproximarse una pelea, tenía tres estilos distintos de movilización. Con sus pares exhibía un arrebatado de la propia rectitud; con sus «casi pares» abría y ensanchaba la boca y avivaba los ojos en una avidez cuasi sexual (éste era el estilo utilizado con Marlon Welkway), y con todos los demás se limitaba a arremangarse la camisa para ponerse manos a la obra. Pero allí en Jupes Lanes estaba mortalmente aburrido, aburrido hasta el punto del dolor psíquico..., como alguien eternamente despojados de toda fascinación, de todo deleite... El joven dijo:

—Que te den.

—De acuerdo —dijo Lionel—. Disfruta del momento, colega. No vas a sentirte ni la mitad de bien que ahora... nunca jamás. *Así que piénsalo con detenimiento, ¿eh, pedazo de soplapollas?* Joder. Bueno, pues la DILF pija esa, Des, empieza a quitarse como cuarenta mil libras de ropa y me empieza a llamar..., bueno, me llamó *yoik*. ¿Qué es un *yoik*? Ya sé que no es nada bonito..., pero ¿qué es un *yoik*?

Des, vacilante, sugirió que era la combinación de *yob* y de *oik*.<sup>[32]</sup> Yoik.

—¿Tú crees? Pensé que era porque de niño solían internarme en un *Yoi*.<sup>[33]</sup> Ya sabes. *Yoi*. Yoik... Des, tengo la sensación de que esto me tiene obsesionado. Lo de las DILFs. Con mi odio de clase y demás. Ellas diciéndome: *Venga, so yoik... Venga, chico del arroyo...* La cosa puede irseme de las manos. Perfectamente podría irseme de las manos.

Des vio que Murdstone Road estaba ahora a apenas una manzana de distancia.

—Eso me supera, tío Li. No puedo imaginar a esas mujeres.

—No es extraño que no puedas, Des, viviendo aquí. No hay DILFs en Diston.

—Me pregunto qué sacan ellas en limpio... No te ofendas, tío Li.

—No me ofendo, Des. Es una buena pregunta. —Con espíritu especulativo,

Lionel prosiguió—: La gente dice: *A las niñas pijas les apetece un poco de rudeza*. Les gustan los tipos rudos. Y yo siempre pienso: Sí, pero eso sólo lo dicen los tipos rudos. No hay que darse coba a uno mismo. Pero sí que hay algo de verdad en ello. Verás: lo que esas mujeres buscan es un cambio.

—¿Un cambio de la gente que es como ellas?

—Sí, de esa gente igual, de los tipos de su clase, con sus carreras universitarias y todo eso. Pero verás: ellas normalmente no pueden poner esto en práctica. Sólo es una... fantasía. Pero sí pueden ponerlo en práctica con Lionel Asbo.

—¿Por qué?

—Bueno, porque es rudo. Porque es famoso. Porque vale un par de miles de millones. El público está al tanto de sus cosas. Es seguro. ¿Y qué sacas en limpio de todo esto? Que ellas corren con todos los gastos, Des. Consecuentemente. Es una marca registrada de las DILFs. Pagan la habitación y el champán y demás... Controlan su pequeño capricho, ¿entiendes? ¿Y cuál es ese pequeño capricho?

—No lo sé.

—El gozo de andar por ahí jugando con un estúpido.

—Tú no eres estúpido, tío Li.

—Sí, joder. Lo soy.

—Bienvenido —dijo el hombre de la puerta de cristal—. ¿Cómo está esta noche, señor Smith?

## 15

En el firmamento de los hoteles de Londres, el Sleeping Beauty (como el Imperial Palace de Metroland) era un enano marrón, no un gigante azul (como el Pantheon Grand) o una espasmódica «estrella fulgurante» (como el South Central). Pero era moderno, o al menos reciente; y a Des le tranquilizaba (a todo el mundo le tranquilizaba) ver a hombres y mujeres con uniforme de líneas aéreas tomándose unas últimas rondas de licores fuertes antes de dirigirse en minibús a Stansted para vuelos organizados de madrugada (a las islas Sorlingas, o a las Baleares, o a las Canarias). Los pilotos y copilotos con sus trajes de sarga marcial, las azafatas con monos anaranjados, como presidiaras.

Después de registrarse en el hotel (y de consignar un depósito en metálico), Lionel consiguió media pinta de sidra y una botella entera de Wild Turkey, y se sentaron en una mesa de un rincón del Beanstalk Bar.

—¿Te has preguntado alguna vez, Des, qué hago para divertirme aquí en Diston?

—Sí. Alguna vez.

—Bien, me he quedado sin resentimientos. Ya no me queda ninguno. Así que cuando te vayas esta noche, voy a hacer un par de NEETs. Voy a hacer un par de

NEDs.

NEETs eran los que estaban en el paro sin recibir educación ni formación alguna; NEDs, los delincuentes sin estudios.<sup>[34]</sup>

—Nada especial. Darles un par de porrazos. Y tirarlos al canal. Iré a buscar a ese gordo hijoputa que hemos visto en Jupes. Puede que eso me ponga de humor.

Desmond frunció un ceño que era toda una pregunta.

—De humor para irme con una puta. Aquí. De subirme una puta a la habitación. —El semblante de Lionel, en aquel momento, mostraba una expresión que se acercaba (más de lo que lo había hecho jamás) a la disculpa o el remordimiento—. Verás, Des, en mi sexualidad, siendo como es..., tiene que haber dolor... Es así. Así es como es. No sé por qué. Pero tiene que haber dolor —dijo—. Así que la relación con Gina es ideal. Hasta ahora. ¿Sabes? Ahora lo estoy haciendo con ella de la forma normal. Y con cada empujón, con cada embestida..., ella siente dolor... Pero no se puede decir que le esté causando un daño, ¿no? Para empezar, a ella le gusta el sexo duro. Pero no puede decirse que le esté haciendo daño a Gina.

—¿Cómo se siente Gina al respecto?

—A ella sólo le importa Marlon. Bueno, ellos dos. Ríete tú del amor-odio... Son como gatos de Kilkenny. Con las colas atadas. Gina le quiere joder porque Marlon se está follando a su hermana pequeña. La pequeña Foozaloo. Bueno, el hombre tiene que hacer algo, ¿no? Para mantener la moral alta. ¿Hasta dónde puede aguantar? Y la cosa no acabará ahí. No, no acabará ahí. La va a matar. La va a marcar. No le quedará más remedio.

Des tragó y dijo:

—¿Y qué pasa con Cynthia? ¿Le haces daño a Cynthia?

—¿A Cynthia? ¿Cómo se le puede hacer daño a Cynthia? ¿Es que no ves cómo está? ¿Qué daño se le va a hacer? —Lionel se sirvió, Lionel bebió. De pronto, con el semblante inexpresivo, dijo—: Con las DILFs, Des... Te dicen: *Venga ya. Dame esa... increíble..., puto yoik. Dámela ya.* Y todo con ese desprecio adorable en la cara. Créeme, Des. Cuando te la estás follando, ya no tiene esa sonrisa de desprecio en la cara.

Des tragó de nuevo, y dijo:

—Es importante, ¿verdad? Vértelas con ese desprecio.

—Oh, sí —dijo Lionel—. Oooh, sí...

Lionel contemplaba la bebida ondulante de su copa cuando Des cayó en la cuenta de que, en el ámbito de lo erótico, no se había hecho mención alguna de «Threnody», la prometida de Lionel.

—Des. Dime la verdad. Sé sincero. ¿Has pensado alguna vez que hay algo... que hay algo que no está bien en lo mío con las chicas?

—Bueno, todos somos diferentes. Yo soy un poco puritano. Eso es lo que dice Dawn. Y que soy demasiado «necesitado». Todos somos diferentes.

—Me hizo ir... «Threnody» me hizo ir a ver a un tipo. Por mi sexualidad. En

Cavendish Square. En un viejo piso muy ostentoso de Cavendish Square. Y nunca adivinarías lo que ese tipo me dijo. Grace. Grace. Que en su opinión todo se remonta a Grace.

—¿Y de dónde se saca eso?

—Me dijo: *Lionel, cuando estás haciendo el coito, ¿no sientes que te está esperando... como una rabia? ¿Como hecha a medida?* Y yo le dije: *Sí. Hecha a medida. Ha puesto el dedo en la llaga.* Lo hablamos, y me dijo: *Bien, es obvio. Tiene usted una puta escoria de madre, joven.* Bueno, no con esas palabras exactamente. Me dijo: *¡Y tenía la evidencia delante de los ojos! ¡Desde que era un niño pequeño!*

—¿Delante de los ojos, tío Li?

—¿Delante de los ojos, tío Li? Usa la cabeza, Desmond Pepperdine. Soy un niño pequeño. ¡Y ahí están todos esos putos hermanos! ¡Ese puto zoo de hermanos!

No era la primera vez que Des consideraba la cuestión desde la perspectiva de Lionel, desde la perspectiva de alguien que está en una sillita de bebé, con un chupete en la boca, y que tiene alrededor a John, muy parecido a un albino nórdico, al moreno y pirático Paul, a George, de cara tan plana y cuadrada como un salvamanteles (y salpicada de pecas), a Ringo, mandarínico y de párpados gruesos, y, cómo no, al desaliñado y silesio Stuart. Des dijo:

—Bueno, también está Cilla.

—Sí. Cilla. Mi supuesta gemela... Y cinco hermanos; y una madre que tiene apenas dieciocho años. No estaba bien, Des. Quiero decir que, después de todo eso..., ¿cómo puede un hombre confiar en las mujeres?

Callaron, y el silencio duró cinco minutos. Al cabo Lionel miró el reloj y dijo:

—Haciéndoselo con colegiales...

*Colegiales*: la palabra tenía la fuerza de una maldición tribal, o étnica. *Colegiales*... era algo que evocaba a los hutus o los uigures.

—¿Estás bien, Desi? Yo me voy.

Desmond, pues, se preparó; se preparó para los seis minutos de marcha a la carrera por Murdstone Road, y a través de Jupes Lanes, y de Carker Square, y de otros parajes más. Pero no. Lionel hizo una llamada, y Des volvió a Avalon Tower en un coche de cortesía.

—Muy bien, hijo —le dijo Lionel en el área de servicio. Y se abrazaron.

Por el parabrisas tintado se podía apreciar la pureza del satélite lunar, con forma de D en la lejanía azul real. La cara oculta era sutilmente visible, como si el Hombre de la Luna llevara un gorro de fieltro negro.

Dawn llegó a la una.

—¿Te ha visto?

—No —dijo Dawn, y apagó la luz—. No me ha visto.

Durante un rato, Des la consoló, y ella pronto dejó escapar un suspiro último y se durmió. Pero Des no pudo conciliar el sueño. Seguía despierto cuando Lionel entró

atropelladamente a eso de las siete (oyó, por encima del ruido de las botas claveteadas, el crujido suave de cada tabla del entarimado). Desmond y Lionel se levantaron —con apenas unos minutos de diferencia— a las cuatro de la tarde del domingo.

Dawn había vuelto al hospital, y tío y sobrino compartieron un desayuno sentimental: Pop-Tarts (Des bajó a comprarlos).

¿Qué es lo que le impidió dormir a Desmond?

Durante la velada que habían pasado juntos el sábado, Des se había visto sumido, sin poder hacer nada para evitarlo, en un mar de recuerdos somáticos. Su cuerpo seguía recordando. La coronilla de la cabeza y los rizos tupidos del pelo recordaban lo que era, siendo un niño de cinco años, sentir el peso de aquella palma cada vez que su tío de once años lo encauzaba para cruzar la calle. Todo su cuerpo recordaría más tarde lo que era caminar por las calles sibilantes de Diston con Lionel a un costado, garantizando su cercanía, como un caparazón. Y cuando la noche anterior se despidieron en el Sleeping Beauty, y se abrazaron, el cuerpo de Des se recordó con doce, trece, catorce años, en el tiempo de su entumecimiento y su carencia de Cilla: una vez al mes (más o menos), Lionel lo miraba con desacostumbrada franqueza, y levantaba la barbilla sin impaciencia, y decía: *Se ha ido, Desi, y no va a volver más, o De acuerdo, de acuerdo, muchacho. Lo sé. Lo sé. Pero no puedes quedarte ahí sentado y triste...* Y le daba un abrazo (aunque no del todo, nunca lo bastante), y le susurraba *Está bien, está bien, hijo...* Así que en el área de servicio del Sleeping Beauty, cuando Lionel le había dicho *Muy bien, hijo*, y había sentido sus enormes brazos y su torso envolvente, Des (al pensar en ello en la cama junto a Dawn, con los ojos abiertos) sintió que el amor se encendía en su corazón.

Pero esto era sólo la mitad de la cuestión.

La otra mitad, como la cara oculta de una media luna, tenía que ver con el miedo... Cilla ya no estaba —era como una amputación—, Cilla se había ido dejando un vacío monstruoso a su espalda; y Des miró a Grace, y juntos encontraron una clase equivocada de amor. Así estaban las cosas. Y nada podía hacer Des para remediarlas, ni entonces ni ahora. *Sumiso, pero aun así...* ¡Quince años! Con los años el miedo había llegado a ser manejable, era algo inherente en él, y lo mortificaba cuando no había nada más que lo mortificase. Ya no alcanzaba nunca la exacerbación de 2006 (*Querida Daphne*, los gemidos de Grace, *Oooh, a los internos les encantará que lo metan con ellos en la trena*, la adolescencia con el blazer de Squeers). Pero, comedida y por supuesto innoblemente, razonaba que su miedo no habría de cesar hasta que Grace muriera (o hasta que muriera Lionel).

El miedo cabalgaba su sueño. Y a veces, cuando las noches eran demasiado largas, sentía la necesidad desgarradora de confesarlo todo, de capitulación, de castigo, de crucifixión... Luego, por la mañana, las piezas de la vida volvían a encajar y a fundirse.

¿Y Grace? Cuando llegan a ese estado, decía Lionel (y llevaba años diciéndolo),

*lo mejor es que se mueran.*

Des nunca había deseado la muerte de su abuela. Pero había deseado muchas veces que se quedara muda.

El cielo se iba aclarando sobre los tejados de Diston. Al levantarse a beber agua a eso de las cinco, Des se sorprendió inmóvil en el pasillo; la puerta del dormitorio de Lionel estaba abierta, como de costumbre (para que circulara el aire), y miró dentro. La sombra del marco de la ventana sobre la alfombra le hizo pensar involuntariamente en una guillotina, y —Dios— vio la luna, mirándole, blanca como la muerte con su capucha de verdugo... Dawn se dio la vuelta, dormida. Des se acostó en silencio junto a la forma curvada de su cuerpo.

## 16

El mensaje telefónico era ominosamente cortante.

*Prepárate para la tragedia, Desmond Pepperdine...*

Acababa de volver (con un chocolate caliente y un sándwich de salami) a la fluorescencia de planta abierta del *Daily Mirror*. Era a primeras horas de la tarde, y el ritmo del trabajo se iba acelerando a medida que se acercaban las entregas y los cierres. Hizo la llamada (una entre muchas), y, en tono natural, preguntó:

—No es la abuela, ¿verdad, tío Li?

—¿Qué? No. No tenemos esa suerte. Espera un momento.

Des alcanzaba a oír como una refriega: gruñidos, tintineos..., todo reverberante, subterráneo.

—No. Soy yo, que me he prometido. Y... he jurado callar. Pero, como te he dicho, prepárate para noticias de... índole trágica. Oye, Des, ¿me dejé una bufanda, con los colores del West Ham pero de cachemir, en algún rincón de mi cuarto?

A las cinco de la tarde lo difundió la Associated Press. Horas después de conceder su primera sesión fotográfica desde hacía dos meses y medio, y de exhibir el «bombo» con uno de sus conjuntos de Self Esteem en Wormwood Scrubs, «Threnody» fue trasladada en helicóptero a una clínica privada de Southend.

Entretanto, en Avalon Tower todo se desarrollaba como es debido. Todo era embarazosamente normal. La naturaleza sabia seguía sabiamente su curso; Bebé (ahora lo llamaban así, porque los nombres no significaban nada para ellos) se manifestaba apta y puntual y casi desdeñosamente en cada prueba, y su corazón latía, y sus miembros se agitaban. La Madre seguía vigilante pero confiada, mientras el Padre lo presidía todo con una calma épica. Estaban allí sentados, con sus libros de bolsillo, a la luz ociosa del sábado. Faltaba un mes y medio para el día. Bebé era la radiación de fondo, la electricidad estática circundante, de sus vidas.



Cada pocos minutos alguno de los dos decía algo sin levantar la mirada.

—Quizá le han explotado las tetas.

—Dawnie...

—Bueno, es que explotan... En los aviones. Puede que le haya explotado el culo.

—Dawnie... Pero no lo calificarías de trágico, ¿no te parece? Que a alguien le explote el culo.

—Sí. Que te explote el culo postizo.

—Léelo en las noticias. «*Threnody*» acababa de terminar la sesión fotográfica cuando de pronto le estalló trágicamente el culo postizo...

—Ya. Tras estallarle trágicamente el culo postizo, a «*Threnody*» se la trasladó de urgencia a...

—¿Han trasladado de urgencia a un hospital a Danube recientemente? He pensado que podía estar imitándole de nuevo...

—Bueno, Lionel no parece demasiado preocupado.

—Ya. Por decirlo suavemente.

—Quizá su bombo también sea postizo. Un relleno de silicona. Quizá le explotó el bombo postizo... ¡Huy...!

—¿Otra vez? ¿Aún no?

—Sí —dijo Dawn, muy tensa.

—¿Te ha estado doliendo sin que te quejaras?

Porque... porque estaba ese pequeño detalle. Hacia el final del séptimo mes, Dawn empezó a sentir punzadas en la base de la columna vertebral. Fueron al Centro y consultaron con la señora Treacher; y bueno..., todo estaba en los libros. «*Durante el séptimo mes, Dawnie, las articulaciones normalmente fijas de la pelvis empiezan a aflojarse para facilitar el paso del bebé en el parto*», le leyó en alto Des. «*Esto, junto con tu abdomen hinchado, te desequilibra el cuerpo. ¿Entiendes? Y para compensar, tiendes a echar hacia atrás los hombros y a arquear el cuello. O sea, eres tú misma, Dawnie. Resultado: una parte baja de la espalda muy curvada, unos músculos muy tensos, y dolor. ¿Entiendes?*» Así pues, siguieron las instrucciones: silla de respaldo recto, reposapiés, suelas de cinco centímetros de grosor, calor en esa zona durante la noche, y nada de cruzar las piernas. Y al principio pareció que surtía efecto.

Des dijo:

—Vamos al Centro a ver a la señora Treacher. Date prisa.

—No, Des. Nos dirá lo mismo.

Levantando el libro hasta la altura del pecho y mirando más allá de él, Des observó a su mujer. Aproximadamente cada minuto una presencia extraña se materializaba en el centro de su frente, y sus ojos azules se endurecían con expresión desafiante. Luego su pecho subía y bajaba, y ella suspiraba.

—De acuerdo, Dawnie. Muy bien. Debe de ser un nervio pinzado o algo parecido. Pero venga. Vamos; estaremos de vuelta para las siete.

—Déjame en paz. Estoy cansada.

—Escucha. Nada me gustaría más que pasar todo esto por ti —dijo Des—. Pero no puedo.

—¿Y yo? Está bien. Sin prisas.

—Sin prisas.

A las seis de la tarde Des llamó a Goodcars.

Una hora después estaban sentados el uno junto al otro en medio de un tráfico de locura furiosa. Dawn suspiraba, pero ahora no de dolor sino de exasperación pura y solemne. Las cuatro ventanillas del taxi iban abiertas al aire quieto de la tarde. Taxis, radiotaxis: las infinitas luces rojas... Alzando la voz por encima de los cláxones, de los motores acelerados, de los cedés y las radios, y de las portezuelas cerradas de golpe (la gente se apeaba de los coches para mirar con indignación hacia la lejanía recalentada), Des se pasó el trayecto despotricando vivamente del Diston General, cuyas instalaciones se apiñaban a un lado (a su izquierda), como las terminales de poca altura de un viejo aeropuerto.

—Dicen en la *Gazette* que encontraron ¡plumas de paloma en la ensalada! En Urgencias, un sábado por la noche, te hacen esperar unas cinco horas. Y si llevas un machete clavado en la cabeza, ¡te mandan al final de la cola! Estamos bien donde estamos, Dawnie. Estamos bien.

—Quiero irme a casa. Ha dejado de dolerme. Estoy bien.

Sin posibilidad de progreso lineal, la masa metálica del embotellamiento, como cualquier aglomeración humana (en la que cada una de las vidas odia a todas las demás), buscaba ahora la movilidad lateral, girando con complicadas maniobras y subiéndose a los bordillos y a la mediana..., y Des se sentía tan pletórico de fuerza que le entraron ganas de bajar a la calzada a poner orden, y abrir un paso para ellos con sus propias manos...

—Estaba bien cuando me monté en el coche —dijo Dawn, hundiendo la pequeña cabeza en el costado de su marido—. Pero al ir sentada aquí con todo este alboroto me ha vuelto el dolor. Estaba bien.

—Es una vértebra dislocada, Dawnie. Eso es lo que es. O puede que sean las contracciones de Braxton Hicks. O ciática. Dicen que suele venir bien un poco de fisioterapia. Unos cuantos masajes en la espalda. Eso es todo.

Al frente, a lo lejos, el tráfico encontró un súbito desahogo, y la columna reanudó la marcha como los vagones de enganche holgado de un tren que empieza lentamente a ganar velocidad.

Des dijo, con conocimiento de causa:

—Bebé ya puede parpadear. Y puede soñar. Imagínate. ¿Qué soñarán los niños que no han nacido todavía?

—Calla —dijo Dawn—. Calla.

A Dawn se le hacía muy difícil ponerse derecha al bajarse del coche y entrar en la blancura inodora del Centro de Maternidad.

La señora Treacher, llamada por megafonía, apareció de inmediato, voluminosa y con aire de solventarlo todo. Y Des se puso a pensar en el ágape que al final iba a tener con Dawn delante del *Partido del día*.

17

La señora Treacher les condujo por una serie de corredores y a través de unas puertas de incendios endebles y con ojos de buey sellados, y a continuación por unas fuentes recubiertas de un esmalte nacarado. Llegaron a una mampara de cristal, y allí la señora Treacher se volvió y dijo con su sonrisa de ogra:

—Te voy a hacer un reconocimiento rápido, cariño, mientras dejamos aquí al joven Des.

Le hizo pasar a un despacho pequeño y pulcro (el de la propia señora Treacher, a todas luces), con una pantalla de ordenador, una estantería con libros de texto y unas latas planas con clips y chinchetas. Des vio una pequeña fotografía con un marco dorado (de hacía varios años): la señora Treacher con su marido, su hijo y su hija y un bebé en pañales en los brazos. Le resultó extraño pensar en que aquella comadrona (tan solícitamente disponible siempre) pudiera tener hijos propios. Pero casi todo el mundo tenía hijos. Era lo normal, la cosa más normal del mundo.

Así que Des se paseó por aquel recinto sin ansiedad alguna; iba de un lado para otro por el piso con una sensación de impaciencia ilimitada: quería que se le asignaran tareas, retos, que se le hicieran pruebas de fuerza... Las ventanas del despacho daban a un jardín del tamaño de un solar municipal, y al rato apoyó los antebrazos en el alféizar de una de ellas, y poco a poco se fue entregando al crepúsculo inminente: la hilera de árboles, el vuelo de los pájaros. Con pesar, pensó en cuán poco sabía de la naturaleza... Los árboles: ¿eran, quizá, álamos? Los pájaros: ¿eran, quizá, chochines? Pequeños, de ala corta y pecho orgulloso, ascendían por encima de las copas de los árboles con tales empujones trémulos, casi visiblemente palpitantes, y con tal anhelo ardiente, extático... Aquel chochín era hembra, decidió Des, mientras le llegaba el sonido de su propio nombre.

Abrió la puerta con un floreo tan brusco que por poco cae sobre una paciente con bata blanca en una silla de ruedas. Era Dawn, y la señora Treacher le hablaba con palabras rápidas a un hombre vestido de verde.

—Estoy rompiendo aguas —dijo Dawn—. No es un nervio pinzado, Des. Es el parto. El bebé está llegando.

—No es posible —dijo Des, levantando la barbilla—. No tiene el tamaño suficiente. —Levantó la barbilla aún más, y se encogió de hombros—. No es posible. No está preparado.

—Viene. Viene esta noche.

Des tomó aire para poder hablar, pero lo que salió de sus labios fue algo parecido a un estornudo de disolución. Se echó a tuestas hacia un lado, en busca de la solidez del banco, y se dejó caer en él. Luego se llevó las manos a la cara y se perdió en las lágrimas más embrolladas y mocosas que había derramado en toda su vida; al cabo de un instante estaban en todas partes: en la boca, en lo alto del interior de la nariz, en las orejas, deslizándose garganta abajo...

Y no pintaba nada en el paritorio.

—¡Díganle que respire! —trataba de repetir mientras lo empujaban a la fuerza hacia la puerta—. ¡Hagan que respire!

—Desmond —le dijo su mujer—. Vete y échate en alguna parte. Y espéranos. ¡Espera! Puedo hacerlo. Puedo hacerlo todo.

Lo despertó el alba; no, no su mujer Dawn.<sup>[35]</sup> Fue el alba; lo despertó el alba: la luz del día. Cuando intentó levantar la cabeza se dio cuenta de que la mejilla se le había pegado a la tapicería plástica, y hubo de someterse a una horrible raspadura para liberarse. Cuando por fin levantó la cabeza vio que estaba en un pasillo ancho con otros hombres que, como él, esperaban dormitando. Le llevó unos minutos, pero al final lo comprendió: ningún desastre podía acontecerle mientras consiguiera estar completamente inmóvil. Pero cuando, a lo lejos, vio cómo la señora Treacher se dirigía apresuradamente hacia él, sintió que su cabeza se le sacudía hacia un lado para no arriesgarse a leer la expresión de su semblante.

—¿Desmond?

Des tragó saliva, amilanado, y dijo:

—¿Está bien? ¿Dawn está bien?

—Oh, sí.

—¿Bebé está bien?

—Las dos están bien. Es una chica.

Estas últimas palabras de la comadrona lo desconcertaron. *Es una chica*: no alcanzaba a comprender por qué alguien podría pensar que eso era algo que él necesitara o deseara saber. Ni chico, ni chica, ni chico. Sólo bebé, bebé, bebé...

—¿Bebé está bien?

—Bueno, es muy pequeña. Pero se hará más grande. —La señora Treacher añadió con avidez—: Lo mismo que hacen todos. Eso es lo que hacen.

Se dejó conducir hasta el interior de un recinto llamado Sala de Reanimación, y avanzó a lo largo de una «línea de producción» de carne femenina triunfante (camisones blancos, miembros cálidos, sábanas blancas); y allí estaba su mujer, incorporada en la cama, con la espalda arqueada y cepillándose el pelo enérgicamente.

—Oh, mi pobre amor —dijo, y sonrió con una mano pegada a la boca—. ¿Qué ha sido de ti, Des?

Y de nuevo fue conducido —o lo hicieron rodar: los pies los sentía como

redecillas— a un sanctasanctórum o laboratorio, y miró hacia abajo con horror y vio aquella cosa viva bajo una cúpula de cristal (parecida a una pecera invertida): rosada, pardusca, amarillenta, cuyos miembros se agitaban sin objeto como los miembros de un escarabajo boca arriba. Desmond volvió a disolverse. Dijo algo una y otra vez, y no sabía lo que estaba diciendo, pero siguió diciéndolo de todas formas, como si estuviera convencido de que nadie podía oírle.

El aire de la mañana lo envolvió en una ruda caricia. Durante un rato se limitó a quedarse allí lánguidamente. Y así, al parecer, podía haber seguido indefinidamente, pero un insecto grande y complejo se acercó a él y lo amenazó con júbilo, y tras una serie de respiraciones ahogadas y gemidos se puso en marcha. Su misión era ir a casa y recoger las cosas de Dawn. ¿Sería capaz de encargarse de ello, al menos? Autobús, metro. Tendría que moverse dentro del núcleo duro de la urbe.

Pero antes de intentar nada de esto entró en un salón de té de la calle principal y pidió una tostada con champiñones. Se imaginó a sí mismo con un hambre insaciable; pero el gusto de aquellos hongos oscuros se le antojaron extraños a su lengua... Alguien había dejado un periódico en una silla, a su lado. Lo cogió y lo abrió sobre la mesa. Como desde lo alto de una divisoria continental, como a través de las lentes de un telescopio escrutador del cielo, leyó sobre su astronómico tío en el *Sunday Mirror*.

... Todas las persianas estaban echadas en Wormwood Scrubs. Y la bandera de San Jorge ondeaba a media asta. «Threnody», que había tenido un aborto, estaba profundamente sedada. De acuerdo con la declaración difundida por Megan Jones, la pareja se hallaba *absolutamente desolada por esta tragedia*. Y el personal de seguridad de la mansión, junto con otros amigos y asesores (leyó Des), habían montado una «guardia de suicidio» para proteger de sí mismo a Lionel Asbo.

Dawn estaba terminando el almuerzo cuando él volvió con una bolsa para la ropa sucia sin usar, con sus camisones, su albornoz y su neceser, además de otros varios elementos siniestros (e insípidos) como almohadillas para la lactancia y crema para los pezones...

Lo miró de arriba abajo mientras Des hacía ademán de sentarse en la silla de la cabecera.

—¿No me das un beso? —Se dio unos toquecitos en la boca con un pañuelo de papel—. Cilla está durmiendo. ¿Por qué no vas a verla un momento? Te dirán dónde es.

Des dijo:

—¿Cilla? ¿Vamos a ponerle Cilla?

—No te entiendo, Des Pepperdine. ¿Era todo lo que podías decir! ¿Es que no te acuerdas? *Llámala Cilla. Por favor, llámala Cilla. Llámala Cilla, por favor, llámala Cilla.* ¿No te acuerdas? ¿Era todo lo que podías decir!

Des se miró los zapatos.

—Cilla. Cilla Dawn Pepperdine. No lo veo nada mal.

—No lo ves nada mal... Pues ve a verla. Ve a verla ahora mismo.

—Te espero. Espero a que te tomes el postre.

Dawn dijo:

—Des, no te preocupes. Llegarás a quererla. Te conozco. Aprenderás... ¿Crees...? —dijo, alargando la mano hacia la tarta de manzana—. ¿Crees que ahora querrá verme?

—¿Quién? Ah, él...

Pensó, con lentitud: Horace (el padre de Dawn), el tío Lionel, la abuela Grace... Vínculos congénitos. Uno se acostumbraba a ellos, y no necesitaba aprender cómo hacerlo. Uno no tenía que aprender a amar. Dijo:

—Tómame el tiempo que quieras, Dawnie. Esperaré.

## 18

En Diston, prolífica en niños, las camionetas de helados (con sus paneles corredizos de servicio y sus ilustraciones voluptuosas de tarrinas y conos y polos multicolores) ponían alegres grabaciones de canciones infantiles tradicionales en su deambular por la calles estivales.

Se sabía que este comercio motorizado de refrescos helados resultaba muy lucrativo, por lo que se combatía regular, pública y violentamente (con tacos de billar, palos de golf y bates de béisbol). Las camionetas de los helados, sin embargo, pese a ir pintadas con troles y dragones y feos duendes, suscitaban evocaciones arcádicas, y emitían aquellas gradaciones como de campanas, mientras doblaban las esquinas y se acercaban balanceándose con suavidad hasta pararse.

Ésta, de momento, sería la música de las vidas de sus habitantes.

Dawn y Cilla pasaron seis noches en el Centro; una noche por cada semana de nacimiento precoz.

—Ella toma algo más de leche que tú en su café, ¿no, Des?

—Es difícil decirlo... Está toda amarilla. Se parece a tu padre. Perdón.

Por un instante la pequeña Cilla, desnuda, miró sin ver; luego volvió a dormir.

—Hasta los ojos los tiene amarillos. En lo blanco. —Des la miró con detenimiento. Su mirada ascendió desde la pequeña vulva hinchada (y su sonrisa vertical) hasta la cabeza: una especie de capirote de carne y sangre y hueso—. Qué cabeza. Parece del Ku Klux Klan.

—Te lo dije. La tuvieron que «succionar». Con ventosa. No estabas allí, Des.

—Y hay un millón de otras cosas horribles que podrían pasarle...

—¿Has estado con esos libros otra vez? No lo hagas, Des. No puedes hacerlo

todo con tu cabeza. Déjate llevar y acércate a Cilla.

—Lo intento.

—No lo intentes. Tú espera. Todo irá bien. Tócala. Adelante. Ella no va a hacerte daño.

¿Por qué sentía eso, que la niña tenía el poder de hacerle daño? Bajó la mano y pasó las yemas de los dedos por la superficie húmeda, adherente...

Cilla pesaba dos kilos trescientos gramos.

—Tú espera... —dijo Dawn.

Así que Des esperó.

Al tercer día los trasladaron arriba, a un cubículo o salita destinada a acomodar a dos madres recientes, en la que la otra cama estaba libre. Tenían aquel espacio para ellos dos. Lo cual parecía multiplicar las dificultades de Desmond... Horace Sheringham, recién salido del hospital, no se acercó a ver a su hija, por supuesto, pero Prunella iba a verla muy a menudo, también por supuesto. Y fue el tío Paul; y fue el tío John, y fue el tío George, e incluso fue el tío Stuart. Y también fue la tía abuela Mercy. Nadie reparó en que Des no era lo que parecía ser: el hombre eufórico (sin habla a causa del orgullo) que acaba de ser padre por primera vez. Pero de pronto llegó el tío Lionel.

—La cabeza puntiaguda —estaba diciendo Dawn mientras colocaba a su lado la cuna de mimbre— es señal de inteligencia.<sup>[36]</sup>

—No hagas bromas sobre eso. Cuando bromeas lo que haces es...

Des se interrumpió bruscamente ante el sonido de un bocinazo insólitamente brutal que llegaba de la calle. Acto seguido oyó la reacción de un grito de miedo procedente del pasillo, y el estrépito de una bandeja que acababa de caer al suelo. Al bocinazo le siguieron más bocinazos, como si una flota de coches de bomberos se abriera paso trabajosamente por Slattery Road. Seis o siete bebés, en diferentes direcciones, se pusieron a llorar; pero Cilla seguía callada.

—Es el Venganza —dijo Des con voz pasmada—. El Venganza... Me hizo una demostración. En su garaje. Su claxon tiene una gradación deslizante. Que lo pone desde mudo a normal y a alto y a eso.

—Yo... No queremos a tu tío aquí, Desi. —Dawn inclinaba el cuerpo sobre la cuna de mimbre—. Nosotros también...

—¿Qué quieres decir?

—Somos demasiado frágiles. Y tu tío es... demasiado.

Precedido por un ramo de rosas rojas envuelto en papel de celofán (y con traje y corbata del mismo tono mate pólvora de su todo terreno Venganza), Lionel entró tranquilamente por la puerta abierta. Se detuvo un momento, sopesando en silencio lo que veía, y sonrió.

—Una visión muy estimulante —dijo. Tiró el ramo crujiente encima de la cama

libre y se quedó con los brazos cruzados, asimilando todo lo que veía—. Una visión muy estimulante. Ver un poco de miseria real, para variar. Des, pareces enfermo del estómago, hijo. ¿Qué, te vas dando cuenta de lo que son las cosas? ¿Eh? ¿Eh? —Se acercó—. Echemos una ojeada.

—Está durmiendo —dijo Dawn, y se echó hacia atrás para permitir que la viera.

—Joder. Un poco pequeña, ¿no?

Des se lo explicó.

—Bah. ¿Qué le pasa en la mollera?

Des se lo explicó.

—Bien, te has hecho tu propio nido, hijo. Y tienes que quedarte en él. —Miró el reloj—. ¿Todo bien, Dawn? Escucha, te he traído a una visita. —Se volvió—. Vámonos, Des.

Fuera, en el pasillo, «Threnody» dio un paso hacia delante, mientras se alzaba el velo negro.

—No más palique sobre bebés —dijo Lionel, llamando al ascensor—. Ahora presta atención. Tengo un informe «mixto» sobre tu abuela. —Lionel le dijo que eran a un tiempo buenas y malas noticias—. ¿Cuáles prefieres antes? Pasa. Después de ti.

Ellos o sus reflejos vagos entraron en el ascensor revestido de metal. Las puertas se estremecieron, pero Lionel pegó un pulgar al botón y lo mantuvo pegado. El piso, bajo sus pies, osciló y fue asentándose mientras encontraba su equilibrio.

—Pulmones. Corazón. Llámalo vejez. Le queda menos de un año de vida. —Éstas eran las noticias buenas—. ¿Cuánto hace que no vas a verla?

Des le dijo que unas tres o cuatro semanas. El ascensor empezó a descender sin dejar de balancearse.

—¿Y con qué cantinela estaba? ¿Seguía con Papá Dom?

—No. Se había pasado a Lars. Y también un poco a Tolo. —Tolo era Bartolomé, el padre de Paul—. Y también un poco a Jonky. —Jonky (Jonker) era el padre de George.

—¿Seguía hablando griego? Ya sabes, ese galimatías.

—Sí, más o menos. Sólo le entendías algo de vez en cuando.

—Bueno, pues eso es lo que está pasando ahora. ¡Que está empezando a hablar con sentido!

Éstas eran las noticias malas.

—¿Quién va a visitarla? —preguntó Lionel mientras cruzaban el vestíbulo—. Aparte de ti.

—Bueno, los tíos van también. De cuando en cuando.

—¿A quién llama por teléfono?

—A Mercy. Todos los domingos.

—Mercy... La vieja Mamá Traviesa. ¿Sabes en lo que estamos ahora, Des? En una cuenta atrás... Está bien, pon cara tristonera. Venga. Irá bien con tu estado de



ánimo.

Salieron a las escaleras de la entrada, y al alivio del aire libre sin desinfectantes. Abajo, en la calle, un disperso semicírculo de fotógrafos se reajustó con rapidez, y tres o cuatro jóvenes elegantes —comentaristas de las páginas femeninas (Des reconoció a Carli Gray, del *Mirror*)— se acercaron a ellos. Des dijo, en voz baja:

—Lamento mucho tu pérdida, tío Li.

—Sí. Trágica. —Alzó la voz—: *Mantened la distancia, ya*. Adivinan quién era el padre. Raoul. O quizá Fernando. *Eh, echaos un poco para atrás*. ¡O incluso Azwat! Dejó que la cosa siguiera su curso durante cuatro meses, para que se le viera el bombo. Y luego hizo que se lo quitaran. Todo según lo planeado. *¡Eh, vosotros, un poco de respeto!* Estrategia de escape, como te dije. Ah, ahí sale...

Con velo y gafas de sol, y un pañuelo negro pegado al puente de la nariz, «Threnody» aspiró profundamente varias veces ante las cámaras... Pero entonces el Venganza de ciencia ficción se materializó de forma inexorable ante ellos y el chófer se apeó expeditivamente y corrió hasta el más cercano de los dos BMW de escolta, y al final Lionel se montó en uno de ellos y la caravana inició la marcha. Volvieron a oírse unos bocinazos estruendosos en el primer cruce, donde Lionel se vio ante un semáforo rojo excesivamente lento.

Al rezagarse un poco, Des oyó a lo lejos la melodía mecánica de una camioneta de los helados. La tarareó entre dientes («Tío Luna»), levantando la cara hacia los muñecos de nieve hombres, los muñecos de nieve mujeres, los muñecos de nieve chicos, los muñecos de nieve chicas del refrescante cielo azul, y volvió a entrar en el edificio.

## 19

Así que se quedaron en el Centro casi una semana, y a la diminuta Cilla se le quitó la ictericia (que tenía un color parecido al de las contusiones que se están curando), y a Dawn le bajó la leche, y a Des se le tendía regular y sarcásticamente el regalo temible del pañal sucio (que, con su humedad condensada, parecía pesar más que el bebé mismo), y juntos la bañaban en la pila cuadrada. Y Cilla, por su parte, iba ejercitando el reflejo de asimiento, y tosía y eructaba, y el quinto día lanzó un estornudo triunfante, y, el sexto, se las arregló para meterse felizmente un pulgar en la boca empapada...

A finales de agosto, habían salido de Avalon Tower dos Pepperdine; a principios de septiembre, volvieron tres Pepperdine. Cilla, casi de inmediato, perdió peso (llegó a pesar un kilo novecientos gramos: ¡menos que al nacer!), y Des, temiendo que fuera a evaporarse, sintió que retrocedía. Estaba como su tío Li. Ni feliz, ni triste:

insensible. Y seguía sin confiar en sí mismo para tener a la niña en brazos. *No*, repetía una y otra vez. *Se me a caer. La voy a asfixiar. La voy a aplastar. ¡No!* Pero las cosas cambiaron.

La bomba del amor estalló el 29 de septiembre, a las 11.45 de la mañana. Y Des estaba en la zona cero.

La enfermera de seguimiento del bebé (una joven viuda afectuosa llamada Margaret Gentleman) se estaba marchando y Des la acompañaba hasta la puerta. *Adiós, chiquitina*, dijo la señora Gentleman, y se inclinó para pasarle el bebé a Des. Éste volvió la cabeza, buscando con la mirada a Dawn. *¡Venga*, dijo la señora Gentleman, *no querrá que me la lleve!* Des se quedó con Cilla en brazos (con los brazos extendidos). *¿Está bien, entonces?*, dijo en voz muy alta. Y la señora Gentleman, yéndose apresuradamente, dijo: *¿Cilla? ¡Oh, está maravillosa...!* Des examinó con detenimiento el peso cálido que tenía en brazos. Los cuatro miembros, el cuello giratorio, como aturdido (que él sujetaba con las yemas de los dedos), la cara aún un tanto distorsionada, cuyos ojos inquisitivos ahora enfocaban lo que querían mirar. Le estaba mirando a él —o al menos eso le pareció a Des— como le miraba Dawn cuando veía sus fragilidades y desconciertos. No de un modo exento de crítica, pero con ternura, con clemencia, y, por encima de todo, comprendiendo lo que le pasaba.

Des fue hasta Dawn y le entregó el bebé, alegó una excusa cualquiera y se fue del apartamento. Bajó los treinta y tres pisos en el ascensor y echó a andar por Diston con los diez dedos pegados a la frente, diciéndose a sí mismo: Es una niña, es una niña, es una niña...

¡Es una niña!

Siguió andando, sonriendo, escorándose hacia ambos lados, bailando consigo mismo. La gente le veía y se preguntaba qué le pasaba; todo el mundo pensaba que había tomado alguna droga, y tres distonianos llegaron incluso a acercarse a él sigilosamente para preguntarle si vendía algo.

—Ten una niña —respondía él con toda seriedad, mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia su casa—. No es difícil. Venga. Ten una niña.

Tras un respiro delicioso (dos semanas y media), Lionel volvió a su hábito de aparecer de repente en Avalon Tower... Pero ahora de forma diferente. Entraba, después de meter las llaves y hacer rechinar las cerraduras, se bebía una lata de Cobra, se cambiaba de ropa y volvía a desaparecer.

Y no parecía ver a Cilla. Se limitaba a quedarse de pie, escuchando los últimos logros y proezas de la niña. Siempre le llevaba algún regalo (sus regalos eran notables por su volumen: un triciclo personalizado, un oso de peluche de tamaño natural). Pero no parecía ver a Cilla. Y ella no parecía verle a él.

Por otro lado, Lionel desistió espontáneamente de fumar sus cigarros puros y sus

Marlboro 100 en el pasillo, la cocina y el cuarto de baño. Salía al balcón a fumar; se apoyaba en la barandilla y contemplaba Diston. Lionel poseía una cualidad nueva: podía ignorarsele. Su presencia ya no llenaba la pieza donde estaba, el apartamento, el suelo, Avalon Tower... Y sus transferencias, ahora, pagaban la totalidad del alquiler.

Pero algunas de esas visitas quedaron fijas en la memoria de Desmond. Como la de aquel sábado por la mañana, muy temprano, cuando Lionel llegó con uno de sus perros (Jak). No saludó a nadie. Hombre y animal entraron en el cuarto de Lionel, cuya puerta quedó entornada durante más de una hora silenciosa. Luego los Pepperdine vieron un retazo del traje de Lionel en el pasillo y cómo el perro les echaba una mirada como hechizada por encima del lomo.

—No es normal, ¿no te parece? —dijo Des—. No llora nunca. Y duerme toda la noche de un tirón. Se supone que los bebés no hacen eso.

Cilla dormía orgullosamente toda la noche en lo que ellos llamaban su «percha»: un caballete que les llegaba a la cintura con los lados levantados, como un cajón con patas. Y, en su interior «amurallado», su cunita de mimbre.

—Pues claro que no es normal. Tiene un atraso de casi dos meses. Es una niñita muy joven. Pero tienes razón, Des.

—No es normal. ¿La has oído llorar alguna vez?

Se preveía que la primera sonrisa de Cilla tendría lugar a sus trece semanas de vida, o al menos eso decían los libros sobre bebés. Pero Dawn impuso una prohibición sobre estos libros (prohibición a la que su marido no se plegaba por completo). Los dos estaban a la espera.

¿Y cómo fue esa sonrisa? A la cuarta semana Cilla estiró el cuello, más o menos, y empezó a prestar un interés sagaz a sus propios libros de bebés (en especial a uno titulado *El señor Hombre*); a la quinta emitió unos sonidos parecidos a gorgoritos, y, aleccionada por Dawn, aprendió a manejar casi con soltura la «jerga de mamá»; a la sexta sabía blandir una carraca; y a la séptima...

*Eso ha sido una sonrisa, estaban diciendo siempre. No, no ha sido una sonrisa. Ha sido un gas. Una sonrisa de gas... Ésa sí ha sido una sonrisa. No, no ha sido una sonrisa. Ha sido un bostezo. Una sonrisa bostezante.*

Y entonces, a la séptima semana, Cilla sonrió. De forma irrefutable. Uno se daba cuenta de pronto de lo extraordinario que era una sonrisa, y de cómo transformaba caleidoscópicamente los ojos.

—No era prematura —decidió Dawn—. Estaba preparada. Su cuerpo era pequeño, pero su mente estaba preparada. Dentro se aburría. Eso es todo.

Y una vez que empezó a sonreír, ya no pudo parar.

—No es normal —dijo Des.

—Está contenta de estar aquí.

—Pero sonrío a todo el mundo.

Era verdad. En la calle, en el parque; Diston parecía incapaz de mostrarle a alguien a quien ella no admirara instantánea y apasionadamente.

—Des, nuestra niña no es normal.

—No, no lo es.

—Es fabulosa.

—Sí, lo es —dijo Des—. Es mágica... Pero no es normal que un bebé sonría así. Todo el tiempo.

—Un momento. Escucha. ¡Está llorando! Dices que nunca llora, y está llorando. ¿Estás contento, ahora?

—No está llorando. ¡Está cantando!

Pero es normal, es corriente, es de todos los días. ¿Oyes las camionetas de los helados? «Calla, niño», «Luz de estrella, estrella brillante», «Sueños dorados te besan los ojos», «Escucha, escucha, los perros ladran», «¿De qué están hechas las niñas pequeñas?». Si es cierto lo que se dice, si es cierto que la felicidad se escribe con tinta blanca, entonces el decoro porfía en que nos retiremos, y que, en lo que se refiere a ellos tres, pasemos una mano —no, una resma— de páginas en blanco.

## XX

Nada fuera de lo normal aconteció entre octubre de 2012 y julio de 2013.

Charlton, el hermano de Marlon, fue detenido después de un altercado con su madre, Mercy Welkway (en el curso del cual Mercy se rompió la cadera). Aquella misma semana a Ringo le cayeron tres meses por fraude en el cobro de subsidios de la seguridad social. Horace Sheringham, por aquellas fechas, entraba y salía de clínicas y hospitales (y entraba y salía de bares y tiendas de licores y supermercados). Quiso la suerte que por Año Nuevo fuera ingresado en el Diston General (donde, por el hecho mismo de ingresar en él, sólo tenía el setenta y ocho por ciento de probabilidades de salir con vida de la experiencia). Según Prunella, Horace no tenía intención alguna de reconsiderar su postura con Dawn.

Durante este período, Lionel Asbo concitó la atención de la prensa por varios motivos; una intrusión en Wormwood Scrubs, por ejemplo, que dio lugar a un animado debate público. Pero fue la más anodina y endeble de estas historias (la más vana, la más trivial) la que al cabo —y con mucho— resultó poseer un mayor poder de transformación...

A principios del otoño Sebastian Drinker anunció que Lionel probablemente tomaría una participación accionarial en el West Ham United Football Club. La temporada estaba en su séptima semana, y los Hammers aún no habían ganado ni un

punto, ni siquiera habían metido un gol. Desde la tribuna de directivos del estadio Upton Park (sin la compañía de «Threnody», que seguía postrada por la aflicción), Lionel presenció las calamidades monótonas de aquel este de Londres; pero también presenció esas calamidades monótonas en estadios tan alejados como Stoke, Bolton, Portsmouth, Sunderland... Y a la mañana siguiente la gente podía ver, en la contraportada de su tabloide dominical, una fotografía nebulosa del aparcamiento empapado del, pongamos, Wigan Athletic, en la que un desolado Lionel terminaba su empanada de carne y su taza de Bovril antes de montar en su Venganza color carbón (o agachándose para meterse en su nuevo Ferrari). En octubre, los títulos de crédito del *Partido del día* se cerraban con una secuencia de vídeo en la que Lionel aparecía en el césped, a cámara lenta y al son de los compases lúgubres del himno del West Ham, «Siempre hago pompas de jabón»: *Siempre estoy haciendo pompas de jabón, bonitas pompas en el aire; pompas que suben tan alto que casi llegan al cielo. Luego, como mis sueños, se desvanecen y mueren...* Y así, Lionel se convirtió en una especie de símbolo nacional de la resistencia testaruda, de la peculiar rebeldía inglesa frente a una serie implacable de esperanzas rotas.

Lo cual era algo de lo más inopinado, pues Lionel siempre había sostenido que *el fútbol le importaba una mierda. Y que, en esencia, sólo a los putos gilipollas les importa el fútbol*. Tal vez..., pensó Des, tal vez Lionel se hizo hinchita del West Ham sólo para salir de casa, o quizá encontraba un placer muy personal en embeberse del dolor de millares y millares de seguidores del equipo... Sea como fuere, la historia de Lionel Asbo y el West Ham United fue pronto eclipsada en parte por otros acontecimientos de más peso, de los que no fue el menor el intento de robo en Short Crendon, que en la primavera de 2013 se hizo célebre como el Caso del Chófer Macarra.

Los ojos de Cilla pasaron del azul al castaño. Es lo que les habían dicho a sus padres que sucedería. Pero luego surgió otra anomalía... Sus padres estaban mirándola. Des dijo:

—Es como la forma de saludar con la mano de la familia real. En los desfiles.

—Sí. Como si estuvieran desenroscando una bombilla.

—Pero Cilla lo hace mucho más rápido. ¡Y con una bombilla en cada mano!

Era la última iniciativa de Cilla: levantaba las muñecas a la altura de la cabeza y las movía en rápidos giros. Era algo que tampoco podía dejar de hacer; mientras, por supuesto, seguía sonriendo. Dawn dijo:

—¡Como ese cantante de cara negra, Al Jolson! Oh, Des, ¿qué habremos hecho para merecer esto?

—¿Sabes? Estamos moralmente obligados a tener otro hijo. O sea, no ahora mismo, sino... Moralmente obligados.

—Sí, lo estamos. Pero podría salirnos otra Cilla.

Durante la semana, Cilla se pasaba casi todos los días en la vasta guardería del

St. Swithin's, donde se codeaba con los innumerables bebés de las maestras y de las colegialas.

Y sus ojos, imperceptiblemente, dejaron de ser azules para convertirse en castaños.

Durante el trimestre invernal Grace Pepperdine recibió tres tandas de visitas en Cabo Wrath... Lionel y «Threnody» viajaron a verla los primeros, a finales de noviembre, como se encargaron convenientemente de reseñar el *Sun*, el *Star*, el *Mail* y el *Daily Mirror*. La fisonomía de Lionel resultó tener un talento natural para lo sombrío. Era básicamente su semblante de West Ham (después de los partidos, en el aparcamiento empapado, tras encajar un seis a cero), pero en una dimensión más elevada: las fotografías mostraban a alguien que acogía su aflicción como un hombre, mientras seguía con una especie de esperanza de palurdo, con la mandíbula ensanchada y el entorno de las órbitas encogido. «Threnody», por su parte, iba sin velo, aunque seguía de riguroso luto. En los acantilados, juntos, con las olas rompiendo y alcanzando gran altura, resultaban una imagen fascinante: «Threnody», una mujer que sabía sufrir (y soportar y vengar), bajo el brazo fornido de un ser más optimista, alguien que miraba a través de la bruma y la espuma y aguardaba confiadamente el avistamiento de las velas blancas de unos navíos nuevos.

*No sé por qué vamos a verla*, dijo Lionel bajo la gorra de béisbol cuando Des se cruzó con él en el piso veintiuno de Avalon Tower (Des de vuelta a casa, Lionel saliendo del apartamento). *¿Por qué nos preocupamos? Si ni siquiera me distinguía a mí de «Threnody»*. Lionel habló un poco más de «Threnody». *Oh, a ella le encanta... Dice que ser la reina de la tragedia es bueno para sus libros de poesía. Ya sabes, para las ventas.*

*¿La abuela hablaba, tío Li?*

*Oh, sí. Por los codos. De Tommo. De Gunther.*

*Ya. De los padres. Tommo, o Tomorbataar, el padre de Ringo. Gunther, el padre de Stuart (pronunciado Guunter por Stuart y Ganter por la abuela; y Lionel, optando por lo absurdo, Gumfer). Volverá a Dominic enseguida*, dijo Des. *¿Entendías lo que decía, entonces?*

*Sí, agachándome. Parloteando sobre Tommo y sobre el puto Gunther*. Lionel se enderezó la visera de la gorra. *Y luego dijo algo muy... muy demencial.*

*¿Cuando se puso a hablar raro?*

*Sí, bueno, digamos que «raro»*. *Dijo..., y se me quedó grabado, dijo..., dijo Infracción de insectos. Y como si fuera una pregunta. Luego dijo: Seis, seis, seis... Infracción de insectos. ¿Qué coño quiere decir eso?*

*A mí que me registren, tío Li.*

*Verás. Lo he descifrado*. Lionel esbozó su sonrisa de calabaza, y lo explicó. A menos que los Hammers ganen sus dos partidos siguientes (que derroten al Chelsea y

al Manchester United), en Navidad irán de cabeza al descenso.

*Mi nueva imagen, Des. Me deja a la altura del barro con las chicas. Y no seré yo quien las culpe. Esas féminas quieren un tipo con algo de diablo dentro, y no..., no el hijito bueno. El papá lloroso. La pareja atenta..., con su empatía y demás. No el tonto del culo al que le importa muchísimo el West Ham, Des, esto me está matando con las DILFs.*

*Pero tú estás..., sigues con «Threnody», ¿no, tío Li?*

*¿Con Lynndie? Sí. Dice que otros cuatro meses. Cuatro meses... Siempre estoy haciendo pompas de jabón, ¿eh, Des? Joder.*

Y no, Lionel nunca llegó a invertir dinero en el West Ham United Football Club.

Los tres Pepperdine fueron a ver a Grace a mediados de diciembre (y volvieron a mediados de enero). A Cilla le impresionó profundamente su bisabuela de cuarenta y cinco años. Y a Grace también pareció impresionarle Cilla. Callaba, y se quedaba mirando a aquella figurita ansiosa que le habían colocado junto a la cabecera de la cama. Las arrugas del desconcierto se le realineaban una y otra vez en la frente; y la boca (ahora torcida hacia un lado, como el logotipo de Nike) buscaba la forma de una sonrisa. Y Cilla tendía las manos hacia ella.

Des creía que era esto lo que permitía apreciar la verdadera medida de su hija: la forma en que quería llegar con sus manos a los viejos (o a quienes parecían viejos; lo hacía en todas partes), su expresión delicadamente compasiva y conmovida al tender las manos hacia ellos.

Se estaban despidiendo. Grace le cogió una mano a Dawn. *Oye, querida —dijo, yladeó la cara como para que le diera un beso—. El de Cilla fue un parto difícil. Bueno, fue el primero. Y tenía sólo doce años. Cilla, difícil. John, Paul, George, fáciles. Ringo, algo difícil. Stuart, fácil. Pero Lionel... ¿Sabes esos caballeros medievales? Pues fue como tener uno de ellos. Me puso del revés, de veras. Lionel vino con la armadura puesta. Adiós, querida.*

En febrero, un día de fuerte aguacero (no dejó de llover en todo el día), John, Paul, George, Ringo y Stuart viajaron a Cabo Wrath en el Volkswagen Lupo de dos puertas de Stuart para la visita bienal a su madre.

En las primeras horas de la madrugada del 2 de marzo, la policía recibió una llamada y acudió a la residencia Welkway del 44 de Blagstock Road, donde mediaron en un incidente doméstico entre Marlon y Gina y la hermana menor de ésta, la pequeña Foozaloo. Gina tuvo que ser atendida de hipotermia. Estaban a cinco grados bajo cero, y la habían encerrado en ropa interior en la azotea de la casa.

El anuncio llegó a finales de abril. «Threnody» y Lionel Asbo habían acordado

separarse sin acudir a los tribunales. *No han sido capaces de superar la pérdida del hijo ilegítimo*: tal fue lo que Dawn y Des leyeron en el comunicado de prensa. *Quieren desesperadamente que lo suyo funcione*, afirmaba Megan Jones, a quien se citaba profusamente. *No albergan otras cosa que los más tiernos sentimientos mutuos*. De momento, «Threnody» volvía a su casa de alquiler, de una calleja de antiguas caballerizas reconvertidas, cercana a Kensington High Street. Lionel se quedaba en Wormwood Scrubs. *Siguen con una relación muy estrecha*, declaraba Sebastian Drinker. *Para ser sincero, Lionel es quien lo está pasando peor. Primero la pérdida del hijo, y ahora la pérdida de «Threnody»*. *Está destrozado*.

En un breve comunicado (antes de salir de gira con la historia) «Threnody» dijo: *No podía ayudarlo. Y él tampoco a mí. Es trágico. Porque sigo queriendo a ese tipo a morir*.

La muerte estaba despierta; la muerte seguía ocupándose de sus asuntos (en Northern Lights, en el Diston General), pero durante aquel tiempo sólo se produjo una baja conocida: Joy Nightingale. Joy, viuda de Ernest y madre de Rory.

Des vio la noticia en la *Diston Gazette*. Era uno de los días en que le tocaba ocuparse de Cilla, así que se la ató al pecho con las correas y cogió el autobús del cementerio, más allá de Steep Slope. Los manzanos y los tejos florecidos, los ventosos campos de deporte y pabellones con banderines no muy a lo lejos, el sacristán, el pequeño grupo de vecinos y amigos que se sonaban con mesura la nariz y se aclaraban la garganta... El tipo de entierro en el que hay un montículo de arena junto a la tumba y en el que los propios asistentes dan comienzo al enterramiento, arrojando puñados de ella sobre el ataúd depositado en el fondo de la fosa. Cuando le llegó el turno a él, Des se inclinó hacia delante y Cilla metió la mano en el montón de arena anaranjada y, con la mayor gravedad, dejó caer su parte a través de los pequeños dedos separados y tiesos.

Los veranos de 2012 y 2013 llegaron temprano, pero el invierno que hubo entre ambos fue terriblemente frío.



## Cuarta parte

## 2013: ¿QUIÉN? ¿QUIÉN?

### *La semana anterior*

—Oye, ¿estás bien? ¿Qué te pasa en la voz?

—No, estoy cogiendo algo. Acabo de decirlo, y me voy a casa. Enfermo. Me estoy cayendo.

—¿Sí? Bien, pues escucha esto, Des. Hace media hora. Estoy tumbado en la cama y suena el teléfono. Contesta Gina, y tiene una pequeña charla con alguien. *¿Cómo estás, querida? Ese tipo de cosas. Oh, Marlon está bien. ¿Quieres decirle algo? ¿Te arreglas bien con el tiempo? Todo eso. Y me tiende el teléfono y dice: ¡Es tu madre!*

Des se lleva una mano a la frente.

—¿Grace?

—Grace. Sentí ese hormigueo en el espinazo. Grace, como de vuelta de entre los muertos... *Escucha, cariño. Se acerca el final. Ven a ver a tu madre, cariño. Tenemos que hablar. Ven a ver a tu madre.*

—¿Lo dijo exactamente así?

—Exactamente así. ¿Cuánto hace que no le hemos oído hablar como es debido? ¿Cinco años? *Tengo algo sobre mi conciencia, Lionel. Y ya no me queda mucho. Ven a ver a tu madre, cariño.*

—Así que irás a verla, ¿no?

—¿Qué puedo hacer, si no? ¿Qué crees tú que está mortificando a la vieja...? ¿Rory Nightingale? Oye, ¿quién es esa enfermera? Esa muy fea de pelo blanco y tetas grandes.

—La señora Gibbs.

—La señora Gibbs. He tenido una charla con la señora Gibbs. Dice que ha visto eso mismo miles de veces. Se ponen así, ya sabes, justo antes de diñarla. Y quieren... quieren el perdón.

En las escaleras, Des se detuvo un momento para recuperar el resuello, y miró a través de la ventana (como hacía a menudo) para observar los zorros del techado de chapa ondulada del callejón de abajo contiguo a Avalon Tower. Uno se hacía un ovillo de blanco hueso y color jengibre, otro estiraba despacio las rígidas patas traseras. Miraban a un lado y a otro con su habitual aprensión escuálida. ¿Dejaban de sentirlo alguna vez, aquel miedo? Parecían tiritar en cualquier estación y tiempo.

—Oooh, Des... De acuerdo, ya está. No voy.

—No, no. Vete. Puede que se me pase —dijo Des, con voz débil. Dawn estaba a punto de salir de casa para ir al Diston General a ver a su madre—. No tardes. Y no te hagas muchas esperanzas, Dawnie. ¿Qué es lo que esperas, además?

—Ya lo sabes. Quiero su bendición. Su bendición y que me diga adiós.

—¿La bendición, Horace? Bien, buena suerte, Dawnie. Y transmítele mi cariño a Pru.

Cilla estaba dormida en su cuna de mimbre, dentro de su «percha» con patas. Y, por una vez, Des confiaba en que no se despertase. Su síntoma principal era una sensación de estupefacción impotente; la niña, aquella figura con cuatro miembros y vestida con un pelele, parecía abrumadoramente compleja y misteriosa: ¿cómo manejarla, lavarla, darle de comer? Y, sobre todo, ¿cómo hacer todo esto sin contaminarla con sus emanaciones, sus susurros húmedos, su aliento enfermo? Se dejó caer en el sofá. Goldie avanzó hacia él. Tenía cuatro años, pero seguía pareciendo de movimientos líquidos, y tan liviana como el aire cuando saltaba, y siempre te sorprendía su peso cuando caía sobre tu regazo. Des tendió la mano hacia ella.

La gata le olisqueó las uñas, soltó una especie de gruñido parecido a un estornudo y salió disparada de la habitación.

Luego Des supo que la tenía.

—La GVU.

—¿La GVU? ¿Y qué es eso?

—La gripe vulpina urbana —dijo Des—. Ya sabes, la fiebre del zorro. —La fiebre del zorro: popularmente conocida como *fiebre rompehuesos*, y también *fiebre fascista*, porque mostraba una descarada preferencia por las personas de color—. Puede durar un mes. Te dan una baja de seis semanas. De forma automática. Lo cual mete miedo de por sí. Viene en oleadas.

Lionel sonrió y dijo:

—La fiebre del zorro. Es el viejo Horace, eso es. Que te manda la enfermedad esa. Estás poseído por Horace. En serio, Des. Tienes que vigilar eso con la niña. Siendo medio negra y demás.

—Sí. Dicen que sólo es contagiosa antes y después. Pero no durante... Joder.

—No te preocupes, Des. Has venido al sitio correcto.

Estaban en el Spa Bar del Pantheon Grand... Lionel había pasado tres noches en Cabo Wrath. Desde el avión, mientras se dirigía al aparcamiento en el City Airport, había llamado a su sobrino para convocarle a una reunión de familia. Le envió un coche. Des encontró a Lionel a sus anchas recortado contra un fondo de bambú y mármol, con los pies encima de un puf con bordados, examinando el *Financial Times* y bebiendo un líquido de color rubio oscuro de una copa flauta.

—Esto..., eh, Geoffrey. Tomaré lo mismo. Ginebra con zanahoria. Y tráigale al

chico un triple Bloody Mary. Con montones de especias.

—Con mucho gusto, señor Asbo.

—No, Des, es lo único que puedes hacer. Te bebes eso, y luego haremos unas pesas. Y luego un masaje y una sauna. Y lo sudas todo. Es la única manera de curarse.

Ahora estaban codo con codo sobre unos bancos tapizados de cuero negro. Lionel trataba de levantar cien kilos. Des hacía lo que podía con cincuenta y cinco.

—Arquea la espalda un poco. ¡Va! ¡Pega los codos cuando des el tirón hacia arriba! Estaba cambiada, Des. Grace. Estaba incorporada y me hablaba. A mí. No a la pared. No a la bombilla. A mí. Su benjamín. ¿Y sabes qué? Para que sepas mi estado de ánimo cuando entré en el cuarto... Bien, supongo que es natural. Las viejas dudas se disolvieron y me sentí muy..., muy triste, Des. Muy melancólico. Bien. Tenía sus defectos, Grace. Pero hizo todo lo que pudo... Y dijo, y dijo: *Tengo algo en mi conciencia, cariño*. Y miró hacia otra parte. Y una lágrima se le deslizó por la mejilla. Dije: *Venga, mamá. A mí puedes contármelo, ¡por el amor de Dios! Venga, mamá. ¿Qué es? Y va y dice:*

Desmond se quedó inmóvil.

—Dice... —Lionel también se quedó inmóvil—. Oye, sigue con tu ritmo. Dice... Papá Dom. Papá Dom. Dice que tendría que haberlo intentado con todas sus fuerzas con Papá Dom. En lugar de andar por ahí con todos esos forasteros. *Una familia como es debido, dice. Dom y yo, y tú y tu hermana. Te humillé, Lionel, desde el mismo día de tu nacimiento. Con todos aquellos hermanos de todas formas y tamaños. ¿Podrás perdonarme?* Está bien. Doscientos más y luego hacemos las sentadillas y los pesos muertos.

Ahora estaban sumergidos hasta la barbilla en el jacuzzi de espuma.

Dije: *Ah, cariño. ¡Este no es momento de resentimientos! ¡De rencores! El pasado, pasado está. ¡Y mírame a mí ahora, mamá! Soy un hombre de negocios muy rico. La gente de este país me ha aceptado en su corazón. Tu hijo está en paz con el mundo. Descansa, mamá, descansa. Tú lo pasaste mal también, no lo olvides. Siete hijos.* Y le dije algo que recordaba de la escuela dominical. Dije: *Dios no puede estar en todas partes a la vez. Así que nos manda a las mamás...* Bonito detalle, ¿eh, Des? *¡Descansa, Grace, descansa!* Bueno. Ahora sauna.

Se sentaron en los taburetes de madera de tablillas con sendas toallas blancas y esponjosas alrededor de la cintura. Al más joven de aquellos hombres se le antojó que aquel aire no era irrespirable por caliente, sino irrespirable por espeso.

—Así que estuviste allí tres noches, tío Li.

—Sí. En el hotel. Me distraje. Con una DILF. Joder, ¿te rechinan los dientes? Des, mírate. ¡Sudando y tiritando al mismo tiempo! No te acerques a la niña, eh, Des... ¿Dónde duerme? ¿En la cocina?

—Sí. Ya la has visto. En su cuna de mimbre, encima del caballete.

—¿Te la llevas y la tienes contigo alguna vez?

—No, nunca. —Des explicó trabajosamente—. La prima de Dawn, Marigold, perdió un hijo así. Aplastado por accidente.

—¿Qué haces para ventilar? Con estas temperaturas.

—Hay un ventilador. Y corremos la puerta del balcón. Y a veces abrimos la ventana de tu cuarto, tío Li. Para que haya un poco de corriente.

—¿Sabes, Des? He estado pensando. Cuando tu... cuando tu abuela pase a mejor vida, será el fin de una época. ¿Qué tal si me consigo un apartamento allí mismo, en Avalon Tower? ¡y así la niña puede tener su propio cuarto!

—Bueno, eso sería genial, tío Li.

—Y yo sigo... pagando el alquiler.

—Tío Li... Y seguirás viniendo a vernos, espero...

—Por supuesto que sí —dijo Lionel, dándose unas palmadas en las rodillas y poniéndose de pie—. Por supuesto.

Luego se entregaron a la crueldad experta de la masajista.

En una de las salas de la planta baja Des bebía un vaso de agua (hasta el agua le sabía horrible) mientras Lionel daba cuenta con toda tranquilidad, y en su totalidad, del té de reparación de fuerzas para dos: sándwiches sin corteza de huevo y berros, scones de mantequilla con mermelada de fresa y nata espesa, pasteles de albaricoque y bizcocho de jerez, regado todo ello con cuatro o cinco jarras de Black Velvet... Des no estaba alerta aquella tarde. Si lo hubiera estado, ciertos aspectos del comportamiento de su tío le habrían resultado extraños. El aumento de apetito, la elevación de vocabulario, de sentimiento... Pero Des no estaba alerta aquella tarde.

—Sigo teniendo mi ático en el South Central —estaba diciendo Lionel mientras terminaba la merienda—. Pero empieza a ser ridículo. Hay una alarma de incendios de broma que suena toda la puta noche. Y todo el mundo arremolinándose en el vestíbulo en bata. —Miró por encima del hombro—. El Pantheon tiene sus puntos fuertes. Un buen orden, Des. Un buen orden y mucha moderación.

Haciendo brincar el encendedor sobre la palma, Lionel precedió a su sobrino al salir a la calle que parecía una plaza o a la plaza que parecía una calle que hacía de área de servicio del hotel, con sus porteros, sus farolas de signo de interrogación, su parada de taxis exclusiva. El coche de cortesía de Desmond estaba aparcado a un lado.

—¿Sabes? —dijo Lionel, arrugando la nariz con expresión compungida—. No pude evitar meterme un poco con ella antes de irme. Le dije: *¿Te acuerdas de aquel colegial, mamá? ¿Con su blazer color morado del Squeers?* Pero no lograba acordarse, por supuesto. Se quedó en blanco. Dije: *¿No quieres algo sobre tu conciencia, mamá? ¿Qué te parece aquel colegial?* Yo estaba sonriendo; date cuenta de que le estaba tomando un poco el pelo. *Sí, mamá. Decidiste su destino, le echaste la soga al cuello. Andar tonteando con un colegial...* Se quedó en blanco. Sin expresión. Y volvió a farfullar cosas sin sentido. En aquella forma de hablar tan rara. Así que salí casi de puntillas del cuarto. La señora Gibbs dijo que se había quedado

muda. Había vuelto la cara a la pared. Tu abuela tenía neumonía, Des. Los sacos de los pulmones los tenía llenos de pus. Se le estaba pudriendo todo el cuerpo. Ahí tienes tu coche.

Des dijo:

—Neumonía. El amigo de los viejos.

—La estarán tratando. Con antibióticos. Pero cuando la vuelva a coger... Dejemos que la naturaleza siga su curso... Yo seguiré llamando por teléfono. Y tendré preparada la bolsa de viaje. Quiero estar allí cuando se vaya. Cuídate esa fiebre del zorro, Des. Y no vayas contagiándola. Piensa en la niña.

Grace se moría en la residencia de Cabo Wrath, y Horace estiraba la pata ruidosa y malolientemente en la sala de enfermos terminales del Diston General (con su hija relegada al otro extremo de la mampara sucia). Y Des, en Avalon Tower, fenecía también, de demencia. Su mente era la mente de un zorro de Londres: un *Vulpes vulpes* en la gran urbe del mundo.

Día y noche (¿cuál era la diferencia?), con los ojos abiertos y con los ojos cerrados (¿cuál era la diferencia?), Des visitaba el cine de la insania. Con latidos vivos y fogonazos sordos ensayaba lo que suponía eran los temas y argumentos genuinamente vulpinos que tenían que ver con la ansiedad, el hambre y la falta de cobijo representadas en un entorno urbano de asfalto y metal, de goma y celofán y plexiglás hecho pedazos. Era la película más larga de todos los tiempos; y su atención no flaqueaba ni un instante. La definición era tan nítida como los dientes de una serpiente; la iluminación, indecente e ilegítimamente chillona. Y el guión (a veces los diálogos estaban doblados), la voz en off y los subtítulos ocasionales reproducían fielmente el lenguaje de Grace.

—Era él otra vez. No hay noticias.

—Espera, Dawn. Espera. Ten ahí a Cilla. No entres aquí con ella. Déjame que la vea. ¿Sabes? Creo que estoy mejor. Creo que me estoy poniendo bien.

Era miércoles.

## Jueves

Instantes antes de las diez Lionel entró en el apartamento, inmenso y telequinético, como una cuadriga humana. Y sus corceles, con sus collares de pinchos, eran Jak y Jek. Des se levantó bruscamente, y la silla vibró.

—Ha sucedido algo. Esta noche. Sus constantes se van, Desi. —La expresión de Lionel era descarnada y suplicante—. ¡Sus constantes vitales! Venga, muchacho. ¿Dónde está tu bolsa? ¡Dios... Joder..., vamos!

Un cuarto de hora después Des iba encaramado en la torre de control del Venganza, rumbo, a velocidad de vértigo, al aeropuerto de Stansted.

—Creen que ha tenido otro de sus ataques. Y en su estado... ¿Por qué sonríes? ¡Precisamente hoy!

—Es tan estupendo salir de casa. Tú también estás sonriendo, tío Li.

—Sí, bueno. Es un alivio, en cierta forma. No más suspense, ¿eh, hijo?

Aquella mañana Des se había despertado fresco, sin fiebre, asombrado de sentirse bien; la salud, esa fuerza tan poderosa. Había desayunado con las chicas, y las había despedido en la puerta, y se había hecho más té y había seguido desayunando, y mientras lo hacía volvía a familiarizarse con la realidad circundante, y todo con un inmenso espíritu de gratitud. Luego llegó Lionel: un fuerte viento, una borrasca, y soltó a Jak y a Jek y los sacó al balcón a puntapiés (*Llama a Dawn. Los perros se quedan. Sin discusión*). Mientras abría una bolsa de la compra que tenía un lado rígido (Michael Gabriel, el carnicero de la familia), y hurgaba en su interior para sacar la cubeta de arena, Des metió algo de ropa y las cosas de aseo en su mochila gastada.

Y helos allí, en la calzada abierta, en medio de la gran flor amarilla del calor del verano, con el estroboscopio de sol filtrándose a través de las altas copas de los árboles, y Lionel —fríamente magistral al volante— utilizando los tres carriles a una velocidad sólo concebible en él, como un corredor que se abriera paso por una calle llena de viandantes decrépitos... No hacía sonar el potente claxon; se fiaba más de las señales con los faros.

—¿Has montado alguna vez en avión?

—Sí. —Ora acelerando, ora reduciendo la velocidad, la máquina se acomodaba a los escalonamientos de las marchas con impecable estabilidad, como si estuviera conectada al asfalto—. Sí. Fui al Cumbria Cannibal. Y a aquella niñera torturadora de Newcastle. La de las tenazas.

—Deberías seguir escuchándoles, Des —dijo Lionel, utilizando en arcén para adelantar a un camión de mudanzas—. Seguir escuchando a esos putos psicópatas. Y dejar a un lado a esos tipos que lo que hacen es... intentar ganarse... —enfilaron la rampa del aparcamiento para estancias largas— decentemente el pan.

Des dijo:

—Supongo que no sabemos cuánto tiempo estaremos allí.

—Estaremos de vuelta el sábado por la noche. Si es que Grace es puntual. Ya han avisado al de la funeraria. Y al vicario, o lo que coño sea.

Se apearon del vehículo y adoptaron la postura moderna estándar: caras muy inclinadas hacia terminales de telefonía móvil sostenidas a la altura de la cintura.

Lionel se enderezó y dijo:

—Sigue entre nosotros. Pulso muy débil. Resistiendo.

Des se enderezó y dijo:

—Dawn te manda saludos cariñosos. Se ocupará de Jak y Jek... Cilla no hace

más que preguntar por ellos. No para de decir: *Guau, Guau*.

—Me gustaría hablar un momento con Dawn luego —dijo—. Sobre Jak y Jek.

Volaron a Inverness, y siguieron hasta Wick en un avión de hélices de dieciocho plazas. Mientras estaban en su segundo descenso, la tenue capa de nubes los volvía a introducir de nuevo en las tonalidades de la residencia: ropa de cama, polvos para la cara, antimacasares, niebla espesa.

—Estaba rezando. ¡Rezando para que no marcaran ningún tanto! ¡En toda la temporada! Y era el último día. En Upton Park. Me estoy comiendo mi sándwich de gambas en la tribuna de directivos. ¿Y qué pasa? ¡Que van y empatan a cero con el Liverpool! Con los putos Rojos, ¿te das cuenta? Verás, no me importan las quinielas. Es por todo el tiempo que pasé en Kenny. En el *yoi*.

En Wick, un aeropuerto pequeño y con poco empaque, había un chófer con librea sosteniendo un cartel escrito a mano: ASBO. Cabo Wrath estaba a ciento cincuenta kilómetros de distancia. Des se durmió en la limusina... Despertó ante los letreros de Thurso, Strathy Point, Tongue. En las afueras de Souness tuvieron que esperar casi diez minutos en un semáforo de obras, y Des vio, a través de una celosía de árboles jóvenes que había a su izquierda, lo que parecía ser un cementerio druídico. Pero las lápidas no eran lápidas, sino árboles cortados, muy viejos, y como sorprendidos en diferentes posiciones de recogida enfermedad.

—Sí, mamá —mascullaba para sí Lionel—. Sí, te cambias de casa, mujer. Cambias de dirección. Sí, te espera una casita de madera de pino, mi chica.

Rob Dunn Lodge se hallaba al abrigo de una ladera, en el lado este de Lochinvar Strand. Ocuparon la suite Henryson, donde dejaron caer las bolsas de mano y se lavaron la cara. Luego la limusina les llevó a Clo Mor Bluff.

El cuarto con ventana saliente del primer piso, inundado de un sol que lo mira fijamente. ¿Y qué ve? Ve la pantalla oscura instalada en lo alto, sobre la cama, los dígitos intermitentes del número de pulsaciones y la tensión arterial, el árbol de metal con su fruto de ampollas y dispositivos semejantes a walkie-talkies y a máquinas de sumar, los enchufes y adaptadores, la maraña de cables y tubos. Y la mujer consumida que yace en el lecho casi a nivel con las sábanas, con la cara bajo un manto de sudor, y los ojos cerrados, y la boca abierta. Su hijo y su nieto están sentados a su lado. La primera hora estaba quedando atrás y se adentraban en la segunda.

Quebrando el silencio largo, Lionel dijo:

—¿Sabes ese arquitecto... que se suicidó, Des? Sir John no sé qué. Su madre la palma y él se quita de en medio. Y todo el mundo dice: *¡Ah, estaba deprimido porque su madre la diñó!* La gente siempre dice eso, y no son más que tonterías. No es que de pronto le entraran ganas de hacerlo. De matarse. Es que de pronto pudo hacerlo.

—¿A qué te refieres, tío Li?



—Verás. Hay ciertas cosas, Des..., hay ciertas cosas que un hombre no puede hacer hasta que su madre estira la pata.

Ahora la segunda hora estaba quedando atrás y se estaban adentrando en la tercera. Cada veinte minutos aproximadamente Lionel salía del cuarto para fumar. Y cada veinte minutos aproximadamente la señora Gibbs, con gran gravedad y silencio, entraba apresuradamente y comprobaba válvulas y datos. Al encontrar solo a Des (eran ya pasadas las cinco), dijo sin mirarle:

—Su tío va a controlarse hoy, espero. Tendría que haberle visto la última vez. El espectáculo que montó. Asustando a...

—Ah, señora G —dijo Lionel, de vuelta en el cuarto—. ¿Qué es todo esto? Mi madre se está tomando su tiempo, ¿no? ¿Le ha estado dando penicilina a escondidas?

La señora Gibbs le lanzó una mirada cansada mientras se volvía para irse.

—¿Cómo lo hace, señora G? ¿A su edad? ¡Ese pecho! Tiene usted el tipo de una reina de la belleza. —Lionel sonrió de oreja a oreja al verla pasar ante él. Y le gritó a su espalda—: Ya, pero apuesto a que todo se viene abajo en cuanto se quita el sujetador... Ja, Des —dijo cuando se cerró la puerta—. ¿Te acuerdas de las GILFs? Hilda la cachonda. Las abuelitas folladoras... Santo Dios. Mira.

Tenía los ojos abiertos. Sus ojos, acuosos como ostras, estaban abiertos, y pugnaban por mirar hacia arriba a través de la piel roja de los párpados. Con terror, como si se estuviera cayendo hacia atrás. Cayendo hacia atrás y tratando de ver si había alguien al fondo para acogerla en sus brazos.

Des tuvo tiempo para confiar —y rezar por ello— en que cuando Grace cayera lo hiciera como caen las hojas, con un suave balanceo. Pero Lionel estaba de nuevo en pie, inclinándose sobre ella con las manos en los bolsillos del pantalón y diciendo con voz tensa:

—Vete ya. Vete. Vete a reunirte con tu creador. Vete y...

—¡Bill! —gritó Grace.

—Maldita sea...

—¡Bill!

—¿Qué está...? ¿Quién es Bill? ¿Otro puto colegial?

—Bill —gimió Grace—. Amor, amor... ¡Pero está prohibido!

—¿Qué es esto, Des?

—¡Chandler reacciona mal ante el depredador! ¡Sexo, comió!

Y de pronto Des entendió: comprendió lo que había que entender. No *sexo*, *comió*, sino seis, ocho:<sup>[37]</sup> 6, 8.

—Son claves de crucigramas, tío Li. ¿Recuerdas que siempre estaba haciendo el críptico? Son claves de crucigramas.

Y Des pensó que era capaz de resolverlas. *Chandler reacciona mal ante el depredador (6, 8); anagrama: asaltacunas... Bill, amor, amor, pero está prohibido...*

(5); cuenta = factura; amor, amor = nada, nada = cero, cero: *tabú*.

Con un gemido desgarrado, Grace gritó:

—¡Sumiso, pero aun así! ¡Seis!

—¿Qué quiere decir eso?

—Claves de crucigramas. La respuesta es *empero*.

—¿Y lo de «seis»?

—Seis letras, tío Li. *Empero*.

—Depredador. Quince. Prohibido... Ah, ya está...

Se refería a Grace, ahora empeñada en una pugna levitatoria, con la espalda curvada, como si le estuvieran arrancando los nervios; primero un estiramiento y luego una relajación más lenta, y una súbita náusea, y una sacudida..., y el remanente de vida se había deshilachado.

—¿Cómo se lo tomará?

—Es difícil decirlo. Con él nunca se sabe. —Des se echó hacia atrás en su silla y paseó la mirada por el Alexander Selkirk Bayview Bar. Vistas de lado, las olas desfilaban a través del cristal emplomado del ventanal en un encadenamiento ordenado. El faro palpitaba en lo alto de las rocas lisas agolpadas alrededor de su base. El pianista, delgado como un espárrago y con esmoquin blanco, tocaba «O sole mio» con dedos de fideo... Lionel estaba en una esquina, con su tercera botella de champán en la cubitera con hielo. Hablaba con el señor Firth-Heatherington, y con un tal John Man, gerente de la funeraria—. Antes parecía claramente furioso. Pero cuando Grace murió se quedó mirándola con fijeza y dijo: *Mira eso, ahí en la cama...*

—¿Y tú, cariño?

—No sabría decirte, Dawnie. Es como si todo esto le estuviera pasando a otro. Como si no estuviera aquí. O estuviera sólo mirando. ¿Qué tal con lo de Horace?

—Estoy siendo buena. No me estoy haciendo ilusiones. Pero mamá dice que está cediendo.

—Crucemos los dedos, pues.

Estaban a punto de despedirse hasta el día siguiente cuando Dawn dijo de pronto:

—Oh, Des... Los perros. No son los Jak y Jek que conocimos.

—Sí, lo sé. No lo son, no.

Un hormigueo sincronizado en las orejas y las axilas le hicieron caer en la cuenta de que el pensamiento lo había tenido en la trastienda de la cabeza durante todo el día: los perros. Doce horas atrás, cuando el lloroso cuadriguero irrumpió en la planta treinta y tres de Avalon Tower, la preocupación inmediata de Des fue que Jek y Jak pudieran mostrarse con él de un modo cariñoso que su tío no pudiera por menos de tomárselo a mal. Pero los perros no hicieron sino pasar rozándole con el lomo tieso, Jak volviendo la cabeza durante un instante con un rictus desdeñoso, una especie de falsa sonrisa canina. Y en cuanto salieron al balcón se hicieron un montón de músculos, y se quedaron allí gruñendo, mordiendo, masticando. No había duda: Jek

era una cosa, y Jak era asimismo una cosa, pero Jek y Jak, o Jak y Jek eran algo enteramente diferente.

—Y adivina qué. Se gustan. Y son hermanos. Eso es incesto.

Se echó a reír, así que él se rió también, pero Des sintió una especie de punzada en el cerebro. Incesto. *¿Infracción de insectos? (6). Olfateo un crimen enrevesado (6). Nada, nada inquieta al pecado, etc. (6).*

—Jak monta a Jek. Y Jek monta a Jak. Con las patas traseras temblorosas. No es que me importe. Mucho. Es la forma en que miran al bebé.

Des dijo:

—Cuéntame.

—A mí me miran como a través. Pero a Cilla... Se quedan mirándola fijamente, jadeando y babeando. No de forma amistosa. Como si Cilla fuera una rival. Y, claro, ella quiere acariciarlos. No los voy a tener dentro, de eso puedes estar seguro.

—No, que se queden en el balcón, Dawnie. Échales la carne, pero déjalos siempre fuera.

Algo hizo que Des se volviera. Lionel, inclinado sobre él desde detrás, abrió la palma pidiendo el teléfono.

—Oye, el tío Li quiere decirte algo...

—¿Dawn? Perdón por la... imposición. No me quedaba más remedio. —Asintió con la cabeza al oír hablar a Dawn—. Bien. Vivió la vida plenamente. Los años maduros y todo eso... Escucha. Dales a los perros sus bistecs esta noche, pero no Tabasco... Eso es. Pero mañana se lo das todo. La botella entera... Sí, bueno, están haciendo una dieta controlada. Para la competición de caza de liebres. ¿De acuerdo? Y echa el pestillo de esa puerta. Si la dejas mínimamente entreabierta meterán el morro en la cocina y no dejarán de acosaros ni un momento. Que no entren los perros, Dawn. Cierra la puerta bien cerrada.

No había pasado mucho tiempo cuando Lionel condujo a Des al Dunbar Dining Room.

—Come algo de fuste, hijo. Has perdido peso con esa gripe. Mira, pide pato —dijo, con pronunciación deficiente—. O cerdo.

—Joder... ¡Son las nueve y veinte y aún hay luz ahí fuera!

—Ya. Creo que tomaré algo de caza. La becada... Eso es. Mañana haré las gestiones necesarias con el señor Man. Mientras tú estás mano sobre mano. Coge el coche, Des. Vete a Cabo Wrath en el ferry. La enterraremos el sábado temprano. Y estaremos de vuelta en Londres para la hora del té.

Llegaron sus cócteles de gambas y la primera botella de Burdeos.

—¿Sabes? Estoy muy preocupado... —dijo Lionel, sacando el teléfono móvil y echando una mirada recelosa a la pantalla— por Gina. Verás, Des. Últimamente... Sé que soy malo, pero últimamente paso a recogerla en el Ferrari. Con la capota bajada. Y al pobre amo y señor le hago seguirnos detrás. En una motocicleta... Así que ahora

ya lo sabe todo el mundo. He sido un poco malo. Verás, me apetecía fastidiarle más que de costumbre. Pero ahora me preocupa que vaya a hacer lo obvio...

—¿Qué es lo obvio?

—¡Guau! No mires, hijo, pero ahí está mi DILF... Mi DILF de Dunbar. El moretón se le está curando bien —dijo, saludando con la mano y sonriendo—. Oooh... No parece muy contenta de verme. Cielo santo... Rápido, mira. La del vestido rojo y las medias de red. Disfruta con los ojos, hijo... Sí, las DILFs han vuelto en bandada, Des. Y todo por un cambio en las percepciones. Todo por el Chófer Macarra.

—Ah, sí. El Chófer Macarra. —Des recordó el caso ampliamente debatido del Chófer Macarra. A finales de mayo un joven tuneador de coches y corredor de videocarreras (que tiempo atrás había estado en la plantilla de Lionel Asbo) entró en los sótanos de Wormwood Scrubs. A la mañana siguiente él y sus dos cómplices aparecieron en un estado lamentable en el ejido, apaleados y víctimas de gas pimienta y de disparos con pistolas paralizantes. *El señor Asbo no los demandará ante los tribunales. Cree que ha dejado perfectamente claro lo que piensa al respecto...*—. Y eso cambió las cosas, ¿no? El Chófer Macarra.

—¿El Chófer Macarra? Totalmente. Lo cambió todo con las DILFs. La DILF, Des... —dijo Lionel, atacando su segundo plato—, lo que quiere es un poco de rudeza y maltrato. Nada de eso del «Hijo» y de esas bobadas. Ni del puto West Ham y demás. Ni del niño de mamá. No, nada de eso. Sino meterle por el culo un pincho de ganado al ladrón... La DILF reacciona ante eso. En fin. Que le den a mi imagen. Se acabó lo de hacerme el buenecito. De ahora en adelante voy a ser otra vez Lionel Asbo.

El carro de los postres, las tablas de quesos, la tercera botella de Burdeos. Los frutos secos y las mandarinas. Luego café y, para Lionel, una selección de los licores más exquisitos. Eran las diez y media cuando Des sintió el zumbido del móvil. Salió al pasillo con él.

—Estamos asfixiándonos aquí —dijo Dawn—. No es que haga un calor agobiante, pero no hay ni una pizca de corriente. He ido a abrir la ventana del cuarto de Lionel ¡y está cerrada con llave!

—¿Cerrada con llave? —Des se quedó pensativo unos instantes (había sucedido una o dos veces antes)—. Bueno, pues entonces haz lo de siempre. Antes de acostarte estate un cuarto de hora junto a la puerta abierta del apartamento agitando una toalla. Eso moverá el aire un poco. Y luego pon el ventilador hacia la niña. Y no abras la puerta de cristal, ¿de acuerdo? Ya sé. Ya sé... Pero ni un dedo. El pestillo echado. ¿De acuerdo? ¿Cómo está Cilla?

—Cilla es Cilla. Es genial. ¿Te has dado cuenta, Des, de que cuando sonrío primero lo hace con los ojos? Antes que con los labios. Los ojos sonrían.

—Sí —dijo Desmond—. Directamente con los ojos. A la velocidad de la luz. Te sonrían.

En el ínterin, Lionel había persuadido a su dama para que acercase una silla hasta él. Era una beldad inexpresiva, de porcelana, de venas azules, con una mancha beige alrededor del ojo izquierdo. Una imagen del cine mudo (una heroína en peligro, tal vez). O así se lo pareció a Des, porque nadie hablaba. La atmósfera turbia le resultaba incomprensible, y pronto alegó cansancio y se despidió deseándoles las buenas noches.

Se acercaban las once de la noche.

Desmond se dio una ducha y se sentó frente a la ventana en el más pequeño de los dos dormitorios. *Sabes que soy feliz*, le había dicho Dawn en la oscuridad, no hacía mucho. *Pero es como si no pudiera... Es esta sensación de espera. De espera por papá. Una sensación de espera. ¿Cuándo llega el tren? ¿Cuándo se va? La llevo sintiendo desde hace cuatro años. Como un puño cerrado en el estómago. No sabes lo que es eso...* Pero sí lo sabía. Conocía el puño cerrado de la inquietud. Y ahora, en su interior, aquellos dedos como garras estaban aflojando la presión.

Aquella mañana, en la carretera, lo había sentido: el talento infinito del mundo. Y ahora, bajo la poderosa luna (casi llena), el océano cabeceaba y viraba con la lenta agitación de sus facetas, que competían entre ellas para captar una porción de luz cremosa; el magma en movimiento, la ondulante bola de espejos del mar.

Des se puso tenso, y escuchó: se oyó cómo la puerta se cerraba de golpe, un bostezo anárquico, las palabras *No del todo contento* pronunciadas con seca determinación. Un minuto de amortiguado silencio y el estrépito del minibar volcado.

En el promontorio lejano el faro latía fiel, y a Des le recordó algo. ¿Qué? No era un recuerdo visual. No, era auditivo (y el tempo era completamente diferente). Aquel fulgor que palpitaba evocaba en él el sonido más valeroso que había oído en su vida: el latir (amplificado) del corazón de su hija en el vientre de su madre.

Acogió con humildad esta evocación. El pensamiento de Cilla lo dejaba todo claro: era a él, a Desmond Pepperdine, a quien le estaba sucediendo todo aquello. A él, y a nadie más. Allí estaba, totalmente recuperado, entre los anormalmente vivos, contemplando el talento del mar.

## Viernes

—¿Sí? ¿Sí...?

¿Estaba mal la línea o la señal flaqueaba o era una mala orientación del satélite? Lo único que oía era un aullido. Con cierto tonillo metálico. La incidencia se arregló por sí sola, al cabo de un chisporroteo, y oyó la voz trémula de su mujer:

—Des. Oh, Des. Las palabras no pueden... Estoy...

Pero siguió hablando, y Des estaba ya levantado, y descorriendo las cortinas, y

enchufando el hervidor de agua para el té.

—Estoy contento por ti, Dawnie —susurró, asintiendo con la cabeza con una expresión de inanidad en la mirada. Estaba alineando su batería habitual de pensamientos. De modo que el viejo suprematista (el guardia urbano emérito), en la sabiduría de sus últimas horas, había acabado cediendo. Cuatro años de ostracismo: como lo expresaría el propio Horace, ese tiempo debía bastar—. Estoy contento por ti, Dawn. Y estoy contento por mí.

—Tiene que ser esta noche.

—¿No irás a llevar Cilla al Diston General?

—Por supuesto que no. Pero ¿entiendes lo que te estoy diciendo, Des? Tiene que ser esta noche. Se está apagando, Desi. Y mamá dice que el sábado pasarán con la metadona. ¡Los sábados pasan y van matándolos con la metadona!

Lionel entró en el comedor justo cuando estaban cerrando las cocinas.

—Eh, tío Li. Ha habido noticias. El padre de Dawn...

—También yo tengo noticias. Gina. Sí, chico, la han hecho polvo. Con ácido. En Jupes Lanes. —Se puso a estudiar atentamente la carta, y pidió el desayuno completo de Caledonia—. Pero nada de morcilla de Aberdeen —le dijo al camarero de pelo entrecano—. Y nada de... nada de esos putos arenques ahumados de las Orcadas. Sólo lo inglés... Sí. En Jupes Lanes. A plena luz del día. ¿Ves lo que hace, el ácido?

Des trató de ser escéptico (¿cuánto había de verdad en ello?). Pero durante veinte años había residido conscientemente en Diston Town, donde la calamidad hacía su ronda diaria, como los carteros. Gina, pensó, con aquella sonrisa, aquellos ojos... Tomó un sorbo de café frío, y lo devolvió a la taza a través de los dientes.

—Te desfigura la cara. Te la estira... Se lo hizo un tipo de aspecto marroquí. Sí. Pasó a toda velocidad en una moto, con sus ropajes blancos y demás. *Eh. Toma esto.* Vestido estilo trapos de cocina, ya ves. Ya ves, Gina danzando por ahí en top corto y tutú. ¡Tápate! ¡Putá! Oh, sí... —dijo Lionel, moviendo la cabeza en ademán afirmativo—. ¡Chorradas! ¡Qué coño! Es Marlon. Cortesía de Marlon... Y no le culpo, mira por dónde. Pero Gina... Ay, encanto.

Lionel bajó los ojos y dirigió una mirada cariñosa al plato grande como un escudo y a todo su contenido: huevos frescos de granja escalfados, salchichas de Grampian, lonchas de beicon curado, tomates herencia, champiñones silvestres de Strathclyde, croquetas de patata hervida y cebolla a la campesina, judías estofadas caseras y pan frito de las Tierras Altas.

Masticando con energía, Lionel continuó:

—Pero va y se dispara en el pie, ¿qué te parece? Marlon ha cavado su propia fosa, ha matado a la gallina de los huevos de oro... Porque ahora no voy ni a acercarme a ella —dijo, acoplado su bocado siguiente—. Con la jeta en ese estado.

—Oye, tío Li. El padre de Dawn está...

—Oh, sí. Me estabas contando.

—El padre de Dawn...

—Está bien, Des. Me estabas contando. Habla, Des, habla sin rodeos.

Lionel se paseaba con Desmond fumando un puro mientras esperaban el coche. Tenía el móvil en la mano y observaba la pantalla. Dijo:

—Ah. Tiene dudas. Mi DILF tiene dudas. Fíjate. Lleva a sus dos hijos a la clase de esgrima. Imagínate tenerla a ella de madre. Y no a cualquier vieja imbécil como... La primera vez, Des..., la primera vez va y me dice: *No eres el diablo*. —Se quitó el cigarro de la boca y examinó la punta chupada. *El diablo es un caballero. ¿Eres capaz de acordarte del número de tu habitación, puto simplón?*

A lo lejos, bajo un cielo turbio, el mar seguía tendido al sol cuan largo era, y con sonrisa de espuma. Pero las nubes se reorganizaban con pesar, y ahora albergaban dudas de gris.

—Anoche va y dice: *Los chicos como tú... Nunca cambian, porque nunca aprenden. Nunca aprenden...* —Flexionó la mano izquierda—. ¿Sabes, Des? A veces me doy miedo a mí mismo. A mí mismo —dijo, retrocediendo un paso con una inclinación de cabeza mientras el coche daba la vuelta en la vereda de entrada.

Desmond viajó de vuelta. A Wick, a Inverness, a Stansted, a Liverpool Street, a Diston North. En el camino, con espíritu cristiano, hizo esfuerzos por mejorar su opinión de Horace Sheringham (sin ningún éxito). Más tarde, mientras dormitaba en la segunda planta, volvió a vivirlo todo mentalmente: el camarero anciano rellenando las copas de agua, las dos moscas jugando a la pídola en el cristal de la ventana, las estrías del oleaje, las mandíbulas de Lionel congelándose a mitad de bocado y su ceño categórico...

*Lo siento, tío Li, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Es su última oportunidad. Este asunto lleva años atormentándola.*

Lionel se apartó. Sonrió mostrando los dientes, y sus ojos parecieron readaptarse.

*Vale, dijo. Vale. Vuelves. Dawn va a ver a su padre.*

*Sí. Pasará la noche con su madre pase lo que pase.*

*Así que os quedaréis solos Cilla y tú. De acuerdo. Todo irá bien... Toma. Llama a esta gente. Te cambiarán el vuelo. Toma.*

*Bueno, dale un último adiós a Grace de mi parte.*

*No, ya vale. El viejo Horace aún está entre nosotros. ¿Y qué es un cuerpo muerto? Nada. Basura. Y no queremos que Dawn sufra. Dios no lo quiera. Sí, Des. Tu sitio está en casa. Tu sitio está donde tu hija, en Avalon Tower.*

El avión lo despertó. Estaban iniciando el descenso a través de la capa de nubes, y el avión lo despertó bruscamente con una sacudida. Las alas chirriaron y el aparato fluctuó. Sus ventanillas eran densos coágulos de blanco. Des nunca había vivido aquello: la violencia muscular enroscada en el seno de las nubes.

El médico, en la clínica, le había advertido que su gripe vulpina urbana, antes de desaparecer por completo, tendría una breve recidiva. Y su esqueleto se dejó sentir de nuevo en toda su intensidad cuando estaba emergiendo del inframundo para volver a pisar las calles de Diston: el chasis de los hombros, la silla de montar de la pelvis. La sensación no era desagradable; los huesos le brillaban como filamentos metálicos. Y esta vez Des sabía que iba a pasar rápidamente, que quedaría atrás tras su embate final, cual canto del cisne de la fiebre del zorro urbano.

Desviándose de su camino una manzana o dos, pasó por delante del viejo apartamento de su abuela; el apartamento de la abuela Grace, situado en el sótano del edificio. Dos botellas de leche vacías relucían desdibujadamente al pie del umbral... *Pon a hervir el agua, cielo. Vamos a vérnoslas con el críptico.* Y se encendía otro Silk Cut, para atizar su concentración mental... Una camioneta de los helados callejeaba por las cercanías. Des siguió caminando. El aire de Diston, una neblina de arenilla, una textura de gasa, con motas, máculas, pliegues, como esas cicatrices de las vacunas...

Arriba, en Avalon Tower, la puerta del apartamento estaba abierta y se oía el contralto autosuficiente de la viveza femenina, como una radio distante. El pasillo que daba a la cocina se le antojó nuevo, recién inventado, y todo un logro modesto, impresionante en su claridad y su orden. Ahora la gata se dejó caer al suelo, tentadora, a sus pies... Apareció Prunella. Le tendió a la niña: un paquete limpio que contenía algo aún más limpio. Des besó a Cilla fugazmente, y la dejó en el suelo. Y al poco las dos mujeres salieron precipitada y resueltamente del apartamento.

—Te he hecho litros de café —le había dicho Dawn en un aparte rápido—. Cuídala con tu vida.

—Lo haré.

Intercambiaron tres o cuatro de sus usuales ternezas y votos.

Volvió a la cocina y encontró a Cilla tratando de gatear hacia los perros. Des se había olvidado casi por completo de los perros. Estaban fuera en el balcón durmiendo al calor de última hora de la tarde, en la postura de las cucharas; Jek, con una de las patas delanteras alzada al aire, sujetaba con suavidad a Jak.

—He conocido a un hombre —dijo Des— llamado señor Hombre. —Esto a Cilla también le pareció graciosísimo—. ¿Cómo se llama usted, señor? Este señor es el señor Hombre.

Así que acto seguido leyeron un rato *El señor Hombre*, que seguía siendo el libro preferido de la niña.

Después de poner a hervir el agua, Des sacó la voluminosa bolsa de basura del tanque (que en aquella época estaba entreabierto) y se quedó mirándola. Normalmente esperaba a que Cilla se durmiera para bajar a toda prisa la bolsa al cuarto de la basura del edificio. Cuando Dawn estaba a cargo de la niña hacía lo mismo. A Cilla no le importaba en absoluto quedarse sola. Pero Des supo al instante,



y con toda certidumbre, que no podía dejarla allí sola con los perros. El pestillo estaba echado; la puerta corredera estaba bien cerrada. Pero no podía dejar a la niña sola con los perros.

—Vamos a convertir esto en una salida de compras. ¿Te apetece ir de compras?

Además, quería comprar una cosa: una mascarilla quirúrgica. Podría contagiar la fiebre del zorro, y no dejaba de tener conciencia de ello ni un segundo: se dio cuenta de que cuando tenía al bebé en brazos siempre respiraba hacia atrás, por encima del hombro. Salieron a la calle. Cilla, sujeta con correas en su cochecito de niño, tenía las dos manos levantadas y activas todo el tiempo, y dedicaba a toda cara que veía una sonrisa sin reservas. Los viandantes se detenían brevemente y se preguntaban... se preguntaban qué habían hecho para merecer tal aprobación, tal delicia...

Lo intentaron en tres farmacias, y en el gran almacén de artículos del hogar, y, sin demasiada esperanza, en una ferretería. Muy propio de Diston, aquello. Uno veía mascarillas quirúrgicas por todas partes en aquella gran ciudad del mundo, pero nunca en Diston. Diston no mostraba interés alguno por la profilaxis, por las medidas preventivas. Diston, con sus embarazos de colegialas de primaria, sus chiquillos desdentados y sus veinteañeros asmáticos y sus treintañeros artríticos y sus cuarentones lisiados y sus cincuentones demenciados, y sin sesentones.

Lo que compraron al final fue una caja grande de ibuprofeno y una lata de papilla de melocotón para el té de Cilla.

Mientras calentaba la leche para Cilla en el fuego, Des hojeó el *Evening Standard*, y dio con un suelto abiertamente amistoso sobre «Threnody» y su nuevo libro de poemas. *Son poemas sobre el tiempo que he pasado con Lionel*, contaba «Threnody». *Así que el tema es la pena. Pero la pérdida y la congoja son la fuente misma de la emoción profunda. Mirad al obispo King y a Lord Tennyson. La poesía se nutre de esas...*

Los perros empezaron a moverse. Se despertaron al unísono; desenredaron las patas como pudieron y las estiraron hacia delante; con un bostezo trémulo Jak se dio la vuelta hacia un lado; su lengua se desenroscó como de un huso y se enroscó con ánimo analítico sobre el hocico de su hermano... Des avanzó unos pasos y dio un tirón a la cortina de encaje. Y miró a su alrededor. Instalada en su sillita alta, Cilla se frotaba los ojos con los nudillos; sí, aquella criatura, aquel ser limitado, aquel pequeño «desvelo», estaba viniéndose abajo, estaba «echando la persiana», como suelen hacer los bebés cada varias horas. Des preparó una fortaleza de cojines encima del sofá, y en cuestión de segundos Cilla se quedó dormida.

Con reticencia, Des movió nerviosamente la cortina y echó otra mirada a través de la puerta de cristal. Jek estaba agachado, expectante, mientras Jak lo montaba con las patas traseras inmundamente tensas y elásticas.

*¡Vete a tomar por el culo!*, dijo Jak.

*¡Vete a tomar por el culo!*, dijo Jek.

A las seis y media Lionel hizo la primera de sus dos llamadas.

—Ya la he enterrado. A Grace. Está en la «casita» de pino número... cuarenta y cuatro H de Inver St. Mary. Le he dado al vicario unas cuantas libras para hacerlo lo más discretamente posible. Y se ha ido al hoyo esta tarde.

—Bueno, que descanse en paz, tío Li.

—Estoy en el coche. Tratando de volver. No quiero seguir aquí. Porque me entraría la depresión. Wick está cerrado.

—¿Ah, sí?

—Sí. Hay una niebla espesa que viene del mar. La visibilidad es casi nula. Creo que iremos en el coche hasta Inverness. Son doscientos treinta kilómetros. Pero de buena carretera. Estoy pensando en un aerotaxi. ¿Estás bien, chico?

—Sí, tío Li. Ha llamado Dawn, y me ha dicho que va a ser una noche larga.

—¿Ya has dado de comer a los perros?

—Estaba a punto de hacerlo, tío Li.

—No te olvides del Tabasco. Todo.

Dejó los dos bistecs goteantes en los dos boles de metal. Y preparó la salsa de guindilla picante (*envejecida durante varios años en barricas de roble, lo que le confiere ese aroma y sabor únicos. Unas cuantas gotas darán al...*). Se puso una gotita en la lengua, y pudo comprobar el picor de fuego de aquella salsa roja. Pero luego le quedó un regusto como a producto farmacéutico; prueba, pensó, de que aún le quedaban restos microbianos en el estómago. Le llevó casi cinco minutos vaciar la botellita en la carne sanguinolenta. ¿Qué estaban haciendo allí los perros? Oh, sí. Lionel se los llevaba con él a Surrey cuando recibió la llamada de la residencia de Grace. La caza de liebres. Muy verosímil, pensó Des. La caza de liebres con perros era violenta e ilegal, y había apuestas... Michael Gariel, el carnicero de la familia. Si Lionel volvía aquella misma noche, ¿iría a recoger a Jak y a Jek?

Estaban uno al lado del otro, con los hocicos sobre las patas delanteras, cuando Des salió al balcón con suma precaución y les puso los boles junto a la cubeta de arena.

Cilla se despertó muy descansada. Des la lavó, la cambió y le dio su puré de verduras, con delicados movimientos —como si estuviera esculpiendo— alrededor de la boca con la cucharilla blanda de plástico... *toma algo más de leche que tú en su café, ¿no, Des?*, le había dicho Dawn al final del primer mes de edad de Cilla, cuando su color empezaba a estabilizarse. Puso el antebrazo al lado del de la niña, y estuvo de acuerdo. *Bueno, tú eres la lechera, Dawnie*, dijo. Con tu cuajada y tu suero...

Padre e hija ahora se atiborraban con la lectura de *El señor Hombre*, *El señor Desordenado*, *El señor Patas Arriba*, *El señor Gruñón*, *El señor Tacaño*, *El señor Equivocado*, además de *La pequeña señorita Risitas*, *La pequeña señorita Estrella*, *La pequeña señorita Afortunada*, *La pequeña señorita Curiosa*, *La pequeña señorita*

*Magia*, hasta que, casi con asco, Cilla apartó hacia un lado a *La pequeña señorita Tarde*. Y de repente se echó a reír y señaló con un dedo doblado.

—Da —dijo—. Do.

A través de la cortina de encaje colgante se podía ver claramente sus siluetas cuneiformes, a contraluz de la pródiga luminosidad de la luna. Des se levantó y con brusquedad impaciente descorrió la cortina, y se dio ánimos. Los perros no pestañearon. Tensos y estáticos —aunque prestos a saltar hacia delante—, ya no parecían un par o una pareja: parecían un equipo. Y en sus collares con pinchos casi irrisoriamente malignos: dos orquídeas de invernadero cultivadas en el infierno. Y (¡joder!) la cara de un pitbull, una boca todo mandíbulas con dos ojos pequeños pegados en lo alto, y unas orejas sin pelo. Justo a la altura de las rodillas, cuatro narinas negras con el interior rosa echaban vaho en el cristal de la puerta.

Des puso a Cilla en su sillita y volvió a acercarse a la puerta corredera a ver a los perros. Hizo gestos como para ahuyentarlos con los brazos. Y no pasó nada. Se dio cuenta de que los animales ni siquiera le veían; miraban a través de él, o más allá de él: miraban a la niña. Echó la cortina y se fue de la cocina, y volvió inmediatamente con dos fundas de almohada. Encontró una caja de chinchetas y en un par de minutos armó una segunda cortina que tapaba la mitad inferior del cristal. Mientras lo hacía, la niña emitía sonidos, no demasiado vehementes, pero sonidos que expresaban su decepción, pensó él, o quizá hasta lástima. Retrocedió unos pasos: las siluetas ya no eran visibles a través de las capas de tela blanca.

—Vamos —dijo Des en tono tranquilizador mientras hacía ademán de coger a la niña—. Vamos.

El teléfono sonó a las diez y cuarto.

—Nada, sigo aquí. Hay niebla. Hay una niebla espesa por todas partes.

Entonces llegaron los gemidos o bostezos de las sirenas de niebla. Des, al fondo, oyó risas femeninas, y las notas gráciles del pianista de los dedos blandos (debía de estar tocando las melodías lentas) que terminaba «Yesterday» y empezaba «She's Leaving Home». Imaginó los latidos del faro enjaulado.

—¿No hay vuelos, entonces?

—No... Está bien. Estoy arreglando las cosas con mi DILF. Zorra estúpida. No puedo resistirme a ella. Buena comida. Estamos negociando. Cordero. Dos borrachos de vino. Zorra estúpida. ¿Quieres hablar con ella un momento?

Una voz educada pero formidable y disparatadamente ebria estaba diciendo:

—Hola. Me llamo Maud. Soy la DILF de Lionel. ¿Quién eres tú? ¿Uno de sus amigotes?

A Des le pareció estar oyendo de nuevo la sirena de niebla, pero eran los gemidos o bostezos de Lionel, coronados por dos agitadas inspiraciones.

—Adivínalo... Oye, Des, ¿te sueno a un poco borracho?

—Sí. Un poco. Y normalmente no te emborrachas, tío Li.

—Bueno... No entierras a tu madre todos los días. Es un velatorio, Des. Sí. Se ha ido al hoyo. Con todos sus pecados. Como toda carne mortal... ¿Sigues ahí, mujer? —Se oyó como una refriega, y luego, con la voz de nuevo enrevesada, y de nuevo equívoca, como Grace con su hablar oscuro, Lionel dijo—: Calla la boca, vaca idiota. Te voy a poner morado el otro ojo. Set y partido, ¡hurra! Eres una pija... Así que... —Se oyó un estrépito de vajilla rota, y Des imaginó a Lionel echándose hacia atrás en su asiento. Siguió una pausa..., y el ruido ambiente se fue apagando paulatinamente—. Así que ya han cenado, ¿no, Des?

—Sí, hace un rato.

—Sí. Ahora se calmarán un poco. Buenas noches. —Se hizo un silencio; sólo se oía el bullir del mar—. ¿Has visto la luna? Ten cuidado con la puerta del balcón. ¿Has visto la luna? Buenas noches.

Era ya tarde, muy tarde, y una verdad manifiesta se estaba ratificando a sí misma: iba a hacer un calor terrible. Con el cuarto de Lionel cerrado a cal y canto, lo único que tenían era el hueco de veinticinco centímetros de encima de la cama de Des y el ventilador eléctrico. Recorrió el pasillo, abrió los tres cerrojos y estuvo abriendo cerrando la puerta para refrescar el aire durante diez minutos. Pero el calor de Avalon Tower era pesado y denso, y el aliento usado se disponía en capas y se espesaba del primero al último de los treinta y tres pisos.

—¿Estás bien, cariño? ¿Que quién era ese caballero? Vaya, ¡pues el señor Hombre!

Comprobó la puerta del balcón y levantó una mano hacia la cortina. Y le asaltó una especie de mal estético, porque los perros seguían exactamente en el mismo sitio de antes, como figuras de metal pegadas al suelo. Pero ahora alzaron la cabeza y retrocedieron hasta más allá de los boles y la cubeta de arena y parecieron volver a asentarse. Cediendo a un impulso, abrió el pestillo y descorrió la puerta de cristal, apenas un resquicio de un dedo de anchura. De un salto vertiginoso hacia delante Jak y Jek se plantaron ante el cristal, y metieron el hocico en la abertura; y cuando Des dio a la puerta un empujón vindicativo para cerrarla los perros metieron el hocico aún más, como dispuestos a que la hoja les aplastara o les cercenara la trufa.

—Perros tontos —dijo, reculando—. Creo... creo que quieren refrescarse un poco.

Con rapidez y cuidado llenó un vaso alto de agua fría. Vio que la puerta cedía un par de centímetros, y luego tres... Una zancada larga y la salpicadura brusca del agua le hicieron ganar el momento que necesitaba. Cerró totalmente el pestillo, y lo comprobó con todas sus fuerzas.

—Ahí os quedáis. Buenas noches, perritos —dijo—. Y ahora, señorita... Ahora a dormir.

Cambió a Cilla por última vez aquel día.

—Puedes dormir así mismo. —La dejó en su cestita, sobre el caballete; la figurita regordeta y morena con el mullido pañal blanco. Enjuagó su tacita del agua—. Ahora te daré un poco de agua. —Dirigió el ventilador (le daría de lleno cada cinco segundos), y atenuó las luces—. Ahora vas al país de los sueños.

Eran casi las once y la niña no se había dormido; no podía dormirse. Seguía sonriendo, seguía mirándole con ojos tiernos; pero algo no iba bien en su universo de bebé, y no conseguía conciliar el sueño.

—Mamá volverá mañana. Tu adorable mamá estará aquí mañana por la mañana.

Un recuerdo subliminal le trajo a las mientes que lo que hacía dormir a los bebés era saber que sus mayores seguían despiertos (el murmullo satisfecho de los adultos; e incluso esos rombos de luz de faro de automóvil que surcaba el techo y se deslizaba pared abajo). Así que, tarareando, se puso a recoger la cocina: ordenó las cosas de la cena, y limpió todas las superficies, y metió los periódicos en la bolsa de basura y lo puso todo en el tanque.

—¡Voy a dormirme antes que tú! Como no te andes con ojo...

Siguió esperando a que los ojos de Cilla acusaran el cansancio y se cerraran, pero no hacían sino reafirmar su desvalida redondez. Cuando le pasó la mano por la frente Des vio que se había humedecido las yemas con el sudor. Le puso un paño mojado en la cara, y le encajó el termómetro debajo de la axila. Tenía treinta y siete con tres décimas. A medida que se acercaba la medianoche, y que sentía que su lucidez iba menguando, capituló. Y buscó el opiáceo para infantes: el líquido almibarado del paracetamol morado. Cilla se tomó la cucharada de buen grado. Y al cabo de menos de un minuto echó la cabeza hacia atrás y se durmió.

Des apartó la mirada con ojos ardientes. Sintió que, de algún modo, su niña había sido objeto de un agravio, de un grave agravio. Al mismo tiempo, mientras velaba su súbito sueño, recibió el regalo del recuento de todas las cosas que amaba en ella. Tenía que asimilarlo, todo en un instante; y eso hizo, mientras le seguían ardiendo los ojos.

Había pasado el viernes. Des echó los cerrojos. Siete veces comprobó la puerta del balcón. No miró fuera. Comprobó la puerta del balcón por octava y última vez.

Se desnudó hasta quedarse en calzoncillos, y se entregó a las sábanas desnudas. La lámpara de la cabecera de Cilla proyectaba (desde la cocina) un semicírculo amarillo de volantes sobre el Suelo de madera de Desmond. Y la niña seguía en su línea de visión. Estaba muy cansado, y su cansancio, cayó en la cuenta, tenía un olor: el olor de aire espeso del ozono y del mar cálido. No, esta ola no; aquella otra sí, aquella ola me llevará a la orilla.

*Sábado*

En la hondura de la noche, soñaba.

Soñaba en el lecho, no con una escala que subía al cielo... Soñaba con una cámara de pino barnizado y mármol blanco y niebla hirviendo donde él estaba sentado con el hermano de su madre y seis o siete perros pelirrojos y zorros a manchas negras y blancas, algunos de los cuales estaban disecados (por el taxidermista señor Hombre). Él y su tío estaban realizando unos invisibles y misteriosos ejercicios, pero no había nada que respirar ni nada con que respirar. Así que se despertó.

—Ah. Aquí estoy —dijo, y se humedeció la lengua. La boca le funcionaba (la oía chasquear y raspar), pero los ojos los tenía como engomados. Levantó una mano reacia y se liberó los párpados secos. El aire a su alrededor era tan negro como el regaliz.

Alguien o algo había cerrado la puerta de su cuarto.

A través de varias espesuras se abrió a su consideración un sonido amortiguado pero complejo. Un ruido compacto y sordo, seguido de dos impactos más débiles; un crujido de cestería y un suspiro neumático, y luego los resoplidos desaforados y la pugna confusa de unas bestias musculosas.

El tiempo se estaba haciendo más lento. De hecho le llevaría exactamente 2,05 segundos levantarse de la cama y llegar a su destino. Pero a Desmond Pepperdine le parecieron muchos más.

0,10 segundos. Las piernas lo consiguieron. Con un pedaleo curvo de bicicleta se bajó de la cama y se puso de pie sobre la estera. El suelo de contrachapado se había hinchado con el calor, como si la cola con que estaba pegado hubiera rezumado, y perdió unas preciosas e inestimables milésimas de segundo en tirar de la manilla de la puerta y volver a tirar de nuevo.

0,50 segundos. La puerta de la cocina también estaba cerrada. Oía nítidamente —y, al parecer, con lentitud— el resollar, el hocicar, el gruñir ahogado, el babear... Transcurrió toda una centésima de segundo mientras trataba de identificar a aquel extraño animal del pasillo. ¿Era un puerco espín? No, era la gata. Entre un tirón y otro de la manilla pegajosa tuvo tiempo de percibir el tamaño sobrenatural de la ola trémula de mar profundo que ahora tendría que salvar. Dio un paso y se internó en ella.

1,45 segundos. Encendió la luz y con una voz enormemente amplificadas por la química del cerebro gritó algo..., un aullido ancestral. Se quedó mirando los crepitantes tubos fluorescentes mientras pasaba a su lado la ola de aguas profundas, y escuchó el chasquido de las uñas caninas sobre los tablones lijados.

2,05 segundos. Miró hacia abajo. El caballete estaba en el suelo, volcado hacia un lado, y la cestita vacía se había desplazado más allá —como a un metro de él—, y aún se balanceaba un poco pegada a una de las patas de una silla. Cayó sobre manos

y rodillas, y escarbó a su alrededor como una bestia.

El ventilador eléctrico seguía patrullando su radio de acción.

No había sangre; no había bebé.

## Martes

*Keeyou, keeyou, keeyou. Wicky wicky, wicky wicky. Zhe-zhe diddum eet. View-cha view-cha view-cha. Payee, payee. Tuseetz, tuseetz. Keeyou, keeyou, Wicky wicky. Wicky wicky...*

Las dos grandes colgaduras, las dos gigantescas franjas de abultado terciopelo negro seguían echadas, pero podía oírse, fuera, el caos multitudinario —las estridencias y reverberaciones— del canto embelesado de los pájaros. En el espacio entre los cuatro postes de la cama una figura retorcida se estiraba y respiraba trabajosamente.

—¡Mao! —pareció gritar—. ¡Mao...! Dios, joder... ¡MAO!

Mal MacManaman entreabrió la puerta unos centímetros.

—¿Sí, jefe?

—Ve y diles a los pájaros que cierren el puto... *¡No me enfoques esa jodida luz a la cara!*

La figura de Mal se retiró unos instantes, y al cabo reapareció de forma aún más vaga.

—Me ha llamado, jefe.

—Mal. Mal, compañero... Me estoy muriendo.

—¿Quiere que llame a Sir Anthony, jefe? Para que le ponga otra vez el oxígeno. Y la diálisis.

—Ya te daré yo diálisis... Joder. Oh, Mal, cúrame, compañero. Cúrame.

—¿Qué puedo decir, jefe? Las curas no son más que supersticiones. He estado mirando en Internet. Los romanos probaron los huevos de búho. Y canarios fritos.

—¿Canarios fritos?

—En Islandia comen tiburón podrido. Tienen el tiburón podrido en el balcón.

—¿Y dónde voy a encontrar yo un puto tiburón podrido? ¿Ves esta almohada? Venga, quítame esta vida miserable. No me resistiré.

—Lo siento, jefe, pero lo que necesita es una copa. Está con el síndrome de abstinencia. Es su única esperanza, jefe. Una copa para la resaca.

—Di eso otra vez y te despido. *Otra copa para la resaca...* Di eso otra vez y estás despedido.

—Un poco de morfina, jefe...

—Sí. Venga. Sólo una gota. Como una triple en un pub... ¿Sabes, Mal? Creo que me envenenó. Ese bombón de Escocia. Me envenenó... No. No. Tonterías. Es Lionel

Asbo, ése es. La culpa la tiene Lionel Asbo. No necesito un médico. ¡Necesito un cura! Un... puto exorcista es lo que necesito... Mal. ¿Está en camino?

—Sí, jefe. Está en camino.

## *Miércoles*

Sus compañeros de vagón no vieron nada fuera de lo normal en el joven que viajaba en el tren con ellos. Medía aproximadamente un metro ochenta y cinco y era mestizo; llevaba unos chinos negros y una camisa blanca; no iba leyendo, ni mirando por la ventanilla la campiña inglesa deslizante, sinuosa, inclinada. Su cara carecía de expresión. Pero al parecer no había nada extraño en su persona.

La anciana dama encogida que se sentaba a su lado leía metódicamente el *Sun*. «Pistolero apresado por abuelo que se enfrenta a él.» «Maté al bebé con síndrome de Down (la madre).» «Se puso hecho una furia cuando su mujer le gritó: “¡Con más fuerza, joder!”» Querida Daphne... He tenido una relación con un banquero, pero él ya no tiene interés. Atrapada en el cuerpo de un hombre. Mi maridito lleva seis años de cibersexo con mi mejor amiga. *Querida Daphne: estoy teniendo una aventura con una mujer mayor. Es una dama de cierta sofisticación, y me resulta un cambio estimulante respecto de las...*

Resollando, frenando, el tren de tres vagones entró en la estación Short Crendon. Una voz grabada indicó a nuestro joven viajero que recogiese sus pertenencias y tuviera cuidado con la abertura entre tren y andén. El joven se apeó y echó a andar por el pueblo dormido.

Ante la mansión cruzó la línea del piquete vacía, llamó al timbre y anunció su llegada. Le dijeron que esperara. Al cabo de tres o cuatro minutos el mayordomo con esmoquin y un guarda de seguridad con ropa de calle bajaron por el camino de entrada. Las puertas electrificadas se abrieron y le hicieron pasar.

—El señor Asbo está un poco indispuerto —dijo Carmody cuando pasaron ante el Bentley Aurora y el Venganza y se acercaron a la puerta principal—. ¿Puedo ofrecerle algo de comer, señor, mientras espera? Las otras visitas disfrutaban de una selección de bebidas y de un refrigerio frío. El señor Asbo sabe que está usted aquí.

Tres caballeros con armadura observaban taciturnamente la mesa redonda, las sillas de montar altas de las sillas, la araña de acero de múltiples hojas, cual una hélice medieval. En el comedor había ocho personas, entre ellos Desmond Pepperdine.

—Se me debe —estaba diciendo «Threnody». Se rellenó la copa de vino blanco—. Tengo derecho. Es de justicia. Se me debe.

—Pero seguramente no afectará a las ventas —le animó Jack Firth-Heatherington



—. Antes bien, pienso que... Supongo que es demasiado tarde para relanzarlo con otro título.

—Como está ahora seré el hazmerreír, ¿no? —Tenía un libro de bolsillo de poco grosor delante de ella, con la tapa boca abajo. Había otros dos volúmenes sobre la mesa, colocados de pie, como en el expositor de una librería: *Mi amor por Azwat y Con la mano tendida hacia Fernando*. Los dos de «Threnody». Dijo—: Danube se partirá de risa.

Buscando confirmación, se volvió al hombre joven que se sentaba a su izquierda. El color de su piel era del Levante mediterráneo: era, presumiblemente, Raoul. Se quitó el palillo de la boca y dijo (con pronunciación deficiente):

—Se partirá de risa.

—Todos se partirán de risa. Seré el hazmerreír. Alguien de quien reírse. Así que se me debe, Jack. Venga. Tengo derecho.

«Threnody», Raoul, Jack Firth-Heatherington..., ¿y quién más?

Lord Barcleigh (la famosa cara, la famosa gordura) estaba sentado en un sillón con una bandeja sobre los muslos. Frente a él había un caballero de aspecto docto, con la camisa abierta (y un pañuelo de cuello blanco). Hablaban en susurros compungidos. Sebastian Drinker, con asentimientos de cabeza solemnes, escribía en un pequeño taco de hojas amarillas.

Al otro extremo de la estancia, de perfil y con los brazos cruzados, había una mujer de pie, con un velo blanco, que miraba por la ventana del fondo.

—Se me debe. Tengo derecho.

Pasaba el tiempo.

—Se me debe.

—El señor Asbo le recibirá ahora, señor.

Carmody lo precedió hasta Mal MacManaman, que le estaba esperando en el vestíbulo.

—Desmond —dijo, y le tendió la mano.

Empezó a subir las escaleras a un paso meditabundo.

—Su tío —dijo—, su tío ha reaccionado mal ante la muerte de su madre. Allá en Escocia. Extraño, ¿no? No parecía estar tan unido a ella, en mi opinión. Pero con estas cosas nunca se sabe. En fin, su tío acabó infligiéndose un daño grave. En el cerebro. Eso es lo que los médicos piensan. Y luego está este otro problema. Me pregunto si lo encontrará usted cambiado. Adelante. —Alargó la mano y atenuó la luz —. Entre. Le espera.

El cuarto era del color de la remolacha: muy oscuro pero con una tonalidad malva.

—Espera. Espera a que los ojos se acostumbren...

Des alcanzó a vislumbrar, a unos metros, un lento fulgor intermitente. Ello evocó

en su cuerpo el recuerdo de los latidos del corazón de su hija.

—¿Puedes ya ver? Ven, Des. Ven y siéntate a mi lado.

Des supo que pasaba junto a pesadas piezas del mobiliario, y luego que recorría un trecho de alfombras y pieles. A la manera de una acomodadora en un cine muy antiguo, Lionel utilizó su cigarro para iluminar la silla de la cabecera de la cama.

—No puedo comer. No puedo beber. Dios, ni siquiera puedo fumar. Sabe horrible. Pero hay algo que sí puedo hacer. Puedo toser. Puedo tener arcadas. Puedo rascarme. Hay una palabra para eso, Des. Espera un momento. *Formicación*. Sientes que tienes la piel cubierta de hormigas. —Dio una larga chupada al puro, y la ceniza se inflamó y encendió como un ojo maligno.

—¿Quién dejó entrar a los perros?

—Oh, lo primero es lo primero, ¿no? —Lionel trató sin éxito de incorporarse hasta una postura más alta sobre las almohadas. Volvió a hundirse—. *Un...* —Con una voz como en trance, haciendo una larga pausa entre cada frase, dijo—: Me sometieron a cuidados médicos en Escocia. Estoy un poco gastado, Des. El lunes volví y me encerré aquí en casa. Podría haber hecho una llamada telefónica. Pero no la hice. Decidí esperar hasta el lunes para poder leer la *Diston Gazette*. Supersticiones, si quieres. Fui hojeándola con mi linterna pequeña para no forzar la vista. Y había lo de todos los días. Apuñalamientos. Cegamientos. Ninguna mención, ningún suelto sobre el tristísimo suceso de Avalon Tower. Y no lo creerás, Des, pero ¿sabes lo que pensé? Pensé..., pensé de mí: quizá pueda seguir viviendo.

—¿Quién dejó entrar a los perros?

—De acuerdo —dijo Lionel, y levantó una palma—. Puede que haya quien diga que... que reaccioné de forma desproporcionada. Que exageré más de la cuenta. Pásame esa cosa, Des. Y no te hagas el inocente conmigo.

El Zippo dorado se encendió, pero sin proyectar ninguna luz.

—Así que satisface mi curiosidad, Des. ¿Qué es lo que falló?

*Era como un perro..., a cuatro patas —con un aleteo en ellas— gimoteando de hambre. Estaba debajo de la mesa, debajo del sofá, detrás de la cesta, más allá de la silla. No había sangre, no había sangre, no había niña. No había niña.*

*Con desigual esfuerzo se puso de pie. Dio unas zancadas hacia el balcón, cerró con pestillo la puerta corredera. Los perros daban vueltas rápidas en el balcón. Y esperaban. Tendría que descuartizar a Jak, que descuartizar a Jek..., metería las manos en sus mandíbulas mojadas, las forzaría, y las desgajaría. Volvió la cara hacia la cocina insondable.*

*Luego sus ojos se fijaron en el cubo bruñido del tanque. La tapa estaba cerrada. El día anterior la tapa estaba abierta..., y ahora estaba cerrada. Fue hasta el tanque y levantó la tapa hasta arriba.*

*Cilla yacía sobre la bolsa de basura a medio llenar, con su pañal, y el pecho le subía y bajaba... Lo visualizó todo (y lo oyó todo de nuevo): el primer salto de Jek, el*

primer salto de Jak, la mesa derribada, la niña dando vueltas en el aire, y la tapa del tanque cerrándose de golpe.

Le besó los ojos hasta que los abrió. Se abrieron, y le sonrieron, radiantes.

—Bueno, bueno... Vaya. Así que resultó útil, al fin.

Des se levantó. Dio unos pasos hacia delante, y dio unos pasos hacia atrás. Se sentó de nuevo, se quedó de pie, volvió a sentarse.

—Tranquilo, Des. Tranquilo, hijo. Joder, ¿oyes a esos pájaros? Está bien. Cabo Wrath. ¿Sabes, Des? Cuando me desperté el sábado por la mañana, no estaba en la suite. No. Estaba en una habitación normal. Y parecía que la noche anterior se hubieran emborrachado en ella como treinta tipos. Botellas por todas partes. Todas vacías. Y mi pobre DILF. Oh, Dios santo... Con los dos ojos morados y tirada en su propia vomitona. Y, Joder, Des, el estado en que se encontraba tu tío Li no te lo podrías ni creer. Y allí estoy yo de pie. De pie, pensando en el suelo de tu cocina. Y no me sentía demasiado bien. No me sentía demasiado bien.

—¿Quién dejó entrar a los perros?

—Entrar no —dijo Lionel, y agitó con fuerza el dedo que tenía levantado—. No se les deja entrar. Tú abres una mínima rendija y los perros entran ellos solos. Actúan por propia iniciativa. No se les deja entrar.

—¿Quién?

—Yo estaba en otra parte, su señoría. Estaba en Escocia, con mi DILF.

—¿Quién? ¿Quién?

—Marlon —dijo Lionel, momentáneamente derrotado—. Milusos. Pero eso es un... tecnicismo. Piensa, Des. ¿Dejó Marlon entrar a los perros? No. Tú dejaste entrar a los perros. Tú dejaste entrar a los perros... Te follaste a mi madre. Y eres mi sobrino.

—¿Y? ¿Y?

—Bien. Tendremos que ocuparnos de ello, ¿no? El hecho sigue ahí. El hecho sigue ahí, Des. No puedes ir por ahí follándote a la madre de tu tío. Follándote a tu abuela. No.

—Muy bien.

Des se sacó un sobre blanco del bolsillo trasero y lo dejó sobre la colcha.

—Hay una copia sellada de esto en la caja fuerte del *Mirror*. Hay una copia sellada de esto en la cámara acorazada de un banco. Hay una copia sellada de esto en la mesa del director de la *Diston Gazette*.

—Sigue. ¿Y qué se dice en ese sobre?

—¿Qué se dice? Todo. Sobre la abuela y yo. —En este punto Des de hecho pensó que no tendría que ir más allá. Que era suficiente. Que con decir *abuela y yo* bastaba. Lionel agitaba ya en el aire una mano flácida mientras Des seguía hablando—. Sobre la abuela y Rory Nightingale. Sobre Rory y tú. El sobre del *Mirror* contiene

algo más aparte de eso.

—¿Sí?

—El arete del labio de Rory. Con la sangre seca. La sangre de Rory.

Lionel se colocó un cigarro nuevo entre los labios. Volvió a utilizar el Zippo de la llama demasiado tenue. Ahora podía vérselo la tosca barba incipiente en barbilla y mejillas, y la movilidad salvaje de los ojos en las bocas carmesí de los párpados.

—Así que... Si algo sucediera...

—Sí sí sí.

—Cualquier cosa.

—Sí sí sí sí... Loable esfuerzo, Des. Típico de ti. Hacer de soplón. En fin. Lo cierto, hijo, es que... Lo cierto es que voy a irme fuera un tiempo, tal como están las cosas.

—¿Adónde vas a ir y qué vas a hacer?

—Bueno... Las DILFs empiezan a dar guerra... No la de Escocia. Ésa aún no. Pero una vez que una empieza..., todas van detrás. Esas dos MILFs de Mayfair. Sí, se veía venir desde hace un tiempo, Des. Y estará en los periódicos en un abrir y cerrar de ojos. —Tosió, con tos áspera, rasposa (se le podían oír las hebras enmarañadas de las flemas en el pecho)—. Con las otras chicas, puedes debatir la cosa un poco y acabar arreglándolo sin ir a los tribunales. Pero con las DILFs... Ellas tienen amor propio. Y, lo que es peor, tienen jodido dinero...

Des se levantó para irse.

—Es lo que pasa cuando tu madre es una fulana. Que cada vez que estás haciéndolo con una tía te sientes lleno de rabia. ¿Y cuál es el siguiente puerto? La cárcel. Bueno, la cárcel no está tan mal. En la cárcel sabes dónde estás.

—¿Qué quieres decir?

—Es lo que hay, Des; cuando estás en la cárcel tienes la mente en paz. Porque no estás angustiado por que te detengan. Es lo que hay.

—Es lo que hay. Bien, me voy.

—Sí, vete. Antes de que cambie de opinión. Vete, lárgate.

—Te he querido, tío Li.

La mano derecha de Lionel se detuvo a medio camino hacia la boca.

—Ya. Bueno. Intenté que me quisieran. Creí que me gustaría. Pero no me ha valido para nada... Dame un abrazo. Ven, ven, Desi. Venga, hijo.

Des fue hacia la puerta secándose los ojos con la manga.

—Eh. Oye, por curiosidad. ¿Les das su Tabasco?

—Sí, se lo di. ¿Qué pusiste en el Tabasco?

—Oh, ya sabes. Un poco de esto y un poco de lo otro. Para mantenerlos en vilo. Es lo que pensé cuando leí la *Gazette*. Pensé: ¡Des no les ha dado su Tabasco! Y los dos mariquitas se han dormido como troncos... Te diré algo, Des. Te daré diez millones de libras, para reírnos un poco... No. No pensé eso. Está bien, te daré esto otro. La paz de la mente. Vete, lárgate. Con tu billete barato. Vete... Adiós, hijo. Que

te vaya bien.

*Cogió a la niña y se la sujetó con correas contra el pecho. Se fueron de Avalon Tower. Aquello tenía para él la contundencia de un hecho demostrado: ya no había nada que temer. El aire, en el tránsito de la noche al día, tenía una tonalidad gris de ostra. Cilla dormitaba.*

*A las diez y media, cuando volvieron, los perros ya no estaban. La lavó rápidamente, la cambió y le dio un biberón caliente. Y volvieron a irse. Tenía que tenerla contra el pecho, y eso, al parecer, significaba que tenían que estar fuera. Oh, sí. Quedaba también la cuestión irrelevante —y de mero procedimiento— de encontrar a alguien que cambiara las cerraduras.*

*Des sabía que sería muy difícil incluir aquel suceso reciente en el mundo de las cosas existentes. Siguió intentándolo, pero no lograba hacer que encajara. Aquel día, horas después, llevó a Cilla a una cita con su madre en el aparcamiento del personal del Diston General (Horace seguía en la séptima planta, en el corredor de la muerte), y mientras se dirigía hacia allí siguió intentando que encajara.*

*Está desfallecida. ¡Y mira qué sueño tiene!*

*Sí, dijo Des. Se quedó despierta hasta tarde. Y lo que la mantuvo despierta, se daba cuenta ahora, era su sentido de que los perros no eran buenos. Ha tenido una mala noche. Ha tenido un mal sueño.*

*Todo eso existía: el abigarrado grupo de fumadores en bata en la puerta trasera; el hombre agachado que se sienta sobre una caja azul de embalaje de leche y que come una tableta de chocolate negro; las furgonetas blancas; los rizos del pelo dorado de Dawn; la cola leonada de una nube que corre... Des trataba de hacer sitio en toda aquella realidad al suceso reciente, trataba de hacer sitio en toda aquella realidad al mal sueño de la niña. Pero iba a ser muy difícil conseguirlo.*

—Se ha tomado otra copa esta mañana —estaba diciendo Mal MacManaman mientras se acercaban a las escaleras—. Llamó para pedir una botella de Bénédictine. Y ahí está el resultado, piensan ellos. Se la acababa de terminar cuando le dio el ataque en el coche. Se le puso la piel azul. Piensan que le quedaba una hora de vida cuando lo llevaron a Tongue. Su cerebro estaba echando el cierre. Respiraba ocho veces por minuto. Así que le pusieron una mascarilla de oxígeno y le suministraron una solución salina. Y luego lo sometieron a diálisis. ¿Cómo lo ve usted? ¿Cree que ha cambiado?

Des sintió un inmenso afecto por Mal MacManaman. Pero se limitó a sonreír y a sacudir la cabeza.

—La cuenta del bar en el Rob Dunn Lodge... —dijo Mal, con los ojos muy abiertos y asintiendo lentamente con la cabeza— renunciaron a ella. Nadie podía creer que fuera cierto... ¿Usted está bien? ¿Su familia también? Eso es lo principal.

—Gracias. Gracias, Mal. Estoy tan hambriento.

—Bien, pues. Ahora vuelva a entrar en el comedor.

Y, con una inclinación de hombros, Mal MacManaman se retiró.

Pero algo acababa de terminar, y la gente se estaba yendo: Lord Barcleigh y su docto amigo se iban ya; y Sebastian Drinker; y Jack Firth-Heatherington; y también Raoul se dirigía hacia la puerta con un teléfono curvo pegado a la mandíbula. En el comedor sólo quedaban las dos mujeres: la mujer del traje negro y amarillo y la mujer del velo blanco. Des (que pronto se iría también) cogió un plato del montón del aparador y se puso a llenarlo con ensalada verde, ensalada de tomate, pan, jamón y queso.

—Cuando les dio esas palizas a sus MILFs —le decía «Threnody» al aire—, jodió mi libro. ¿Comprendes?

Des vio que su libro se titulaba *Gigante tierno: los sonetos de Lionel*. Vio asimismo que la mujer del velo blanco tenía los ojos oscuramente carbonatados de Gina Drago.

—¿Gigante tierno? Gigante tierno..., una mierda. Ahora me toca ponerle a parir, ¿no? Tengo que decir que, sin mi influencia, el capullo ese habría vuelto a sus viejos tiempos... ¿Y tú qué vas a hacer, chica?

Gina habló. Des sintió que la carne le temblaba al oír aquella voz cambiada; era el ceceo de alguien que está sorbiendo algo.

—Supongo que me quedaré aquí.

—Ya. Mientras él está en la cárcel tú puedes arreglarte la cara. Vas a tener tiempo de sobra. Megan calcula que cuando salga Lionel tendrá unos cuarenta años... ¿Qué estás haciendo aquí, Wes? ¿Vienes a sacar otro puñado de libras antes de que enchironen a tu tío?

—Se llama Desmond —dijo Gina, dando un paso hacia delante—. Y no es así.

—Armándose de valor antes de que desaparezca... el Gigante tierno. Yo..., yo hice que le quisieran. ¿Y ahora? ¿Ahora? Danube se estará partiendo de risa.

Des sabía que tenía que irse de allí, y rápido. El velo de Gina tenía la transparencia de un cristal empañado, y podía distinguir los rasgos alterados de su cara. Le hizo imaginar un globo de color tostado, toscamente hollado por dedos masculinos romos. Como en un sueño, esta imagen se convertía en otra de algo muchísimo más terrible. Miró la loncha de jamón del plato, con su borde viscoso de grasa húmeda, y se levantó de la silla.

—Lo siento tanto, Gina —dijo, besándola en la tensa gasa de la mejilla.

Y, en el vestíbulo, su voz entró en pugna con los ecos cuando la alzó para llamar a Carmody.

Un caballo de tiro altísimo, de pelaje color de miel, cuyos cascos ornados repicaban sin ruido sobre el borde de la hierba. Iba a horcajadas sobre él —a aquella altura imposible, como a medio camino de las nubes— un niño pequeño. Y una mujer

con blusón carmesí y sombrero negro de hechicera pasaba a gran velocidad en bicicleta, tocando el timbre de vivo tintineo del manillar. Sobre la superficie de la corriente del caz un ánade real de cabeza verde y cuello blanco guiaba una flotilla de patitos que dibujaban formas rúnicas tras la estela de su madre. El aire parecía rizarse con las voces infantiles... Des confiaba en que aquel sentimiento cesaría algún día, aquel sentimiento disociado, con sus partes iguales de pánico y embeleso. Pero habría de pasar tiempo. El caso es que lo consideraba una respuesta absolutamente lógica al hecho de estar vivo. Se detuvo en la tienda de comestibles y compró tres manzanas rosadas. Y se las comería no mucho después.

De momento bajó por un sendero y encontró un seto donde esconderse. Durante todo un minuto estuvo de puntillas, tratando de estirarse, tratando de ver por encima de él. Pero el seto era más alto, el pilar de veneno era más alto que él, y se desbordaba hacia lo alto y hacia fuera.

De acuerdo, no tenía que apresurarse; podía sentarse en la plaza y comerse las manzanas. Y coger un tren más tarde. Dawn y Cilla estaban muy lejos. No mucho después de medianoche, en la madrugada del martes, Horace Sheringham lanzó su gemido postrero, y Prunella y ellas estaban en Cornualles preparando el entierro en un terreno familiar de su lugar natal en Lizard Point, así que disponía de mucho tiempo.

La imagen que había levantado a Des de su asiento del comedor de Wormwood Scrubs no era más que una imagen, pero una imagen de algo real, algo que existía o que había existido una vez: una pértiga de adiestramiento, con la rosada desnudez de una muñeca de plástico ensartada en la afilada punta...

Dos mariposas pasaron volando, dieron la vuelta, revolotearon durante varios segundos sobre el mismo sitio, como para comprobar algo, y volvieron a alejarse. Y un labrador viejo, de piel lustrosa color cobre y tres cojeras diferentes, y una paciente ama joven con calcetines cortos blancos, también se fijaron en el joven del banco, que sonreía sabiamente con ojos acuosos...

Despertó de un sueño casi sin sueños y se encontró a sí mismo ya bien dentro de la gran ciudad del mundo. El tren seguía avanzando con la cautela debida, pasó por delante de las cabinas blancas de la circuitería eléctrica, dejó atrás almacenes salpicados de ventanas sin cristales y las numerosas frases de unos invariablemente grandes y crípticos grafiti. Siguió en el tren hasta que el personal de la limpieza terminó su labor y dejó el vagón. Nuevos viajeros ocupaban sus asientos cuando él se apeó y caminó por el andén a través de los haces de luz del crepúsculo.

*Jueves*

—¡Estamos en casa!

Dawn llevaba en una mano las llaves nuevas, y el mango de la mecedora portátil —donde iba sentada Cilla, encogida y dormida— en la otra. Del dormitorio principal llegaba un lloriqueo mecánico, un pequeño estrépito, unos chirridos. Dawn abrió la puerta: Des estaba dentro, inocentemente desnudo de cintura para arriba, de rodillas, con una fijadora eléctrica. Levantó la mirada.

—¡No la traigas aquí, Dawnie! ¡Déjala en el pasillo! —Apagó un interruptor—. ¡El polvo!

—¿Qué estás haciendo?

—Ahora es nuestro cuarto. No va a volver. Fui a verlo ayer.

—No me lo dijiste.

—Sí, lo aclaré con él. No va a volver.

La cama de Lionel estaba desnuda; en un rincón había un montón de sudaderas y zapatillas de deporte; una lata de Cobra abollada; una trailla de acero y unos cuantos ejemplares envejecidos del *Morning Lark*. Aún de rodillas, Des dijo:

—Bueno, no tienes precisamente el aspecto de haber estado en un entierro.

Dawnie avanzó unos pasos hacia la ventana abierta de par en par; miró hacia el exterior, y por espacio de unos segundos la brisa sonora le levantó el pelo de los hombros. Sonriendo con la boca abierta, puso las manos sobre el alféizar y dobló la pierna derecha bajo la izquierda (espinilla contra pantorrilla). Dijo:

—Es más como si vinieras de una boda. O de un bautizo... Siento que se haya ido, Dawnie. Horace... no tenía nada de malo. Era un gran hombre, a su modo.

—Vamos, Des. No te burles.

—No me burlo. Al final cedió. No es fácil hacerlo. Cedió. Porque de lo contrario...

Porque de lo contrario, Dawnie, si no hubiera cedido, mi amor (tal era la profundidad, y la ductilidad de la premeditación), habrías sido tú quien habría estado aquí, y no yo, el viernes por la noche, cuando alguien dejó entrar a los perros... ¿Quién dejó entrar a los perros? ¿Marlon Welkway? ¿Lionel Asbo? ¿Desmond Pepperdine?

—No es fácil —dijo Des—. Ceder. Es muy difícil.

—Sí, lo es... ¿Sabes? Ahora estoy triste, pero enseguida se me pasa. Espera y verás. ¿Y tú cómo estás, cariño mío?

—Bueno, aún griposo. Un poco mejor. No estoy seguro.

—Ya, has perdido algo de peso, pero tienes muy buen aspecto, Des. Tú no eres de constitución corpulenta. Tienes tono muscular. Y pareces en forma. ¿Cómo estaba tu tío Lionel?

—El mismo tío Li de siempre. El Mísero señor Mostaza.

—¿Recogiste tu traje de baño?

—Mi... No. No, no recogí el traje de baño. Lo van a encerrar, Dawnie.

—¿Sí? ¿Qué ha hecho ahora?



—Ya te lo contaré después. No va a volver.

—Vaya. Se acabó Lionel. Se acabó mi padre. Son los dos que tú y yo... Lionel y Horace. Y tu abuela, en cierto modo, supongo. Grace. Son esos a los que no podíamos evitar querer... —Su pecho se hinchó y sus ojos se animaron—. Bueno, se han ido. Y ahora quedamos sólo los tres.

Des no respondió, y Cilla anunció que estaba despierta, despierta y con ganas de compañía. Lo hizo, como siempre, no con lágrimas sino con tonadas. Sus padres pensaban que debía cantar imitando a los pájaros, los pájaros que a veces se seguían oyendo allá arriba, en la planta treinta y tres, tan en lo alto de Diston Town.

Dawn volvió al pasillo.

—Tenemos que tener otro hijo, Desi.

—Sí, tenemos que tenerlo. No hay elección.

—Por el bien público.

—Podría ser otra Cilla.

—Podría ser otra Cilla. ¡Prepárate, entonces!

—Todavía no, Dawnie. Necesito ducharme. Estoy... Estoy lleno de polvo.

Alzando la voz mientras iba por el pasillo, Dawn dijo:

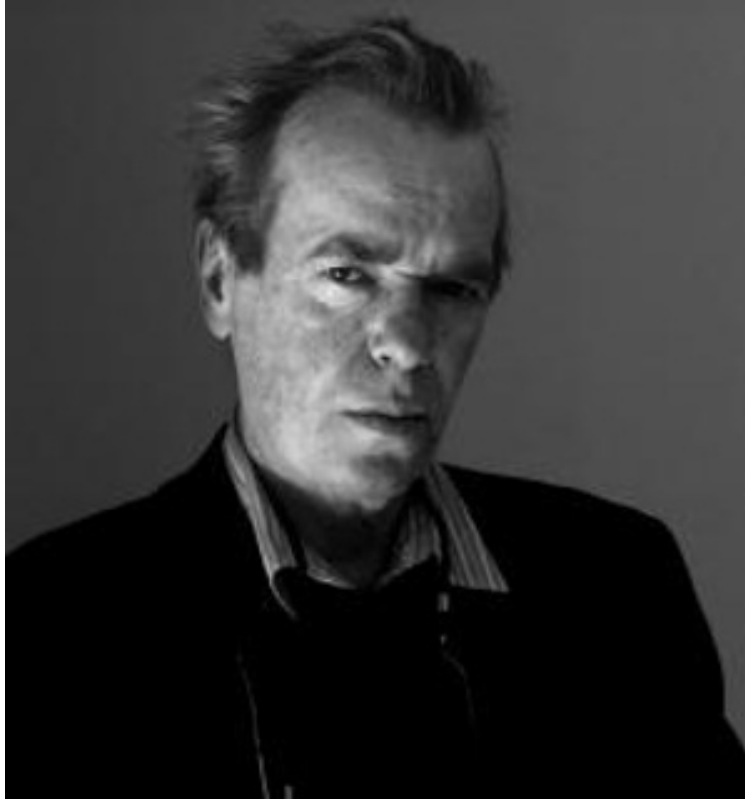
—Voy a cambiarla. La lavaré en la palangana. Le encanta.

—Muy bien. Pondré a hervir el agua. Para hacer té.

—Muy bien. Oooh, me muero por una taza. ¡Voy a necesitarla!

Calló, y él también, y Dawn le oyó decir en voz alta:

—¡Esperaré...!



Martin Amis (1949) estudió en Oxford y colabora en revistas literarias y de carácter general. Debutó brillantemente como novelista con *El libro de Rachel*, galardonada en 1973 con el Premio Somerset Maugham y publicada en España por Anagrama, al igual que *Niños muertos*, *Dinero*, *Campos de Londres*, *La flecha del tiempo*, *La información*, *Tren nocturno*, *Perro callejero*, *La Casa de los Encuentros* y *La viuda embarazada*, los relatos de *Mar gruesa*, los ensayos de *Visitando a Mrs. Nabokov*, *La guerra contra el cliché* y *El segundo avión* y los libros de carácter autobiográfico *Koba el Temible* y *Experiencia*, que le consagraron como uno de los escritores más aclamados, nacional e internacionalmente, de su generación.

# Notas

[1] Paralelismo intraducible entre dos expresiones: la que alude a la encargada de un consultorio sentimental, en inglés *agony aunt* («tía del sufrimiento», el que le confían quienes la consultan), y *ecstasy aunt* («tía del éxtasis», el generado por las historias que le cuentan y los comentarios de ella al respecto). (*N. del T.*) <<

[2] *In the nick of time* («justo a tiempo») podría escribirse *in the nick oft* (*of* y *t*, la inicial de *time*), y entonces se convertiría en «en chirona a menudo» (*nick*: «chirona»; *oft*: «a menudo»). (*N. del T.*) <<

[3] En el original *got them pissed*, cuyo doble significado se explica a continuación.  
(N. del T.) <<

[4] Obviamente esto no se corresponde con ninguna palabra castellana. *Truck* (pronunciado *trac*), «camión», lo ha pronunciado *truc-kuh*. (N. del T.) <<

[5] YOI: *Youth Offender Institution*. (N. del T.) <<



[6] Juego de palabras intraducible. La modalidad *Fucked-up Facials*, en pornografía, muestra cómo uno o más hombres eyaculan en la cara de una mujer. Y, por otra parte, *fucked-up* significa «jodido», «estropeado», «hecho polvo». (N. del T.) <<

[7] Orden librada en casos de comportamiento antisocial. (*N. del T.*) <<

[8] *Grans I'd Like to Fuck*: «abuelas que me gustaría follarme». (N. del T.) <<

[9] *Nans I'd Like to Fuck*: «yayas que me gustaría follarme». (N. del T.) <<

[10] Las iniciales de Kentucky Fried Chicken (KFC) pronunciadas mal por Lionel (*Kei Ef Si* lo pronuncia *Kay Yeff Si*). (N. del T.) <<

[11] *Joy* significa «alegría». (N. del T.) <<

[12] Amante de la música ska. (*N. del T.*) <<

[13] Mendigo. (*N. del T.*) <<



[14] Aquí el autor hace un chiste: dice «bajo zopenco» en lugar de «bajo juramento», valiéndose de la similitud entre *oath*, «juramento», y *oaf*, «simplón, zopenco». (N. del T.) <<

[15] *Mothers I'd Like to Fuck*, «madres que me gustaría follarme». (N. del T.) <<

[16] Véase la nota 6. <<

[17] La loma cubierta de hierba del asesinato de Kennedy. (N. del T.) <<

[18] *Cold* («frío») y *old* («viejo») riman en consonante. (N. del T.) <<

[19] *Lark*, además de «alondra», significa «broma». (N. del T.) <<

[20] No existe, obviamente (más que la «oro», más que la «platino»). (N. del T.) <<

[21] Juego de palabras. Un *Two Two* («Dos Dos», pronunciado *tutú*) son dos notables. De ahí que lo llamaran un Desmond (por Desmond Tutu). (*N. del T.*) <<



[22] La pronunciación de *Little old lady who?* («¿Qué pequeña anciana dama?») podría asemejarse a unos «gorgoritos» de canto tirolés. (N. del T.) <<

[23] *Berkeley Hunt* (famosa cacería de zorros del oeste de Inglaterra) es, en argot rimado, *Cunt* («coño»; «hijo de puta»). (N. del T.) <<

[24] *Fink*, «chivarse», «delatar», y *think*, «pensar», tienen una gran semejanza fonética. (N. del T.) <<

[25] Trabalenguas del poema infantil *Peter Piper picked a peck of pickled peppers...*:  
«Peter el Gaitero picoteó una pizca de guindilla...» (N. del T.) <<

[26] *Gross Domestic Product: Producto Interior Bruto. (N. del T.)* <<

[27] «Autoestima». (N. del T.) <<

[28] Literalmente, «Pendiente Empinada». (*N. del T.*) <<

[29] *Street of Shame, Fleet Street*: calle donde tiene su sede la prensa más importante de Londres; y, por metonimia, la prensa misma. (N. del T.) <<



[30] *The other* («lo otro»): «cocaína». De: «¿Marihuana? No, lo otro.» (*N. del T.*) <<

[31] *Divorcees I'd Like to Fuck*: «divorciadas que me gustaría follarme.» (N. del T.) <<

[32] *Yob*, «gamberro», y *oik*, «persona tosca y desagradable». (N. del T.) <<

[33] Véase la nota n.º 5 <<

[34] En inglés, NEET: not in employment, education or training; NED: non-educated delinquent. (*N. del T.*) <<

[35] *Dawn* significa «alba, amanecer». (N. del T.) <<

[36] *Pointy-headed* (literalmente «de cabeza puntiaguda») significa, en *slang*, «cerebrito». (N. del T.) <<

[37] *Sex, ate* («sexo, comió») tienen cierta similitud fonética con *six, eight* («seis, ocho»). (N. del T.) <<